

Primer Congreso
Latinoamericano
“Malvinas,
una Causa
de la Patria Grande”



COLECCION
Observatorio Malvinas

Universidad Nacional de Lanús

**Primer Congreso Latinoamericano
“Malvinas, una Causa de la Patria Grande”**

Declarado de interés nacional por la Presidencia
de la Nación (Resolución 1.226/10)

Cardozo, Julio
Primer congreso latinoamericano. Malvinas, una causa de la patria grande.
- 2a. ed. - Remedios de Escalada : De la UNLa - Universidad Nacional de
Lanús, 2013.
240 p. ; 22,5 x 15,5 cm.

ISBN 978-987-1326-59-4

1. Historia Argentina. Malvinas. 2. Actas de Congreso. I. Título
CDD 982

Fecha de catalogación: 18/03/2011

Impreso en Argentina
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

© Ediciones UNLa



REUN

Red de Editoriales de
Universidades Nacionales



Edita y distribuye
EDUNLA Cooperativa
29 de Septiembre 3901
1826 Remedios de Escalada, Lanús,
Provincia de Buenos Aires, Argentina
Tel (54 11) 5533 5600 int. 5727
edunla@unla.edu.ar

La fotocopia mata al libro y es un delito.

Primer Congreso Latinoamericano “Malvinas, una Causa de la Patria Grande”



COLECCION
Observatorio Malvinas
Ediciones de la UNLa.

Universidad Nacional de Lanús

Rectora

Dra. Ana Jaramillo

Vicerrector

Dr. Nerio Neirotti

Jefe de Gabinete

Dr. Francisco Pestanha

Comité Editorial

Dr. Héctor Muzzopappa

Mg. Ana Farber

Dr. Daniel Rodríguez

Dr. Oscar Tangelson

Director del Centro de

Diseño y Comunicación Visual

Claudio Loiseau

Observatorio Malvinas

Dirección Ejecutiva

Julio Cardoso

Dirección de Políticas y

Relaciones Institucionales

César Trejo

Producción de Programas y Proyectos

Ana Cardoso

Coordinación Académica

Francisco Pestanha

Equipo docente y de investigación

Marcelo Gullo

Laura Prado

Asistencia y administración

Dolores Hellín

Fotografías

Leticia Molinari

Gustavo Quintero

Primer Congreso Latinoamericano “Malvinas, una Causa de la Patria Grande”

Autores

Ana Jaramillo

Sebastián Brugo Marcó

Marcelo Gullo

Delmira de Cao

Guilherme de Aguiar Patriota

Jorge Arias

Victor Flores Olea

Hugo Manini Ríos

Juan Raúl Ferreira

Sergio Rodríguez Gelfenstein

Julio Fernández Baraibar

Roberto Bardini

Pedro Godoy

Williams Gonçalves

Andrés Soliz Rada

Mario Morant

Rubén Heguilein

Guillermo Rossi

Luis Vignolo

Néstor Gorojovsky

Mario Morato

Mirtha Oriz

Mario Oporto

Francisco José Pestanha

Federico Urioste

Julio Cardoso

Lázaro Rojas

Andrés Rodríguez

Julio Piumato

Edición

Roberto Bardini



Programa de Investigación y Desarrollos Pedagógicos
del Observatorio Malvinas de la Universidad Nacional de Lanús



Ana Jaramillo
Víctor Flores Olea



Sebastián Brugo Marcó
Julio Cardoso



Marcelo Gullo
Francisco José Pestanha



Delmira de Cao
Roberto Bardini



Williams Gonçalves
Guilherme de Aguiar Patriota



Andrés Soliz Rada
Pedro Godoy



Julio Piumato
Lázaro Rojas



Mario Oporto
Julio Fernández Baraibar



Mario Morant
Hugo Manini Ríos



Néstor Gorojovsky
Rubén Heguilein



Mario Morato
Sergio Rodríguez Gelfenstein



Mirtha Oriz
Jorge Arias



Guillermo Rossi
Federico Urioste



Luis Vignolo
Andrés Rodríguez

Introducción

En noviembre de 2009, al cabo de un proceso de elaboración desarrollado entre la Universidad Nacional de Lanús (UNLa) y la Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas e Islas del Atlántico Sur, nació el Observatorio Malvinas de esta Universidad, un espacio institucional único en su tipo en el país, cuyo proyecto pedagógico y de investigación mereció el apoyo decidido del Ministerio de Educación de la Nación desde el comienzo.

La iniciativa se enmarca dentro del mandato establecido en la Disposición Transitoria Primera de la Constitución Nacional y en la Ley Nacional de Educación, que señala a la cuestión Malvinas como uno de los tres Contenidos Básicos Comunes, junto con la Unión Suramericana y la memoria del terrorismo de Estado.

Entre las tareas del Observatorio Malvinas figuran la investigación, la elaboración y la difusión de materiales escritos y audiovisuales dirigidos a la comunidad universitaria y a la ciudadanía en general, la capacitación de alumnos, docentes, no docentes, sindicalistas y veteranos de guerra, la realización de cursos, seminarios y talleres, y la producción de herramientas pedagógicas para nivel primario, secundario y superior.

Los objetivos incluyen un proyecto museológico, originado en la muestra Malvinas: Islas de la Memoria, que exhibe el patrimonio histórico que los Familiares de los Caídos reunieron durante veinticinco años. La colección fue vista por alrededor de setecientas mil personas en distintos lugares del país y ha sido declarada de interés cultural de la Nación. Afortunadamente, al momento de redactar estas líneas, la Presidenta de la Nación, doctora Cristina Fernández de Kirchner, hizo propio el proyecto desarrollado por los Familiares de los Caídos y se comprometió a incorporar como obra del Bicentenario la instalación de este espacio museológico en el inmueble, que se refaccionará con ese objetivo, que le fue otorgado en 2005 por el entonces presidente Néstor Kirchner.

El patrimonio a exhibir –que actualmente se encuentra en custodia en la Universidad Nacional de Lanús– está compuesto por más de trescientos documentos originales y diversos objetos: cartas, mapas, libretas de anotaciones, herramientas, calzados, municiones, banderas, insignias, chapas de identificación, rosarios y las 230 cruces que estuvieron cerca de dos décadas en el Cementerio Argentino de Darwin.

El Observatorio Malvinas también ha comenzado a elaborar, junto con el sello Discográfica del Sur, dependiente del Departamento de Humanidades y Arte de la UNLa, un proyecto musical que rescata parte del extenso cancionero popular que inspiró el conflicto Malvinas, antes y después de la guerra de 1982. El proyecto cuenta con la dirección musical del músico y compositor Emilio del Guercio, fundador de dos grupos míticos del rock nacional, Almendra y Aquelarre, y figura muy reconocida dentro de nuestra música popular.

Entre todos los programas y proyectos que el Observatorio Malvinas puso en marcha durante su primer año de vida, sin lugar a dudas la actividad que alcanzó mayor visibilidad ha sido la realización del Primer Congreso Latinoamericano “Malvinas, una Causa de la Patria Grande”, que se desarrolló del 28 al 30 de septiembre de 2010 en la Universidad Nacional de Lanús y fue declarado de interés nacional por la Presidencia de la Nación. Asistieron al encuentro pensadores, diplomáticos, políticos, periodistas y sindicalistas de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, México, Paraguay, Uruguay y Venezuela, además de docentes de la UNLa y veteranos de guerra.

También participaron seis de los nueve sobrevivientes del Operativo Cóndor del 28 de septiembre de 1966: Fernando Aguirre, Ricardo Ahe, Juan Carlos Bovo, Norberto Karasiewicz, Fernando Lisardo y Edelmiro Navarro. En aquella fecha, un comando de dieciocho jóvenes desvió el vuelo de un avión de Aerolíneas Argentinas que iba de Buenos Aires a Río Gallegos y lo hizo aterrizar en las Islas Malvinas, donde desplegaron banderas argentinas, divulgaron un comunicado y reafirmaron la soberanía usurpada por el Reino Unido desde enero de 1833.

El día de la inauguración del Congreso se hizo un reconocimiento a los pueblos y gobiernos de América Latina que apoyan a la Argentina en su reclamo de soberanía sobre las Islas Malvinas. La Rectora de la UNLa, doctora Ana Jaramillo, autoridades del gobierno y Familiares de Caídos y Combatientes en Malvinas, entregaron un testimonio de agradecimiento a los embajadores de los países latinoamericanos firmantes del respaldo al reclamo argentino en la Cumbre de la Unidad de América Latina y el Caribe, realizada en Cancún entre el 22 y 23 de febrero de 2010. También se realizó un homenaje a los firmantes de la Declaración de Lima, que el 18 de mayo de 1982 afirmaron su “solidaridad con la lucha anticolonialista del pueblo argentino encaminada a recuperar su legítima soberanía sobre las Islas Malvinas”.

Los sobrevivientes del Operativo Cóndor, por su parte, entregaron distinciones

a las autoridades provinciales, municipales y legislativas que hicieron posible el reconocimiento histórico a su “pequeña gran gesta” de septiembre de 1966.

Los asistentes del exterior fueron Andrés Soliz Rada (Bolivia), Guilherme de Aguiar Patriota y William Gonçalves (Brasil), Pedro Godoy (Chile), Víctor Flores Olea (México), Lázaro Rojas (Paraguay), Juan Raúl Ferreira, Luis Vignolo y Hugo Manini (Uruguay) y Sergio Rodríguez Gelfenstein (Venezuela). El comandante Tomás Borge, ex ministro del Interior de Nicaragua y actual embajador de su país en Perú, no pudo viajar a la Argentina por razones de salud, pero envió un emotivo mensaje de adhesión que fue leído en la apertura del Congreso y que finaliza con la consigna: “¡Malvinas o muerte!”.

De la Argentina, participaron la Rectora Ana Jaramillo, presidenta honoraria del Congreso; Mario Oporto, director general de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires; los diplomáticos Sebastián Brugo Marcó y Guillermo Rossi; Delmira de Cao, presidenta de la Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas e Islas del Atlántico Sur; el cineasta Federico Urioste y el ensayista Francisco Pestanha.

Entre los expositores también se contaron los sindicalistas Mario Morant, de la Federación Latinoamericana de Trabajadores de la Educación y la Cultura (FLATEC), Julio Piumato (Judiciales), Andrés Rodríguez (Unión del Personal Civil de la Nación) y Mario Morato (Sindicato de Obreros Marítimos Unidos), junto con Mirtha Oriz, del Observatorio Provincial Malvinas de Tierra del Fuego, Néstor Gorojovsky, secretario general del Partido Patria y Pueblo (Izquierda Nacional) y el periodista y guionista de cine Julio Fernández Baraibar.

Por la UNLa expusieron el profesor Marcelo Gullo, presidente ejecutivo del Congreso; Julio Cardoso, vicepresidente ejecutivo del Congreso y director ejecutivo del Observatorio Malvinas; el periodista Roberto Bardini, secretario de Prensa y Difusión, y los docentes Rubén Heguilein y Jorge Arias, de la carrera de Relaciones Internacionales.

Los paneles enfocaron los siguientes temas: “El rol de Unasur en la recuperación de la soberanía argentina sobre las Malvinas”, “Malvinas en el contexto latinoamericano: antes, durante y después de la guerra”, “Las Malvinas, la Amazonia y los Andes como ejes simbólicos de la integración política estratégica de la América del Sur”, “Malvinas y la defensa de los recursos naturales de la América del Sur ante posibles agresiones”, “Los relatos sobre Malvinas y sus

consecuencias sobre el proceso de recuperación de la soberanía argentina sobre las Islas del Atlántico Sur” y “El rol de los trabajadores en la recuperación de la soberanía argentina sobre las Islas Malvinas”.

El 30 de septiembre por la tarde, en el transcurso del último día del Congreso se conoció el intento de golpe de Estado contra el presidente Rafael Correa en Ecuador.

La Rectora Ana Jaramillo, que en ese momento participaba del acto de clausura en el Aula Magna Bicentenario de la UNLa, expresó: “Esta universidad se solidariza con el presidente Correa. Les quiero decir a los más jóvenes que en 1973 comenzó la unidad regional de dictaduras con el asesinato del presidente de Chile, Salvador Allende. Eso fue un 11 de septiembre, muy cercano a estas fechas, y por eso queremos recordarlo y hacerles sentir la importancia de que los países de América Latina estemos todos juntos, todos unidos frente a este avasallamiento. Todos queremos la democracia, todos queremos que sean los pueblos, a través de sus representantes, quienes gobiernen y no los poderosos a través de sus armas o sus influencias”.

Más adelante agregó: “Sabemos que la CIA estuvo detrás del golpe en Chile y después sucedieron los golpes en Uruguay, Argentina y Brasil. Por eso es importante que este Congreso se expida. Seguramente no es tan decisivo el apoyo del Congreso, pero igual es importante hacerlo ante cualquier intento de desestabilizar la democracia en América Latina, y apoyar también la voluntad de los presidentes de la región para lograr finalmente la unión latinoamericana. Es muy importante que nosotros estemos presentes, que no seamos indiferentes. Y esto lo digo fundamentalmente para que nuestros jóvenes que no vivieron bajo las dictaduras se comprometan con el sistema democrático, tanto en la Argentina como en América Latina, y con la unión latinoamericana”.

Al término del congreso, por otra parte, los asistentes firmaron una Carta Abierta a los Presidentes de América del Sur, en la que manifiestan su preocupación porque “a través de la entrada en vigencia del Tratado de Lisboa, el 1 de diciembre de 2009, Gran Bretaña logró que nuestras Islas Malvinas formaran parte de lo que ellos denominan la ‘región ultraperiférica’ de la Unión Europea”.

Como contrapartida, los participantes propusieron: “Si el Reino Unido europeizó su posición colonial en Malvinas, nosotros debemos latinoamericanizar el proceso de recuperación de la soberanía argentina en el Atlántico Sur”.

Los firmantes recordaron declaraciones del presidente del Brasil, Luiz Inácio Lula da Silva, quien afirmó en la Cumbre de la Unidad de América Latina y el Caribe, realizada en Cancún en febrero de 2010: “No es posible que Argentina no se adueñe de Malvinas y que, por el contrario, lo haga un país que está a 14 mil kilómetros de distancia de las Islas. ¿Cuál es la razón geográfica, política y económica por la cual Inglaterra está en Malvinas? ¿Cuál es la explicación política de las Naciones Unidas para que no hayan tomado una decisión?”.

También destacaron la decisión del presidente de la República Oriental del Uruguay, José Mujica, quien el 21 de septiembre de 2010 ordenó que se negara la entrada a un buque de guerra británico en el puerto de Montevideo.

La Carta Abierta a los Presidentes de la América del Sur propone cinco puntos:

- 1) Que Brasil, Uruguay y Chile se comprometan a prohibir que los buques que transiten entre sus puertos y Malvinas, o que atraviesen sus aguas jurisdiccionales con ese rumbo, transporten materiales que directa o indirectamente sirvan a la exploración petrolera en las Malvinas, imponiendo los controles necesarios para hacer efectiva esa prohibición.

- 2) Que el gobierno de la República de Chile interrumpa los vuelos que realiza semanalmente la empresa LAN a las Islas Malvinas hasta que se revierta la agresión unilateral británica.

- 3) Que Brasil y Uruguay adopten el mismo criterio, suspendiendo toda comunicación aérea entre sus respectivos territorios nacionales y las Islas Malvinas.

- 4) Que Brasil, Uruguay y Chile prohíban a las empresas instaladas en sus territorios toda forma de participación en el negocio de la explotación petrolera en Malvinas.

- 5) Que todas las medidas tomadas por Brasil, Uruguay y Chile sean también adoptadas por la Unasur.

Durante las tres jornadas en las que se llevó a cabo este Primer Congreso del Observatorio Malvinas, la Universidad Nacional de Lanús se tiñó de una energía especial. Desde el mismo momento en que el visitante ingresaba a la Universidad, la Plaza Héroes de Malvinas lo invitaba a tener un encuentro emocional con sus caídos, al ponerlo en contacto con la instalación donde se exhibían las 230 cruces originales que durante dos décadas estuvieron en el Cementerio Argentino de Darwin.

Este encuentro entre la reflexión y la emoción se prolongaba en el montaje “Malvinas: Islas de la Memoria” ofrecido frente al Aula Magna del edificio José Hernández, y tuvo su culminación al cabo de la última sesión del Congreso, cuando en los jardines de la Universidad un grupo de narradores populares, antes del acto de cierre, se reunió con los participantes del encuentro para relatar breves historias de guerra y de posguerra a la luz de un puñado de faroles de noche.

Estas intervenciones plásticas, dramáticas e históricas contribuyeron a crear, a lo largo de esos tres días, un territorio simbólico que promovió una forma de reflexión y de intercambio de alto contenido emocional entre las dos mil personas que participaron del encuentro.

Las páginas de este libro intentan plasmar ese clima de unidad en el sentir y el pensar que generó este Primer Congreso Latinoamericano, a través de la publicación de todas las ponencias ofrecidas por sus panelistas.

Apertura del Primer Congreso Latinoamericano “Malvinas, una Causa de la Patria Grande”

28 de septiembre de 2010

Mensaje del Comandante Tomás Borge, ex ministro del Interior de Nicaragua

Nicaragua, el Frente Sandinista, la decencia, el patriotismo y la antipatía total al colonialismo, nos indujeron a repudiar la ocupación trágica y maldita de los ingleses en el sagrado territorio argentino.

Esta solidaridad incondicional se mantiene intacta o más bien acrecentada por la indignación, la justa cólera de nuestros pueblos hacia la soberbia inconcebible de quienes, con imperio se sienten propietarios de cualquier pedazo de la tierra.

Las Malvinas son de Argentina, las Malvinas son de América Latina. Las Malvinas algún día las encerraremos en un puño para golpear a todos los Imperios. ¡Malvinas o muerte!

Palabras de la Rectora de la UNLa, doctora Ana Jaramillo

Antes que nada, el más profundo agradecimiento a todos los visitantes de la Patria Grande, a los representantes de los pueblos de América Latina. En mi generación nos criamos con varios poetas y pensadores latinoamericanos; uno de ellos era José Martí, que decía “desagradecidos son aquellos que del sol sólo ven las manchas”. Este es, en principio, un acto de agradecimiento a todos los pueblos y gobiernos de América Latina que nos han apoyado en esta causa nacional que es la causa de la Patria Grande.

Otro a quien leíamos mucho era el famoso Simón Rodríguez, tutor de Bolívar, quien decía que debíamos borrar todas las divisiones territoriales, que debíamos ser amigos para ser libres. Creo que estamos en ese camino. Simón Rodríguez también era un gran educador y nos enseñó que educar es crear voluntades. ¿Voluntades para qué? Para la acción, para el compromiso. Eso es lo que tratamos de hacer nosotros, de crear voluntades y formar conciencia nacional.

En este momento se está debatiendo en la Argentina la ley de medios y la posibilidad de declarar de interés público la fabricación de papel. Tal vez ustedes piensen que esto no tiene relación, pero fui a la audiencia a explicar que no sólo necesitamos el derecho a la información y a la libre expresión, sino que también necesitamos el derecho a la formación. Se trata de formar conciencia nacional y ciudadana, eso que no dicen ni hacen los periódicos. En el caso de las universidades públicas nacionales, cuando ustedes se enteran de alguna noticia por los diarios, la radio o la televisión, es porque algunos jóvenes tildados de “vándalos” están haciendo algún tipo de protesta en alguna universidad o porque tomaron el rectorado. Si no, ustedes no van a ver absolutamente ninguna noticia sobre las universidades públicas y todo lo que hacen en nuestro país.

No van a ver que las universidades públicas están formando el futuro de este país. No van a ver que hay un millón y medio de jóvenes estudiando y formándose como ciudadanos y como patriotas –como hombres y mujeres de la Patria, decía Jauretche– en nuestras universidades públicas. No van a ver los desarrollos científico y tecnológico de las universidades. ¿Por qué? Porque, obviamente, los medios de comunicación están trabajando para las universidades privadas. Están tratando de denostar la universidad pública nacional para que los padres que tienen que elegir o sugerir a sus hijos adónde estudiar, digan:

“No, en la universidad pública no hay clases nunca, es un lío”. Bueno, eso lo hacen con mala intención, con toda alevosía.

Por eso, nosotros, que no queremos ser una “fábrica de títulos” –como decía Rodolfo Puiggrós– también formamos profesionales y formamos conciencia nacional. Todas las universidades públicas argentinas también son el reservorio del patrimonio cultural de la Nación. Y por eso también estamos publicando las obras completas de Alberdi, Marechal, Scalabrini Ortiz, Sarmiento. Pero a nosotros el papel nos cuesta mucho más caro y por eso creo que la fabricación de papel es de interés público, porque es de interés del Estado de nuestro país formar a nuestros hombres y mujeres para el futuro de nuestra propia Nación, de nuestra propia Patria.

Y este Primer Congreso Latinoamericano que estamos iniciando en la Universidad Nacional de Lanús no sólo educa, sino que también forma conciencia nacional y latinoamericana. Nuestra Ley de Educación, para que la conozcan nuestros visitantes extranjeros y los representantes de América Latina, dice explícitamente que tenemos que enseñar la perspectiva latinoamericana y enseñar el problema de Malvinas, que es una causa nacional e imprescriptible. Está en nuestra Constitución.

Formar conciencia nacional... Una persona me preguntó: “¿Por qué haces llorar a la gente?”. Se refería al hecho de que allá afuera se exhiben las 649 cruces de nuestros compatriotas que murieron en Malvinas y muchos estudiantes lloran al verlas por primera vez. Y yo le contesté que formar conciencia nacional “duele en el costado”, como dice Marechal; no es una clase teórica de política, no es política abstracta. Si los estudiantes entran llorando a clases, es importante. Porque formar conciencia nacional y latinoamericana duele por todo lo que ha vivido nuestro continente.

Esas cruces, como diría Rodolfo Kusch, nos permiten “vivenciar unidos, el sacrificio, la tragedia y la gloria”. Nos ponen frente “al héroe en su más pura invalidez”. Por eso el acto de llorar ante esas cruces, “en vez de humillar, constituye; porque esa conmoción no es una fuga hacia el pasado sino producción de sentido para el momento presente y una provisión de sentido hacia el futuro”. Bienvenido sea entonces ese llanto. Así lo dice Kusch: “Se llora, en el sentido popular, para reasumir un poder, para actualizar nuestros mitos de origen, como proyecto, como posibilidad de ser”.*

Así que nos hemos propuesto estos dos objetivos de homenajear a los pueblos latinoamericanos que nos ayudaron en esta causa nacional y homenajear a todos los que nos acompañaron en distintas épocas, durante la guerra y después de la guerra.

Aquí, con nosotros, están los “cóndores” que también quisieron recuperar las Islas Malvinas plantando la bandera argentina por primera vez en 1966 y los tildaron de “piratas” y los encarcelaron. Digo esto porque muchos creen que la historia de esta usurpación de Malvinas y de esta voluntad de recuperar las Malvinas comenzó con el general Leopoldo Galtieri. Ya lo dijimos al principio: Malvinas es una causa nacional, no tiene nada que ver con un dictador borracho y genocida como Galtieri. Es una causa permanente.

Algunos creen que el tema Malvinas es un tema controvertido, y yo digo que no hay nada de controvertido. Ya nuestro poeta mayor José Hernández nos alertó hace 160 años: Malvinas es “un tema urgente”. Y también queremos que sepan nuestros estudiantes, nuestros jóvenes, nuestras nuevas generaciones, que hablar de Patria no es ser fascista ni militarista. Lo tienen que tener claro y tiene que estar en los textos de educación para los niños y para los jóvenes: empezó hace mucho tiempo.

Quiero contarles que con el ministro Mario Oporto hemos acordado la entrega del libro *Las Islas Malvinas y la unión latinoamericana*, editado por la UNLa, en todas las escuelas de la provincia de Buenos Aires. Este libro fue concebido en la Universidad y tiene toda la cronología de la usurpación. Se hizo justamente para que todos entiendan, en especial los jóvenes y los estudiantes, que no es como les quieren hacer creer que Malvinas es un tema de la dictadura militar. Esta lucha empezó hace muchos años, hace más de dos siglos. En el texto encontrarán también un mapa de las Islas Malvinas en español, en castellano, del año 1700.

Malvinas es una causa nacional y ahora, gracias a todos ustedes, también es una causa de la Patria Grande.

* *Esbozo de una antropología filosófica americana*, Obras Completas, tomo III, Editorial Fundación Ross, Rosario, 2000.

Palabras del embajador Sebastián Brugo Marco, en representación del canciller argentino

Creo yo que la doctora Jaramillo ha resumido perfectamente bien el objeto de este Congreso. Me uno a la bienvenida de la Rectora de la Universidad a los colegas y los amigos de los países de América Latina. Creemos que efectivamente, como ella dijo, esto es una causa nacional, es una de las cuestiones sobre las cuales toda la sociedad argentina coincide y es algo que nos une a los argentinos, cualquiera sea su posición política, social o religiosa.

Para mí es un honor representar en este momento al Canciller Héctor Timerman, que de hecho había aceptado venir para la inauguración de este Congreso pero no calculó que justamente tenía que estar en la apertura de las sesiones de las Naciones Unidas. Lo mismo me ha pedido el vicedecano, embajador Alberto Dalotto, quien también está en Nueva York con el canciller. Quiero expresarles simplemente la bienvenida, el apoyo, la voluntad y la decisión de la Cancillería argentina de luchar, como viene luchando desde 1833, cuando el ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina presentó su primera nota de protesta al encargado de Negocios británico por la ocupación ilegal de nuestras Islas Malvinas.

Es también un honor tener entre nosotros a los Familiares de los Caídos en Malvinas y a los Veteranos, porque ellos son parte de nuestra historia. Son parte nuestra, son una parte que nos duele y que contribuye a que todos, y sobre todo desde un centro como la Universidad Nacional de Lanús, miremos hacia el futuro una tierra que no puede perderse y que luchamos para recuperar.

Palabras del doctor Marcelo Gullo, presidente ejecutivo del Congreso

Este Primer Congreso Latinoamericano, que hemos dado en denominar “Malvinas, una Causa de la Patria Grande” nos pone en la gustosa y honrosa obligación de agradecer, antes que nada, a todos aquellos pueblos y personas que apoyaron –y apoyan– la causa de la recuperación total y definitiva de nuestras Islas Malvinas, usurpadas por el viejo Imperio inglés. Este se resiste con todos los medios del poder a su alcance a devolver aquellas tierras nuestras que, como tantos otros territorios y bienes, a través de la historia y en todo el mundo, usurpó mediante el robo y el atropello, base de su espuria expansión y poder, aun cuando ahora se encuentra en un momento de plena declinación.

Es también, y no se trata de cuestión menor, ocasión para agradecer y rendir los debidos honores a aquellos argentinos que, en un acto heroico, intentaron, allá por la década del sesenta, aportar su pequeño granito de arena para la recuperación de las Malvinas: aquellos audaces hombres del Comando Cóndor, hombres que, a riesgo puro de sus vidas, hicieron flamear, a punta de arrojo, la bandera argentina en ese suelo irredento y que fueron, después, recibidos en la Argentina, por un gobierno apátrida con un curioso “premio”: el encarcelamiento. Claro, no podía esperarse menos de un gobierno antinacional y antipopular.

Por ello, este Primer Congreso Latinoamericano “Malvinas, una Causa de la Patria Grande”, es, en sustancial medida, un Congreso de agradecimiento a los pueblos y los gobiernos de América Latina y a todos los héroes que regaron su sangre y arriesgaron sus vidas por nuestras arrebatadas Islas.

También es un Congreso de reflexión y, por eso, hemos convocado a políticos, diplomáticos y pensadores de América Latina para que nos ayuden a reflexionar sobre la recuperación de nuestras Islas Malvinas. Uno de los objetivos ineluctables como Nación es la recuperación de Malvinas, esencial para nuestro interés nacional. Necesitamos de la reflexión de los pensadores de la Patria Grande latinoamericana, y no sólo de estos amigos, los pueblos y los pensadores, sino también –y esta vez decididamente– de los gobiernos de todas las repúblicas que conforman esa Gran Patria a la cual todos pertenecemos.

Una de las primeras tareas concretas que debemos realizar en el camino de la recuperación de nuestras irredentas tierras insulares, consiste en elaborar una estrategia y encontrar un modo de ejecutarla, capaz de elevar y multiplicar varias veces los costos de mantenimiento y los de cualquier eventual explotación británica en las Islas. Para ello necesitaremos la ayuda de nuestros hermanos latinoamericanos

Pero como el pensamiento no puede estar divorciado de la acción, ustedes habrán notado también que este Congreso tiene una fuerte presencia de los trabajadores de América Latina. Y precisamente porque el pensamiento no puede estar divorciado de la acción, son los trabajadores, columna vertebral del gran movimiento nacional de América Latina, quienes también deberán ayudarnos a hacer más costosa la ilegal ocupación británica en las Islas Malvinas, y la ilegal explotación pesquera y petrolera que los británicos, muchas veces con la traidora cooperación de empresas e intereses españoles, están llevando a cabo en nuestras irredentas tierras y en su mar circundante.

Para eso, pediremos reflexiones a los pensadores, a los diplomáticos y a los trabajadores, porque una de nuestras propuestas a discutir en el Congreso es que desde ningún punto de nuestra América Latina, desde ningún puerto y aeropuerto de América Latina, pueda ayudarse a la explotación ilegal petrolera o pesquera inglesa en Malvinas. Que no haya un solo aeropuerto en América Latina desde el cual los ingleses puedan aprovisionarse para explotar ilegalmente el petróleo de la Patria Grande. Y que no haya un solo puerto en América Latina donde los barcos ingleses puedan atracar para ir luego a Malvinas. Y en esto debemos agradecerle profundamente al Presidente del Uruguay que, con un gesto que honra su pensamiento y su palabra, ha evitado, recientemente, que un barco británico con destino a Puerto Argentino, se reaprovisione en el puerto de Montevideo.

Este Congreso que reúne a diplomáticos, a pensadores y a trabajadores de América Latina, como su nombre lo indica, es un Congreso de la Patria Grande. Y es un Congreso de la Patria Grande porque toda América Latina, desde el Río Grande hasta la Tierra del Fuego, es una “nación inconclusa” que vibró intensamente en abril de 1982, cuando la bandera argentina volvió a flamear sobre las Islas Malvinas. Fue entonces que los consulados de la Argentina en Asunción, en Lima, en Quito, en un fenómeno que se repitió en todas las capitales latinoamericanas, se llenaron de voluntarios de todas las otras repúblicas latinoamericanas, dispuestos a pelear por la Argentina y por América Latina contra los usurpadores británicos. Pero también es un Congreso de la Patria

Grande porque Malvinas, como destacó la rectora Ana Jaramillo, no es simplemente un “episodio” en la historia argentina. La lucha de Inglaterra con la Argentina es una lucha muy larga en la cual siempre fuimos acompañados por el resto de América Latina.

Cuando en 1806 el invasor inglés ocupó la ciudad de Buenos Aires, fue expulsado de ella a los pocos días, no sólo por porteños sino también por paraguayos, por orientales uruguayos, peruanos y altoperuanos –al decir de hoy, bolivianos–, todos ellos parte del pueblo que persiguió y derrotó por las calles porteñas al altivo invasor. Resuenan, todavía, como héroes de aquellos días, nombres como los del Gran Oriental, José Gervasio Artigas, los hermanos paraguayos Fulgencio y Antonio Tomás Yegros, Fernando de la Mora, los jóvenes peruanos Ignacio Álvarez Thomas, los hermanos Toribio, Manuel y Francisco de Luzuriaga, entre otros hombres que lucharon por las calles de Buenos Aires como lo hubiesen hecho por las de sus ciudades natales.

Importa destacar que no fue menor el aporte de los pueblos latinoamericanos. Cuando en 1807 el invasor inglés intentó con diez mil soldados profesionales tomar nuevamente la ciudad de Buenos Aires, creyendo que estaba exhausta y, por tanto, indefensa, se dio con la sorpresa de que se encontraba mucho mejor pertrechada que antes. Desde Perú habían llegado donaciones de dinero para comprar armas y otros enseres de guerra, porque en cada pueblo peruano se habían realizado exitosas colectas populares para rearmar a Buenos Aires y resistir, como efectivamente sucedió, aquello que todos los habitantes de estas tierras sabían bien que sucedería: que los ingleses volverían para una segunda invasión.

Luego de terminadas las invasiones inglesas y con muchas víctimas y heridos de guerra criollos, aquella inquebrantable solidaridad se volvió a manifestar, esta vez a través de donativos enviados directamente por vecinos de algunas ciudades peruanas para subvenir las necesidades de los perjudicados. Así, la ciudad de Huánuco envió 117.125 pesos de la época, Arequipa mandó 4.200 pesos, Cuzco despachó 1.030, Andahuaylas giró 1.000 y Huamanga, 7.495.

Esto muestra que nunca hemos estado solos en la lucha contra el rapaz invasor, siempre ha sido vivida como una lucha común de la Patria Grande. Porque Malvinas fue el rostro visible de la ocupación invisible de Gran Bretaña en la Argentina y en América Latina. Porque cuando nos independizamos, cuando dejamos el collar formal español luego de las guerras civiles, muchas veces nos pusimos –o nos pusieron– el collar invisible de la dominación inglesa. Pasamos

de la dependencia formal española a la dependencia informal inglesa. Y nos convertimos en una semicolonía que quedó endeudada con los ingleses, mediante sendos “empréstitos” de la Baring Brothers, tan gravosos para el caso de la Argentina que se contrajo en 1826 y se terminó de pagar más de cien años después, en 1946. Lo mismo sucedió con el “empréstito” otorgado por la misma casa de usura británica a Ecuador, que terminó de cancelarlo recién en 1976.

Esa subordinación informal, aunque igualmente férrea, se completó mediante la subordinación ideológico-cultural, dado que desde nuestras universidades muchas veces éramos víctimas de la colonización pedagógica, que nos hacía creer que estábamos solamente destinados a ser proveedores de materias primas para el Imperio Británico, y que, acendrando el mito del “libre comercio”, conseguía que nuestras elites más preparadas asumieran sumisas el mito de nuestra supuesta y falaz “imposibilidad” de desarrollo industrial. Al tiempo que esta elite nos condenaba a truncar nuestro desarrollo propio, Canadá, por ejemplo, imponía sin prejuicios y a pesar de ser un dominio formal de Inglaterra, un férreo proteccionismo económico que le permitiría desarrollar industrias en las más variadas áreas. Los resultados están a la vista.

Esa verdadera “cadena invisible” de la colonización cultural fue, quizás, nuestra peor cadena, nuestro peor collar, el que nos ató al subdesarrollo y la dependencia. La recuperación de Malvinas será imposible si nuestra situación es débil, si nuestras industrias básicas y de defensa no prosperan y si los prejuicios culturales y pedagógicos no son removidos desde los cimientos. Y eso hay que hacerlo aunque arrecien, como arreciaron, las cargas de los soldados de la dependencia como Menem, por dar sólo un ejemplo flagrante y reciente, o las aberrantes experiencias del genocida Videla y sus adláteres, todos manejados por la imperializada mano del cruel José Martínez de Hoz. La reconstrucción de nuestro poder nacional, condición sine qua non para la recuperación de las Malvinas, lleva implícita, necesariamente, la reconstrucción de nuestra industria de defensa, la nacionalización del petróleo y la minería, el refuerzo de nuestra industria de vanguardia, que va desde el apoyo al desarrollo de la energía nuclear hasta el desarrollo propio de las comunicaciones más modernas y los desarrollos informáticos más complejos, cosas de las cuales, sin duda, somos capaces si la decisión política se encamina a lograrlas.

Sobre esos temas es que queremos que los diplomáticos, los pensadores y los trabajadores de toda la Patria Grande nos ayuden a reflexionar, para librar una batalla que, sin duda, empieza por Malvinas, pero que en el fondo es una batalla más profunda: la batalla que nos lleve, por fin, a la Segunda Independencia de

la América Latina toda y de cuya concreción dependerá, finalmente, el desarrollo de nuestra Patria Grande y la felicidad de todos los pueblos que la forman.

Palabras de Delmira de Cao, presidenta de la Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas e Islas del Atlántico Sur

Quiero expresar, en principio, la gratitud de las madres, los padres, los hijos, los hermanos y los familiares de los 649 héroes nacionales fallecidos en las acciones armadas contra el Reino Unido de Gran Bretaña, por la defensa de nuestra soberanía sobre las Islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur, a todos los pueblos de la Gran Patria Iberoamericana, por el apoyo que nos brindaron en 1982, y por el apoyo que nos brindan hoy en nuestra reivindicación.

Hoy inauguramos la primera actividad pública del Observatorio Malvinas de la Universidad Nacional de Lanús. Como no podía ser de otra manera, lo hacemos con nuestros hermanos de la Patria Grande.

Queremos escuchar atentamente todo lo que tienen para decirnos las mujeres y los hombres de todos los rincones de esta Patria común, para mirarnos en el único espejo posible. Para fijar en nuestra conciencia pública lo que nuestros sentimientos e intuiciones nos vienen indicando en la intimidad.

Sabemos que Malvinas conmovió y conmueve profundamente el alma de todos los pueblos de la Patria Grande. Durante demasiados años estuvimos separados, tratando infructuosamente de construir un destino mejor para cada república, sin comprender que ello es imposible si lo encaramos divididos.

Los sueños de unidad de nuestros libertadores se adormecieron durante demasiado tiempo, un poco por nuestra responsabilidad y mucho por la acción de los imperios, que nos dividieron para dominarnos.

Esto que afirmo ahora, los familiares de Malvinas no lo aprendimos en los libros, porque entre las formas de dominio del imperio se destacó la colonización cultural y educativa, en especial sobre nuestras dirigencias. Esto lo aprendimos con el inmenso dolor de haber dado lo más importante que un ser humano puede dar, que es la vida de un ser querido.

Tuvimos que transitar por muchos dolores e incomprendiones, y por un largo proceso de aprendizaje, para llegar a entender por qué el vendaval de la historia, con sus razones profundas, nos había quitado la presencia de nuestros seres queridos. Gracias a Dios, nuestro pueblo –aquel que no es noticia nunca en la prensa

gráfica o televisiva– supo expresar su gratitud a los soldados de Malvinas, erigiendo a lo largo y ancho de la Argentina miles de “adoratorios” en su memoria. Eso nos fortaleció, dándonos la fuerza para continuar nuestra lucha.

A lo largo de estos veintiocho años, pudimos organizar veintisiete viajes a Malvinas para rezar al pie de sus tumbas, y dos viajes a la zona donde fue hundido el crucero General Belgrano, un crimen de guerra todavía impune.

Trabajamos en todo el país acompañando las iniciativas populares por la memoria de los héroes.

Logramos la construcción e inauguración del Monumento Nacional a los Caídos en Malvinas en el mismo Cementerio de Darwin, que fue declarado lugar histórico y cementerio de guerra.

Luchamos, con muchas dificultades, contra la persistente campaña de desmalvinización, derribando cada uno de sus actos de propaganda derrotista. Jamás creímos que nuestros seres queridos debieran ser tratados como “víctimas”, sino como héroes.

Escribimos libros, hicimos películas, instalamos muestras artísticas, para contar nuestras verdades a quienes las quieran escuchar, especialmente a los jóvenes de nuestra América morena.

Logramos que las Malvinas estén en la actual Ley de Educación Nacional, para lo cual este Observatorio en la Universidad Nacional de Lanús es una herramienta fundamental.

Tenemos un proyecto de constituir el Museo Histórico Malvinas y el Instituto de Investigaciones Malvinas, Patagonia e Islas del Atlántico Sur. La presidenta Cristina Fernández de Kirchner se comprometió a brindarnos las herramientas para hacerlo posible, en el marco del Bicentenario.

Esperaremos su regreso de la Asamblea de las Naciones Unidas –donde la causa de Malvinas también estuvo presente– para informarle de las conclusiones de este extraordinario Congreso latinoamericano, y para definir con ella cuándo inauguramos el museo y el instituto.

Las madres y los padres de Malvinas nos encontramos al final de nuestros caminos. No queremos irnos sin haber dejado, a las nuevas generaciones, las herramientas que les permitan ser libres.

Como ofrenda, tenemos el ejemplo de nuestros hijos, que dieron su sangre por su libertad. Una libertad que no se conquista de manera individual, sino colectivamente. Porque como dijo uno de nuestros más importantes dirigentes del pasado siglo: “O nos salvamos entre todos, o no se salva nadie”.

Queremos también agradecer a las personas y las organizaciones que nos acompañaron en momentos mucho más difíciles, cuando merced a la propaganda del imperio y sus colaboradores locales hablar de Malvinas era ser tachado de militaristas y procesistas.

En principio, a las principales organizaciones no gubernamentales que nuestro país puede ostentar con orgullo. Me refiero a las organizaciones sindicales. En las representaciones de los trabajadores, siempre encontramos el apoyo y el reconocimiento a nuestra lucha, como una lucha propia. Al fin y al cabo, nuestros hijos eran trabajadores e hijos de trabajadores.

A pensadores e intelectuales de la Patria Grande, que nos ayudaron a comprender cómo sucedieron y suceden las cosas –muchos de cuyos discípulos están hoy presentes– como Jorge Abelardo Ramos, Jorge Spilimbergo, Enrique Oliva, Alberto Methol Ferré y Ernesto Adolfo Ríos.

A los Veteranos de Guerra de Malvinas, que pelearon con las armas en la mano contra el invasor inglés y que hoy continúan su lucha con las armas de la paz.

A cada una de las familias de los soldados caídos por Malvinas que, lejos de caer en el resentimiento, convirtieron su dolor en ofrenda y en acciones concretas de amor.

A la entrañable amiga Ana Jaramillo, que convirtió un páramo en un vergel de conocimiento y formación para los jóvenes trabajadores. Y que con sus obras cotidianas hace posible este ejemplo de proyecto universitario que hará posible el reencuentro de la academia con los intereses de la Patria y de su pueblo.

Queremos también reconocer a los argentinos que nos precedieron en esta larga lucha por recuperar nuestras tierras insulares patagónicas, desde el mítico Gaucho Rivero, pasando por José Hernández, hasta los muchachos del Comando Cóndor, de cuya proeza hoy se cumplen 44 años.

Su presencia hoy, aquí, demuestra que Malvinas no fue producto de la borrachera de un general, sino de la aspiración de todo un pueblo a lo largo de su historia.

Malvinas es, sin dudas, una causa bicentenaria, tanto como las ansias de una verdadera y definitiva independencia de nuestra nación latinoamericana.

También quiero mencionar, especialmente, a los creadores y artistas populares, en la persona de Julio Cardoso. Dramaturgo de profesión, supo interpretar mejor que nadie los sentimientos y razones de los familiares de los caídos y los Veteranos de Guerra, a través de películas como *Locos de la bandera* y *Malvinas*, viajes del Bicentenario, o con el armado e instalación de la muestra *Malvinas, Islas de la memoria*.

Ahora, le hemos encomendado una misión difícil, pero gratificante: coordinar las acciones del Observatorio Malvinas, para producir contenidos para todo el sistema educativo. Pero en esta misión, no estará en soledad, sino con la fuerza con que esta Universidad, desde su Rectora, sus directivos, docentes, trabajadores no docentes y alumnos, emprenderán la tarea de hacer cumplir con la constitución y la ley educativa.

Durante estas casi tres décadas de la Guerra de Malvinas, hemos visto transitar muchos gobiernos. Algunos nos acompañaron, otros no tanto.

El actual gobierno se encuentra librando batallas fundamentales para el futuro, como la democratización de los medios de comunicación social, la mejor distribución de la riqueza y la defensa de nuestra soberanía en Malvinas. Estas batallas no se podrán ganar sin un pueblo organizado y claro en sus objetivos.

Los familiares de los héroes caídos, y los Combatientes en Malvinas, estamos dispuestos a librar esas batallas, a seguir brindándonos con toda la pasión, la prudencia y el compromiso que la historia nos reclamara en 1982.

Por último, quiero agradecerles a los disertantes en este Congreso: esperamos con ansiedad sus conclusiones, deseamos que estos días sean inolvidables, sintiéndose como en vuestra propia casa. Porque la Argentina es una provincia de esta Patria Grande de todos.

Los saludo con todo el cariño y la gratitud de una madre de un soldado-maestro que dio su vida para que Latinoamérica vuelva a ser la nación indivisa que nuestros libertadores soñaron.

Panel I

**El rol de la Unasur
en la recuperación
de la soberanía argentina
sobre las Islas Malvinas**

29 de septiembre de 2010

La Unasur tiene capacidad de soluciones sin participación de potencias externas

Guilherme de Aguiar Patriota *

No soy experto en los aspectos jurídicos de la cuestión Malvinas, de manera que sobre el tema presentaré un cuadro general, un poco impresionista, desde el punto de vista diplomático brasileño y de nuestra política externa actual. Hablaré más libremente con el intento de fomentar una reflexión, ya que no se trata de un discurso estructurado de la posición oficial, formal, de Brasil.

En primer lugar, mencionaré la importancia del conflicto de las Malvinas en la historia reciente de la aproximación entre Brasil y Argentina. Podríamos considerar el conflicto de 1982 como un eje a partir del cual se construyó, en años recientes, el ideal histórico de la aspiración conjunta de nuestras sociedades de una integración más profunda de América del Sur y, de manera más amplia, de América Latina y el Caribe.

A pesar de la trágica pérdida de vidas humanas que ocasionó, la guerra de Malvinas tuvo el efecto de movilizar el espíritu de solidaridad regional suramericana frente a una amenaza externa. Ese conflicto reveló la falla de las potencias aliadas tradicionales en apoyar a lo que nosotros consideramos una reivindicación histórica legítima de un país de la región sobre las Islas.

En ese contexto, las Malvinas contribuyeron fundamentalmente para el proceso de acuerdos bilaterales del período Alfonsín-Sarney, un trabajo diplomático progresivo de construcción de confianza. Empezamos a tratar directamente, entre Argentina y Brasil, sin mediadores, temas de alta complejidad: energía nuclear para fines pacíficos y el establecimiento de un sistema de evaluación y transparencia con la participación de nuestros científicos e instituciones nacionales así como de la Agencia Internacional de Energía Atómica.

La ampliación de ese eje de cooperación bilateral para un proyecto subregional de integración se realizó inicialmente por medio de la creación de un área de comercio preferencial en el ámbito del Mercosur, que asumió, enseguida, el formato más ambicioso de una unión aduanera con un arancel externo común. Proyecto de colores neoliberales en sus comienzos, el Mercosur evolucionó rumbo a una agenda de trabajo más amplia, democrática y social, reflejando la

transición progresista en los gobiernos de los países miembros. Hoy, el Mercosur es más que libre comercio. Hay coordinación en prácticamente todos los campos de las políticas públicas, una visión de integración productiva, un Parlamento, una cláusula democrática y compromisos comunes en sectores sociales claves.

Además, se busca en la actualidad una membresía más amplia en el Mercosur que la de sus cuatro miembros originales y un proyecto de importancia no sólo económica como política, con incursiones en el área de seguridad y defensa, reflejadas en la declaración del Mercosur que establece a éste como Área Libre de Armas Nucleares. Son etapas de un círculo concéntrico que se va ampliando desde lo puramente comercial hacia direcciones más complejas.

El proyecto del gobierno del Presidente Lula da Silva no se limita a abrir mercados para productos comerciales. Si solamente hacemos eso, encontraremos poca complementariedad con la que trabajar entre nuestras economías y nos confrontaremos con una competición destructiva entre nuestros parques industriales en desarrollo. La solución es ampliar el enfoque. Tenemos que promover la integración de cadenas productivas, una integración solidaria de políticas sociales, de políticas de empleo, de políticas de protección social, mirar hacia la gestión de los sistemas de pagos, financiar proyectos conjuntos de integración física e infraestructura energética y de transportes. Poner sobre la mesa todas las políticas públicas y articularlas, porque ahí sí encontraremos espacio para una integración complementaria, sostenible, benéfica para todos los países, independientemente de sus grados relativos de desarrollo económico-industrial.

Trabajamos con ese enfoque por la consolidación de un espacio suramericano, con el Caribe y América Central. No importa que existan múltiples arreglos y foros de integración. Lo fundamental es que marchemos rumbo a una convergencia de esos procesos, su consolidación institucional y a la consideración de agendas sustantivas de real interés para nuestras sociedades. Éstos son esfuerzos necesarios para el desarrollo armónico regional.

Trabajar regionalmente en el campo de la defensa y seguridad es quizás el objetivo más ambicioso. Contrariamente a lo que podría suponer el sentido común, repensar el modelo de cooperación regional en defensa y seguridad no es tan fácil como negociar la reducción de un arancel en un acuerdo de libre comercio. El tema requiere gestiones cuidadosas por sus posibles implicaciones en el orden del poder mundial. Pero, aun así, estamos enfrentando el reto con pasos importantes en el área de seguridad. La integración de América del Sur,

en todas sus dimensiones, es una prioridad absoluta de la política externa del gobierno brasileño.

La cuestión de las Malvinas tiene enorme significado. Uno encuentra repercusiones del problema en casi todas las áreas; no sólo en las relaciones estratégicas de defensa, sino también en el ámbito doméstico argentino, en la gestión de recursos naturales marinos, en el tema de la proyección hacia la Antártida y de los reclamos por soberanía en aquel territorio, una cuestión jurídica, ambiental y de derecho del mar.

El gobierno de la Presidenta Cristina Fernández de Kirchner reposicionó el tema en las agendas regionales e internacionales con gran éxito. Además, las actividades de Reino Unido de explotación de petróleo en las aguas circundantes al archipiélago afectan el delicado equilibrio del posconflicto y contradicen los términos de las resoluciones aplicables de la ONU, de la OEA y de la Unasur, en el sentido de que ambas partes en disputa deben mantener una especie de *stand still*¹ mientras buscan una solución pronta y pacífica para los reclamos de soberanía.

A partir de nuevas iniciativas diplomáticas del gobierno argentino y a la luz de acciones externas originadas en el gobierno del Reino Unido, se plantea concretamente un tratamiento más importante para la cuestión de las Malvinas. Una vez más, las Malvinas tienen el potencial de ser un elemento simbólico de unificación y solidaridad en pro de la integración suramericana.

Los nuevos pasos que dimos hasta ahora fueron la introducción del tema Malvinas en la agenda de la Unasur y los acuerdos al respecto alcanzados en la reunión de la Unidad de América Latina, con la presencia del Grupo de Río, realizada en Cancún, en febrero de 2010. En estos foros adoptamos declaraciones que reconocen los derechos legítimos argentinos de soberanía sobre las Islas y rechazan las acciones unilaterales del Reino Unido con miras a la explotación petrolera en la región de los archipiélagos, las cuales no están conformes con las resoluciones de Naciones Unidas.

Adicionalmente, Brasil se incluye hoy en el grupo de países de la región que apoyan firmemente no sólo los derechos legítimos argentinos en la disputa por soberanía de las Islas Malvinas, sino también sus derechos sobre las Islas Georgias del Sur y Sandwich del Sur y áreas circundantes. Esa posición brasileña fue adoptada en la Cumbre del Mercosur, en San Juan, el 3 de agosto de 2010, en una declaración bilateral firmada por los Presidentes Lula da Silva y

Cristina Fernández de Kirchner. La posición anterior oficial de Brasil se refería a la cuestión de las Malvinas, sin mencionar explícitamente las Islas Georgias del Sur y Sandwich del Sur.

En Cancún, se logró el apoyo de las Islas del Caribe a la reivindicación argentina, incluso de las antiguas colonias inglesas, miembros de la Mancomunidad Británica de Naciones. Ellas también se sumaron a la posición regional, lo que no es un hecho menor.

La causa argentina, en los términos descriptos en las resoluciones de la ONU, ahora lo es también del Brasil, de Suramérica, del Grupo de Río y del Caribe. Con el paso que dio el 3 de agosto, Brasil se encuentra en armonía con la región de América Latina y Caribe en una posición de apoyo completo y sin ambigüedades a la Argentina. Nuestra posición se extiende a todo el espectro de la reivindicación. Además, estamos muy dispuestos a seguir en la consideración regional del tema dentro de los mecanismos de diálogo disponibles.

El 3 de octubre, tendremos elecciones en Brasil.² Sin embargo, la posición brasileña se mantiene firme desde 1833 y no va a cambiar. Nuestra expectativa es que se mantengan la misma visión y el mismo énfasis en cuanto a la integración regional. Debemos estar preparados para el fortalecimiento institucional del Mercosur y de la Unasur sin dejar de considerar niveles adicionales de supranacionalidad que fortalezcan esos mecanismos, caso necesario.

En la Unasur contamos con el liderazgo del ex Presidente Néstor Kirchner en el cargo de secretario ejecutivo.³ Tenemos, además, un instrumento nuevo en el cual se podría debatir el tema de las Malvinas y considerar su tratamiento en concreto dentro de una perspectiva de seguridad colectiva y solidaridad regional, que es el Consejo de Defensa de América del Sur, aún en proceso de creación y de consolidación institucional. La propia Unasur depende de la ratificación por un número suficiente de Parlamentos nacionales para la entrada en vigencia del Estatuto Constitutivo del foro.

Para el futuro, se podría pensar acerca de una doctrina actualizada de seguridad colectiva regional de América del Sur, basada en el pensamiento y las prioridades de los países de la región. No necesitamos, en ese cometido, la mediación de potencias o actores extrarregionales. Sería un pilar fundamental para la construcción de una integración solidaria, cooperativa e independiente de Suramérica; la realización de una aspiración mayor de nuestros líderes históricos que no seríamos capaces de alcanzar solos.

La disputa por Malvinas es la principal herida abierta que tenemos con una potencia extrarregional referente a una cuestión de soberanía. Otros puntos conflictivos en la región no involucran temas de soberanía con potencias extranjeras y hemos sido capaces de lidiar con ellos satisfactoriamente entre nosotros. Tuvimos los casos recientes, tratados dentro del mecanismo de la Unasur, del establecimiento de bases estadounidenses en Colombia y de inestabilidades internas en Bolivia. En ambos casos, la Unasur actuó con éxito. Reveló capacidad de coordinación en pro del diálogo y de soluciones rápidas y pacíficas, sin necesidad de participación de potencias externas y sin recurrir a sistemas más amplios de seguridad colectiva, como los de Naciones Unidas. Parece evidenciarse, así, el potencial que tiene la Unasur para actuar en todos los campos. Con respecto a las Malvinas, estaríamos perfectamente dispuestos y abiertos a seguir trabajando con la Argentina y con todos los países de la región dentro de la Unasur.

En Naciones Unidas, tuve el privilegio de pronunciar la declaración de Brasil con relación al tema de las Malvinas en el Comité de Descolonización. Recuerdo que la sesión de 2010 tuvo gran significado para el gobierno argentino. Fue el primer viaje al exterior del recién nombrado canciller Héctor Timerman, con una delegación muy importante. Se reforzó en esa ocasión la solicitud de los buenos oficios del secretario general de la ONU para promover un diálogo directo con el Reino Unido sobre el tema. Pero el Reino Unido aún no propició una postura positiva que facilite esa mediación, aunque lo prevea la resolución adoptada por el Comité.

En 2011, cuando el tema esté una vez más bajo consideración del Comité de Naciones Unidas, estaremos en condiciones de expresar la posición de Brasil de una manera concreta como lo hicimos el 3 de agosto en San Juan, en el sentido de que apoyamos todo el reclamo, incluyendo Malvinas, Georgias del Sur, Sandwich del Sur y áreas circundantes.

Por fin, creo que la percepción pública de nuestras sociedades sobre la importancia de Malvinas puede tornarse más aguda como consecuencia del descubrimiento de petróleo en aguas profundas en el litoral de Brasil y de la posibilidad de depósitos adicionales en otras áreas de la costa suramericana. Se percibe un cambio en la visión que tienen los brasileños, por ejemplo, de lo que significa una plataforma continental con potencial de petróleo abundante de alta calidad y sus implicaciones para la relación de fuerzas en el área energética global. Estimula en los brasileños un pensamiento estratégico acerca de la explotación económica y social de las riquezas del subsuelo marino en la franja costera.

La idea de que el área se extienda más al sur, quizás hasta la zona de las Malvinas, nos hace pensar si no sería el caso de organizarnos estratégicamente, los países de la región, para proteger estos y otros recursos de fundamental importancia para el futuro de nuestros países y de nuestra región.

* Ministro Plenipotenciario, miembro de la Misión Permanente de Brasil en las Naciones Unidas. Jefe de la Dirección de Ciencia y Técnica del Ministerio de Relaciones Exteriores de su país. Asesor en Asuntos de Cooperación Internacional.

¹ N. del E.: literalmente, “quedarse quieto”. Estancamiento.

² N. del E.: en esa fecha se realizaron elecciones generales en Brasil y ningún candidato presidencial logró el máximo de votos requeridos. El 31 de octubre se efectuó la segunda vuelta y resultó vencedora Dilma Rousseff, del Partido de los Trabajadores (PT).

³ N. del E.: Kirchner falleció un mes después, el 27 de octubre de 2010, sin concluir su mandato al frente de la Unasur.

El conflicto desnudó la incapacidad de la Organización de Estados Americanos

Jorge Arias *

Para poder abordar el tema que hace al panel, me pareció oportuno trabajar desde un enfoque que se posicione sobre algunos aspectos de la historia de las relaciones internacionales latinoamericanas.

El conflicto de Malvinas es de larga data y se inscribe en el marco de un conflicto de corte colonial, en el cual la ocupación original de estas Islas del Atlántico Sur por parte de Gran Bretaña, reproduce el comportamiento expansivo de una potencia extracontinental poseedora de estrategias y de prácticas imperiales a nivel global.

A partir del estallido de la guerra en 1982, este conflicto entra en un proceso enmarcado en una dinámica totalmente distinta, que reconoce antecedentes y mecanismos diversos de tratamiento y posiciones evidentemente no consensuales entre los dos contendientes, en un escenario de no resolución de un problema que para los argentinos supone un reclamo legítimo de violación a su soberanía por parte de una potencia usurpadora.

Por otro lado, pensar esto desde la perspectiva de una organización nueva, como la Unasur, nos obliga también a *buscar* elementos que refieran, por un lado, a tendencias en el funcionamiento de las relaciones internacionales de la región y, en otro sentido, a posibles perspectivas en lo que refiere al tratamiento de la problemática.

La Guerra de Malvinas no encaja en ningún patrón de conflicto de aquellos que habían afectado a la región, según las perspectivas de ciertos analistas internacionales. No responde a un tipo de conflicto Este-Oeste, típico del esquema bipolar derivado del orden posguerra, pero tampoco, dadas las características del régimen autoritario argentino, se inscribiría en un tipo de conflicto Norte-Sur.

Más allá de los desaciertos del gobierno dictatorial en lo que refiere a sus acciones y percepciones respecto del tratamiento de la problemática en el seno de la comunidad internacional, esta carencia o dificultad “tipológica” que menciona-

mos, podría contribuir, al menos de modo parcial, a comprender el aislamiento internacional de la Argentina luego del conflicto, lo cual se ha expresado incluso en las dificultades que los gobiernos democráticos desde 1983 hasta la fecha, aún con estrategias disímiles, han debido enfrentar para posicionar el tema Malvinas.

Si uno refiere al contexto del sistema internacional al momento del conflicto, la actitud de la comunidad internacional frente a la Guerra de Malvinas presenta algunos datos que no debiéramos obviar.

Como bien detalla Carlos Moneta en un artículo publicado en Nueva Sociedad el mismo año del conflicto, “la posición homogénea del Consejo de Seguridad rechazando la actitud argentina no hace más que representar la estratificación jerárquica del sistema internacional. La actitud de las grandes potencias, y estoy pensando en el escenario de abril o mayo de 1982, ha sido la de evitar todo ‘efecto demostración’, sobre todo para aquellas que disponían de intereses insulares transcontinentales y que disponían de posesiones de tipo colonial”.

Por otra parte, la posición de los países en desarrollo tampoco es homogénea. Mientras que en los países en desarrollo de otras regiones se observa incluso cierta desconfianza respecto de la posición de un país como la Argentina, que había manifestado de manera casi obsesiva su afirmación de alineamiento con el bloque occidental y cristiano, y su distanciamiento y no identificación con las condiciones esenciales del Tercer Mundo, menos aún con el bloque de Países No Alineados. Nicanor Costa Méndez, canciller de la Argentina en diciembre de 1981 y marzo de 1982 refuerza estos conceptos, promoviendo el retiro del país del Movimiento de No Alineados y enfatizando su carácter de “potencia media emergente” como una clave diferenciadora del perfil de inserción internacional del país.

Frente a esto, la posición de los países latinoamericanos ante el conflicto, contrasta con la de otros países en desarrollo de otras regiones del mundo, aún cuando la Argentina sostenía en América Latina posiciones como en Centroamérica, de clara intervención directa o indirecta con el apoyo a grupos como los “contras” y el apoyo a la estrategia de lucha antisubversiva que planteaba la administración de Reagan sobre el conflicto centroamericano.

En el marco de un orden internacional nuevamente sustentado en las conductas rígidas de la Guerra Fría, tal como bien expone Carlos Moneta en el artículo citado precedentemente, “el conflicto Malvinas es la única guerra con-

vencional, desde la posguerra, entre una potencia suramericana y otra europea occidental, y tiene como resultado la inducción a la crisis de una relación de ‘benigna indiferencia’ entre los esquemas de seguridad colectiva occidentales, tanto el caso del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) como de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), obligando a Estados Unidos, en su calidad de potencia hegemónica de la región, a optar por prioridades radicales entre socios asimétricos (escogiendo al más poderoso y tradicional)”.

Esta situación, que podría describir aspectos del funcionamiento del sistema internacional, contrasta con el apoyo que se da en la región a la situación argentina que, más allá de algunos cambios de posición, mantuvieron su respaldo al reclamo de nuestro país; aun cuando la respuesta regional manifieste descoordinación y una tendencia a la bilateralización en las acciones de apoyo y, en contraste con las respuestas instrumentadas en el ámbito de la Comunidad Económica Europea, la carencia de una capacidad de respuesta inmediata y orgánica apropiada para responder a las acciones coercitivas de terceros actores.

Aun así, hay un interrogante que mantiene su vigencia: ¿por qué América Latina manifiesta un comportamiento diferencial respecto al tema? Los pueblos de América Latina se consideran parte de un mismo colectivo. Es decir, desde distintos enfoques se ha aportado en la región a una construcción identitaria. Tal como destacan en sus trabajos José Paradiso y Mariana Luna Pont, esta posición en general es criticada por idealista o utópica, pero no ha sido menos influyente en el posicionamiento internacional de los países de la región por cuestiones que luego voy a mencionar.

No es objeto de esta exposición desarrollar en detalle cómo se articula en la región ese pensamiento que contribuye a reconocerse como parte de un mismo colectivo.

Podemos tomar algunas referencias en el siglo XIX, como las iniciativas e ideas de Bolívar, Montevideo, San Martín y Juan Bautista Alberdi, quienes con enfoques y perspectivas distintas refieren a la necesidad de construir espacios cooperativos entre los países de la región.

Hacia principios del siglo XX, sectores de la intelectualidad latinoamericana, influenciados por el pensamiento tanto modernista como romántico, dan lugar también a reflexiones en torno a la construcción identitaria. Algunas de estas reflexiones confluyen en el campo de la literatura, otras en el campo del ensayo y otras en posiciones claramente políticas.

En el campo del pensamiento político y de la praxis la política, emergen posiciones de corte antiimperialista en las primeras décadas del siglo XX.

A medida que el siglo XX avanza, y se operan transformaciones, tanto en el ámbito del orden internacional como al interior de los países latinoamericanos, se observa en la región el desarrollo de reflexiones e iniciativas que concluyen en la necesidad de la construcción de espacios cooperativos e integrativos y el reconocimiento de problemas comunes. Las perspectivas continentalistas de Víctor Raúl Haya de la Torre y Juan Domingo Perón, entre otros, referencian esto.

Algunos autores destacan también la influencia de lo que sería el ámbito de la reflexión económica o de las ciencias sociales –en particular, la influencia del pensamiento de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL)– en línea con la construcción o fortalecimiento de esta idea de pertenencia a un mismo colectivo.

El reconocimiento de esta identidad no necesariamente deviene en integración. Pero es evidente que el reconocimiento de esta identidad contribuye a generar espacios integrativos y cooperativos.

Aun cuando ese proceso integrativo en la experiencia histórica de las relaciones internacionales latinoamericanas ha manifestado dificultades en términos de su materialización, frente a amenazas o agresiones externas la región ha manifestado un comportamiento interesante en términos analíticos, ya que tendió a dar siempre una respuesta común y en gran parte coordinada. Estoy refiriéndome, por ejemplo, a la intervención francesa a México, a la amenaza española a Perú y Ecuador, al bloqueo a Venezuela, al conflicto con Estados Unidos por el Canal de Panamá y, por supuesto, a la Guerra de Malvinas.

La respuesta latinoamericana podría entenderse como una hipersensibilidad derivada de una autopercepción de vulnerabilidad de la propia región respecto a la intervención extranjera, a la sobrevivencia de enclaves coloniales o neocoloniales, o a las prácticas de intervención directa o indirecta que han tenido lugar desde el siglo XIX en adelante y que, evidentemente, se encuentran presentes en la memoria colectiva.

América Latina refleja aspectos de una historia cultural común y la conciencia de una identidad regional que evidencia un comportamiento internacional diferenciado, lo cual se ha transformado en un objeto de estudio en el ámbito disciplinar de las relaciones internacionales. Los trabajos de Paradiso-Luna

Pont, Kacowicz y Holsti, entre otros, son intentos sólidos por fundamentar ese comportamiento internacional diferenciado, en particular de Suramérica. Se habla de la “anomalía suramericana”. ¿Que supone esto?

En principio se observan indicadores que dan cuenta de que la región ha manifestado históricamente un comportamiento, en contraste con otras regiones del mundo, de baja conflictividad, escasas guerras entre los países de la región, y niveles muy eficientes de resolución de esos conflictos. América Latina ha sido un espacio de muy pocas guerras, y cuando éstas se han dado o cuando, como resultado de conflictos entre actores, los niveles de tensión entre ellos han tendido a incrementarse de modo riesgoso, se ha observado que la región en general dispone de mecanismos muy eficientes de resolución de conflictos, cuyos antecedentes hay que buscarlos en la propia experiencia latinoamericana, en sus tradiciones pacifistas, en su permanente apelación a la vigencia del derecho internacional, en sus aportes al conjunto del derecho internacional y, evidentemente, en una mancomunidad no sólo de intereses, sino de valores en torno a cómo pensar la paz.

Por otra parte, esta identidad regional, que evidencia un comportamiento internacional diferenciado, está centrada –según José Paradiso– en la tradición unificadora que ha trascendido a lo largo de la historia latinoamericana en un sistema regional o hemisférico institucionalizado, y estoy refiriéndome al sistema interamericano en el cual participa Estados Unidos, pero donde sin embargo, América Latina ha fijado posiciones permanentemente críticas a la intervención, y a la necesidad de vigencia del derecho internacional.

Y en tercer lugar, a lo que antes referimos: a la identificación precisa de formas y métodos de abordajes de la conflictividad.

Esto concluye en lo que denominamos como los rasgos de la singularidad latinoamericana: pocas guerras y efectivos mecanismos de resolución de conflictos y controversias en el plano intrarregional.

La situación de la Guerra de Malvinas genera una serie de consecuencias. La primera es la percepción de incremento de la vulnerabilidad regional. El deterioro de los marcos de relacionamiento tradicional con el sistema internacional se percibe como amenaza al desarrollo y a la seguridad colectiva de la región. En materia de seguridad internacional y regional, el conflicto pone en duda la validez de las instituciones encargadas de asegurar el mantenimiento de la paz y de la justicia. Se genera una absoluta pérdida de credibilidad respecto a

la funcionalidad del TIAR, que es un mecanismo de seguridad colectiva derivado y, yo diría, tomado del esquema del bipolarismo rígido de posguerra. Un instrumento de seguridad propio de la Guerra Fría, inapropiado para el tipo de conflicto que supone la Guerra de Malvinas.

Por otra parte, el conflicto desnudó también las dificultades y la incapacidad de la Organización de Estados Americanos, como organismo multilateral hemisférico, para hacer frente a situaciones de este tipo, sobre todo dada la conducta del actor predominante, Estados Unidos, y la influencia que tiene sobre esta organización hemisférica.

Esta “disfuncionalidad” institucional que el conflicto pone en evidencia, contrasta con la experiencia de América Latina que tiene capacidad de reacción frente a la situación de conflicto, porque a nuestro entender, dispone de probadas referencias e indicadores respecto a cómo descomprimir una situación de tensión y de conflicto.

El conflicto, que pone en evidencia la crisis del sistema interamericano, en contraste, contribuye al afianzamiento de iniciativas y acciones cooperativas y pro integracionistas en el ámbito regional.

La Guerra de Malvinas es un catalizador, no el único por supuesto; hay otros problemas. La guerra es contemporánea, por ejemplo, a la crisis de la deuda mexicana, pero es uno de los catalizadores más relevantes que impulsa la crisis del sistema interamericano y que afectará el desarrollo de las relaciones internacionales de América Latina, propendiendo a la búsqueda de nuevas formas de cooperación y concertación regional. Por ejemplo, el grupo de Contadora, el Grupo de Apoyo a Contadora, el Grupo de Cartagena, el Grupo de los Ocho, el Grupo de Río y, por supuesto, el estímulo a los acuerdos Argentina-Brasil que derivarían en el Mercosur, el reforzamiento de los mecanismos integracionistas en Centroamérica y la revisión en torno al proceso de integración en la región andina, iniciativas todas que manifestarían una creciente percepción acerca del entrelazamiento de problemas o de la creciente politización de los mismos.

Ahora bien, en lo que hace a la temática de este panel, me gustaría destacar que considero que la experiencia de la Unasur no está desvinculada de la tradición pro cooperativa de la región y del fortalecimiento de esas perspectivas e iniciativas que se revalorizan en el crítico escenario derivado del conflicto del Atlántico Sur.

La Unasur es el resultado de la evolución y el fortalecimiento de estas perspectivas cooperativas, aunque considero que esto se da en el marco de una coyuntura favorable para la región, que se manifiesta en los cambios positivos en los indicadores de los flujos de comercio internacional, en el reequilibrio de los sistemas de poder a nivel global, en el consenso intrarregional en torno a la afirmación de una conciencia integracionista, que aun con diferencias ideológicas y de perfiles de gestión, se manifiesta en la región.

A mi entender, este consenso también se ve estimulado y fortalecido por cierta convergencia de gobiernos y liderazgos; me refiero a Argentina, Brasil, Bolivia, Venezuela, Uruguay, Ecuador y Paraguay. En este sentido, si bien aún una evaluación de su trayectoria sería acotada y parcial, la Unasur parecería manifestar el intento de construcción de una organización regional de nuevo perfil.

Desde su creación el 28 de mayo de 2008 en Brasilia, el protocolo de la Unasur fue ratificado por Argentina, Chile, Perú, Venezuela, Bolivia, Ecuador y Guayana. Para la vigencia plena de la unión, el tratado constitutivo debe ser aprobado por al menos los restantes nueve países para su funcionamiento pleno. Aún no lo han hecho Paraguay, Brasil, Colombia, Uruguay y Surinam.

Más allá de las diferencias de los modelos de inserción en el sistema internacional que puedan manifestar los distintos actores que participan de la Unasur, la acción de esta organización se sustenta en la tradición; esto quiero reforzarlo, de una región acostumbrada a la resolución pacífica y multilateral de las controversias y los conflictos, lo cual ha llevado a los académicos y los analistas a estudiar a América Latina como “zona de paz”.

En exposiciones que me precedieron, en el marco de este panel, se hizo referencia al Consejo de Defensa Suramericano. En su normativa, este Consejo, aun siendo un esquema de seguridad colectiva, plantea estrictamente y claramente que es un organismo dirigido a consolidar la Unasur como zona de paz, y si bien la región ha dado ejemplos de iniciativas en materia de seguridad que se articulan colectivamente, esto, a mi entender, se sustenta en lo que denominamos la “cultura suramericana de la paz”.

Si bien, tal como se ha hecho referencia en el marco de este panel, las acciones desarrolladas por la Unasur en el caso del diferendo Colombia-Venezuela han sido eficaces, es cierto también que el conflicto de Malvinas plantea un desafío de otro tipo, en el sentido de cómo concebir la cooperación entre los miembros de la comunidad, cómo pensar su desarrollo y, en este caso, su seguridad.

La Unasur tiene la particularidad de ser un organismo de bloque; no una parte del bloque suramericano, como puede ser el Pacto Andino o el Mercosur, que agrupan a algunos países de la región. Es una institución de carácter político de integración de los países de la región y de integración en la diversidad.

El “problema” de Malvinas, en la medida que se intenta concebir como un problema pasado, se presenta como paradójico para el bloque, ya que no se trata sólo de reconocer una historia común, y ubicar el “problema” en el transcurrir de esa historia común, y en algún sentido desactivarlo, sino de ubicarlo en un presente y en un futuro compartido. Esto es el espacio sobre el cual debe trabajar la Unasur, que es el de transformar el conflicto por Malvinas en un tema prioritario de su propia agenda.

En esta mesa otros colegas han hecho referencia a la Declaración de Cancún, y yo creo que es un hito importante. La Argentina ha dado un paso importante para latinoamericanizar y suramericanizar su reivindicación de Malvinas, consiguiendo que todos los países de América Latina y el Caribe condenen la usurpación británica y su intento por apropiarse de la riqueza petrolera malvinense, incluso países del Caribe de habla anglófono, muchos de ellos fuertemente vinculados por intereses a Gran Bretaña.

A este punto, considero oportuno citar al colega Marcelo Gullo, quien semanas atrás ha escrito en un foro: “Con la entrada en vigor del Tratado de Lisboa el 1 de diciembre de 2009, Gran Bretaña logró que nuestras Islas Malvinas formaran parte de la región ultraperiférica de la Unión Europea. Así los 27 miembros de la Unión Europea se hicieron cómplices y garantes de la usurpación de las Islas Malvinas. Gran Bretaña logró de esta forma europeizar la cuestión Malvinas, por lógica consecuencia, la única estrategia posible para la Argentina desde ese momento consiste latinoamericanizar y suramericanizar el tema Malvinas, para que las repúblicas latinoamericanas se conviertan en activas protagonistas en el proceso de recuperación de la soberanía argentina sobre las Islas del Atlántico Sur. Sin embargo es preciso pasar de forma inmediata de la solidaridad declarativa a la solidaridad efectiva. Pasar de las palabras a los hechos. Para la Argentina resulta imprescindible elevar los costos de la ocupación británica de Malvinas y dificultar todas las actividades económicas que los ingleses decidan emprender en el archipiélago o en sus aguas adyacentes. Éste es el objetivo táctico que debe guiar como principio absoluto de acción la política argentina con respecto a Malvinas. Es en este sentido que la Argentina necesita del apoyo efectivo de todas las repúblicas latinoamericanas. Pero fundamentalmente de

tres de ellas: Uruguay, Brasil y Chile. Que todas las medidas tomadas por Uruguay, Brasil y Chile sean también adoptadas por la Unasur”.

El conflicto de Malvinas requiere que la Unasur consolide su posición como actor de la comunidad internacional, pero también somete a este bloque a una prueba distinta. La Argentina también debe enfatizar su estrategia en el marco de la Unasur y en otros organismos y foros internacionales. Tal como expresara el ex canciller Jorge Taiana frente a los miembros de la Asamblea de Naciones Unidas en 2009, “el Reino Unido de la Gran Bretaña ha sido indiferente al llamado generalizado de las múltiples instancias de la comunidad internacional. Se rehúsa de modo sistemático, persistente e injustificado a reanudar las negociaciones con la República Argentina para poner fin a esta anacrónica disputa a pesar de la voluntad negociadora de la Argentina”.

La Unasur debe cuestionarse acerca de la justificación sobre la presencia en las Islas Malvinas del mayor enclave militar británico en todo el hemisferio, y en qué medida esto implica el control estratégico del Atlántico Sur y la apropiación de sus recursos naturales. En esta misma línea de reflexión se expresó el colega brasilero en este panel, minutos atrás. Según algunos informes editados en distintos foros, el servicio de geología de Estados Unidos ha estimado que la plataforma submarina de la Argentina podría contener el doble de las reservas existentes comprobadas en el hemisferio occidental. Se refiere a reservas petroleras, y no hace referencia a la riqueza ictícola.

¿Qué razones puede alegar esta potencia extracontinental para justificar su ocupación? No puede alegar ninguna otra razón, ya que la Argentina es un país de larga tradición pacifista y a la cual claramente no se la puede acusar de estar en carrera armamentista alguna.

Por otra parte, en nuestro país se insiste, en declaraciones a los medios, en negar la existencia de toda hipótesis de conflicto externo para la Argentina. Sin embargo, el caso Malvinas contiene todos los ingredientes de un caso de manual de hipótesis de conflicto. Existe una controversia de soberanía no resuelta, una base militar que dispone de tecnología militar sofisticada, petróleo, gas, pesca y vocación expansiva marítima territorial por parte del actor ocupante.

Y finalmente, Malvinas no ha sido, al menos a mi entender, un tema prioritario en la agenda de la política exterior argentina, más allá de la sistematicidad en las posiciones que se han instrumentado desde 2003. Se observa más un criterio reactivo que activo en la posición del país con respecto a Malvinas. En la

posición argentina el elemento nuevo aparece cuando hay una acción de la contraparte que se percibe como una amenaza. En este sentido, se entiende que el rol de la Unasur en esta problemática, estará determinado por la relevancia que en definitiva el país le otorgue al conflicto Malvinas en su agenda de política exterior. El posicionamiento del tema en el ámbito del bloque no es sólo una responsabilidad de la Unasur.

Finalmente, quisiera formular una reflexión crítica sobre la actitud del ámbito académico respecto al tema Malvinas. En este sentido, yo diría que el ámbito académico es totalmente refractario a tratar el tema Malvinas, a producir estudios sistemáticos sobre el conflicto y sus consecuencias, desde una perspectiva amplia que atienda la multidimensionalidad del problema. Es verdad, hay trabajos realizados y publicados por destacados colegas que proponen “desmalvinizar”, y de cierto modo contribuyen así a negar toda relevancia a la problemática como objeto de estudio.

Malvinas como problema, en algún sentido reproduce esa distancia histórica y siempre latente entre el *homo academicus* argentino y las formas en que persiste y se expresa la memoria colectiva en nuestra sociedad.

Con conocimiento puedo decir que son pocos los grupos que trabajan el tema Malvinas en el ámbito académico. Y que si bien son perspectivas y metodologías de abordaje de la problemática disímiles, contrasta el esfuerzo que hacen familiares y veteranos por llevar adelante el tema en los ámbitos educativos pertinentes, con la escasa producción de estudios sistemáticos en el ámbito universitario sobre el tema.

Es misión de la universidad, que no es sino una comunidad enclavada en otra que la contiene y que le da sentido a su existencia misma, la de producir trabajos y elaborar estudios que contribuyan a atender y resolver los problemas nacionales.

Y en este sentido, el ámbito académico está en deuda con Malvinas. Celebro entonces que la Universidad Nacional de Lanús haya creado el Observatorio Malvinas y que el mismo haya promovido la realización de este importante evento.

Finalmente, mi agradecimiento al público presente por la atención. A los colegas de países hermanos con los que he compartido estas ideas, a los miembros del cuerpo diplomático presentes, a los docentes y alumnos de la UNLa, a las

delegaciones de colegios de la zona, y muy en particular a los Ex Combatientes y Familiares de Ex Combatientes de Malvinas presentes, quienes con su templanza y sus silencios hacen aún más insignificantes mis palabras.

Las Malvinas y América Latina

Víctor Flores Olea *

Absolutamente es verdad: las Malvinas representan una herida abierta en el cuerpo y en la historia latinoamericana, en un pasado que se prolonga ya por casi doscientos años, y en un presente que se nos impone a todos como una realidad inadmisibile, producto de una de las formas más atroces de las relaciones humanas, la del colonialismo, es decir, la de la invasión, la explotación y la dominación vía la fuerza desnuda sobre un territorio arrancado abusivamente a otros países y continentes, que hoy debiera ser cosa del pasado y que, sin embargo, para vergüenza de la sociedad internacional, sigue vigente y actuante.

Vergonzoso episodio, naturalmente, sobre todo para la potencia que sigue actuando con los más regresivos puntos de referencia, aquellos de la piratería y el saqueo, y cuya conducta deshonrosa es motivo hoy de universal rechazo. Es otra de las batallas que libran la democracia y la renovación en contra del oscurantismo aún presente, es otra de nuestras batallas continentales por la libertad y el pleno desarrollo autónomo y en contra de la sumisión que por diversas vías nos han impuesto las potencias coloniales e imperialistas, y en contra de las cuales hemos de luchar firmemente. En síntesis: es una lucha por el futuro y otra de las batallas que libra América Latina por transformar un orden de cosas implantado durante muchos años para ejercer sujeción y dominio sobre nuestras tierras, nuestros hombres y mujeres y para continuar la explotación de nuestras riquezas. Es, como decíamos, una lucha en contra de un pasado caduco y agotado y en favor de un porvenir en que los habitantes de estas tierras, en que los hombres y mujeres de estas tierras, y por supuesto los de la gran Nación Argentina, puedan vivir en plena libertad y en el goce de su autodeterminación soberana.

Todos sabemos de los reiterados acuerdos de la Asamblea General de la Organización de Naciones Unidas y del Comité de Descolonización del propio organismo urgiendo a las partes a resolver el conflicto por la vía negociada, que por supuesto implicaría un acuerdo que abandone la pretensión británica de seguir en posesión de esos territorios que son originariamente argentinos y cuyos derechos de soberanía han sido reiteradamente afirmados por esta nación. Pero conocemos también la repetida negativa británica para negociar y alcanzar acuerdos de mutua conveniencia.

* Se licenció en Ciencia Política (Universidad del Salvador) y cursó estudios de Postgrado en la Maestría en Relaciones Internacionales FLACSO-Programa Buenos Aires, en la Universidad de Santiago de Compostela (España) y la Universidad Nacional de Mar del Plata. Profesor Titular de la UNLa en las Licenciaturas de Relaciones Internacionales, donde imparte Historia Argentina e Historia de las Relaciones Internacionales Latinoamericanas, y de Ciencia Política y Gobierno, donde imparte Historia Política y Social Latinoamericana. Profesor Titular de la Universidad del Salvador en las carreras de Relaciones Internacionales y Ciencia Política, donde imparte Política Internacional Latinoamericana y Sistemas Políticos Latinoamericanos Comparados. Profesor de la Maestría en Integración Regional de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, donde imparte Sistema Político e Integración, y de la Maestría en Relaciones Internacionales de la Universidad del Salvador. Dictó cursos en el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Lille (Francia), la Universidad de Santiago de Compostela (España) y la Universidad Católica de San Pablo (Brasil). Es director de Vinculación Tecnológica/Secretaría de Ciencia y Técnica de la UNLa. De 1997 a 2007 se desempeñó como Director Ejecutivo de la Asociación de Universidades de América Latina y del Caribe para la Integración (AUALCPI).

Aquí también se manifiesta de nueva cuenta la desproporción y el tremendo anacronismo de la organización mundial, que fue fundada, dicho sintéticamente, para asegurar la paz y el bienestar de todos pueblos de la tierra en sus relaciones internacionales, y que hoy todavía, a los 55 años de su fundación, otorga el ejercicio de un derecho de veto que sitúa a los principales países vencedores en la Segunda Guerra Mundial del siglo pasado en una inadmisibles situación de superioridad y privilegios respecto a la comunidad internacional, de lo cual se aprovecha abusivamente la Gran Bretaña para sostener su posesión de facto de las Malvinas, y precisamente para negar a la Nación Argentina su derecho soberano a esas Islas que están apenas a unos kilómetros de su territorio continental y a muchos miles de kilómetros del poder colonial que sostiene sin legitimidad su posesión sobre las mismas. Vemos en este caso cómo se asoma un grave malestar y un grave desequilibrio de la comunidad internacional que tarde o temprano ha de ser corregido.

Mencionaremos por su importancia y por su proximidad en el tiempo la última reclamación de la Argentina ante la ONU: apenas el 24 de junio de 2010, reportaron las agencias internacionales, “el Comité de Descolonización de Naciones Unidas aprobó por unanimidad una resolución en la que insta a los gobiernos de la Argentina y el Reino Unido a ‘afianzar el proceso de diálogo y reanudar las negociaciones para encontrar una solución pacífica’ a la cuestión de la soberanía de las Islas Malvinas”.

Así lo aprobó el Comité, que tiene su sede en Nueva York, luego de que el embajador de Chile, Octavio Errázuriz, patrocinara un proyecto de declaración que apoyaron luego con encendidos discursos países de la región como Venezuela, Uruguay, Bolivia, Cuba, Ecuador, Nicaragua, México y Brasil.

“Mi país apoya decididamente los derechos de soberanía argentinos sobre las Islas Malvinas”, dijo el representante chileno, al igual que lo hicieron luego sus colegas de América Latina, que hablaron de la cuestión Malvinas como una “herida profunda en nuestro continente”.

“Esta rémora colonial que ofende a la Argentina ofende también a toda la América Latina”, dijo en un enérgico discurso el embajador uruguayo ante Naciones Unidas.

Previo a la resolución, el canciller argentino Héctor Timerman reafirmó “los derechos soberanos irrenunciables e imprescriptibles de la Argentina sobre las Islas Malvinas” y advirtió la “amenaza ambiental” que representa el inicio de las

exploraciones petrolíferas que empresas británicas realizan en las aguas circundantes al archipiélago.

“En mi primera tarea como ministro de Relaciones Exteriores, tengo el honor y el privilegio de venir al seno de este Comité para reiterar frente a la comunidad internacional una vez más los derechos soberanos irrenunciables e imprescriptibles de la Argentina sobre las Islas Malvinas.”

Los reportes de las agencias de prensa recordaron igualmente cómo se cumplen ya 177 años de la disputa y que suman 45 años desde el primer llamado de la ONU para que la Argentina y el Reino Unido lleguen a una solución negociada. Así como el hecho de que este año se cumplen 28 años del conflicto del Atlántico Sur y también 28 años de la negativa británica a reanudar las negociaciones. Además, recordaron que “las Malvinas fueron invadidas y sus pobladores desalojados por las fuerzas del Reino Unido en 1833, precisamente en tiempos de paz y sin comunicación y declaración previas a estos actos de fuerza. Con motivo de su comparecencia en junio pasado ante el Comité de Descolonización de Naciones Unidas, el canciller Timerman acusó al Reino Unido ante el comité de descolonización de la ONU de “rapiña” por las exploraciones británicas de petróleo en las Islas Malvinas, y por el riesgo medioambiental que puede suponer para la zona “esta aventura colonialista del Reino Unido en el Atlántico Sur, basada en la rapiña de los recursos naturales no renovables de nuestro continente”. “Estas actividades británicas –añadió con plena pertinencia el canciller– además de resultar una flagrante violación a lo dispuesto por el derecho internacional y un claro desprecio del mandato de la comunidad internacional, supone una grave amenaza ambiental.”

Por supuesto, el canciller Timerman recordó la catástrofe ecológica que sufre la región del Golfo de México como consecuencia del derrame de petróleo de la empresa británica BP y manifestó la “plena solidaridad” de la Argentina con los estadounidenses damnificados por el desastre; además, manifestó su preocupación por lo que consideró recientes “declaraciones de corte belicista” de representantes del gobierno británico y de las autoridades de las Islas Malvinas. E insistió en que Gran Bretaña debe disponerse a cumplir el mandato de la Asamblea General de Naciones Unidas en el sentido de sentarse a la mesa de negociaciones con los representantes del gobierno argentino, a lo cual se ha negado tajantemente un miembro permanente del Consejo de Seguridad.

No podía ser más oportuna la organización de este seminario en que la República Argentina reitera sus derechos soberanos sobre las Islas Malvinas y nos

recuerda a todos los latinoamericanos que sigue viva entre nosotros la presencia del imperialismo, es decir, en definitiva, la maquinaria de explotación y sujeción de nuestros pueblos. Por lo demás, no podía ser más oportuna esta reivindicación en un marco académico y político, precisamente porque la Argentina ha estado presente de manera distinguida en los procesos de cambio que ha emprendido América Latina en los últimos tres o cuatro lustros, cuando menos, y que han convertido a la región en una con excepcional dinamismo y potencial de transformación en estos tiempos de nuevas incertidumbres sobre los caminos a tomar. Y todo ello, si sumamos las tendencias y las obras ya realizadas, diríamos que ha sido excepcional la imaginación y la voluntad latinoamericana.

En otras reuniones académico-políticas he sostenido que la historia latinoamericana se define por dos rasgos esenciales: uno sería la resistencia y batalla contra los abusos del imperialismo, y como piedra angular las batallas internas y externas por la democracia. La Argentina se ha distinguido por efectuar esforzadamente ambas luchas, y en un momento como este en que brilla por ambas razones, cuenta desde luego con el apoyo de los pueblos latinoamericanos y de un buen número de sus gobiernos, que respaldan absolutamente las reivindicaciones internacionales que efectúa, como esta de los derechos de soberanía sobre las Islas Malvinas, que le corresponden plenamente sobre la base de los más elementales principios jurídicos del derecho de gentes y de la más clara correspondencia histórica. Sobre esto no hay duda alguna y sólo de mala fe es posible negar la verdad que se impone con luz propia.

Como otros países continentales hermanos nuestros, la República Argentina pasó también por la tremenda oscuridad que significaron los cruentos golpes de Estado que igualmente tuvieron su origen en los altos círculos del gobierno de Washington, y que invariablemente contaron con su apoyo decidido. Se trataba, como es bien sabido, en el marco de la Guerra Fría, de combatir y “mantener a raya” a los “agentes” que pudieran debilitar a Estados Unidos. Y “agentes” eran, para ellos, todos aquellos que exigían una real autodeterminación para sus países, la plena soberanía política y económica, sin sumisiones externas, y todos aquellos que en nuestros países demandaban mejores condiciones de trabajo, más ingresos, educación y salud, es decir, en el fondo, todos aquellos que clamaban por “un mundo mejor”.

Hay que decir, sin embargo, que el panorama negro y de sangre de los años 70 y 80 y aun antes, que prevalecía en buen número de los regímenes latinoamericanos, hoy se ha despejado de una manera notable, hasta el punto que nuestro continente se califica hoy como uno de luchas democráticas exitosas y de una

transformación de los regímenes dictatoriales a otros en que privan esencialmente los derechos humanos y su vigencia. Lejos de nuestra intención presentar un panorama idílico del continente –los problemas en diversos niveles y esferas siguen siendo preocupantes– pero sí es legítimo subrayar el adelanto político logrado, y el proceso alentador de nuestras transformaciones históricas recientes, sobre todo en razón de las luchas y presiones populares. En esa gesta democrática continental se distingue desde luego la República Argentina, y no resulta entonces alentador que un viejo imperio, decadente en varios sentidos, se oponga a una justa reivindicación de soberanía como la que hace ahora, igual que mucho tiempo antes.

Por supuesto, la historia continental no se agota en sus tramos de oscuridad sino que abundan otros llenos de luz, aquellos en que el pueblo, los pueblos, han hecho presencia y han sido los protagonistas y dueños de su historia, sus reales sujetos. Menciono apenas ciertos momentos sin duda altos de la historia latinoamericana: Jacobo Arbenz, en Guatemala; Juan Domingo Perón, en la Argentina; Fidel Castro en Cuba; Salvador Allende, en Chile; el sandinismo que derrotó al régimen sangriento de los Somoza en Nicaragua y a tantos otros de la actualidad que prefiero no designar para no caer en torpes olvidos, pero que incluyen sin duda a Hugo Chávez, a Evo Morales y a Cristina Fernández de Kirchner, en este gran movimiento de renovación profunda de América Latina que busca para el continente la afirmación de soberanía, la profundización de la democracia, el equilibrio y la justicia social, y desde luego un desarrollo plenamente libre y compartido en beneficio de todos.

Desde el norte continental, desde el querido México que ha sido en otros momentos punta de lanza en las batallas por la soberanía y por la solidaridad entre nuestros pueblos hermanos, vemos con nostalgia los éxitos y virtudes de estos esfuerzos en el sur, que han sido detenidos en nuestra tierra por la falsa perspectiva, por el espejismo de una vecindad con la gran potencia del norte de la cual nos llegarían infaliblemente ventajas y estímulos para superar nuestros retrasos y satisfacer nuestras carencias más urgentes. El desenlace no podía ser más decepcionante y contrario: el desmantelamiento de nuestra vena nacional y la concentración incontenible de la riqueza, en un panorama de exclusión severa de los menos favorecidos, que aumentan exponencialmente y llega ahora a una situación de brutales desigualdades que hieren profundamente el tejido social.

Sin perder de vista que la agravación salvaje del narcotráfico y del crimen organizado son hoy también en México factores dolorosos de descomposición

social, que no pueden aislarse, por supuesto, de un diseño de debilitamiento elaborado al menos por ciertos círculos e intereses de la potencia del norte. Peligro presente en que la “cooperación” supuestamente desinteresada pudiera tornarse de pronto en ocupación y anexión, como ha ocurrido en otras zonas del continente.

Pero quiero sobre todo subrayar la esperanza, porque así lo ha demostrado plenamente América Latina en los últimos años. En la mayor parte de nuestro continente, aun cuando tengan una presencia universal, los movimientos sociales se han reflejado espectacularmente, hasta convertirse por su militancia en nuevos y a veces decisivos actores sociales, tomando la vanguardia en las luchas políticas de la transformación. Por lo demás, el desastre del neoliberalismo, al que se plegaron un buen número de partidos, afectó profundamente la credibilidad de los mismos, que han enseñado muchos de ellos su verdadera ley interna de servidores del dinero empresarial.

Los movimientos sociales en América Latina se han convertido en vanguardia de las luchas por el cambio social. Sus objetivos son muy variados pero sumados forman un amplio proyecto de carácter cultural, político y social, que incluye desde luego la defensa de la integridad territorial, el respeto a los derechos humanos y la igualdad de género, hasta el reconocimiento de la identidad de los pueblos indios como parte sustantiva de la nación y de las culturas nacionales. Claro está, la lógica profunda de tales movimientos desemboca inevitablemente en la exigencia de la ruptura con el sistema político, económico y social imperante que impide la satisfacción de esas demandas y necesidades. Tales movimientos fueron alcanzando gradualmente personalidad específica y desligándose muchas veces de las plataformas tradicionales de los partidos organizados, sin olvidar que los movimientos sociales constituyen pluralidades políticas con relativa unidad de movimiento sin perder de vista la diversidad de su composición, de su origen, de sus características, y en general alejados de las estructuras organizadas de los Estados y partidos.

Podemos decir, además, que los movimientos sociales en América Latina han sufrido un proceso acelerado de radicalización, representando militantemente a campesinos, obreros, indígenas, desocupados, mujeres y otros sectores de la población. Es oportuno subrayar la importancia de los grupos y organizaciones indígenas que están en la primera fila de la revolución boliviana y ecuatoriana. También en México, con el zapatismo y sus planteamientos de una democracia radical, se expresaron las luchas de los pueblos indios en América Latina. José Martí decía a principios de siglo “no andará la América mientras no se levante el indio”.

Sobre los movimientos sociales, nos atrevemos a decir que han sido el factor más importante del cambio político de América Latina en las dos últimas décadas, y aun antes. En ellos hay acción y práctica colectivas y pluralidad de iniciativas, más que propuestas ideológicas cerradas o aparatos institucionales verticales. Estos movimientos aparecen en América Latina en el marco de una crisis multidimensional, civilizatoria, como se ha repetido, que en primer lugar expresa el agotamiento del desarrollo capitalista y de sus “modos”, como el neoliberalismo, y que se manifiestan en un amplio espectro que recorre la variadísima experiencia latinoamericana de las últimas décadas.

Pero hemos de decir también que representan hoy nuestra plataforma de resistencia probablemente más robusta ante la presencia y agresión imperialista que aún nos amenaza, como en el caso de la continua cerrazón británica sobre la cuestión de las Malvinas.

Hoy los estudiosos sobre América Latina, y por supuesto algunos jefes de Estado como Hugo Chávez, ponen gran énfasis en la denuncia de la multiplicación de las bases militares estadounidenses en distintas regiones de nuestro continente, sobre todo en territorio colombiano y en los adyacentes a la Amazonia, así como en el Caribe, a lo que se suma la movilización de la IV Flota de Estados Unidos en la región, sin excluir el golpe de Estado relativamente reciente en Honduras, lo cual apuntaría en conjunto al control territorial y militar de zonas estratégicas del continente, y al aseguramiento de recursos naturales como el agua, el petróleo, el gas, el uranio y muchos otros que son abundantes en el sur continental. Incluidos los recientes descubrimientos de reservas del petróleo en aguas profundas, por parte de Petrobras.

Como muchos afirman, se trata de un esquema en que los Estados Unidos procuran delimitar militarmente a América del Sur como su espacio geopolítico, con la intención entre otras de frustrar el desarrollo de las nuevas instituciones suramericanas que subrayan los nuevos tiempos de independencia, y principalmente tal vez el desarrollo de la Unasur y del Consejo de Defensa de la América del Sur.

Como son las cosas, yo no desvincularía la actual obcecación británica a negarse a tratar por vía negociada la cuestión de las Malvinas, de este diseño de controles más amplio que no solamente incluye a Estados Unidos sino que lo sitúa como clave maestra del diseño de conjunto. Por supuesto, la exploración intensiva de depósitos petroleros en aguas profundas, en la zona de las Malvinas, confirma que la explotación imperial se dobla con la presión de las armas y

que las armas sirven sobre todo para continuar la explotación, para prolongarla en lo posible. Por eso es que la reivindicación soberana de las Malvinas, por parte de la República Argentina, tiene el significado hoy de un genuino acto no sólo de reclamación y recuperación de derechos sino una acción que tiende a cortar de tajo la cadena de intervenciones y explotaciones que los países imperialistas han cometido y siguen cometiendo en este continente. Y es por esa razón que los pueblos del continente entero respaldan esta justa reclamación de la Argentina.

La severa crisis del capitalismo, que dismantela el bienestar de las clases medias en el mundo, por un momento suscitó la esperanza de que traería consigo arreglos al sistema que disminuirían su avidez. Los hechos prueban que no es así: las oligarquías no abandonan su afán de lucro y en el despeñadero que hace más pobres a los ya pobres –sin trabajo, sin servicios educativos o de salud, sin posibilidades de futuro– ellos siguen distribuyéndose entre sí las bonificaciones más apetitosas. ¡Cuanta razón ha tenido el filósofo social que ha dicho que, sobre todo en el capitalismo neoliberal, en que las finanzas mandan sobre la producción de bienes y servicios, es decir, las prácticas de casino sobre las necesidades sociales, los ciudadanos se han convertido en simples consumidores, degradándose todo el sistema de las relaciones sociales y comunitarias para llegar a ser exclusivamente un campo de trueques y ganancias, del tener y no del ser!

Pero con perseverancia, los grandes problemas se han resuelto. Y para los grandes problemas políticos la perseverancia es sinónimo de solidaridad, en este caso la solidaridad latinoamericana con la que cuenta el pueblo argentino en esta trascendental tarea de reivindicar a su favor la plena soberanía de las Islas Malvinas. Solidaridad que debemos suscitar en actos como éste que ojalá se multipliquen a lo largo y ancho del continente latinoamericano.

* Docente universitario, diplomático, conferencista y ensayista. Estudió Derecho en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y realizó estudios de posgrado en las Universidades de Roma y París. Fue Profesor en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, de la que fue Director (1970-1975). Embajador en la Unión Soviética (1975-1976), Subsecretario de Cultura en la Secretaría de Educación Pública (1977-1978), representante ante la UNESCO (1978-1982), Subsecretario para Asuntos Multilaterales de la Secretaría de Relaciones Exteriores (1982-1988), primer Presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CNCA) (1988-1992) y Embajador ante la ONU.

Creamos muchos países pero falta fundar la Patria única

Hugo Manini Ríos *

Creo que el tema de este panel, referido al rol de la Unasur en la devolución de la soberanía argentina de las Islas Malvinas, fue expuesto en forma satisfactoria por el ministro Guilherme Patriota de Aguiar y Jorge Arias. No voy a explayarme mucho más sobre el tema, pero sí quiero destacar la importancia de lo que ha dicho Patriota de Aguiar sobre lo que hoy tenemos vigente desde comienzos de la década del noventa y por esa razón el Mercosur nació con una clave neoliberal.

Recién en estos últimos años se está llegando a la conclusión de que la creación del Mercosur no era sólo un espacio de libre comercio o libre tránsito de mercadería, que es importante. Pero el Mercosur, como lo dijo muy bien Patriota, es un proyecto político y de integración social, de avance, consolidación y, sobre todo, de agendas sustantivas en lo que tiene que ver con esa integración, de lo que va a ser el embrión de la Nación Suramericana, esa nación bioceánica, ese Estado Continental, como decía nuestro maestro Alberto Methol Ferré, al que deben aspirar estos pueblos que todavía no han logrado formar su Patria.

Estoy convencido de que las cosas tienen su origen, nacen, viven, se desarrollan y después mueren. Y eso es lo que me parece que ha sucedido con la Organización de Estados Americanos y el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca. Creo que llegó la hora de que el Consejo Suramericano de Defensa de los países de la región tenga plena vigencia. Y también creo que las firmas que faltan para lograr el tratado de la Unasur se van a conseguir. Es un paso más para dejar de ser coro y comenzar a caminar como protagonistas de una historia, un mundo y un horizonte nuevo que se abre a todos.

No hay duda de la vigencia de estas premisas para consolidar a la Unasur como garante de la recuperación de la soberanía en las Malvinas por la Argentina. Se ha conmemorado con mucho énfasis en nuestros países, y en particular en la República Argentina, el Bicentenario de la Independencia. Creo que ahí está el meollo del tema Malvinas. Pienso que para que el Mercosur cumpla el rol que debe cumplir y para que la Unasur se consolide, es importante un componente cultural del pensamiento. Son muy importantes las relaciones comerciales, pero

no podemos dejar de lado los grandes temas. Hay que trabajar en las conciencias y en la mente de las nuevas generaciones. Y uno de los aciertos que ha tenido este Congreso en la Universidad Nacional de Lanús, es cómo ha rotulado la cuestión: “Malvinas, una Causa de la Patria Grande”. Creo que ahí está todo. Se ubica el problema donde hay que ubicarlo.

Yo quedé conmovido ayer en el Aula Magna con la presencia de ex milicianos del Operativo Cóndor, porque la vida no está hecha sólo de razones teóricas, lógicas, frías, de cálculo; la vida está hecha de sentimientos. Lo que ha movido siempre al animal hombre en el planeta Tierra a través de los siglos han sido también, fundamentalmente, los sentimientos. La apertura de ayer fue algo emotivo, algo que con ese aparente desorden tenía una lógica absoluta. Y al final, el homenaje a los “cóndores”, ubicando el tema en el corazón de las personas que estábamos allí, sintiendo que, al decir de Pascal, “el corazón tiene razones que la razón no conoce”. Ayer se apeló a ese tipo de razones fundamentales en la movilización de los jóvenes, en la movilización de la gente que lamentablemente en los últimos años se ha retirado de las grandes causas desinteresadas.

Más allá de reconocer con Víctor Flores Olea que la historia de las Islas Malvinas es una historia de colonialismo, de invasión, de despojo, de piratería y de saqueo –y él, como mexicano, tiene sobradas razones para afirmar esto– yo quiero ubicar este tema en el contexto de Patria Grande. Somos una familia balcanizada, que quiere juntarse pero no puede. Tal vez hicimos muchos hermosos países, pero hasta ahora seguimos fracasando en hacer la Patria Grande. No perdemos la esperanza porque aún están vivos los sentimientos. Desde el Río Bravo hasta las Islas Malvinas vive una sola nación: la Nación Latinoamericana. Quien ha dicho esto es el Presidente de mi país, José Mujica, cuando asumió el 1º de marzo pasado la presidencia de Uruguay. Es Mujica quien mejor ha interpretado este sentimiento en el corazón de Patria Grande.

A fines de 2009 se realizó en Montevideo la Novena Cumbre Sindical del Cono Sur. Allí Mujica habló en la sede del Mercosur a los trabajadores y a los dirigentes sindicales, y finalizó su discurso diciendo: “Soy de los que piensan que creamos muchos países pero la Patria está por fundarse. Es una deuda pendiente”. Eso es, evidentemente, una profunda convicción que tenemos en lo más hondo de nuestros corazones quienes convivimos con Tucho Methol Ferré tantos años.

Quiero traer algunos mensajes de la Patria Oriental a la que pertenezco. Soy un

enamorado del pensador oriental José Enrique Rodó. Creo que fue el primero, luego de la larga noche que cayó sobre nuestros pueblos de Iberoamérica, desde que murió Bolívar en 1830 hasta fines del siglo XIX, en entender qué es la Patria Grande. Hasta que se publica Ariel, el libro de Rodó, fue como si se desconociera que todos pertenecíamos a un mismo tronco, a una misma nación. Cada uno de los Estados municipios que se independiza parece que está desligado de su vecino y del contexto de esa América que antes fue una, por lo menos la América Española. Y todos están conectados a través de los océanos con las potencias europeas, sobre todo con Gran Bretaña y con Francia. Queda completamente olvidado el recuerdo de la Nación a la que habíamos pertenecido.

En Ariel, Rodó convoca a la juventud, a la que le da los atributos del entusiasmo, la alegría, el optimismo. Esa juventud que hay que movilizar, porque Rodó reacciona fuertemente frente a la guerra de Estados Unidos con Cuba, en 1898, para incorporar Cuba, Puerto Rico, Filipinas y otras islas del Pacífico a su hegemonía, que ya muestra una concepción imperial. O, para diferenciarla del concepto romano de “imperio”, yo diría “imperialista”, de tipo fenicio, de corte más bien cartaginés.

Ariel es un alegato para movilizar a la juventud, reivindicar los valores de América Latina, superar la conciencia de inferioridad –la “nordomanía” que nos venían imponiendo durante décadas, como él decía– y sentir el orgullo de pertenecer a esa América Latina. Conceptos clarísimos de Rodó –que voy a citar brevemente– cuando habla de lo que él llama la Magna Patria, refiriéndose a esa Nación Latinoamericana: “Señores, alta es la idea de la Patria, pero los pueblos de la América Latina en esa viva armonía de naciones vinculadas por todos los lazos de la tradición, de la raza, de las instituciones, del idioma; como nunca las presentó juntas y abarcando tan vasto espacio en la historia del mundo, bien podemos decir que hay algo más alto que la idea de la Patria, y es la idea de la América, concebida como una grande e imperecedera unidad. Como una excelsa y máxima Patria con sus héroes, sus educadores, sus tribunos, desde los golfos de México hasta los hielos sempiternos del Sur”.

Y acá me detengo para comparar el discurso del Presidente Mujica el día que asumió. Él no dice “desde el Golfo de México hasta Tierra del Fuego”. Él dice “desde el Río Bravo hasta las Islas Malvinas”, porque ya está tomando partido en este diferendo que hoy está en toda su magnitud.

En ese sentido, me gustaría citar lo que dijo Rodó con motivo del Primer Centenario de la Independencia en Santiago de Chile. Habló del Centenario

de la América Española, y dijo: “Yo creí siempre que en la América nuestra no era posible hablar de muchas patrias, sino de una Patria grande y única. Yo creí siempre que si es alta la idea de la Patria, expresión de todo lo que hay de más hondo en la sensibilidad del hombre, amor de la tierra, poesía del recuerdo, arrobamiento de gloria, esperanza de inmortalidad en América, más que en ninguna otra cabe sin desnaturalizar esa idea, magnificarla, dilatarla, depurarla de lo que tiene de estrecho y negativo y sublimarla por la propia virtud de lo que encierra de afirmativo”.

Voy a tratar de resumir la idea. El mensaje rodoniano no cayó en saco roto. Fue un mensaje captado por la juventud de América de aquel entonces. No es en vano que Rodó haya sido designado “Maestro de la juventud de América”. Y entre sus seguidores y continuadores quisiera nombrar a Manuel Ugarte, “el maldito”, como se le decía, que escribió obras importantes como *El porvenir de la América Española*, publicada en 1910, y *El destino de un continente*, en 1923. También quiero recordar a Rufino Blanco Fombona, el venezolano que escribió *La evolución política y social de Hispanoamérica*, otro libro encuadrado en ese americanismo latino de Rodó. Al peruano Francisco García Calderón, hijo de aquel presidente que tuvo que padecer la derrota de la Guerra del Pacífico, y que fue llevado a Santiago de Chile como prisionero, que escribió en 1912 *Las democracias latinas de América y La Creación de un continente*. Y a los hermanos Pedro y Máximo Henríquez Ureña, dominicanos pero mexicanos por adopción, y el mexicano Alfonso Reyes.

Pero entre todos ellos, el que más me ha impactado de los discípulos de Rodó es el mexicano José Vasconcelos. Voy a leer sólo un párrafo que hoy tiene enorme vigencia hablando de Malvinas: “En la historia, los siglos suelen ser como días. Nada tiene de extraño que no acabemos todavía de salir de la impresión de la derrota. Atravesamos épocas de desaliento. Seguimos perdiendo no sólo en soberanía geográfica sino también en poderío moral. Lejos de sentirnos unidos frente al desastre, la voluntad se nos dispersa en pequeños y vanos fines. La derrota nos ha traído la confusión de los valores y los conceptos. La diplomacia de los vencedores nos engaña después de vencernos. El comercio nos conquista con sus pequeñas ventajas. Despojados de la antigua grandeza, nos ufanamos de un patriotismo exclusivamente nacional y ni siquiera advertimos los peligros que amenazan a nuestra raza en conjunto. Nos negamos los unos a los otros. La derrota nos ha envilecido a tal punto que sin darnos cuenta servimos los fines de la política enemiga de batirnos en detalle. De ofrecer ventajas particulares a cada uno de nuestros hermanos, mientras al otro se lo sacrifica en intereses vitales. No sólo nos derrotaron en combate, ideológicamente también nos si-

guen venciendo. Se perdió la mayor de las batallas el día en que cada una de las repúblicas ibéricas se lanzó a hacer vida propia, vida desligada de sus hermanos, concertando tratados y recibiendo beneficios falsos, sin atender a los intereses comunes de la raza”.

Éste es José Vasconcelos, que siendo rector en la Universidad de México estampó aquel famoso epígrafe: “Por mi raza hablará el espíritu”. Tiene un libro maravilloso, *La raza cósmica*, donde –para resumirlo en una frase– dice: “Para no tener que renegar alguna vez de la Patria misma, es menester que vivamos conforme al alto interés de la raza aun cuando éste no sea todavía el más alto interés de la humanidad”.

Pienso que estos escritores, estos pensadores, estas figuras que pautaron el comienzo del siglo XX, que prácticamente pasaron cien años de su actualidad, hoy vuelven a tener vigencia aunque es difícil encontrar sus obras en ninguna librería. Y aun en las librerías de viejo de Buenos Aires ya no están las obras de Vasconcelos, de Carlos Pereyra, ni de aquellos autores.

Creo que llegó el momento de tratar de compenetrar a la juventud fundamentalmente. La peor tragedia que estamos viviendo en este mundo globalizado y materialista es que la juventud, en líneas generales, no se adviene a las grandes ideas, no se adviene a la lucha cívica. No importa de qué lado se ubiquen; importa que se interesen por las ideas desinteresadas, por las causas idealistas, por las causas que tienen que ver con la solidaridad y con el bien común.

Para terminar, quiero decir que no he venido a traer ningún alegato para que la República Argentina recupere sola las Islas Malvinas. He venido, parafraseando a Tucho Methol, como oriental argentino, a decirles a los occidentales argentinos que nosotros estamos convencidos de que en la medida que retomemos el sentido artiguista y federal de igualdad de las provincias, de igualdad de todos los países pequeños del Mercosur, de igualdad de todas estas naciones que forman hoy el Mercosur y que mañana será el Unasur, vamos a estar absolutamente convencidos de que llegó el momento de pasar de las palabras a los hechos. De pasar de las palabras a una militancia mucho más activa en torno a esta Causa de la Patria Grande que es la recuperación de las Islas Malvinas.

* Ex Profesor del Liceo Militar. Presidente de la Asociación de Cultivadores de Arroz. Fundador en 2001 de la Concertación para el Crecimiento, organización gremial empresarial que incluye a pequeñas y medianas empresas, ferreteros, productores de leche, profesionales asesores de seguro, farmacéuticos, industriales panaderos, propietarios de taxis, granjeros, estaciones de servicios y vendedores de carne.

Panel 2

**Malvinas en el contexto
latinoamericano: antes,
durante y después de la
Guerra**

29 de septiembre de 2010

Las Malvinas y nosotros: una visión desde Uruguay

Juan Raúl Ferreira *

Un tema americano

De la mano de la Guerra de Malvinas, los uruguayos iniciamos nuestro camino de un nacionalismo localista a la conciencia de nuestra pertenencia desde siempre y para siempre a la Patria Grande.

Vivíamos bajo dictadura. Quizás esa trágica circunstancia hizo que recién ahí muchos uruguayos tomaran conciencia de su destino latinoamericano. Qué ironía, la Patria de Artigas, la de Oribe, la de Herrera... necesitó compartir el dolor del sometimiento y la lucha por valores comunes, para entender que éramos la misma cosa, veníamos de una misma cuna y que, si no avanzábamos hacia un mismo horizonte emancipador, la lucha democrática nunca llegaría a su fin. Democracia tutelada, no es tal. Soberanía popular, sin soberanía nacional, tampoco.

Hubo profetas por cierto. La solidaridad con las Malvinas era, en algunos casos, meramente evocativa o un elemento folclórico de necesaria buena vecindad con la Argentina. En otros, una genuina solidaridad con una visión más política de la importancia de Uruguay en la región, pero sin llegar a ver en ella aún la dimensión esencialmente americana. Fue Alberto Methol Ferré, por cierto la voz de la conciencia continental uruguaya. Y era en ese entorno y contexto que había que considerar el problema de Malvinas. El profesor Juan E. Pivel Devoto, cuyo centenario de su natalicio el país conmemora este año, llegó a sostener que no eran ni británicas ni argentinas sino uruguayas, por haber tenido su última autoridad continental en la Capitanía de Puertos de Montevideo, cuyos dominios hereda la en ese momento impensable República Oriental del Uruguay.

Trasciende Tucho Methol a Herrera, en cuyo tiempo nuestro mapa geopolítico se agotaba en el Río de la Plata.¹ “Nosotros, que en tiempos de los Reinos de Indias habíamos sido una Cartagena del Atlántico, gran base naval meridional que alcanzaba al África, nos volvimos, desde la Independencia, ribereños. El océano quedaba, con las Malvinas, británico. Ahora es ya otra historia. El Uruguay recupera conciencia atlántica, ya no basta entrar en el río hasta la cin-

tura. Ahora comienzan otras pesquerías. Es un síntoma que el primer libro que realza esta nueva dimensión es de 1973, cuando Leslie Crawford escribe *El Uruguay atlántico y los derechos sobre la Antártida*. Arreglamos los límites, podemos ir más allá de los límites. Es una dilatación latinoamericana. Si nos dilatamos hacia el mar, también tenemos que dilatarnos, bajo otras modalidades, ‘tierra adentro’.”²

Participan, de este Congreso, autoridades académicas mucho más competentes en la materia. Me limitaré, entonces, a anotar la indeleble huella que ha dejado en mi país, como en la vida de cada uno de nosotros, el conflicto de Malvinas y la lucha popular por la recuperación de la soberanía argentina. También abordamos los cambios que para siempre trajo a nuestro sistema interamericano. Haremos hincapié en la política multilateral, área a la que nos hemos especializado y que del Mercosur a la Unasur ha venido atravesando un vertiginoso y fermental proceso de cambios en los que pretendemos demostrar que ha estado presente como protagonista fundamental el fenómeno Malvinas.

Las dictaduras y la solidaridad popular

El conflicto que se desarrolla “entre el 2 de abril, día del desembarco argentino en las Islas, y el 14 de junio de 1982, fecha de la rendición argentina, lo que conllevó la recuperación de los tres archipiélagos por parte del Reino Unido”³ toma al mundo de sorpresa. No había habido en los días previos, informes de inteligencia, comunicados diplomáticos que pudieran hacerlo prever. Es en ese marco de sorpresa generalizada que hay que interpretar todas las reacciones: la del propio pueblo argentino, la de los socios militares de la dictadura del aquel país, la de los gobiernos del mundo, inclusive la del propio Reino Unido y aun de Estados Unidos.

Tampoco se puede soslayar, porque sería falsear la realidad, que el carácter dictatorial del régimen del general Leopoldo Galtieri impregnó seriamente todos los juicios al respecto. Era muy difícil para los que fuimos contemporáneos de la breve reconquista militar del territorio argentino, estar ajenos a ese dilema e incluso interpretar los movimientos del ajedrez internacional sin tenerlo en cuenta. Tomar nota de ello era muy importante, pero no dejarse influir por lo episódico aún más. Como dijo Wilson Ferreira Aldunate, una de las figuras que se homenajea en este Primer Congreso Latinoamericano “Malvinas, una causa de la Patria Grande”, “unos viven de la historia, otros de la anécdota”.⁴ Entre otras cosas, ello fomentó y alentó las contradicciones que se produjeron en el seno de las propias fuerzas democráticas de la región y el mundo, y probablemente incluso dentro de la propia Argentina. Era un momento clave de

nuestra historia, en el que no había derecho a equivocarse. El enemigo explotó el potencial de esas contradicciones: “Los isleños merecen vivir en una democracia como la nuestra, no tenemos derecho de entregarlos a las garras de un dictador como Galtieri”.⁵ Aunque no parezca cierto, la expresión pertenece a la “dama de hierro” Margaret Thatcher, líder conservadora, a la sazón primera ministra británica.

El mensaje estaba dirigido a gente de muy poca memoria ya que había apoyado a cuanto dictador andaba suelto, desde el conocido Cono Sur a las Islas de la Mancomunidad Británica, como a Eric Gairy, primer ministro de Grenada que cuando la OEA reclamaba por ciudadanos desaparecidos en su país respondía que “se los había llevado un plato volador”.⁶ Poca memoria también la suya, que olvidó su sensibilidad democrática una vez concluido el conflicto. Recordemos su visita al ex dictador Pinochet, a quien brindó santuario cuando el hoy cuestionado juez Baltasar Garzón pidió su extradición por crímenes de lesa humanidad. “Es un viejo amigo nuestro, nos ayudó con mucha información en la época de la Guerra Fría” y “fue muy comprensivo durante el conflicto de las Falkland”, dijo.⁷

Sin embargo, ese discurso tuvo su predicamento. No tanto, pero algo, dentro del propio escenario interno argentino. No todos los partidos políticos reaccionaron del mismo modo. La presencia en las Islas del doctor Vicente Saadi, a la sazón presidente del Partido Justicialista, fue un hecho impresionantemente clarificador dentro y fuera de fronteras. Del mismo modo la reacción inmediata y sin vacilaciones del ex gobernador de Córdoba, en aquellos años exiliado en México, el doctor Ricardo Obregón Cano. Yo mismo pude destacarlo para el público argentino como joven y novato corresponsal en Washington del diario *La Voz* de Buenos Aires, dirigido por el propio Saadi.

El contexto uruguayo

En Uruguay, a fuerza de ser sinceros, en un primer momento hubo dudas en algunos sectores sociales y políticos. Una franja de la clase media profundamente radicalizada contra el militarismo, tuvo dudas sobre cómo reaccionar a la sorpresiva noticia. Temía que su adhesión a la Argentina pudiera ser interpretada como un endoso a la legitimidad del dictador Galtieri. Al mismo tiempo, la falta de una diplomacia pro activa de la Cancillería uruguayana sólo alimentaba las dudas de cómo había que alinearse.

El movimiento social organizado, y una intensa campaña del periodista José Germán Araujo (electo senador con el retorno a la democracia) a través de CX

30 Radio Nacional, de la que era director, transmitía entusiasmo a importantes sectores de la militancia y resistencia antidictatorial y confundía más a dirigentes y sectores moderados vinculados al partido Colorado, fundamentalmente, y Nacional, que, dejemos que la historia hable, quizás nunca terminaron de entender a Wilson aunque esperaban ansiosos sus directivas. Algún dirigente partidario llegó a decir: “Wilson está exiliado en Londres por huir de los crímenes argentinos”.⁸ El hogar de Wilson en Londres, saben quienes lo visitaron, tenía una foto de Thatcher, pero no precisamente en un marco de plata. Con sus propias manos había hecho una artesanía que exponía su figura a un ridículo sólo imaginable por su inagotable sentido de la ironía.

Éstos son los antecedentes nacionales uruguayos que precedieron a la llamada Declaración de Lima. La resistencia uruguaya había logrado en noviembre de 1980 el triunfo electoral del plebiscito contra la dictadura militar.⁹ El anunciado cronograma militar que pretendía imponer elecciones con candidato único, vistiéndolo legitimidad y ropaje legal el vejatorio régimen uruguayo, se desmoronaba. Ya se hablaba que para fines de ese año 1982. Faltaba para ello pocos meses. En abril de 1980, se había fundado la Convergencia Democrática en Uruguay en la ciudad de México. Mucho se ha discutido si fue un grupo, una coalición, una picardía desde el exilio... En rigor fue una señal muy importante para el que la quisiera entender. Al impulso de la vieja convocatoria artiguista “Uníos caros compatriotas y estad seguros de la victoria”¹⁰ se aunaron esfuerzos para preparar la embestida final contra la dictadura.

Desde su fundación fui designado su presidente. Por eso puedo señalar con propiedad que en esas circunstancias conocí a la actual organizadora de este evento, la Rectora de la Universidad Nacional de Lanús, doctora Ana Jaramillo, cuyo permanente apoyo a nuestra lucha se recordará siempre con gratitud y afecto en medio de recuerdos cargados de dolor, pero también de lucha.

Uruguay había obtenido un resonante triunfo en las urnas cuando en noviembre de 1980 la propia dictadura perdió el autoconvocado plebiscito para permanecer en el poder con seudolegitimidad legal. Para noviembre de 1982, año de Malvinas, los uruguayos se aprestaban a asestarle un nuevo golpe a la dictadura que convocaba a elecciones internas de los partidos para poder controlarlos.¹¹ Una vez más, el “tiro le salió por la culata” a la dictadura.

Cinco meses después de la rendición argentina, la dictadura uruguaya sufre su propia derrota: no militar sino política. La abrumadora mayoría de los votantes sufragaban por las opciones más radicalizadas contra la dictadura. Muchos

frenteampelistas votan en blanco. El partido Nacional (o Blanco) obtiene la mayor cantidad de votos, dentro del mismo la opción que apoyaba a Wilson Ferreira Aldunate y los doctores Sanguinetti y Tarigo ganan con una plataforma antidictatorial dentro del escenario del Partido Colorado. Los sectores pro dictadura tienen una presencia insignificante.

En eso estábamos los uruguayos cuando irrumpe en la historia de nuestros pueblos y en la de cada uno de nosotros, el conflicto Malvinas.

Podemos decir entonces que la situación interna uruguaya: a) primero confunde a la opinión pública sobre cómo alinearse en el conflicto; b) le da a la Declaración de Lima –sobre la que pasaremos a hablar de inmediato– una importancia local: la definición de Wilson con su capacidad de cohesionar la postura de las fuerzas antidictatoriales; c) aporta con la derrota política a los militares uruguayos y la derrota militar de Galtieri al desarrollo de una agenda democratizadora multipartidaria y binacional.

Tal es así que un año después de la capitulación, el 18 de agosto de 1983 se celebró el Encuentro Democrático Rioplatense, al que concurren de Uruguay mi hermana Silvia Ferreira de Morelli, Julio Sanguinetti, Manuel Flores Silva y Luis Alberto Lacalle, entre otros. Por la Argentina estuvieron presentes Raúl, Antonio Tróccoli, Adolfo Gass y Antonio Cafiero.

Los puntos 4 y 5 de la declaración final del encuentro son muy elocuentes respecto de los temas que venimos tratando:

“4 - Que ratifican su adhesión a los principios de no intervención y autodeterminación de los pueblos por lo que toda injerencia extranjera ajena a su voluntad constituye no sólo un acto reñido con el Derecho Internacional sino un agravio contra la convivencia civilizada de las naciones, que deben resolver sus diferencias por la vía de las negociaciones pacíficas y en el respeto recíproco de sus derechos. [...] 5 - Sin perjuicio de lo anterior, sostienen que sólo cuando ambos países del Plata sean dirigidos por gobiernos constitucionales y libremente elegidos podrán las dos naciones colaborar efectivamente e intensamente para hacer realidad su comunidad de intereses y su afinidad histórica.”

Los dictadores uruguayos no eran capaces de ganar sus propias elecciones y los argentinos sus propias batallas. La derrota militar acorraló a los galtieris y la lucha nacional y popular americana por las Malvinas, comenzó a recorrer un camino sin retorno.

La Declaración de Lima

Hay un cielito¹² que habla de Sol de Mayo en Uruguay. Lejos de mi Patria, aquel domingo 2 de mayo de 1982. Había llegado el jueves a Lima para entrevistarme con el presidente Fernando Belaúnde Terry. Belaúnde era una figura clave en el posicionamiento latinoamericano sobre el tema. Símbolo de la democracia liberal (los militares le habían sacado en pijama del Palacio Nacional en la madrugada de 3 de agosto de 1968), había vuelto al cargo impuesto por el voto popular en julio de 1980.

Se había conocido con Wilson Ferreira Aldunate en la Primera Conferencia de Presidentes Americanos en 1967 en Punta del Este. El presidente uruguayo era el general Oscar Diego Gestido y su canciller el doctor Héctor Luisi. La amistad de Wilson con este último había facilitado los encuentros con los mandatarios que se dieron cita en el Hotel San Rafael, de Punta del Este. Wilson acababa de dejar su cargo en el gobierno que había cesado el primero de marzo de ese año, al frente de la cartera de Ganadería y Agricultura, como se le llamaba en esa época.

Belaúnde, de quien nadie suponía que iba a ser derrocado pocos meses después, destacó por su claro enfrenamiento al imperialismo yanqui y su célebre discurso de profundo contenido americanista ante el presidente Lyndon B. Johnson.

El papel que le tocó jugar a Fernando Belaúnde Terry durante el conflicto tomó de sorpresa a muchos. Algo hay que decir de su pasado para comprenderlo. De joven, Belaúnde había recorrido América Central en campaña contra el imperialismo yanqui y por la unidad continental. Fue expulsado por los gobiernos de Nicaragua y Guatemala de la época. Realizó sus estudios universitarios como arquitecto en la Universidad de Miami.¹³

Todo ese pasaje de Fernando Belaúnde se debe al golpe de Estado del general Odría en el Perú. Golpe que responde a luchas intestinas dentro del mismo APRA y que terminan con Haya exiliado en la embajada de Estados Unidos en Lima y al desconocido estudiante Fernando Belaúnde también exiliado. Luego el APRA y Belaúnde se enfrentarán electoralmente en las dos oportunidades que éste es electo presidente.

En 1945 asumió el presidente Bustamante con el apoyo de Víctor Haya de la Torre y el APRA. Pronto hubo conflictos entre Bustamante y Rivero y el líder del APRA, por lo que el mandatario decidió disolver por completo su Consejo de Ministros apristas y formar un nuevo gabinete ministerial compuesto en su

mayoría por militares, dentro de los cuales se incluyó a Manuel A. Odría como ministro de Gobierno y de la Policía. En su calidad de ministro y aliado con los partidos de la derecha, Odría le insistió a Bustamante para que reprimiera al APRA. Pero este se negó. Odría se levantó en armas contra el presidente Bustamante en la llamada Revolución Restauradora de Arequipa de octubre de 1948 con el respaldo de las Fuerzas Armadas. La Revolución logró derrocar a Bustamante, quien fue enviado al exilio. Hijos de ese proceso fueron tanto Belaúnde como Armando Villanueva, de quien nos referiremos más abajo.

El papel de Belaúnde en la Conferencia de Presidentes de Punta del Este de 1967 fue solamente comparable al del presidente de Ecuador, Otto Arosemena, que se negó a firmar la declaración final, a pesar de su condición de presidente constitucional interino.¹⁴ Recuerda el autor, a pesar de contar entonces con apenas catorce años, la impresionante manifestación popular que despidió a Arosemena y a Belaúnde en Uruguay y las que llegaban por las noticias expresando la misma adhesión en el recibimiento que les dieron sus respectivos pueblos.

Este perfil de Belaúnde no se percibía tan claramente en el momento en que ocurre el conflicto de las Malvinas. La asunción del general Velasco Alvarado tras el derrocamiento de Belaúnde, y el manto de progresismo que le quiso dar a su gobierno¹⁵ logró que en algunos segmentos del imaginario popular progresista el regreso de don Fernando¹⁶ no fuera recibida con mayores expectativas. Su contrincante electoral, Armando Villanueva del Campo, del APRA, discípulo directo de Víctor Raúl Haya de la Torre, había monopolizando mucho las expectativas de quienes andaban flameando las banderas de libertad.

Todo esto es importante tener en cuenta a la hora de evaluar el papel del Presidente peruano en la Crisis del Atlántico Sur.

Volviendo a mayo del 82, me encontraba aquel domingo en el Hotel Runcu, en Avenida de la Aviación 139, un tres estrellas pero en el Barrio Miraflores, para reunirme con el Presidente del Perú. La reunión se pospuso una y otra vez como consecuencia de la crisis regional y el decidido liderazgo que había tomado Belaúnde en el tema. Con muy poca anticipación fui convocado a Palacio. La reunión reagendada había sido organizada mucho antes para poder coordinar acciones de solidaridad con Uruguay de cara a las elecciones internas de los partidos políticos de Uruguay. Un par de años antes un Presidente Belaúnde recién asumido le había brindado similar apoyo al pueblo uruguayo.

A poco de comenzar la conversación, ingresó a su despacho su edecán naval y le entregó un papel. Belaúnde se excusó apenas diciendo “Hundieron el Bel-

grano”.¹⁷ En aquel mismo momento morían la mitad de los argentinos que cayeron en las Malvinas. El ataque británico se había producido fuera de los límites de las aguas de exclusión. Más de cuarenta minutos más tarde Belaúnde regresa para una breve reunión en la que acordamos un encuentro con Wilson Ferreira Aldunate.

El resto de la historia de la Declaración de Lima es recordada y será debatida en este Congreso, donde se ha decidido expresar su reconocimiento a los firmantes de la Declaración de Lima –entre ellos Wilson Ferreira Aldunate– que el 18 de mayo de 1982 afirmaron su “solidaridad con la lucha anticolonialista del pueblo argentino encaminada a recuperar su legítima soberanía sobre las Islas Malvinas”. Una breve referencia antes de culminar este capítulo, en homenaje al doctor Ricardo Obregón Cano, voz solidaria y mano tendida al perseguido, por su enorme aporte a aquel logro histórico apenas dos semanas después del hundimiento del Belgrano.

Quiso la Historia que más de un cuarto de siglo después, con ese nombre se conociera la resolución oficial de los cancilleres americanos que “ratificaron su decisión de crear una comisión que analice la situación de Honduras y su posible retorno al organismo. También apoyan el restablecimiento de las negociaciones entre la Argentina y el Reino Unido sobre las Malvinas”.¹⁸ Hasta el día de hoy, en la jerga multilateral, se conoce esa resolución de la OEA como Declaración de Lima. Llamémosla nosotros Lima Dos.

La misión Haig y la crisis del sistema interamericano

Habían pasado dos meses de la finalización del conflicto bélico. América Latina ardía por sus consecuencias. El repudio popular a los dictadores argentinos aceleraba el cronograma democrático de la región. De hecho comenzó en la Argentina el proceso democratizador. Quien escribe, junto al periodista uruguayo José Pedro Varela, se lanzó a una hazaña periodística: producir un documental que permitiera imaginar el futuro de la región tras el conflicto.

“El 2 de abril de 1982, fuerzas militares argentinas toman posesión de los territorios de las Islas Malvinas, Georgia y Sandwich del Sur. De inmediato la Casa Blanca y el Departamento de Estado inician una ofensiva de diplomacia shuttle a cargo del mismísimo general Alexander Haig. Viaja varias veces entre Londres y Buenos Aires, hasta dar por concluidos sus intentos de paz. El Reino Unido, aunque ninguno de los dos países declaró la guerra al otro, envió su flota a recuperar las Islas. Estados Unidos abandona su neutralidad y se alía a con Gran Bretaña y la OTAN cuya jefatura máxima el propio Haig había ejercido

en 1979. El 14 de junio terminó el combate militar con la rendición de los generales argentinos. En dos semanas Haig renunciaba a su cargo. El conflicto bélico y la diplomacia quedaban atrás, no así sus consecuencias, esa batalla histórica y diplomática empezaba una nueva etapa. Soy Juan Raúl Ferreira y durante la próxima media hora estaremos analizando las consecuencias de este conflicto para la comunidad latinoamericana.”

Así comenzaba el documental que fue emitido en México, España, Argentina, Perú y Ecuador.

El cortometraje señalaba algunos desafíos diplomáticos. Estados Unidos trata de evitar el conflicto, pero cuando tiene que optar entre la alianza militar de las Américas (TIAR) y el Tratado de Seguridad Extra Continental (Estados Unidos integra ambos), Haig opta por la más importante para su diplomacia en años de Guerra Fría: la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).

El film describe la doctrina Monroe (“América para los americanos”), el nacimiento de la Unión Panamericana, la OEA, el TIAR y OTAN. Con una serie de reportajes a líderes de la OEA, al embajador de la Argentina en dicho país y referentes académicos y militares en los Estados Unidos, concluye en que con el tiempo los latinoamericanos tendrán su propia organización regional y de seguridad y termina con la pregunta: ¿una OEA sin Estados Unidos? La película termina con la imagen del histórico edificio de la Unión Panamericana en la esquina de la calle 17 con Constitution Avenue NY de Washington en momentos en que se baja la bandera de los Estados Unidos y siguen flameando las demás.

No era un ingenioso efecto spielbergiano sino una modesta propina al funcionario que las guardaba todos los días tras la puesta del sol. A pocos metros se divisaba la silueta del monumento de Belloni¹⁹ a José Artigas.

No se trataba por cierto de reivindicar el TIAR,²⁰ sí de descalificarlo mostrando la grosera mentira que encerraba. Había servido para invadir Santo Domingo, pero no para defender a la región de un enemigo extracontinental. Años después la diplomacia yanqui vuelve a intentar movilizar los mecanismos del TIAR para evitar el triunfo sandinista.

En efecto en 1979, “el Secretario de Estado Cyrus Vance, quien en una breve exposición explicó a sus colegas latinoamericanos las razones por las que había sido convocado el máximo órgano de consulta de la OEA: los Estados Unidos

se proponía solicitar la autorización de la OEA (o que sirva de pretexto o cobertura) para el envío de tropas americanas para poner fin al conflicto armado que se había planteado en Nicaragua. La medida tomó de sorpresa no sólo a los cancilleres, sino a la propia prensa norteamericana, que acababa de lanzar una campaña contra el gobierno de Cuba porque el gobierno de La Habana se había atrevido a sugerir esa posibilidad (que Estados Unidos quería mandar tropas)”.²¹

El TIAR ha sido un instrumento de legitimación de la intervención unilateral de los Estados Unidos en América Latina. Citarlo era simplemente un modo de evidenciarlo. No era un mecanismo de seguridad continental y si lo fuera, Estados Unidos lo habría traicionado apoyando al Reino Unido, aliado en la OTAN en una agresión militar en nuestra América, contra un Estado miembro de la OEA. Ya cuando la invasión a Santo Domingo en 1965, Uruguay, entonces miembro del Consejo de Seguridad de la ONU, había levantado su voz denunciando este uso del TIAR como mecanismo legitimador del uso unilateral de la fuerza por parte de Estados Unidos: “[...] crear una fuerza interamericana en la que quedarían integrados los contingentes militares de Estados Unidos en territorio americano [...] se trata de transformar *ipso facto* a las fuerzas presentes en territorio dominicano, es decir las fuerzas de Estados Unidos, en otra fuerza que no sería de un Estado, ni de un grupo de Estados, sino de un organismo interestatal como la OEA”.²²

Integración y diplomacia

Ésta ha sido la gran asignatura pendiente desde entonces. No obstante se debe confesar que los progresos hechos son asombrosos. No es de recibo la pregunta sobre si los avances de integración regional y subregional se deben (o debieran ser) a causas fundamentalmente económicas o esencialmente políticas. Unas van de la mano de la otra y sin la otra cada una pierde su fundamento. Acuerdos de integración arancelaria que dejen de lado la agenda política, que rescaten nuestro origen y proyecten nuestro destino común son irrealizables.

Como ha señalado recientemente el canciller uruguayo Luis Almagro: “La superposición de organismos regionales y subregionales, ha llevado a la necesidad de cuidadosamente ir estudiando los aspectos instrumentales, que eviten contradicciones o compromisos no complementarios, pero no debe desalentar este proceso generador de muchas instancias de integración”.²³

Ésta fue la gran lección de Malvinas y la deuda contraída por los pueblos americanos, no con los dictadores que quisieron perpetrarse en el poder, sino con los soldados que ofrendaron sus vidas. Con los pensadores que nos recuerdan

que la lucha por las Malvinas no es un mero símbolo, que igual sería suficiente, sino la lucha común en defensa de nuestros recursos naturales.

A veces se le critica a la diplomacia regional la superposición de instancias multilaterales. Al Grupo de Contadora, siguió el de Apoyo a Contadora, de donde nació el Grupo de Río. El Mercosur abrió sus puertas a otros pueblos no fundadores y fueron derrotadas las visiones tecnicistas para imponer la sólida marcha de la integración. Y así nace la Unasur. No “en vez de” o “en contra de”, sino interpretando aquella llamarada de entusiasmo integrador que recorrió el continente en los ochenta y con la cual soñaron hace veinticinco años de jóvenes periodistas uruguayos.

Los temas de defensa no han quedado atrás. En los años noventa Uruguay cerró las puertas a incorporar esas cuestiones al Mercosur. Confesémoslo. También dijo el gobierno de entonces que los temas políticos debían estar ajenos. Pero hoy, lo que se avanza económicamente es consecuencia, no causa, de definiciones y acuerdos políticos. Y en la Unasur el tema de la defensa colectiva está en la agenda.

Cuando Colombia ¿resolvió? no ha quedado muy claro qué: a) o aceptar bases americanas; b) o poner bajo control americano bases colombianas; o c) permitir a las fuerzas armadas de Estados Unidos operar en, desde y hacia bases colombianas... el entonces Presidente Álvaro Uribe debió hacer una gira por América Latina, dar explicaciones a sus pares y debatir el tema en la reunión de jefes de Estado de Bariloche.

De una propuesta de “pacto de no agresión militar” entre los países integrantes de la Unasur planteada en su momento por el Presidente Alan García y rechazada por el gobierno chileno, porque el lenguaje mismo era desconfiado y belicista, se ha avanzado a mecanismos de coordinación de mecanismos de seguridad.

El Consejo de Seguridad de la Unasur, donde cada país informa de sus compras militares y de sus acuerdos bilaterales con otros países, le ha dado sustancia y razón de ser a la organización que aún no tiene su partida de nacimiento en un tratado ratificado por los Estados miembros. Es un caso en el cual la agenda va delante de los mecanismos jurídicos y las decisiones políticas formales. Brasil, Colombia, Venezuela y Bolivia ya han blanqueado controversiales gastos en armamentismo, sustituyendo con el diálogo la tensión generada por la desconfianza de otros tiempos.

“La Decisión para el Establecimiento del Consejo de Defensa Suramericano de la Unasur fue aprobada en Costa do Sauípe, Brasil, en ocasión de la Cumbre Extraordinaria de la entidad, en diciembre de 2008. La Decisión fue negociada en el ámbito del Grupo de Trabajo creado en la Reunión Extraordinaria de Brasilia (23-5-2008) e integrado por representantes de los Ministerios de Defensa y de Relaciones Exteriores de los doce países, bajo la presidencia de Chile. El hecho de que el Grupo haya llegado a un consenso respecto de los objetivos, funciones y estructura del Consejo en sólo cuatro reuniones refleja el esfuerzo negociador y el espíritu de colaboración de todos los países. El documento de decisión presidencial estipula que el Consejo es una instancia de consulta, cooperación y coordinación en materia de defensa”.²⁴

El siglo XXI

Ha llegado el siglo de ver, con dificultades, la realización de nuestros sueños. De las deliberaciones de una OEA vacilante donde en 1982 convivían las naciones americanas con Estados Unidos, el aliado militar de Gran Bretaña, a un mundo donde Suramérica lidera la iniciativa de la integración.

Paso a paso. Como señaló el maestro de la integración Tucho Methol: “Estamos más cerca de la unidad suramericana; la latinoamericana es de alto riesgo, porque es meter el hocico en las fronteras de Estados Unidos, para lo que aún no tenemos energías suficientes. Pero, quizá, si no nos suramericanizamos, logremos latinoamericanizarnos”.²⁵

Contemporáneamente con este Primer Congreso circula en las Naciones Unidas²⁶ la Declaración de la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur) sobre la cuestión de las Islas Malvinas, distribuida como documento oficial de la Asamblea General.

El texto, puesto en circulación a petición de la representación permanente de la Argentina ante Naciones Unidas, fue aprobado por la más reciente cumbre de la Unasur, celebrada el pasado día 4 en la localidad de Los Cardales.²⁷ La declaración aparece dentro del tema 23 del programa de la Asamblea General de la Organización Mundial, titulada la Cuestión de las Islas Falkland (Malvinas).

En Los Cardales, la Unasur reiteró su respaldo a los legítimos derechos de la Argentina en la disputa de soberanía con el Reino Unido referida a las Islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur y los espacios marítimos circundantes. También insistió en que los gobiernos de Buenos Aires y Londres reanuden negociaciones hacia una solución pacífica y definitiva del problema, de conformidad con las resoluciones y declaraciones de la ONU y la Organización de Estados Americanos.

Asimismo, destacó “la permanente actitud constructiva y disposición del gobierno argentino para alcanzar, por la vía de las negociaciones, una solución pacífica y definitiva a esta anacrónica situación colonial en suelo americano”. Además, rechazó las actividades de exploración de recursos naturales no renovables de la plataforma continental argentina que desarrolla el Reino Unido “en abierta oposición a lo dispuesto por la resolución 31/49 de la Asamblea General de la ONU”. Ese texto insta a las dos partes a abstenerse de adoptar decisiones que entrañen la introducción de modificaciones unilaterales en la situación mientras las Islas estén atravesando por el proceso recomendado por la Asamblea General”.²⁸

Para terminar, señalemos como un hecho que debe llenar de orgullo a todos los pueblos americanos, que Uruguay y Argentina –países que nacen como una misma entidad política a la vida independiente– abandonan al empezar la segunda década del nuevo milenio un fratricida enfrentamiento que consumió sus energías en los últimos años.

El 21 de septiembre de 2010 el “ingreso de la fragata HMS Gloucester D-96, encargada de la custodia de las Islas Malvinas, fue denegada por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Uruguay”.²⁹ En respuesta, la Presidenta Cristina Fernández le dirigió un mensaje a su homólogo uruguayo, en el cual señala que se trata de una “defensa conjunta de la región porque vienen también a depredar nuestros recursos naturales. Hoy puede ser petróleo, mañana puede ser la pesca. Hoy es la Argentina, mañana puede ser Uruguay o cualquier otro país de la América del Sur cuando a ellos allá arriba les falte algo”.³⁰

No puedo olvidar la madrugada del 16 de noviembre de 2009, cuando algunos amigos guardábamos vigilia ante los despojos mortales de Alberto Methol Ferré, y llegó casi en silencio el entonces candidato José Mujica a su velatorio. Lo acompañaba solamente su esposa Lucía. Se detuvo ante los restos del pensador americano y dijo con la voz quebrada: “Se fue otro viejo federal y libertario”. Luego elevó los ojos y dijo: “Pocas semanas después de asumir cruzaré el puente caminando”.

El puente, que de la mano de Pepe queremos cruzar todos los uruguayos, es el de la historia. Y lo venimos cruzando bien.

* Se inició en el periodismo en 1976, como corresponsal en Washington de Canal 13 de México hasta 1979, cuando realizó igual tarea desde la Organización de Naciones Unidas. En esa misma época fue corresponsal del diario *La Voz*, de Buenos Aires. Escribió artículos y columnas en *The Washington*

Post, *The New York Times*, *The Miami Herald*, *Chicago Tribune* y *The Christian Science Monitor* (Estados Unidos), *El Nacional* (Venezuela), *Excelsior* (México) y *The Buenos Aires Herald* (Argentina). En 1979 fue corresponsal del diario mexicano *El Día* para cubrir la ofensiva diplomática del Frente Sandinista antes de la caída de Anastasio Somoza y en 1980 asumió como presidente de la Agencia Internacional de Noticias Pressur, con sede en Roma. Tras regresar del exilio en 1984, fue columnista en Uruguay de *Últimas Noticias*, *El Telégrafo* (Paysandú), *Diario Cambio* (Salto), *Norte* (Rivera) y *El Observador Económico*. Publicó artículos en *Ámbito Financiero* de la Argentina, y tiene dos columnas radiales semanales. Después de haber publicado varios libros sobre política exterior, se ha dedicado a escribir anécdotas sobre la vida política uruguaya: *Con la Patria en la valija*, *Vadearás la sangre* y *Tocando el cielo*.

¹ Luis Alberto de Herrera, *El Uruguay Internacional*, Ediciones del Poder Legislativo, 1988.

² Alberto Methol Ferré, Conferencia “El Uruguay internacional. La visión de Carlos Real de Azúa”.

³ Informe Registro Archivo Associated Press.

⁴ Wilson Ferreira Aldunate, 28 de enero de 1971, acto de oposición al mensaje electoral de Bordaberry, Avenida Brasil y la Rambla.

⁵ Margaret Thatcher, *Washington Herald*, 20 de junio de 1998.

⁶ Eric Gairy, primer ministro de Grenada, *Grenada Tribune*, 14 de julio de 1977.

⁷ *Los 503 días de Pinochet en Chile*, Centro de Estudios Miguel Enríquez (CEME), Archivo Chile, p. 17.

⁸ Aníbal Strossi, *La Voz Blanca*, publicación clandestina, s/n junio de 1982.

⁹ El propio régimen se denominaba a sí mismo “cívico-militar” simplemente para ocultar su verdadera naturaleza. Es un nombre que no suelo usar; la mera coexistencia de civiles en su elenco, no le da credenciales de civismo a ningún régimen conculcador de derechos.

¹⁰ Proclama de Artigas al Ejército de la Banda Oriental. Fue publicada en *La Gazeta de Buenos Ayres* el 8 de mayo de 1811.

¹¹ Como efectivamente ocurrió en noviembre de 1982 cuando el gran triunfador fue el exiliado líder Wilson Ferreira Aldunate.

¹² Ritmo poético oriental. El más tradicional es el *Cielito oriental*, de Bartolomé Hidalgo.

¹³ Biografía de Fernando Belaúnde Terry, Centro de Estudios y Documentación Internacional de Barcelona.

¹⁴ Wilson Ferreira Aldunate solía rechazar el término “presidente constitucional”. “Los presidentes son constitucionales, si no, son usurpadores que no merecen llamarse presidentes”. *Cuadernos del Tercer Mundo*, agosto de 1979, reportaje de Diego Achard y Juan Raúl Ferreira.

¹⁵ Allí se acuñó la expresión “peruanismo” como sinónimo de militares revolucionarios de izquierda.

¹⁶ Belaúnde Terry, Fernando, arquitecto.

¹⁷ Gavson, Arthur, *El hundimiento del Belgrano*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1984.

¹⁸ Declaración de Lima de la OEA, 9 de junio de 2009.

¹⁹ José Belloni, escultor uruguayo (12 de septiembre de 1882 - 28 de noviembre de 1965).

²⁰ Adoptado en Río de Janeiro, Brasil, fecha: 9-2-47, conf/asam/reunión: Conferencia Interamericana para el Mantenimiento de la Paz y la Seguridad del Continente, entrada en vigor: 12/3/48 conforme al artículo 22 del Tratado.

²¹ “La batalla diplomática por Nicaragua”, Juan Raúl Ferreira, diario *El Día*, México.

²² Embajador de Uruguay Carlos María Velásquez, Consejo de Seguridad de la ONU, junio de 1965.

²³ Canciller Luis Almagro, Canal 10, 24 de mayo de 2010.

²⁴ Creación del Consejo de Defensa Suramericano.

<http://www.cdsunasur.org/es/consejo-de-defensa-suramericano/creacion-cds>

²⁵ Alberto Methol Ferré, Universidad Nacional de San Martín (UNSAM), septiembre de 2008.

²⁶ 65° período de sesiones de la Asamblea General de la ONU inaugurado el 23 de septiembre de 2010.

²⁷ Provincia de Buenos Aires.

²⁸ “El Sueño de la Patria Americana”, *Somos La Rioja*, 22 de septiembre de 2010.

²⁹ Associated Press, 22 de septiembre de 2010.

³⁰ *La República*, Montevideo, 22 de septiembre de 2010.

Una enseñanza de futuro para nuestra integración latinoamericana y caribeña

Sergio Rodríguez Gelfenstein *

Durante la madrugada del 2 de abril de 1982, Ronald Reagan y el general Leopoldo Galtieri mantuvieron un tenso dialogo vía telefónica que duró aproximadamente cincuenta minutos. En ese momento ya era un hecho la recuperación de las Islas Malvinas en el Atlántico Sur por tropas de las Fuerzas Armadas argentinas. Las Islas permanecían ocupadas por Gran Bretaña desde el 2 de enero de 1833, veintidós años después del retiro, en 1811, de la guarnición española destacada en ese territorio. Así mismo habían pasado trece años desde el 6 de noviembre de 1820, cuando la Argentina como nación independiente declarara y ejerciera la soberanía efectiva sobre este archipiélago, distante a 500 kilómetros de la costa patagónica y a 14.000 kilómetros del Reino Unido.

El general Galtieri, ex comandante en jefe de las Fuerzas Armadas argentinas, con escasos cuatro meses al frente de los destinos de esa nación, después de haber desplazado del poder al general Roberto Eduardo Viola en diciembre de 1981, no se sintió cómodo ni satisfecho una vez finalizada la conversación con el presidente estadounidense. Galtieri tenía la secreta esperanza de obtener un claro respaldo de Reagan, o al menos una efectiva y cómplice neutralidad que contribuyera a impedir una reacción británica en la que podría emplear todo el poder de sus armas. Por el contrario, el mandatario norteamericano había intentado en reiteradas ocasiones convencer al general que se abstuviera de una operación bélica en las Islas Malvinas, y le advirtió que ante una “agresión”, como la calificó, provocaría una segura y enérgica respuesta de Margaret Thatcher. Finalmente le habría ofrecido intermediar ante el inminente conflicto internacional.¹

Los rápidos enfrentamientos por la recuperación del archipiélago se convirtieron apenas en el primer combate de una guerra que provocaría múltiples consecuencias en diferentes ámbitos y que se libraría en diversos escenarios, muy distantes de las frías e inhóspitas costas y mares adyacentes a las Islas.

En el plano internacional, la Argentina parecía tener todos los elementos a su favor. Pretendía recuperar una parte de su espacio territorial, cuya legitimidad

había sido reconocida por los organismos internacionales con injerencia en el caso, la Organización de Naciones Unidas (ONU), al reconocer la naturaleza colonial del diferendo en su Resolución 1.514 (XV) y la validez de los reclamos argentinos sobre las Islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur en su Resolución 2.065 (XX) invitando a los gobiernos de Argentina y Gran Bretaña a mantener negociaciones por el futuro de las Islas.

En ese marco, apenas dos días después de la ocupación militar, a petición de Gran Bretaña, se reunía con urgencia el Consejo de Seguridad de la ONU. La resolución 502 adoptada por este organismo fue contraria a los propósitos argentinos. En el acuerdo se condena la acción y se exige el retiro inmediato de las tropas. Éste, quizás, no fue el golpe más duro y sorprendente para Galtieri y sus generales, como sí lo fue la conducta de Estados Unidos de pleno respaldo a la moción propuesta por su principal aliado europeo en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Como afirma Isidoro Gilbert,² “la diplomacia de Galtieri, conducida por Nicanor Costa Méndez, no leyó bien el mapa mundial. Estuvieron (sic) persuadidos de que en el Consejo de Seguridad, tanto la Unión Soviética como China iban a torpedear cualquier resolución que atara las manos al Reino Unido. Moscú y Pekín hicieron gala de solidaridad verbal con los argentinos. Dentro de la URSS, lo menos que se quería era un involucramiento directo que afectara las relaciones con Londres y Washington de manera brutal. Los soviéticos se habían convertido en el primer comprador de alimentos argentinos y por eso la Junta Militar se negó a apoyar el bloqueo comercial contra Moscú por su invasión a Afganistán”.

Así comenzó a desarrollarse una trama en la que se había creado una cabeza de playa en la arena internacional, escenario en el cual el gobierno norteamericano se transformaría en un actor determinante en la derrota de la Argentina en sus aspiraciones por mantener la soberanía sobre las Islas. La prensa de Buenos Aires de inmediato se hizo eco de este “asombro doloroso”.

Entre el 26 y 28 de abril se reunieron en Washington, a petición de la Argentina, los ministros de Relaciones Exteriores de la Organización de Estados Americanos. La declaración adoptada por los países americanos fue de respaldo mayoritario a las aspiraciones argentinas. Diecisiete votos a favor, con la abstención de cuatro de sus miembros: Estados Unidos, Chile, en ese momento bajo la dictadura de Pinochet, Colombia y Trinidad-Tobago. La declaración estaba fundada en el artículo 6 del documento constitutivo del Tratado Interamericano de Defensa (TIAR), firmado en Río de Janeiro el 2 de septiembre 1947, que sustenta el principio de la solidaridad interamericana y establece

“las medidas que en caso de agresión se deben tomar en ayuda del agredido o en todo caso las que convenga tomar para la defensa común y para el mantenimiento de la paz y la seguridad del Continente”.³ El acuerdo demandaba a Gran Bretaña el cese de hostilidades, reconocía la soberanía de la Argentina sobre las Islas, le exigía a este país no agravar la situación ya creada, para finalmente demandar una tregua y una solución negociada del conflicto. Fue un contundente triunfo argentino propiciado por un claro sentimiento latinoamericano de los países del área, que la prensa argentina celebró alborozada. Muy poco tiempo duraría este regocijo en aquellos que conducían política y militarmente la Nación Argentina.

El 30 de abril, dos días después de la reunión de la OEA, el presidente Reagan informa mediante declaración pública dada en la Casa Blanca, su clara y definitiva alineación junto a Gran Bretaña frente a la “agresión armada” argentina. Casi inmediatamente el Secretario de Estado Alexander Haig, anuncia un paquete de sanciones económicas y militares que Estados Unidos le impondría al gobierno y las Fuerzas Armadas del país austral. Es sabido que desde los primeros momentos Estados Unidos apoyó con infraestructura, combustible, repuestos e insumos militares a la Armada Real y a las tropas inglesas, de la misma manera que ofrecieron toda la información acumulada sobre las capacidades combativas de las fuerzas argentinas, el tipo y posibilidades de su técnica de combate aérea, naval y terrestre. También pusieron a disposición del alto mando británico información obtenida por interceptación radioelectrónica, datos meteorológicos y de localización de los principales medios navales y aéreos argentinos, para lo cual dispusieron del pleno empleo de información satelital y la exploración de aviones especializados Awacs estadounidenses. En esta vasta colaboración se incluyó hasta información proporcionada por la CIA. Lo único que no harían —señaló el presidente estadounidense— era participar directamente en el conflicto con tropas.⁴

El 16 de junio de 1982, un mes y medio después del anuncio norteamericano de apoyo irrestricto a Gran Bretaña, el general Galtieri reconoce públicamente en un mensaje al país la derrota de las tropas argentinas a manos de las fuerzas británicas.⁵ Pocos días más tarde, el propio Galtieri en entrevista concedida a la periodista Oriana Fallaci, entre otras cosas admite con amargura y decepción el papel de Estados Unidos en la derrota, y llega a calificar el proceder norteamericano como una “traición”.⁶ En el mismo día y mes de junio, Nicanor Costa Méndez, diplomático de carrera, inveterado anticomunista, muy cercano a Estados Unidos y ministro de Relaciones Exteriores del gobierno argentino, debe reconocer la capitulación y se la adjudica a la superioridad militar y tecno-

lógica de Gran Bretaña y de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, y acepta con amargura la determinante participación de Estados Unidos, en el que actuó más como integrante de esa alianza militar que une a los dos países, que como miembro del TIAR. A continuación, el canciller argentino de manera sorprendente denuncia la desarticulación del sistema y pacto de defensa hemisférico, ante el desconocimiento de sus resoluciones por parte del gobierno estadounidense.⁷

No es posible abstraerse del papel que jugó en este conflicto la prolongada y cruenta lucha librada con alguna intermitencia, desde la década de los sesenta, por estas mismas Fuerzas Armadas contra las organizaciones políticas y sociales populares argentinas, en una guerra interna profundizada desde el golpe militar de 1976, en el cual las graves violaciones a los derechos humanos fueron el rasgo distintivo del actuar de las diferentes juntas militares que se sucedieron en el poder.

El legítimo sentimiento patriótico que concitó en los argentinos la recuperación de las Islas fue suficiente para unificar a todo un pueblo tras esta guerra justa conducida por dictadores antidemocráticos responsables de torturas y de decenas de miles de desaparecidos. De igual manera, e independientemente al heroísmo de pilotos, marinos y soldados que sin preparación fueron llevados a la guerra, es imprescindible considerar en la derrota la demostrada incapacidad de los conductores y oficiales en la preparación, planificación, aseguramiento multilateral, organización y realización de los combates. Su eficacia en la guerra contrainsurgente desplegada contra guerrilleros urbanos y rurales en el propio territorio continental les brindó cierta suficiencia en la apreciación y evaluación de sus propias capacidades, falencia que quedaría en dramática evidencia, ante la magnitud y carácter de los combates contra las fuerzas invasoras profesionales británicas.⁸ No obstante estas consideraciones generales de la lucha armada, limitada territorialmente al teatro de operaciones del Atlántico Sur, es en el escenario internacional donde mayores y más sorprendentes fueron los yerros de los militares y políticos planificadores de esta contienda.

La amarga consternación sufrida por los generales argentinos ante el abandono estadounidense, que incluso llevó a Galtieri a calificarlos de “traidores”, fue demostrativo de que su formación les impedía entender la esencia imperialista de la política exterior de Estados Unidos, en la que existe una prolongada historia de vínculos con los países del sur del Río Bravo, basados invariablemente en sus intereses económicos, de expansión y dominación, antes de obedecer a principios y compromisos éticos y políticos.

Por primera vez en la historia de las relaciones interamericanas se ponía a prueba la esencia del “panamericanismo” y su supuesta concepción de defensa regional, ante una potencia extracontinental, en este caso Gran Bretaña, que actuaba contra una de las naciones de América. En el conflicto de las Malvinas, las complejidades de las relaciones internacionales creadas después de la Segunda Guerra Mundial y las intenciones de los militares por solucionar la grave situación interna a partir del justo reclamo nacional por las Islas, habían desestructurado un escenario internacional largamente construido por Estados Unidos contra el comunismo y los países del campo socialista. Para lamento estadounidense, en la Guerra de las Malvinas no fue precisamente la flota soviética la que actuó arteramente en el continente americano.

Los generales planificadores argentinos habrían estimado la probable respuesta estadounidense a partir de sus excelentes relaciones con Estados Unidos en las últimas décadas, principalmente considerando la cooperación y complicidad del gobierno de Reagan en su lucha contra todos aquellos proyectos democráticos, populares y revolucionarios surgidos en la propia región. Los militares argentinos asesoraron, instruyeron y entregaron préstamos de financiamiento para compra de armamentos a sus pares salvadoreños y a las bandas contrarrevolucionarias que luchaban por derrotar a la Revolución Sandinista. Galtieri, que había estado en dos ocasiones en 1980 en el Pentágono como jefe de las Fuerzas Armadas, era el “niño mimado” de los estadounidenses. En esa misma lógica miembros de la Junta Militar argentina habían visitado al dictador nicaragüense Anastasio Somoza en 1977 y el Estado Mayor del Ejército argentino contaba con un plan para combatir al comunismo en todo el continente.⁹ La apreciación argentina de corto alcance había ignorado la condición y conducta imperial de Estados Unidos a lo largo de toda su historia, desde su expansión territorial hacia el oeste que le arrebató a México casi la mitad de su superficie en el siglo XIX, hasta las últimas intervenciones en Centroamérica al finalizar la década de los setenta del siglo pasado.

Por otra parte, desestimaron la correlación internacional de fuerzas políticas y militares creadas a partir del término de la Segunda Guerra Mundial y el orden bipolar que ella creó, en la cual la contradicción fundamental estaba dada por la existencia de dos sistemas antagónicos, representados en un polo por Estados Unidos y los países capitalistas desarrollados, en el cual Gran Bretaña ocupaba un papel principal, y otro polo conformado por Unión Soviética y los países socialistas de Europa del Este. Eran aún los tiempos de la Guerra Fría, peligrosamente agravada bajo el gobierno de Ronald Reagan (1980-1988). En este tablero universal, los generales argentinos extraviaron su posición.

Los intentos de unidad de los países latinoamericanos son de tan larga data como las aspiraciones de Estados Unidos por impedir o dirigir dicho proceso en función de sus propios intereses. Dos grandes etapas se pueden distinguir a lo largo de esta historia. La primera se extiende desde la independencia de las repúblicas hispanoamericanas hasta casi finalizar el siglo XIX, cuando Estados Unidos interviene militarmente en la guerra hispano-cubana en 1898. Corresponde con todo el largo proceso de su crecimiento y acumulación capitalista frente al decadente Imperio Británico. Un segundo gran período, se inicia desde esa intervención, bajo su nueva condición imperial, hasta los tiempos actuales, que debiera culminar –es una apuesta– con el nacimiento y consolidación definitiva de la Comunidad de Estados de América Latina y el Caribe (CELAC). Es la etapa de las relaciones de dominación imperialista de Estados Unidos sobre “Nuestra América”, como la llamó José Martí. Sería una falsedad histórica atribuir al imperialismo norteamericano toda la responsabilidad en esta incapacidad de lograr la unidad de los pueblos y naciones del sur del Río Bravo. En este devenir histórico, las numerosas y diversas oligarquías nacionales, compulsadas por sus intereses locales, junto a gobiernos débiles y dependientes, han sido parte significativa del fracaso unitario.

Fueron precisamente las grandes potencias (Gran Bretaña y Estados Unidos), bajo un clima de presión diplomática, las que impidieron alcanzar los tempranos propósitos integracionistas del Congreso de Panamá de 1826 promovido por el Libertador Simón Bolívar. Mucho menos, permitió Estados Unidos la creación de un ejército libertador hispanoamericano –que era uno de los propósitos de los congregados– para participar en las luchas de independencia de Puerto Rico y Cuba aún bajo dominio español.

Después de la muerte de Bolívar, las ideas de unidad regional sólo fueron retomadas ocasionalmente a lo largo del siglo XIX. Seis eventos e intentos unitarios suramericanos se registran a lo largo de ese siglo: Perú (1847, 1864-1865 y 1877), Venezuela (1856 y 1883) y Panamá (1881). Uno de estos cónclaves (Perú, 1864-1865) llegó a ser considerado como un “Congreso hispanoamericano”, en el que se establecieron tratados y acuerdos entre los países participantes; sin embargo, ninguno trascendería en la creación de una organización regional. En su gran mayoría fueron convocados ante las constantes amenazas de las grandes potencias coloniales del siglo XIX. Su rasgo distintivo fue la exclusión de Estados Unidos, que ordenaba sus relaciones a través de los preceptos de la Doctrina Monroe, expresión de la rivalidad anglo-estadounidense, de su ambición hegemónica, de la disputa de los territorios centro y suramericanos y de las unilaterales intenciones expansionistas de Estados Unidos. El caso de

mayor envergadura en la agresión y conquista de un país latinoamericano o del Caribe en ese período fue la pérdida por México de unos dos millones y medio de kilómetros cuadrados de su territorio, que significaba casi la mitad del país arrebatado por Estados Unidos, en un prolongado episodio de ocupación territorial encubierta y guerra intermitente, desarrollado desde 1821 hasta la capitulación mexicana en 1848.¹⁰

Los vínculos de América Latina y el Caribe con Estados Unidos desde la última década del siglo XIX, hasta fines del siglo XX, es decir durante toda una centuria, estarían determinados y subordinados a los intereses comerciales y políticos del imperialismo norteamericano. El panamericanismo nace con el propósito fundamental de contrarrestar la influencia y penetración de Gran Bretaña en el continente. La I Conferencia Panamericana fue organizada en Washington entre 1889 y 1890. Desde entonces hasta la V Conferencia Panamericana, realizada en Santiago de Chile en 1923, el presidente de la organización había sido “por derecho propio” el Secretario de Estado estadounidense. La VI Conferencia celebrada en La Habana en 1928, bajo un régimen dictatorial, es recordada por los intentos de la potencia imperial por aprobar el derecho de intervención. No es hasta la VII Conferencia celebrada en Montevideo en 1933, que los países latinoamericanos aprobaron el principio de no intervención en los asuntos internos de otros países, a instancias de la propia Cuba, quien recientemente se había liberado del dictador pro yanqui de turno.¹¹

A esta conferencia, que se realiza casi al finalizar la crisis de los años 1929 al 1933, el presidente Roosevelt envió un mensaje donde da a conocer la nueva política conocida como del “Buen Vecino”, con el propósito de estimular las relaciones económicas y comerciales con los países del hemisferio, deterioradas por los efectos de la crisis. Fue en este período –previo a la Segunda Guerra Mundial– cuando se produce la mayor cantidad de intervenciones militares en la región: Cuba de 1898 a 1902 y de 1906 a 1909; República Dominicana en 1905, donde asume el control de las aduanas y las finanzas, para después ocuparla militarmente desde 1916 hasta 1924; Nicaragua de 1912 a 1925, México de 1914 a 1917 y Haití de 1915 a 1934 fueron objeto de la agresión imperial. Más adelante se utilizarían otros instrumentos de política exterior sutiles, pero no menos agresivos como la “diplomacia del dólar” que se proponía “colaborar” con las insolventes naciones latinoamericanas. Si en América Central y el Caribe se empleaba la ocupación militar con los marines, en otros países del hemisferio, más alejados, se empleaban técnicas engañosas como el control financiero, económico y comercial. Fue el caso de Bolivia, Perú, Colombia y Chile.¹²

La Segunda Guerra Mundial, y el ordenamiento internacional resultante del fin de la misma, le otorgarían a las relaciones de Estados Unidos con el resto de los países americanos un carácter particular que en lo esencial perduraría hasta la última década del siglo XX con la desaparición de la Unión Soviética.

Desde la VIII Conferencia Panamericana reunida en Lima en 1938, y la de Chapultepec en México en 1945, Estados Unidos se propuso construir una alianza militar defensiva de las naciones hemisféricas contra una agresión externa, que era un claro intento de impedir la influencia soviética en el continente. La guerra produjo el alineamiento de la mayoría de los países latinoamericanos con la potencia del norte, con la excepción de la Argentina que sería obligada a ello mediante actos de fuerza en 1944. La derrota del fascismo a escala internacional, la necesidad de Estados Unidos de mantener vínculos económicos con los Estados latinoamericanos para garantizar su condición de suministradores de materias primas con precios preferenciales, y establecer favorables condiciones para sus inversiones de la banca y la empresa privada enormemente fortalecida por la propia guerra, la corriente de rebeldía popular y antifascista en América Latina que condujo a la caída de regímenes dictatoriales y tiránicos, el fortalecimiento de los partidos comunistas y de la izquierda antiimperialista y nacionalista en la región, la consolidación e influencia en el mundo de la Unión Soviética por sus indiscutible papel en la derrota del fascismo, la creación del campo socialista con la incorporación de un grupo de países de Europa Oriental y el desastre general en que quedó sumido este continente son, entre otros antecedentes, incentivos que obligan a Estados Unidos a un nuevo reordenamiento de las relaciones con sus vecinos del Sur y al inmediato interés de crear una estructura interamericana que respondiera a esta lógica y que fuera expresión de la nueva correlación de fuerzas que detonaba el sistema internacional de la posguerra.

A principios de 1946, el primer ministro británico Winston Churchill en visita Estados Unidos y en un discurso se refiere por primera vez a la “cortina de hierro” que dividía a la Europa de la posguerra, presagiando la confrontación global que se avecinaba. El concepto de Guerra Fría se popularizaría a partir de su uso por un conocido columnista norteamericano, en un libro crítico del grave conflicto que proyectaba en la política exterior estadounidense. En adelante, los presidentes de este país, con particulares excepciones en su intensidad, formas de lucha y grado de virulencia, harían de la “contención del comunismo” centro de la política global, principalmente en el terreno económico y militar, en un contexto de un clima ideológico anticomunista en ocasiones rayano en la histeria.¹³

El sistema interamericano diseñado por Estados Unidos se estructuraba con dos componentes, uno militar y uno político. El primero que se crea es el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca en 1947 en Río de Janeiro. Un año después en 1948 durante la IX Conferencia Interamericana en Bogotá se crea la Organización de Estados Americanos (OEA), integrada por veinte Estados latinoamericanos y Estados Unidos.

Paralelamente, comienzan las negociaciones que derivarían en 1949 en la formación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, constituida por Estados Unidos, Canadá y sus aliados europeos.

Desde el primer momento, tanto el TIAR como la OEA se estructuraron de acuerdo a un articulado que invariablemente ha servido de instrumento jurídico para la legitimación de la intervención de Estados Unidos en los asuntos internos de los Estados latinoamericanos. “La amenaza del comunismo internacional” en adelante serviría para intervenir militarmente, o de forma encubierta, en los países del área. La X Conferencia de 1954 serviría para justificar la participación directa de Estados Unidos en Guatemala en contra del gobierno nacionalista de Jacobo Arbenz. El artículo 15 de la Constitución de la OEA prohíbe explícitamente intervenir “directa o indirectamente, sea cual fuere el motivo en los asuntos internos o externos de cualquier otro”. En enero de 1962, Estados Unidos, con la complicidad de casi todos los países integrantes de la OEA, con excepción de México, ordena sancionar y romper relaciones diplomáticas con Cuba en la Octava Reunión de Consulta del organismo realizada en Punta del Este, Uruguay.

En 1965, a instancias de la Casa Blanca, la OEA crea unas simbólicas fuerzas de paz que dan cobertura política a la intervención de cuarenta mil marines estadounidenses en República Dominicana con la misión de terminar con la revolución nacionalista encabezada por el coronel Francisco Caamaño Deñó.

Mientras esto ocurría en América, Estados Unidos ya consolidado como la primera potencia económica y militar del mundo de la posguerra, una vez conformada la OTAN, concentró la colaboración económica y tecnológica con Europa a través del Plan de Reconstrucción Europeo conocido como Plan Marshall. En pocos años los centros capitalistas de Europa, y de manera particular Gran Bretaña, dan un espectacular salto en todas las esferas de la economía y la vida de sus países. Se consolida así una sólida alianza del mundo capitalista desarrollado de primera línea frente a la Unión Soviética. Casi al finalizar la década de los setenta del siglo pasado, bajo el gobierno de James Carter, desde

los centros de poder surge la concepción “trilateral” del desarrollo multilateral del capitalismo desarrollado, que se sustenta en Estados Unidos, Europa y Japón, que también había protagonizado un acelerado proceso de reconstrucción de su economía, para convertirse en una de las naciones industrializadas más importantes del mundo. Era una mirada estratégica con una visión global e integradora de estos tres grandes centros del poder económico, tecnológico y militar del mundo capitalista.¹⁴

En 1980, previo a la Guerra de Malvinas, el recién estrenado presidente Ronald Reagan, con quien debió lidiar el general Galtieri, le da impulso a un vasto plan armamentista, conocido popularmente como la “guerra de las galaxias”, que responde a una profundización de la Guerra Fría, y de la lucha contra la Unión Soviética. Se reanuda la costosa carrera por la supremacía de las armas nucleares, hasta ese momento limitada por las políticas de distensión del gobierno de Carter. Hasta la lejana Isla de Pascua era considerada en esta guerra del espacio. Esta “segunda Guerra Fría” es consecuencias de cambios profundos en la estructura de poder interno en Estados Unidos una ola de conservadurismo reaccionario de una nueva derecha inunda la política nacional e internacional.¹⁵ Se anuncian cambios económicos estructurales con un modelo neoliberal que pretende dinamizar y poner a Estados Unidos otra vez como líder indiscutido de la economía mundial. Reagan y la primera ministra británica Margaret Thatcher han quedado para la historia como los “paladines” del impulso de estos modelos neoliberales que se tocan al finalizar el siglo con la revolución tecnológica, de la informática y las comunicaciones, que darían cuerpo al fenómeno de la globalización de toda la sociedad.

En estos precisos momentos, cuando Reagan estaba cavilando acerca de las posibilidades de que sus cohetes interceptores volaran por la estratosfera, cuando ni se imaginaba que el fin de la Unión Soviética estaba cerca, es que debe comunicarse con Galtieri para impedir que Thatcher reaccione “malhumorada” por unas Islas lejanas del Atlántico Sur que, en la conversación con el general, llamó Falkland.

“¿Qué importa el TIAR?”, dijo sin ambigüedades el secretario de Defensa de Estados Unidos Gaspar Weimberger, “las obligaciones son con la OTAN, es más importante Europa que el TIAR. Gran Bretaña con las Malvinas dará total control sobre el continente latinoamericano”.¹⁶

Esta frase del secretario de Defensa estadounidense refleja el verdadero sentido de la confrontación estratégica que establece alianzas que van más allá de

lo que Estados Unidos consideraba una escaramuza en un alejado rincón del planeta. Se sustentaba en la posibilidad real de derrotar al enemigo polar para lo cual Gran Bretaña era su aliado más confiable sobre todo en un momento en que la cercanía ideológica entre Reagan y Thatcher era expresión del avance de ideas conservadoras que avizoraban la construcción de una fortaleza nunca antes conocida en el escenario internacional.

Estas verdades parecieron ser desconocidas por los generales argentinos quienes sobrevaloraron una alianza con Estados Unidos, que no superaba los objetivos tácticos de imponer su hegemonía en el continente aplicando la Doctrina de Seguridad Nacional en favor de establecer un control que evitara la expansión ideológica de su enemigo estratégico. Las Fuerzas Armadas argentinas como casi todas las del continente sirvieron a esa causa con el apoyo de Estados Unidos, pero erraron en la apreciación de los alcances que iba a tener la confrontación en la que implicaron a su país de manera oportunista e interesada.

Los organismos internacionales creados en la posguerra para asegurar la paz mostraron su insolvencia para prever este conflicto; mucho menos hicieron para evitarlo o solucionarlo. Quedaba en evidencia su incapacidad para actuar en casos en los que está involucrada una potencia, en particular cuando se trata de miembros del Consejo de Seguridad, la indudable dictadura mundial. Desde el punto de vista internacional, lo trascendente en el conflicto de las Malvinas es que puso en evidencia que el sistema internacional creado por los triunfadores de la Segunda Guerra Mundial estaba diseñado para servir a sus intereses, desdeñando incluso a sus aliados cuando éstos desafiaban la lógica del poder.

En particular, el sistema interamericano, conformado por el TIAR y la OEA, mostró no sólo el carácter inefectivo de su estructura, sino que hizo patente que fue diseñado a imagen y semejanza de los intereses de Estados Unidos, señalando para el resto de los países un papel secundario y subordinado a prácticas hegemónicas no aceptables en el escenario internacional.

El conflicto de las Malvinas, además de transformarse en el acta de defunción del TIAR, cuestionó los fundamentos sobre los que se construyó el modelo de integración para nuestro continente. La contradicción entre la idea monroísta y panamericana chocó nuevamente y de manera ostensible con la idea bolivariana que plantea una integración de los pueblos de los territorios que José Martí agrupó bajo el nombre de “Nuestra América”.

La pertenencia geográfica a una región del planeta no es un elemento suficiente para generar verdaderos móviles integracionistas y de solidaridad frente a un enemigo externo. Otros componentes, culturales, identitarios y de complementación económica concurren a la construcción de un proceso de integración que tiene en la constitución de un mecanismo de seguridad regional entre iguales uno de los pilares fundamentales para mantener la paz y garantizar una convivencia armoniosa entre los pueblos.

El TIAR debe desaparecer, al igual que la OEA, porque no representan los intereses de la región en tanto una potencia puede imponer una hegemonía no aceptada formalmente en los documentos constitutivos de esas organizaciones. La necesidad de dar paso a nuevos mecanismos de integración entre los pueblos de la región al sur del río Bravo tuvo en el conflicto de las Malvinas un punto de inflexión en el derrotero a seguir. Gobiernos y pueblos de América Latina, superando las obvias diferencias con un gobierno sátrapa y violador de derechos humanos, acudieron en la defensa de los intereses de la Argentina, que eran expresión de principios latinoamericanos de derecho, los cuales fueron pilares de la construcción de nuestros Estados nacionales, utilizando para ello todos los instrumentos, políticos, diplomáticos e incluso militares, a su alcance. Con la sola excepción de la actuación artera del gobierno dictatorial de Augusto Pinochet, el resto de los países de la región expuso su espíritu solidario y su vocación latinoamericanista. El grito de “Las Malvinas son argentinas” fue una consigna que recorrió valles y montañas, ríos y mares, envolviendo un sentimiento que sobrepasaba y sobrepasa a los argentinos como clamor de solidaridad de todos los que nacimos y vivimos entre México y la Patagonia.

Hoy, cuando se vive un nuevo momento para varios países del continente, la creación de la Unión de Naciones de América del Sur (Unasur) y próximamente de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y del Caribe (CELAC) y, de manera particular, el Consejo Suramericano de Defensa, auguran una nueva época que no repetirá jamás la ignominia que la invasión imperial a las Malvinas significó para nuestra región. La actuación de Estados Unidos nos dejó una gran enseñanza que nos impele a la necesidad de construir mecanismos propios con capacidad de respuesta política, diplomática y militar sin necesidad de recurrir a potencias extrarregionales.

Cuando eso se haya logrado, estaremos más cerca de la verdadera Independencia y en justicia tendremos que volver la vista atrás para recordar a esos jóvenes argentinos que en aquellos aciagos días de 1982 entregaron sus vidas por la dignidad y el honor de todos los latinoamericanos y caribeños y que pusieron

muy en alto una bandera que ondeará enhiesta por siempre en todo el territorio de esta, nuestra Patria Grande.

La guerra reinició una nueva visión integradora

Julio Fernández Baraibar *

Es verdaderamente un honor para mí el poder participar en estas jornadas en las que, creo que por primera vez en la Argentina, la Causa de Malvinas, la Causa nacional y latinoamericana de Malvinas, entra a la academia, que se caracterizó en los últimos cien años por su gran aislamiento y una enorme incompreensión sobre los problemas profundos y estratégicos de la Argentina. Es realmente importante que esta causa tome estado académico y que políticos, intelectuales, escritores, diplomáticos y profesores universitarios compartamos con los alumnos para analizar la trascendencia que tuvo la Guerra de Malvinas, y lo que ello significó para los años que vinieron luego de 1982.

América Latina, como han dicho quienes me han antecedido, no era la América Latina que hoy estamos viviendo. El mundo de 1982 era un mundo cruzado, a lo largo y a lo ancho, por la tensión generada por lo que se llamó la Guerra Fría: el enfrentamiento político-militar no cruento entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Como se sabe, era incruento en cuanto a las dos grandes potencias, pero tenía manifestaciones militares y cruentas en el mundo periférico, es decir, en el mundo que no estaba integrado ni por Estados Unidos, la Unión Soviética o Europa.

América Latina estaba dominada, entonces, por dictaduras militares o por gobiernos que tenían un grado de relación, sobre todo económico, muy importante con Estados Unidos. La Argentina estaba gobernada por los militares que habían dado el golpe de Estado en 1976. Uruguay estaba bajo una dictadura militar que había comenzado antes de 1976 y terminaría varios años después que la nuestra. La Guerra de Malvinas fue, como bien ha dicho Rodríguez Gelfenstein, una especie de rayo en una noche serena: inesperadamente, un militar del Sur, de voz ronca y altanera, hasta ese momento aliado estratégico de Estados Unidos en la lucha “contra el comunismo”, enfrentaba bélicamente a una de las grandes potencias militares y navales del mundo.

Esto sorprendió de una manera impactante. Era algo que no se esperaba, que no entraba dentro de las previsiones y las posibilidades, puesto que ese gobierno no estaba sumamente comprometido con las políticas imperialistas, militares y

* Magíster en Relaciones Internacionales por la Universidad Central de Venezuela y Profesor del Instituto de Altos Estudios del Ministerio de Relaciones Exteriores. Fue Embajador Extraordinario y Plenipotenciario en Nicaragua (2008-2009) y Director de Relaciones Internacionales de la Presidencia. Es investigador del Centro de Estudios Políticos y Sociales de América Latina (CEPSAL) de la Universidad de los Andes, en Mérida (Venezuela).

¹ Cardoso, Oscar Raúl et al., *Malvinas. La trama secreta*, Editorial Planeta. Primera edición en Planeta Bolsillo, Buenos Aires, 1997.

² <http://www.lafogata.org/02latino/latinoamerica2/derechista.htm>

³ Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca en <http://www.oas.org/juridico/spanish/tratados/b-29.html>

⁴ Selsler, Gregorio, *Reagan entre El Salvador y las Malvinas*, México, Editorial MexSur, 1982.

⁵ *Clarín*, Buenos Aires, 16 de junio de 1982.

⁶ Revista *Cambio 16*, N° 551, Madrid, 21 de junio de 1982, en Verbitsky, Horacio, *La última batalla de la Tercera Guerra Mundial*, Editorial Legasa, Buenos Aires, 1984.

⁷ *Clarín*, op cit.

⁸ Verbitsky, op cit.

⁹ Ídem.

¹⁰ Guerra Vilaboy, Sergio, *Breve historia de América Latina*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 2006.

¹¹ Torras de la Luz, Pelegrín, “Colonialismo y subdesarrollo en América Latina”, en *Historia de América Latina*, N° 4, Parte II, Ministerio de Educación Superior, La Habana, 1988.

¹² Guerra Vilaboy, op. cit.

¹³ González Gómez, Roberto, *EE.UU., Doctrinas de la Guerra Fría 1947-1991*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2003.

¹⁴ González Gómez, op. cit.

¹⁵ Ídem.

¹⁶ Selsler, op. cit.

agresivas que Estados Unidos llevaba adelante en América Latina, sobre todo en América Central.

De modo tal que la idea de que ese gobierno enfrentase –por lo que algunos llamaban “unos peñascos pelados sobre el Atlántico Sur”– al principal socio militar y económico de Estados Unidos, no entraba dentro de ninguna profecía. Y, sinceramente, lo que caracteriza a nuestros países es nuestra inesperabilidad. Si en algún momento los latinoamericanos hemos avanzado, hemos logrado espacios, es cuando hemos sido inesperados. Cuando nos esperan, nos ganan.

La reconquista militar de Malvinas recorrió América Latina. Los argentinos vivimos años bajo gobiernos para los cuales el principal enemigo militar eran Chile o Brasil. Brasil vivía bajo una dictadura militar para la cual el principal y posible enemigo militar era la Argentina. Acabábamos de evitar, en el límite mismo de la conflagración, una guerra con Chile, guerra que, como dijo el general Jorge Leal, nuestro héroe antártico, hubiéramos perdido, simultáneamente, los argentinos y los chilenos. En esa guerra entre Argentina y Chile no ganábamos ninguno de nosotros, sino los intereses imperiales que iban a profundizar la balcanización del Cono Sur. Y, repentinamente, nos encontramos los argentinos y los latinoamericanos que un nuevo fervor de Patria Grande recorría el continente. Desde todas las capitales de América Latina surgieron voces políticas, intelectuales, religiosas y hasta militares que apoyaban, sostenían y defendían la Causa de Malvinas.

No voy a repetir el papel jugado por Perú y el presidente Belaúnde, que nos acaba de recordar la ponencia de Juan Raúl Ferreira. Ese papel es algo que estuvo presente en el viaje último de la Presidenta Cristina Fernández a Perú y en su encuentro con el presidente Alan García. Como ustedes saben, la Argentina, gobernada por un hombre que, no tengan dudas ustedes, amaba mucho más el oro que el bronce –me refiero a Carlos Menem– traicionó y pagó con ingratitud la lealtad y la solidaridad desplegada por Perú en la guerra de 1982. Nuestra Presidenta tuvo que ir a pedir disculpas: “Señor Presidente del Perú, pueblo del Perú, Argentina les pide disculpas porque traicionamos la confianza y la solidaridad que ustedes nos brindaron en uno de los momentos más críticos y siniestros de nuestra historia”.

La Guerra de Malvinas reinició una nueva visión integradora. Pero no sólo en América Latina, en general, porque es fácil hablar de Venezuela, Perú o países que uno conoce muy poco, sino que ocurrió en el seno de los argentinos de todos los sectores sociales.

De golpe, de la noche a la mañana, los argentinos, esos europeos implantados, como nos ven muchos amigos latinoamericanos, esos “blanquitos de allá abajo” que se creen que viven en París, nos dimos cuenta de que lo único que teníamos para sostener nuestra causa patriótica eran los oscuros morenos de todo el continente que, con una sola voz, salieron a defender nuestra causa.

Y en esas jornadas los argentinos nos volvimos latinoamericanos, abandonamos nuestros aires de europeos exiliados, dejamos de pensar que solamente veníamos de los barcos y descubrimos que también veníamos de la cruz de indios y españoles y de esa forja de miles de razas que constituyó al ser nacional argentino.

Esa guerra no había sido decidida por los argentinos, sino por un grupo de militares usurpadores que, sólo dos días atrás, habían apaleado a decenas de miles de manifestantes en la Plaza de Mayo. Sin embargo, cuando quedó claro quién era el enemigo y con quién se estaba peleando, esos mismos argentinos apaleados concurrieron a la Plaza de Mayo a sostener la causa que se libraba en Malvinas, con la convicción de que era una causa justa y que el deber de ciudadanos era cerrar filas para lograr el triunfo de nuestras armas.

Esa guerra y ese espíritu latinoamericano que brotó como un reguero de pólvora en toda América Latina tuvo una consecuencia inmediata.

La llamábamos, entonces, la bomba neutrónica para usar en Malvinas, y era la deuda externa. Inmediatamente, como consecuencia de la guerra, las cancillerías de los países latinoamericanos comienzan a discutir sobre qué pasaría si nos juntamos todos los latinoamericanos y no les pagamos la deuda externa, a ver qué hacen con las Islas y con la flota inglesa del Atlántico Sur. Y eso fue, durante las décadas del ochenta y del noventa, una de las principales políticas de resistencia al imperialismo que tuvimos los latinoamericanos. El inicio de esa política fue en las jornadas heladas y duras de las Islas Malvinas.

La Guerra de Malvinas nos ofreció, a su vez, uno de los espectáculos más inolvidables, como fue el abrazo de Nicanor Costa Méndez, el ultraconservador canciller argentino, con Fidel Castro. Ver a Costa Méndez, con sus modales diplomáticos, su prosapia conservadora y su corbata de seda natural, posando su mejilla sobre las barbas de Fidel Castro es una desopilante imagen que no puedo sacar de mi memoria.

Era la OEA la que manejaba las relaciones y la representación del conjunto del

continente. Y yo diría que en esas jornadas comienza la crisis de la OEA que va a terminar treinta años después con la virtual desaparición de la escena política internacional. ¿A quién le interesa hoy la OEA en América Latina? Hemos creado la Unasur. ¿Qué es la Unasur? Es la OEA sin Estados Unidos. Y basta, simplemente, que no esté presente Estados Unidos para que se pudieran abrazar, con desconfianza y mirándose mal, el Presidente Uribe de Colombia y el Presidente Correa de Ecuador, después de que aquél agrediera vilmente a Ecuador. Pero bastó que no estuviera Estados Unidos para que en esa reunión se produjera un acercamiento.

De la misma manera –y siendo secretario general de la Unasur nuestro ex Presidente Néstor Kirchner– se aplacaron los ánimos de guerra y se disipó la amenaza de un enfrentamiento bélico entre Colombia y Venezuela, enfrentamiento bélico que hubiera sido catastrófico. No solamente por los obvios resultados en víctimas humanas y en esfuerzos económicos dilapidados, sino porque hubiera plantado una guerra en el momento más crucial e importante del proceso de integración latinoamericana que vivimos desde la batalla de Ayacucho. Un enfrentamiento armado entre Colombia y Venezuela hubiera significado una derrota aplastante para los esfuerzos de integración y esa posible carnicería de ciudadanos jóvenes y pobres –que son los que en general mueren en una guerra– hubiera sido un fracaso para Hugo Chávez, uno de los hombres que más ha luchado por esa integración.

De modo tal que Malvinas es una causa que, iniciada unilateral e inconsultamente, se convirtió en causa nacional latinoamericana, quizás la primera causa nacional latinoamericana. La única que es capaz de encolumnar al conjunto de nuestros pueblos y nuestros países con un enemigo claro, un enemigo extraterritorial. Un enemigo que, por otra parte, ha sido el tradicional enemigo de nuestro continente y el causante de nuestra balcanización y de nuestras divisiones.

Creo entonces, para terminar, que le debemos a Malvinas los argentinos y los latinoamericanos todavía un gran homenaje. Sería interesante que desde la Unasur surgieran jornadas de Malvinas a lo largo y a lo ancho de nuestro continente. Pero lo que sí es absolutamente claro, es que Malvinas es una cuestión nacional y latinoamericana. Y que, como cantábamos algunos en aquellas jornadas de 1982, “volveremos a Malvinas de la mano de América Latina”.

* Periodista, escritor, político y guionista cinematográfico, entre otras películas, de *Sentimientos*, *Mirta de Liniers a Estambul*, *Cipayos*, *La tercera invasión* y *El general y la fiebre*, dirigidas por Jorge Coscia. Ha dirigido el video documental *La ceniza y la brasa* sobre Arturo Jauretche.

Entre Occidente y los No Alineados

Roberto Bardini *

De abril a junio de 1982, cuando las armas resonaban en el Atlántico Sur, los gobernantes de facto en la Argentina descubrieron abruptamente que su inserción en el llamado Primer Mundo no era tan sólida como creían y tuvieron que resignar a regañadientes una concepción geopolítica que, en el enfrentamiento Este-Oeste, ubicaba al país en el bloque “capitalista, occidental y cristiano” bajo el liderazgo de Estados Unidos.

Mientras los principales respaldos a la recuperación de las Islas Malvinas provenían, precisamente, de un mundo que ellos consideraban lejano no sólo en términos geográficos sino también ideológicos y hasta raciales, el enfrentamiento entre la Argentina y el Reino Unido tuvo otra consecuencia a largo plazo: la lenta extinción del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), creado supuestamente para intervenir a favor de cualquier país americano en caso de guerra con una nación extracontinental.

El inicio de ese fugaz tránsito que fue de “los viejos amigos” a los “nuevos aliados” puede ubicarse a fines de 1981, aunque sus orígenes son más añejos. Por esas fechas, el ministro de Relaciones Exteriores Nicanor Costa Méndez, miembro del Consejo Argentino de Relaciones Internacionales (CARI), declaró que la Argentina no pertenecía al Tercer Mundo ni al Movimiento de Países No Alineados porque los integrantes de esos bloques no eran “de raza blanca y religión cristiana”.¹

Poco antes, el 19 diciembre de 1981, cuando fue designado por la Junta Militar, el diario *La Nación* había presentado al diplomático como autor de “numerosos trabajos acerca de la naturaleza del denominado Tercer Mundo” y crítico de “la alineación de nuestro país a ese nucleamiento de naciones”.

Ex canciller del gobierno de facto del general Juan Carlos Onganía de 1966 a 1969, Costa Méndez estaba vinculado a empresas estadounidenses. Había sido vicepresidente de Texas Instruments Argentina, subsidiaria de Texas Instruments Inc. de Dallas (Texas), y director de Field Argentina, una firma constructora de viviendas en gran escala, propiedad del magnate naviero Granville Elliot Conway, de Nueva Jersey.

En 1976 Costa Méndez escribió en la revista *Carta Política*, que dirigía su viejo amigo Mariano Grondona, también integrante del CARI: “La militancia en el grupo de los No Alineados constituye el extremo de una posición. La Argentina está, en verdad, alineada con Estados Unidos [...]. La militancia en el grupo de No Alineados puede alejarnos de nuestros viejos amigos”.²

El rechazo del ministro al tercermundismo y no alineamiento también se evidenció en 1978, cuando redactó la parte de política internacional en las Bases Políticas de la Fuerza Aérea, donde promovía la inserción de la Argentina en el “Occidente cristiano”. Y en enero de 1982, al poco tiempo de asumir, una de sus primeras medidas fue crear una comisión para analizar si la Argentina iba a continuar formando parte del Movimiento de No Alineados, al que se había integrado en 1973 durante el gobierno de Héctor J. Cámpora pero se distanció notoriamente a partir del golpe de Estado de marzo de 1976.

Los NOAL

El Movimiento de No Alineados (NOAL) tiene su antecedente en la Conferencia Afroasiática de Bandung (Indonesia) de 1955, que convocó a 29 jefes de Estado de Asia y África.³ Eran tiempos de luchas anticoloniales y emancipación de las metrópolis europeas, con el trasfondo de la Guerra Fría o confrontación Este-Oeste entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

En Bandung se establecieron los Diez Principios que constituyen la carta de identidad del Movimiento y que, al parecer, a Costa Méndez le parecían horriblos: respeto por los derechos fundamentales del hombre, por la Carta de las Naciones Unidas y por la soberanía e integridad territorial de todas las naciones, reconocimiento de la igualdad de todas las razas, abstención de intervenciones en los asuntos internos de otros países, derecho de toda nación a defenderse sola o en colaboración con otros Estados, abstención de participar en acuerdos de defensa colectiva que favorezcan a una de las grandes potencias, abstención a ejercitar presión, actos o amenaza de agresión hacia la integridad territorial o independencia política de cualquier país, solución de conflictos por medios pacíficos (tratados, conciliaciones, arbitraje) y respeto por la justicia y las obligaciones internacionales.

El NOAL se creó formalmente en Belgrado en 1961, por iniciativa de cinco presidentes y jefes de Estado: Gamal Abdel Nasser (Egipto), Kwame Nkrumah (Ghana), Jawaharlal Nehru (India), Ahmed Sukarno (Indonesia) y el anfitrión Josip Broz Tito (Yugoslavia). A partir de entonces extendió su influencia

al resto del mundo “no desarrollado” o “en vías de desarrollo” que prefería mantenerse neutral en el enfrentamiento Washington-Moscú.

Es probable que Costa Méndez jamás imaginara que desde el primer momento de la recuperación de las Islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur en abril de 1982, la Argentina “primermundista, blanca, occidental y cristiana”, iba a recibir el respaldo de Cuba, la Nicaragua sandinista y los No Alineados. Y mucho menos que él mismo viajaría a La Habana a una reunión de ese bloque, se abrazaría con Fidel Castro, recibiría una andanada de muestras de solidaridad y terminaría denunciando al imperialismo en la Organización de Estados Americanos.

La defunción del TIAR

Creado en septiembre de 1947 en Río de Janeiro con la participación de 21 países, el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca sólo había servido a las orientaciones de Estados Unidos en América Latina, bajo el pretexto de un nebuloso “peligro comunista” y la improbable “expansión soviética” en el continente.

En la práctica, el TIAR fue invocado para derrocar en 1954 al gobierno constitucional del coronel Jacobo Arbenz en Guatemala, excluir a Cuba en 1962 del sistema interamericano e invadir a la República Dominicana en 1965 para derrocar al gobierno popular del coronel Francisco Caamaño, además de constituir en la década del ochenta un peligro permanente de intervención en América Central.

El tratado era muy claro al señalar que “el ataque armado contra un Estado americano, será considerado un ataque contra todos ellos”. Sin embargo, en el caso de Malvinas, cuando por primera vez desde 1947 una potencia extracontinental agredió a un país signatario, el convenio no sirvió para nada.

Al respecto, un académico mexicano escribió: “Sin rubor alguno, los norteamericanos hacen pedazos al TIAR. De hecho ya no existe el tratado porque han pulverizado las bases que de alguna manera hacían posible movilizar a los ejércitos dependientes hacia sus nefastos objetivos de represión interna [...]. El imperio británico es el agresor. Ha hecho navegar su flota 13.000 kilómetros para intentar recuperar unas Islas que indebidamente ocupó hace un siglo y medio y que debería haber abandonado hace años por la disposición de la ONU que sancionaba el fin de la era colonial –si de algo sirvieran las

disposiciones de este tipo. Con todo, Inglaterra recibe el apoyo y el aliento de Washington, en tanto que el país agredido es conminado a rendirse”.⁴

Fuera del TIAR, el impensado apoyo de la América de piel cobriza –que incluyó el ofrecimiento de enviar a Malvinas a voluntarios nicaragüenses y cubanos– también sorprendió a unos cuantos jefes militares argentinos que en ese momento estaban “exportando” su *guerra sucia* a la distante América Central: asesoraban en “técnicas de interrogatorio” a policías y soldados de Honduras, El Salvador y Guatemala, al mismo tiempo que entrenaban a los “contras” que intentaban desestabilizar al gobierno sandinista en Nicaragua.

Guerra silenciosa, estrategia del terror

“Soy el ciudadano argentino Héctor Francés García y he realizado en Costa Rica tareas de inteligencia y asesoramiento tendientes al derrocamiento del régimen revolucionario de Nicaragua. Hace dos años ingresé al Batallón de Inteligencia 601, y en una escuela de la provincia de Buenos Aires preparada a tal efecto recibí instrucción en materias tales como reunión y análisis de información, seguimiento y contraseguimiento, técnicas de interrogatorio y contrainterrogatorio.”⁵

Así comenzaba el testimonio del capitán Francés García en un video de una hora de duración, exhibido el 30 de noviembre de 1982 en la Federación Latinoamericana de Periodistas (FELAP), de México. Pocos días después, otras copias circulaban en Bogotá, Caracas, La Habana, Lima y varias ciudades de Europa. Aunque en la filmación el oficial se presentaba como un desertor, poco después trascendió que había sido secuestrado en la capital costarricense por agentes de la Seguridad del Estado sandinista en una sigilosa y bien planificada operación de inteligencia.

Francés García explicó que durante casi un año residió en San José, con visa de turista. Su cobertura era “arquitecto dedicado a las construcciones agrícolas y actividades comerciales”, lo que le permitía desplazarse por Costa Rica y otros países centroamericanos. Dijo que fue enviado por el gobierno militar argentino y que había operado como agente secreto en Panamá, El Salvador, Guatemala y Honduras.

Argentinos y hondureños dirigían, con orientaciones de la Agencia Central de Inteligencia, a un estado mayor de la contrarrevolucionaria Fuerza Democrática Nicaragüense. “Estados Unidos es el jefe supremo a través del Ejército argentino y el Batallón de Inteligencia 601”, dijo Francés García.

Las operaciones clandestinas estaban bajo el mando del jefe y el segundo jefe del Estado Mayor del Ejército Argentino, los coroneles Alfredo Valín y Mario Davico, quienes posteriormente ascendieron a generales y pasaron a retiro. Davico había sido mencionado en enero de 1982 por el cabecilla contrarrevolucionario William Baltodano. Capturado, el antisandinista confesó que a finales del año anterior el entonces coronel le había dado en Buenos Aires cincuenta mil dólares “para que la cosa comience a andar”.⁶

Hasta que el presidente norteamericano Ronald Reagan firmó el 16 de noviembre de 1981 la directiva NSDD-17, que autorizaba una ayuda militar inicial de 19 millones de dólares a los “contras”, los asesores militares argentinos en América Central habían actuado por iniciativa propia. A partir de entonces, la distribución de actividades encubiertas fue así: Estados Unidos aportaba los dólares y el equipo de guerra; la Argentina suministraba los instructores, ya fogueados en los años de *guerra sucia* en su propio país; Honduras proporcionaba el territorio para entrenamiento de los “contras” y las bases de ataque a Nicaragua.⁷

Francés García dijo que para los estados mayores contrarrevolucionarios el plan de agresión se sintetizaba con una definición clave: “Guerra silenciosa, estrategia del terror”. El ex agente expresó que los motivos que lo impulsaron a dar su testimonio se sintetizaban en una sola palabra: Malvinas.

Doctrina for export

En realidad, la historia que destapó el oficial capturado había comenzado antes. El 18 de marzo de 1981, el general Alfredo Saint Jean, secretario general del Ejército Argentino, declaró en una conferencia de prensa que las Fuerzas Armadas habían “acumulado experiencia en guerra no convencional, que es reconocida internacionalmente, y han ofrecido capacitación a países amigos”. El 6 de abril de ese año, los diarios de Buenos Aires informaron que los ejércitos de Argentina y Estados Unidos estudiaban la creación de un sistema periódico de consultas a raíz de “la ofensiva marxista en el continente”.

El tema fue tratado por el jefe del Estado Mayor del ejército norteamericano, general Edward C. Meyer, y el entonces comandante en jefe de las Fuerzas Armadas argentinas, general Leopoldo Galtieri. Un día antes, La Prensa había asegurado que con la visita de Meyer comenzaba “la primera etapa de la integración estratégica de Argentina con Estados Unidos”.

Galtieri visitó Washington el 4 de mayo de 1981, para “estrechar vínculos mili-

tares”. En una entrevista realizada en Nueva York y publicada en Buenos Aires el 19 de agosto por la revista *Siete Días*, admitió la posibilidad de que tropas argentinas participaran en la guerra civil de El Salvador. “Todo lo que se refiere a la seguridad americana es un problema de todos los americanos, no solamente de Estados Unidos y Argentina”, expresó. “Por supuesto, Argentina cree, manteniendo en alto el principio de no intervención [sic], en la colaboración con el resto de nuestros hermanos americanos para contribuir, si así lo requieren, a solucionar sus problemas particulares”.

Al día siguiente, el canciller argentino Oscar Camillión recibía en Buenos Aires a su colega hondureño, coronel César Elvir Sierra. Camillión se manifestó partidario de una mayor presencia de su país en América Central. “Una crisis en Centroamérica repercute en Argentina y una solución allí también beneficia al proceso argentino”, declaró.

La ofensiva diplomática no descuidaba ningún flanco. El 3 de febrero de 1982, el embajador argentino en Washington, Esteban Takacs, leyó un discurso ante una asociación de empresarios de Chicago. “Hemos dado fuerte respaldo a muchas iniciativas de Estados Unidos en el hemisferio”, dijo. “Reconocemos los peligros de las campañas organizadas para socavar las fuerzas de la libertad porque hemos pasado por una guerra subversiva [...]. La necesidad de mayor cooperación internacional nunca ha sido tan importante para la supervivencia de Occidente”.

Dos meses antes un ex funcionario norteamericano, Charles Maechling Jr, había aconsejado al gobierno de Ronald Reagan mantener relaciones con Buenos Aires en un plano “frío, correcto e impersonal”, y establecer vínculos “más cálidos una vez que Argentina se purgue de su moho militar”. En un artículo publicado en *Foreign Policy* el 6 de diciembre de 1981, Maechling –ex asesor del Departamento de Estado durante las presidencias de John Kennedy y Lyndon Johnson– afirmó que el régimen argentino, luego de modelar sus “tácticas de intimidación, tortura y exterminio” sobre el plan Noche y niebla usado por Adolfo Hitler, “extiende el veneno totalitario que emana de Buenos Aires hacia el norte del continente, empleando métodos equivalentes a los de la SS alemana”. Según Maechling, “para un país sin creíbles amenazas externas por más de un siglo, el apetito de los militares desafía toda creencia”.

La Casa Blanca, obviamente, pensaba distinto. El 8 de febrero, cinco días después del discurso de Takacs, la cadena televisiva ABC citó a fuentes del Congreso norteamericano e informó que Washington estaba “sondeando” a la dictadura argentina para “infiltrar en Nicaragua tropas de combate clandesti-

nas”. ABC indicó que la misión argentina en América Central sería derrocar al gobierno sandinista y frenar “el supuesto flujo de armas a los revolucionarios que combaten en El Salvador”. Para ello, “no usarían uniformes sino que operarían encubiertamente, a modo de guerrilla”.

A fines de ese mes, un periódico hondureño suministró más datos: “En un lugar aún no determinado, que se especula es Honduras, los argentinos entrenan a más de mil ex guardias somocistas y les proporcionan ayuda económica, cuya cuota original en 1981 fue de 50 mil dólares.

”El embajador argentino en Honduras [Arturo Ossorio Arana] es también una de las personalidades estelares en la coordinación de los grupos contrarrevolucionarios. Las agencias norteamericanas de noticias lo señalan como uno de los principales implicados.

”Según la publicación británica *Latin America Newsletter*, la ampliación de las operaciones de insurgencia se acordó en meses recientes en Buenos Aires, conforme a un plan tejido por el asesor de Ronald Reagan y ex jefe de la CIA, Vernon Walters. El compromiso se amarró después de que Walters visitó Centroamérica, donde sostuvo pláticas con los presidentes Lucas García (de Guatemala), Paz García (de Honduras) y Napoleón Duarte (de El Salvador). La injerencia argentina podría ser el comienzo de un plan estadounidense de intervención escalada, cuyos actores principales serían soldados de las dictaduras del Cono Sur. La cobertura intervencionista se efectuaría apelando al Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca”.⁸

A principios de marzo arribó a Buenos Aires el general John McEmery, presidente de la Junta Interamericana de Defensa (JID). El diario *La Nación* relacionó la visita del general estadounidense con la posibilidad de que Argentina enviara tropas a El Salvador “si el propio país centroamericano lo solicita”. El periódico citó una versión: la Argentina podría integrar una fuerza intervencionista estimada entre ochenta y cien oficiales “debidamente preparados y escogidos entre voluntarios”.

Al día siguiente, el canciller argentino Nicanor Costa Méndez concluía una visita oficial a Brasil, la primera desde 1968. El diplomático le expresó al gobierno de ese país que el régimen militar no permanecería impasible ante “un eventual conflicto entre el Este y el Oeste en el hemisferio”. Comentaristas de prensa locales comentaron negativamente la visita; uno de ellos indicó que Costa Méndez había utilizado “la misma retórica de Ronald Reagan”.

Todo continuó sobre aceitados rieles hasta que el 2 de abril de 1982 tropas argentinas desembarcaron en Puerto Stanley. A partir de entonces, Washington se alineó con Londres y la tan pregonada “integración” con Buenos Aires se fue al diablo.

Un satélite para “contras” y “piratas ingleses”

La guerra en el frío Atlántico Sur tuvo algunas repercusiones en la calurosa América Central. El capitán Héctor Francés García explicó dos hechos que lo decidieron no cumplir con las órdenes encomendadas. Primero, “la masacre de los soldados argentinos en las Islas Malvinas, producida por la traición de Estados Unidos, que entregó lo mejor de su tecnología al pirata invasor inglés para que practicara tiro al blanco con los patriotas que defendían la soberanía”. Luego, “la comprensión de que América latina se mantiene en un estado de empobrecimiento, subdesarrollo y crisis permanente con un desgobierno manejado y controlado por Estados Unidos”.

Francés García dijo que se decidió a efectuar sus denuncias para clarificar sus “propios sentimientos morales”. Su intención –afirmó– era lograr que “la opinión pública tome conciencia de que esta agresión que se está orquestando [contra Nicaragua] no defiende los intereses de pueblo alguno y sí los de Estados Unidos”.

El capitán reveló que los asesores militares argentinos que entrenaban a los “contras” traían “no sólo cartas geográficas en detalle de Nicaragua realizadas por el Pentágono, no sólo mapas especiales en escala, no sólo maquetas de los objetivos a volar con explosivos... sino también fotografías tomadas desde un satélite”. El mismo satélite –remarcó– que “quizá ayudó a los piratas ingleses a masacrar a los argentinos en las Malvinas”. La denuncia tuvo amplia repercusión en la prensa internacional.

Las afirmaciones del militar capturado generaron un verdadero quebradero de cabezas para los servicios de inteligencia militar argentinos. “A pesar de que el caso no ha merecido comentarios de fuente responsable, el episodio ha sido reconocido como una verdadera catástrofe de la inteligencia militar, ya que puso en manos del gobierno de Nicaragua una masa de información, cerca de un centenar de nombres y modalidades de la cooperación militar argentina en la región”.⁹

Algunos analistas de prensa especularon que la colaboración de Estados Unidos con Gran Bretaña en la guerra de las Malvinas provocaría el retiro de los

militares argentinos de América Central. El tiempo demostró lo contrario. El 8 de abril de 1983, *The New York Times* informó que la Casa Blanca se había visto obligada a incrementar sus operaciones encubiertas contra Nicaragua cuando Buenos Aires suspendió –después del conflicto en el Atlántico Sur– su ayuda a los contrarrevolucionarios. En realidad, no fue así. Militares y civiles argentinos permanecieron en Honduras hasta los primeros meses de 1984, cuando el presidente Raúl Alfonsín ya llevaba más de un año en el gobierno.

Según el ex jefe “contra” Efrén Mondragón, alias Moisés, entre doce y quince asesores argentinos permanecieron en Honduras hasta principios de 1984, pero “ya no eran tan arrogantes”. La crisis había estallado en las filas antisan-dinistas en septiembre de 1983. El cabecilla recordó: “La guerra la querían los gringos de un modo, los argentinos la querían de otro, el estado mayor de otro y los comandantes de fuerza también de otro. El ejército de Honduras también estaba involucrado en el problema interno”.¹⁰

Moisés relató que la CIA afirmaba que la forma de ataque de los argentinos “era mala porque estaba atrasando la guerra”. Los estadounidenses pretendían “una invasión a Nicaragua, acciones militares más contundentes”. Los argentinos, en cambio, eran partidarios de la guerra de guerrillas. “Estaban furiosos porque la CIA ya no confiaba en ellos como antes, les exigía cuentas de los gastos y les quitó poder. Decían que a los norteamericanos sólo les gustaba estar encima de ellos y mandarlos, y que a la hora de hacer las cosas se llevaban los laureles”, dijo Mondragón.¹¹

La traición de Occidente

Los hasta entonces aliados del Primer Mundo no estuvieron a la altura de las expectativas argentinas. Y el régimen cívico-militar terminó enfrentado al Reino Unido, abandonado por Estados Unidos y boicoteado comercialmente por la Comunidad Económica Europea. A partir de entonces, el canciller Nicanor Costa Méndez cambió radicalmente su lenguaje y se metamorfoseó en un repentino apologista de ese Tercer Mundo del que abominaba cuatro meses antes.

El 26 de abril, el ministro de Relaciones Exteriores dijo en Washington: “Por primera vez desde que el pueblo mexicano expulsó al invasor europeo en una gesta que es gloria de América, hay sangre derramada en nuestro continente, en defensa de la integridad e independencia de un Estado soberano”.¹²

Cuarenta y ocho horas después, al hablar ante representantes de casi todos los países latinoamericanos reunidos –a petición de la Argentina– en la Vigésima

Reunión de Consulta de la OEA, Costa Méndez condenó la ayuda de Estados Unidos a Gran Bretaña y mencionó “el resabio de apetencias imperiales y coloniales al que América Latina tiene que dar su respuesta”. El mismo día, declaró a la BBC de Londres que “las Malvinas serán el Vietnam de Gran Bretaña”. Luego de la reunión del Consejo de Seguridad de la ONU a mediados de mayo en Nueva York, el ministro expresó su “sorpresa” porque Estados Unidos no comprendía, al aliarse con Gran Bretaña, que anulaba su política continental. “No entiendo cómo van a llevar a cabo sus propósitos en América Central, no entiendo cómo pueden imaginar ahora –si es que aún lo imaginan– un bloqueo a Cuba”.¹³

Pocos días más tarde, el diplomático aseguraba que el apoyo de Cuba a la Argentina ofrecía “una posibilidad práctica” de cooperación más estrecha entre los dos países. “Yo creo que Cuba puede retornar y debería retornar al sistema interamericano. No veo una razón específica para mantener a Cuba fuera del sistema”, manifestó a la cadena de televisión estadounidense ABC.¹⁴

Paradójicamente, el mismo canciller que pocos meses antes estaba decidido a desvincularse del Movimiento de Países No Alineados, recurrió a este bloque tercermundista en busca de respaldo internacional. El 3 de junio de 1982 asistió a la reunión extraordinaria de los No Alineados en Cuba y dio un discurso en el que comparó la lucha de la Argentina por las Islas Malvinas con la que habían librado Argelia, India, Cuba y Vietnam para lograr su independencia.¹⁵

Sentimiento nacionalista, patriotismo latinoamericano

El 10 de mayo, el primer ministro cubano Fidel Castro envió una carta a los jefes de Estado de los No Alineados, incluyendo al general Leopoldo Galtieri. “Una guerra colonial, que por su carácter y evolución las potencias imperialistas tratan de convertir en una lección para todos los países del Tercer Mundo que, no importa cuál sea su régimen político o social, defiendan su soberanía e integridad territorial, está próxima a alcanzar su etapa más dolorosa y criminal”, destacaba. Y concluía con un llamado que iba más allá de la simple declaración formal: “Apelo a Usted para que efectúe las gestiones que considere prudente para detener la inminente agresión anglo-norteamericana contra el pueblo argentino”.

El propio general Leopoldo Galtieri respondió el 25 de mayo con un mensaje al líder cubano y le expresó su “agradecimiento conmovido” por el apoyo de los No Alineados.

Pocos días antes de la reunión de los NOAL en La Habana, el comandante Tomás Borge, ministro del Interior de Nicaragua e integrante de la Dirección Nacional del Frente Sandinista, había señalado que “es intolerable que una potencia extracontinental, una potencia europea, agrede a un país de América Latina”. Sobre la posibilidad de participación de su país en la guerra de las Malvinas, el dirigente afirmó: “Estoy seguro que muchos nicaragüenses irían. Sobrarían los voluntarios, entre los que se incluyen soldados del Ejército Popular Sandinista, milicianos, reservistas y policías”.¹⁶

El ministro de Relaciones Exteriores de Panamá, Jorge Illueca, habló el 3 de junio en la reunión de los NOAL a nombre de las delegaciones latinoamericanas. Dijo que “América Latina ve quebrantadas su paz y tranquilidad por una potencia extracontinental y una súper potencia del propio hemisferio americano”. El canciller condenó “la demencia política inglesa y la consecuente miopía norteamericana”. El gobierno estadounidense –agregó– “facilita misiles, municiones y material de guerra con los cuales se da muerte a centenares de heroicos jóvenes argentinos” y condenó “la política hostil, prepotente e inamistosa de Inglaterra, Estados Unidos y la Comunidad Económica Europea, con las honrosas excepciones de Irlanda e Italia”.

Antes, el presidente panameño Arístides Royo había enviado una carta a Ronald Reagan solicitándole que no utilizara las bases militares de Estados Unidos en la zona del Canal de Panamá para apoyar directa o indirectamente al Reino Unido. “Secundar de hecho el uso de la fuerza no es la mejor forma de defender el principio del derecho”, sostenía la misiva. Royo apuntaba que la Doctrina Monroe (“América para los americanos”) fue burlada por quienes debían ser sus principales custodios y acusó a Estados Unidos de padecer “una extraña identificación con los estertores del colonialismo europeo”.

El 6 de junio, el vicepresidente del Consejo de Estado y de Ministros de Cuba, Carlos Rafael Rodríguez, quien se encontraba de viaje en Madrid, afirmó que su país estaba dispuesto a participar “con todos los pueblos de América Latina, con todos los elementos de ayuda que se consideren necesarios, cuando Argentina lo solicite”. Obviamente, los “elementos de ayuda” eran combatientes y equipo de guerra.

El mismo día, periódico *L'Unità*, órgano del Partido Comunista italiano, publicó una entrevista con Fidel Castro, quien afirmaba: “Esta lucha [por las Malvinas] ha creado un sentimiento nacionalista, un patriotismo latinoamericano que nunca antes hemos sentido tan intensamente. Hemos sentido la

causa argentina como nuestra causa. Hemos sufrido los muertos argentinos como propios. La victoria argentina es nuestra victoria. La derrota argentina sería nuestra derrota”.

Posteriormente, de regreso a Buenos Aires, Costa Méndez declaró a Radio Mitre que “este mundo entiende muy bien el problema de la agresión porque siempre ha sido agredido”. Y refiriéndose a la reunión de los NOAL en La Habana, reconoció que el bloque “nos ha recibido con enorme interés, y también con una enorme desconfianza, porque la Argentina siempre ha manifestado no ser miembro real –aunque fuera miembro formal– del Movimiento”.

“Más allá de cualquier elucubración política”

“¿Para un militar argentino es muy difícil superar un abrazo Fidel Castro-Costa Méndez?” le preguntaron en junio de 1982 al general Héctor Iglesias, secretario de la Presidencia y uno de los hombres más próximos a Galtieri. “Yo tengo una gran cantidad de amigos con los cuales no comulgo ideológicamente y sin embargo me estrecho en un abrazo con ellos. Porque como seres humanos me brindan algo o porque en una etapa de mi vida me han prestado apoyo”, respondió el militar.¹⁷

Luego Iglesias fue más claro: “Entre ellos [los No Alineados] hay quienes tienen regímenes marxistas o pro marxistas. Eso no quiere decir que nos vayamos a hacer marxistas. Cuando Inglaterra se alió con Rusia para luchar contra el nazismo, no se hizo marxista”. Y finalmente el secretario de la Presidencia no anduvo con vueltas: “Mire, cuando yo necesito armas para la defensa nacional y los supremos intereses de la Patria, le compro a quien me venda”. No obstante, la Junta Militar no se atrevió a dar el paso decisivo que quizás pudo haber cambiado el curso de los acontecimientos.

A veinte años de concluido el enfrentamiento en las Islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur, el general Nikolai Leonov, vicedirector entre 1983 y 1991 de la KGB, el servicio secreto comunista, contó que la Unión Soviética había suministrado a la Argentina imágenes satelitales del desplazamiento de tropas inglesas, pero los estrategas suramericanos decidieron no ir más allá de esa colaboración.

“Tras conocerse los intereses geopolíticos de Estados Unidos como aliado de Gran Bretaña, y después de la entrada de los soldados argentinos el 2 de abril a las Islas Malvinas, Moscú decidió apoyar al gobierno argentino”, dijo Leonov al diario *Russian Mirror*, que se edita en Londres.¹⁸ “Se establecieron contactos secretos entre la agregaduría militar en Buenos Aires y varios

líderes del gobierno argentino. Pero la Unión Soviética pedía un acuerdo intergubernamental, mientras que la Argentina quería mantener los contactos a un nivel de firmas comerciales”. Las negociaciones se estancaron porque Moscú no aceptó la propuesta. Sin embargo, los soviéticos ayudaron a la Argentina con un sistema de radares especiales cuando se intensificaron los ataques de la Task Force británica para recuperar las Islas.

El ex jefe de los espías soviéticos dijo que la ex Unión Soviética tuvo “una actitud dual” hacia la Argentina. “Como nación y Estado tenía la simpatía de la sociedad rusa. Diplomáticos, políticos, historiadores y especialistas apoyaban a los argentinos en su reclamo de las Islas. Pero la actitud hacia la Junta militar fue vista con mucha más complejidad, ya que Moscú vio en los dictadores argentinos a los enemigos de los regímenes comunistas y colaboradores de Estados Unidos para desterrar a los movimientos revolucionarios en América Latina”, explicó Leonov. A dos décadas de distancia, Leonov cree que la operación argentina “estaba destinada a fallar desde un comienzo”.

Dos años después del enfrentamiento en el Atlántico Sur, este cronista le comentó al comandante Tomás Borge que el escritor argentino David Viñas se había preguntado “si al gobierno sandinista se le escapaba la siguiente circunstancia: en esa época, ¿bajo las órdenes de quiénes iban a combatir esos voluntarios?”.¹⁹ La respuesta del ministro del Interior nicaragüense, único superviviente de los fundadores del Frente Sandinista en 1961, despejó cualquier duda: “A veces, los principios están por encima de ese tipo de consideraciones. Para nosotros lo más importante era ir a servir al pueblo argentino. La decisión de la revolución sandinista de solidarizarse con ese pueblo era una cuestión de principios que iba más allá de cualquier elucubración política. A pesar de sus lamentables resultados, el reclamo argentino es legítimo y sigue en pie. La solidaridad que ofrecimos en aquel momento también sigue en pie”.

Veintiocho años más tarde, Borge mantenía su posición. Al disculparse por no poder asistir al Primer Congreso Latinoamericano “Malvinas, una Causa de la Patria Grande”, el legendario comandante envió un mensaje que finalizaba así: “Las Malvinas son de Argentina, las Malvinas son de América Latina. Las Malvinas algún día las encerraremos en un puño para golpear a todos los Imperios. ¡Malvinas o muerte!”.

* Periodista. Vivió en México desde 1976 hasta 2008, con estadias como corresponsal en Costa Rica, Belice, Honduras, Nicaragua, Brasil y Estados Unidos. En México fue columnista de *Le Monde Diplomatique en Español* y el diario *La Jornada*, jefe de la sección internacional del periódico El Día, editor

de la revista *Cuadernos del Tercer Mundo*, coordinador de operaciones internacionales de la Agencia Mexicana de Noticias (Notimex) y director del diario *Milenio* en Pachuca (estado de Hidalgo). Es autor de ocho libros.

¹ “Argentina no se identifica con el Tercer Mundo ni con los No Alineados”, cables de IPS, AP y EFE, *El Día*, México, 22 de diciembre de 1981.

² “El respaldo doctrinario de la represión”, en *Nunca Más - Informe de la Conadep*, Eudeba, Buenos Aires, septiembre de 1984.

³ Afganistán, Arabia Saudí, Bután, Birmania, Camboya (actual Kampuchea), Ceilán (hoy Sri Lanka), China, Egipto, Etiopía, Filipinas, India, Indonesia, Irán, Irak, Japón, Jordania, Laos, Líbano, Liberia, Libia, Mongolia, Nepal, Pakistán, Siria, Tailandia, Turquía, Vietnam del Norte, Vietnam del Sur y Yemen.

⁴ Armando Reyes Velarde, “Fin del TIAR”, *El Universal*, México, 3 de mayo de 1982.

⁵ Roberto Bardini, “Asesores argentinos en Honduras”, revista *Humor* N° 122, Buenos Aires, enero de 1984.

⁶ Roberto Bardini, “La red mercenaria del Proceso”, revista *Caras y Caretas* N° 2211, Buenos Aires, junio de 1984.

⁷ Gregorio Selser, “Grupos de contras fueron llevados a Argentina para su entrenamiento”, *El Día*, México, 3 de marzo de 1986.

⁸ Miguel Pineda, “¿Intervención argentina en Honduras?”, diario La Tribuna, Tegucigalpa, 26 de febrero de 1982.

⁹ Rogelio García Lupo, *Diplomacia secreta y rendición incondicional*, Editorial Legasa, Buenos Aires, 1983.

¹⁰ Elizabeth Reinmann, *Historia de Moisés: yo fui un paladín de la libertad*, Ediciones El Caballito, México, 1986.

¹¹ Gregorio Selser, “Nicaragua: la complicidad de militares hondureños y argentinos con la CIA, según la historia de Moisés”, *El Día*, México, 27 de julio de 1986.

¹² Se refería a la derrota, en 1867, de las fuerzas ocupantes francesas de Maximiliano de Habsburgo, emperador de México.

¹³ “La alianza con el Reino Unido anula la política continental de Washington”, *El Día*, México, 25 de mayo de 1982.

¹⁴ Jeannette Becerra Acosta, “Cuba debería volver a la OEA: Costa Méndez”, diario *Uno más uno*, México, 28 de mayo de 1982.

¹⁵ “Costa Méndez denunció una alianza tripartita”, *La Nación*, Buenos Aires, 4 de junio de 1982.

¹⁶ Roberto Bardini, “Entre Occidente y los No Alineados”, *Límite Sur* N° 11, México, junio de 1982. Borge hizo su declaración el 23 de mayo.

¹⁷ María Laura Avignolo, “General Iglesias: ¿los argentinos fuimos ingenuos?”, revista *Gente* N° 880, Buenos Aires, 3 de junio de 1982.

¹⁸ “Ayuda soviética con radares”, *Clarín*, Buenos Aires, 1 de marzo de 2002.

¹⁹ Roberto Bardini, “El ‘General Hambre’ es el único comandante en jefe en Centroamérica”, revista *Humor* N° 125, Buenos Aires, 12 de abril de 1984.

Panel 3

Las Islas Malvinas, la Amazonia y los Andes como ejes simbólicos de la integración política estratégica de América del Sur

29 de septiembre de 2010

Malvinas desde la óptica chilena

Pedro Godoy *

1982... Malvinas. Se recuerda aquella jornada. Los medios informan: “Argentina ocupa Malvinas”. El régimen militar instaurado en 1973 que suplanta al Presidente Allende proclama *urbi et orbe* la neutralidad en el conflicto. No obstante, se pudo verificar –desde el comienzo– una postura benigna respecto a Gran Bretaña. La prensa, la radio, la televisión exhiben tal sesgo. Se transmiten boletines de la BBC y no de Buenos Aires. Pese a la censura se detecta un subterráneo apoyo a Londres: buque británico reabastecido de petróleo en Talcahuano o helicópteros de la RAF en Tierra del Fuego.

En las arterias principales de la capital se agolpan ciudadanos a leer carátulas de periódicos. Informan de los triunfos de la Aeronáutica Militar trasandina en el Estrecho de San Carlos. Se cuchichea. En esa época nadie profiere una opinión en voz alta. Ello es motivo de sospecha y el régimen controla todo con fina red de espionaje.

Las victorias iniciales de la Argentina generan atmósfera de velatorio. Como está vigente la querrela del Canal de Beagle el convencimiento es que “si la Argentina gana la guerra el país será víctima de una *blitzkrieg*. Al ataque argentino se sumarán los dos Estados septentrionales (Perú y Bolivia). Con el cuadrillazo se perderá por el norte Arica, Tarapacá y Antofagasta y por el sur Aysén y Magallanes. El país regresará a su dimensión originaria: una faja extendida de Copiapó a Puerto Montt”.

Inquieta saber que, en Lima, ciudadanos se enrolan como voluntarios en la Embajada de Argentina y que pilotos peruanos combaten en el Atlántico Sur. Se registra alarma de diverso grado y en todos los círculos. Desde 1978 se teme, por el Beagle, una conflagración. La incertidumbre se acentúa porque los pertrechos escasean y el amunicionamiento es mínimo. Una colectividad adoctrinada por la casta dominante alberga ese convencimiento por la idea de disponer de fronteras amagadas al estar rodeada de enemigos de ayer, de mañana y de siempre. Es la geopolítica insularista, eurocéntrica y contraiberoamericana vigente desde la época de Diego Portales, a comienzos del siglo XIX.¹

Geopolítica decimonónica

Vale la pena explayarse en lo anotado. El Síndrome de Fortaleza Asediada (SFA) es la segunda piel de la población. Se expresa a través de actitudes etnocéntricas y postulaciones importadas de la Europa decimonónica. Con el peligro externo siempre *ad portas* se devalúa cualquier proyecto integrador y se presenta como una fatalidad a vivir bala en boca y el dedo en el gatillo a todo el país. Ello mientras se practica desafortunado armamentismo.² Quienes conocen el film *El desierto de los tártaros* podrán con menos dificultad imaginarse esta paranoia que no es atribuible sólo al general Pinochet.³

Esto va de la mano de un chauvinismo inveterado que se manifiesta en fobia a Perú y Bolivia (“pueblos aindiados”) y Argentina (“expansionista”). En las hipótesis de conflicto se alude a los “enemigos inmediatos”, a los “aliados próximos” y al “aliado distante”. La HV3 (Hipótesis Vecina con las tres repúblicas fronterizas) supone que en una guerra Santiago cuenta con Quito contra Lima. Bolivia, atacada por la espalda por Paraguay y Argentina por Brasil. Este ajedrez sigue siendo válido con Ecuador, pero Paraguay y Brasil por el Mercosur ya no son funcionales.

Obvio el “aliado distante” es Estados Unidos y, por cierto, Gran Bretaña. Esto se observa nítido en Malvinas. Apenas finaliza la Segunda Guerra Mundial nuestras Fuerzas Armadas se “pentagonizan”. Cúpula castrense y gubernativa aspiran a convertirse en sobrinos predilectos del Tío Sam. Obvio, también se cultivan nexos con Londres. La Marina de Guerra conserva una antiquísima anglofilia manifestada en el culto a la personalidad de Lord Tomas A. Cochrane. Siempre se bautiza con su nombre algún buque. Nuestros marinos aún usan corbatín negro como luto por la muerte del almirante Nelson. Los oficiales de rango intermedio son becarios de la Marina de Su Majestad Británica. Los astilleros británicos nos proveen de unidades navales. La Guerra del Pacífico se efectúa para preservar intereses ingleses en el guano y el salitre. En la guerra civil de 1891 nuevamente Londres interviene contra Balmaceda que intenta nacionalizar ese mineral y las ferrovías.

La gravitación británica se inicia con la emancipación –empréstitos para sostener la causa independentista– y se mantiene hasta hoy coexistiendo con el influjo estadounidense. En el imaginario colectivo mapochino, es un dogma aquella vieja superchería: “Los chilenos somos los ingleses de América del Sur”.

Operación “Puñalada por la espalda”

Los antecedentes expuestos explican la Operación “Puñalada por la espalda” ya anticipada al comentar cuán hipócrita es la neutralidad que, en el conflicto, del Atlántico austral proclama Santiago.

No son sólo los aeródromos clandestinos de helicópteros de la RAF en Magallanes ni el abastecimiento de combustible de buque del Reino Unido, sino también el aviso que dan radares de la Fuerza Aérea Chilena de cada ataque aéreo argentino a la flota invasora del Reino Unido. Lo confiesa el general Fernando Matthei, integrante de la Junta que asesora a Pinochet, y entonces jefe de esa rama de las Fuerzas Armadas.⁴ Tal militar justifica apoyo a Londres escudado en refrán “el enemigo de mi enemigo es nuestro amigo”. Cuanto mejor si ese “amigo” es macropotencia y europea. Entonces rebrota la atávica genuflexión del “sudaca” ante el capanga alto, rubio, blanco y de ojos glaucos evaluado invencible, infalible y paternal. Tal idolatría empuja a nuestra oficialidad a evaluarse “aliada” del Reino Unido en la campaña que emprende la Argentina.⁵

Un puñado de chilenos contestatarios, la mayoría catedráticos destituidos por el régimen instaurado en 1973 y que optan por permanecer el país –el denominado “exilio interior”– no comulgan con las hipótesis de conflicto bosquejadas. No sólo eso, ratifican de modo ineludible su postura antiimperialista y contracolonial y sostienen antes del derrumbe de Allende y durante el régimen militar su adscripción al nacionalismo continental. Comparten derrotas y victorias. Han simpatizado en la fase verdeoliva con Fidel y siempre con el Movimiento de Países No Alineados que origina la Conferencia de Bandung. De temprano admiran la Tercera Posición de Perón y siendo muy mozos aplauden el ABC, proyecto peronista de alianza de Argentina, Brasil y Chile.⁶ Impulsan, en condiciones muy difíciles, la candidatura de Víctor Raúl Haya de la Torre al Nobel de la Paz y nada menos que en 1979 al cumplirse el 100º aniversario del estallido de la Guerra del Pacífico.

Tal equipo está influido por las tesis de Jorge Abelardo Ramos y Jorge Enea Spilimbergo en orden no sólo a preconizar un socialismo criollo, sino también a concebir nuestra América como *una* nación desmembrada. Hasta 1960 esa tesis constituía una intuición que legitiman como doctrina la ponencia de la denominada “izquierda nacional” que florece en el Río de la Plata y que sostiene, a orilla del Mapocho, Felipe Herrera.⁷

Quizás esta génesis amerite mayor comentario, pero lo importante de destacar ahora es el rescate de los archipiélagos australes de la Argentina de las garras

británicas; es lo que empuja a este grupo a fundar el Centro de Estudios Chilenos (CEDECH) un poco equiparando al Centro de Estudios Argentinos (CEDEA) que ya entonces existe en Buenos Aires bajo la tuición –entre otros– de Alberto Guerberof. Se propone analizar lo chileno con prisma iberoamericano y lo iberoamericano desde una perspectiva chilena y con ello colisiona con el arioso eurocentrismo criollo que se complementa con la patriotería. Esto explica que promueva la restitución de la condición oceánica de Bolivia ya planteada en el *Acta Chilenoboliviana de Córdoba*, suscrita al interior del I Congreso del Pensamiento Político patrocinado por el Frente de Izquierda Popular.⁸

Soledades e inconsecuencias

Es inevitable referirse a los orígenes de quienes fundan el CEDECH. Proviene de tres vertientes. Una es la socialista, representada por Mario Lobos Núñez, Jorge Barría Serón y quien expone. La otra es la socialcristiana, por Tomás Pablo Elorza y Leonardo Jeffs Castro. La tercera es la nacionalista, por Eugenio Celedón Gassols y René Balart Contreras.

El mismo Felipe Herrera proviene del Partido Socialista, es criptoperonista y coopera con Ibáñez en la hora del ABC. Luego asesora a Allende y brinda refugio en su hogar a la familia del Presidente depuesto en las horas amargas del 11 de septiembre de 1973. Desde el exterior se dispone de la discreta simpatía del académico Eugenio González y la del sindicalista Clotario Blest. Ambos, igual que los anotados, optan por el “exilio interior”. Coinciden en apoyar a la Argentina en la Guerra de Malvinas. Tarea no fácil bajo una dictadura de tipo staliniano que gira en la órbita de Margaret Thatcher, con censura y autocensura y que después de diez años sustituye el terror por el temor.

¿Cómo explicitar la adhesión a la Casa Rosada en el conflicto? Es importante un documento público. Mejor si también lo suscribe la oposición que, a un decenio del golpe de Estado, ya se mueve –aunque vigilada– con cierta libertad. Se acude a la Democracia Cristiana con un proyecto. Confiábamos en la retórica bolivariana de Gabriel Valdés. Recibe a los “cedechistas” y calla. No se cosecha adhesión. En esa tienda, deducimos, perdura la argentinofobia de Alejandro Magnet.⁹ Se acude entonces al Partido Socialista y, específicamente, a una de sus fracciones. La apodada “suiza” –por su neutralidad entre la socialdemócrata, la cubanizante y la prosoviética– y de allí se nos excluye con la frase “esa guerra es una aventura del gorila Galtieri”.¹⁰ Se recaba entonces el apoyo de la ultraizquierda. Opinan: “Galtieri es el Pinochet trasandino”. Cuadros de otras tiendas explicitan temores coincidentes con las hipótesis de conflicto... Si Gran Bretaña es derrotada, Chile sería víctima del expansionismo argentino.

Políticamente incorrecto

Nuestra joven entidad está solitaria. Como tal decide lo único éticamente aceptable: exponer de modo público su apoyo a la Argentina. Ello a cualquier costo aun aisladamente. Chile está aherrojado por un régimen policial y despreciando el peligro cierto de una represalia se publica en la prensa la declaración “Malvinas: una opinión disidente”.

Cosa curiosa, la prensa local le da cabida. Ello quizás para avalar la hipócrita neutralidad ante el entrevero bélico. El documento alcanza difusión inesperada en Perú, Bolivia, Argentina, Uruguay... Incluso los medios europeos lo publican, presumiblemente porque es despachada a los corresponsales británicos de prensa alojados en el Hotel Cabo de Hornos, de Punta Arenas. Tal documento es relámpago en medio de las tinieblas del régimen que protagoniza la Operación “Puñalada por la espalda” y una oposición que esquiva enarbolar la bandera antiimperialista y contracolonia, siempre flameante por Vietnam o Cuba, pero que se pliega si se trata de la Argentina. CEDECH es la única opinión favorable, en Chile, a la Causa argentina. Tal Causa que es iberoamericana y tercermundista es la que hoy nos congrega aquí como en aquel 1982 siempre actual.

La ONU aprueba la Resolución 502. Es una orden para que las tropas trasandinas evacuen los tres archipiélagos australes. Se abstienen la Unión Soviética, China y España.¹¹ Sólo la pequeña Panamá vota en contra. Washington se colude con Londres. Al no operar el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) queda –una vez más– a la intemperie el embuste del interamericanismo. La adhesión a la Casa Rosada de Managua y La Habana deja magullada a la ultraizquierda. Se tambalea el circuito de convicciones de la oficialidad argentina que se creyó parte del Occidente cristiano, caucásico y europeo, por ende, ajeno a Iberoamérica y extraño al Tercer Mundo.

La capitulación –después de noventa jornadas de epopeya– es luto para CEDECH. Ya había, intuitivamente, albergado cierta desconfianza al mudarse el nombre de “Puerto Rivero” por “Puerto Argentino”. Después resulta indignante la operativa desmalvinizadora desencadenada por los medios y los gobiernos de la propia Argentina. Nos pareció gratuita ofensa a los veteranos de guerra esos que “*a todos los argentinos les dieron todo*” y actitud denunciatoria a recuperar un trozo cautivo de nuestra América.

Epílogo optimista

Hoy, sin embargo, la Argentina devuelve a aquella guerra el rango de gesta y exige la devolución de esos territorios insulares. Con el Tratado de Lisboa han sido proclamados periferia de la Unión Europea. Con ello Gran Bretaña europeiza el litigio por Malvinas, Orcadas y Sandwich del Sur. Ello apunta a legitimar la soberanía que Londres proclama poseer sobre la Antártida chilenoargentina y consolida el control sobre el mar de Drake cuyo solo nombre evidencia eurocentrismo. Aun más, se proyecta una macroexplotación petrolera en la plataforma continental adyacente.

Afortunadamente se está revirtiendo la campaña de desmalvinización. Este Primer Congreso “Malvinas, una Causa de la Patria Grande” es testimonio de ello. La Universidad Nacional de Lanús, su Rectora y el Observatorio Malvinas de esta Casa de Estudio impulsan el mandato patriótico en orden a liberar ese suelo ocupado. Es un esfuerzo por iberoamericanizar la causa malvinera. Si el primer héroe caído el 2 de abril de 1982 es oficial argentino, el 3 cae el conscripto Mario Almonacid Vargas, hijo de matrimonio chileno domiciliado en Comodoro Rivadavia. Su sangre veinteañera nutre la fe sanmartiniana que nos anima y el espíritu suyo flota en esta Aula Magna. Honremos su memoria bregando por esta noble causa.

* Historiador y sociólogo, Director del Centro de Estudios Chilenos (CEDECH). Graduado del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, con maestría en la Universidad Católica y curso doctoral en la Universidad Complutense de Madrid. Dr. Honoris Causa de la Universidad Mayor de San Andrés (Bolivia). Profesor Honorario (Instituto Jauretche, Buenos Aires). Premios Gabriela Mistral y Arturo Jauretche. Condecorado con la Orden Simón Bolívar. Catedrático del Campus Macul de la Universidad de Chile (destituído en 1976) y actualmente de la Universidad Arturo Prat. Postulado por cinco universidades de su país al Premio Nacional de Educación. Autor de textos escolares de Historia (1969, 1970, 1971 y 1972). Además, de *La ciudad enseña Ciencias Sociales* (1993), *7 ensayos suramericanos* (2000), *Chile versus Bolivia* (2004), *Libro negro de nuestra educación* (2005), *Revolución en el aula* (2006), *Perón en Chile, 1953* (2006), *Nacionalidad y educación* (2007), *FFAA.: reflexión permanente* (2007), *Socialismo del siglo XXI* (2008), *Bicentenario e identidad* (2009).

¹ Portales impulsa la Guerra de Chile contra la Confederación Perú-Bolivia que preside Andrés Santa Cruz (1835-1839). Funda de hecho la doctrina diplomática de la Cancillería de Santiago.

² El armamentismo –mezcla de delirio y negocio– es antiguo. Se acentúa con los gobiernos democráticos de la Concertación, particularmente, Lagos y Bachelet, ¡oh, paradoja, afiliados al Partido Socialista!

³ N. del E.: Película de 1976, inspirada en la novela homónima del escritor italiano Dino Buzzati, publicada en 1940. Describe lentos días en una deprimente fortaleza ubicada en los confines de la civilización, entre una cordillera agreste y un desierto que parece interminable. Oficiales y soldados viven una tediosa rutina durante años, mientras esperan –unos con temor, otros con indiferencia y alguno con

sueños de gloria— un ataque que se demora en llegar. En un breve prólogo para la editorial española Gadir (2006), Jorge Luis Borges escribe que el libro “está regido por el método de la postergación indefinida y casi infinita”.

⁴ Véanse declaraciones a la prensa de este militar y también sus memorias. Son congruentes con declaraciones de Margaret Thatcher.

⁵ Pinochet disponía de una confianza ciega en los ingleses. Se equivoca como un rústico campesino ingenuo en una megapolis. Allí lo soportan a la ignominia de 500 días de arresto domiciliario. Véase al respecto mi obra *FF.AA.: reflexión permanente*. El equivalente es Galtieri que cree que por estrangular el “enemigo interno” tendrá en Malvinas el apoyo de Reagan. Ambos ofician de aldeanos ingenuos.

⁶ Véase mi obra *Perón en Chile*, 1953.

⁷ Es autor —entre otras obras— de *América Latina integrada, Nacionalismo latinoamericano y Nacionalismo, regionalismo, internacionalismo*. Véase mi obra *7 ensayos suramericanos* (págs. 65 y ss.)

⁸ Ese evento lo promueve, en Río Ceballos, el FIP presidido por Jorge Abelardo Ramos y dicha Acta la suscriben —entre varios— Andrés Soliz Rada y el ponente.

⁹ La ambigüedad de la Democracia Cristiana es elocuente. Ya antes, en 1953, uno de sus ideólogos, Alejandro Magnet, publica *Nuestros vecinos justicialistas y Nuestros vecinos argentinos*, con acusaciones a Perón de “fascista” y a la Argentina de impulsar una política “imperialista” en el Cono Sur.

¹⁰ Quien representa a ese grupo es el sociólogo Enzo Faletto, que, amurallado en FLACSO, se niega al gesto solidario preconizado por CEDECH.

A partir de la guerra de 1982, comenzó el proceso de diálogo Brasil-Argentina

Williams Gonçalves*

Antes de hablar sobre las cuestiones que he pensado presentar a ustedes, quiero recordar rápidamente algo de la guerra de las Malvinas. En 1982, cuando la guerra tuvo inicio, había muchos argentinos en Brasil, un gran número de exiliados, perseguidos políticos. En la condición de exiliados, reconocidos por el derecho internacional de nuestra región, no podían reunirse para hablar sobre cuestiones políticas. De modo que un grupo de brasileños que administraban un café cultural tuvieron la idea de organizar una sesión de una noche para discutir la cuestión de la guerra de las Malvinas. Ésta fue la oportunidad que se encontró para permitir que los argentinos puedan encontrarse y reunirse, discutir y reflexionar sobre lo que pasaba.

Uno de los presentadores fue un diputado federal llamado Marcelo Serguera, quien hoy es candidato a senador federal en las elecciones del Brasil, y el otro presentador era un joven profesor de Relaciones Internacionales. Inauguramos el debate, y a partir de ahí todos los argentinos de todos los partidos, de todos los sectores políticos, pudieron debatir y analizar la cuestión. Se debatió mucho, pero después de algunas acaloradas discusiones, todos concluyeron que lo que en aquel momento estaba en juego no era la cuestión política interna sino la cuestión nacional, por lo tanto todos se dieron las manos y se pronunciaron a favor de su país contra Inglaterra. Yo no podía imaginarme que 28 años después estaría participando del primer Congreso sobre las Malvinas en la Argentina; por lo tanto, para mí es un gran honor estar hoy aquí.

La realidad es contradictoria, enfrentamos contradicciones todo el tiempo. En la Guerra de las Malvinas en 1982 hubo momentos de fuerte contradicción, diría de perplejidad, pero es importante recordar que fue a partir de la guerra que comenzó el proceso de diálogo que dio inicio a la integración Brasil-Argentina y que después, en 1991, dio lugar al Mercosur.

Se recordó aquí la Declaración de Lima, que fue sin duda muy importante, pero como dije antes la realidad es contradictoria. Para la diplomacia brasileña, a pesar de entender perfectamente las razones que motivaron aquella Declaración, consideró que no era oportuno disolver la Organización de Estados Americanos. La idea de disolverla era dar manos libres a Estados Unidos para

realizar una política exclusivamente unilateral. Por el contrario, era necesario reforzarla y tomarla. Entonces la diplomacia brasileña presentó la candidatura del embajador João Clemente Baena Soares, quien se propuso cambiar el organismo. En nuestra región era más importante desde el punto de vista diplomático ocupar y trabajar con la OEA.

El embajador Baena Soares permaneció en la Secretaría General durante dos mandatos y la OEA tuvo un papel muy importante como observador, supervisor y controlador de los procesos democráticos que hubo en nuestra región a partir de 1984. Por lo tanto, se puede decir que aquel momento tan traumático abrió las puertas para una integración y para la reformulación de la OEA.

Si la Guerra de Malvinas, por un lado fue un acontecimiento trágico, por otro lado abrió camino para cambios políticos muy interesantes en nuestra región. Además de haber estimulado la transformación de la OEA en un importante instrumento de defensa de la democracia, a través del seguimiento y fiscalización de procesos electorales, y de enérgicas denuncias de violación de la legalidad democrática, la guerra proporcionó un fecundo diálogo Brasil-Argentina.

Los dirigentes de ambos países ya habían resuelto en 1979 las divergencias relativas a la construcción de la represa hidroeléctrica de Itaipú, y el comportamiento de Estados Unidos y de la propia Inglaterra posibilitó una nueva evaluación del papel desempeñado por Brasilia y Buenos Aires en los contextos del subsistema regional y del sistema internacional.

Tanto en Brasil como en Argentina las elites políticas se dieron cuenta de que las desconfianzas que caracterizaban la relación entre ambos países no servían para sus respectivos intereses nacionales, sino a los intereses de las grandes potencias, que confortablemente podían explotar esa rivalidad en provecho propio. En ese sentido, la guerra fue decisiva para revertir el cuadro político en el sur del continente. Al comprender la fragilidad estratégica a que los exponía la rivalidad, brasileños y argentinos dieron inicio a un vigoroso proceso de entendimiento, que tuvo como resultado la creación del Mercosur en 1991.

Es verdad que en los años noventa el Mercosur, nuestro instrumento de integración en esta parte del continente, fue completamente tomado por las ideas neoliberales. El Mercosur demoró su proyecto inicial de constituir en la región un espacio común para el desarrollo compartido, transformándose en un área exclusivamente de comercio. Pero cuando alcanzamos el final de los años noventa e iniciamos el siglo XXI, asistimos en la región a una auténtica rebelión

democrática de los pueblos contra las políticas neoliberales. Vimos la elección de gobiernos de fuerte identificación con las aspiraciones de los pueblos. Esto sucedió en Brasil, en Argentina, en Uruguay, en Bolivia, en toda la región, y a partir de entonces la integración tomó otro rumbo.

Es difícil hacer cambios de la noche a la mañana, pero lo principal es que se recuperó el papel del Estado como agente de planeamiento de la economía y de la política económica. Se recuperó el concepto de desarrollo, que es muy importante. Los liberales decidieron suprimir del vocabulario político y económico ese concepto, porque supone crecimiento económico con justicia social. Y el crecimiento económico con justicia social no se puede realizar en los marcos del neoliberalismo. Tiene que haber un compromiso del Estado, tiene que haber intervención del Estado. Por lo tanto, desde los años 2000 entramos en recuperación del Estado como instancia intensamente importante de promoción del crecimiento económico y del desarrollo industrial con justicia social.

Y la integración tomó otro rumbo. La integración de la región pasó a tener mayor importancia política, comenzando por el Mercosur y también por la iniciativa que redondeó la creación de la Unasur. Pienso que ésta es una nueva etapa del proceso de integración, aunque todos sabemos que la idea es antigua. Desde el inicio del siglo XIX se piensa en la integración e ingresamos en una etapa más operativa al comienzo de los años sesenta, cuando por el Tratado de Montevideo se creó la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC).

Por lo tanto la integración es una vieja idea, no como un sueño sino como una cuestión operativa de desarrollo de los países de la región. Pero estoy convencido de que ingresamos ahora, con los gobiernos de matriz popular, en una nueva etapa que no tendrá retroceso. El proceso electoral brasileño de este momento¹ lo demuestra: el gobierno de Lula da Silva dejará consolidada nuestra política externa, que tendrá continuidad. No habrá retroceso y lo mismo pasará por toda América del Sur y por toda América Latina.

Una de las cosas más importantes de este proceso —que me hace creer que ingresamos en una nueva etapa— es justamente la visión que se tiene al respecto del territorio. Antes mencioné el ALLAC, pero hoy —con la ventaja de una visión retrospectiva— se puede decir que era una integración muy limitada. Hoy los responsables de la política externa saben que para que haya integración exitosa, es necesario que haya integración física. Es necesario construir autopistas y puentes, invertir más en transportes y comunicaciones. Las tarifas arancelarias son importantes pero coyunturales. Lo más importante para pre-

parar una integración cada vez más intensa, más productiva y más ventajosa para los pueblos de nuestros países es la integración física, que es estructural, que es permanente.

Debemos discutir cómo nuestros países pueden compartir los recursos que nuestro rico territorio nos ofrece para nuestro desarrollo. En Brasil hay una conciencia muy fuerte hoy respecto de la importancia de la Amazonia. La Amazonia representa el 25 por ciento de la biodiversidad mundial, y la sociedad brasileña está atenta para defender ese codiciado patrimonio. Estoy convencido de la importancia del petróleo que está en el mar territorial brasileño como precioso recurso mineral.

Y, claro, las Malvinas son parte de eso. Bajo la legítima soberanía del Estado Argentino, son parte del territorio de América del Sur y de América Latina, y debe estar integrado a este proceso de desarrollo. La alienación de las Malvinas y el dominio que el Reino Unido ejerce sobre las Malvinas representa una ilegal sustracción de recursos de nuestro continente, que debería estar integrado al proceso de desarrollo de nuestra región.

Hoy es un día muy especial para mí. Me siento muy honrado porque mi nombre fue tomado en cuenta para participar activamente en este Primer Congreso Latinoamericano “Malvinas, una Causa de la Patria Grande”. Por todo aquello que la Causa de Malvinas representa para el pueblo argentino, considero la invitación que me hicieron los amigos del Observatorio Malvinas como una demostración de amistad que jamás podré olvidar. Y me siento también muy emocionado y orgulloso de ver al emisario diplomático de mi país, Guilherme Patriota, venir especialmente a este Congreso a presentar con competencia y convicción la posición oficial de Brasil, según la cual las Malvinas son de Argentina y, por ser de Argentina, son de América Latina.

* Profesor de Relaciones Internacionales de la Universidad del Estado de Río de Janeiro. Autor de los libros *Relações Internacionais* (2003) y *Argentina e Brasil vencendo os preconceitos: as varias arestas de uma concepção estratégica* (2009). Es coautor del *Dicionário de Relações Internacionais* (2005).

¹ N. del E.: Se refiere a las elecciones generales del 3 de octubre de 2010 en Brasil, en las que la candidata del Partido de los Trabajadores (PT), Dilma Rousseff, ganó en la segunda vuelta, el 31 de ese mes. De esa forma, el PT accedió al gobierno por tercera vez consecutiva.

Sin soberanía interna no habrá soberanía externa

Andrés Soliz Rada *

En el análisis del conflicto entre Argentina y América Latina, por una parte, e Inglaterra, la Unión Europea (UE) y Estados Unidos, por otra, por el control de la Antártida, las Islas Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur, sería erróneo no tomar en cuenta las maniobras de los agresores, ya que los centros de poder mundial siempre buscan profundizar su dominación. Si se apropiaron de los recursos estratégicos, se empeñan en anular todas las formas de asociación y defensa de los Estados nacionales. Si esa meta ha sido alcanzada, buscan la destrucción de los Estados para retornar al colonialismo, que implica la pérdida inclusive formal de soberanía política.

Indigenismo y separatismo

El debilitamiento de varios Estados nacionales suramericanos ha sido fomentado, en los últimos años, a través del ultraindigenismo, del autonomismo y de concesiones desmesuradas a provincias y regiones. La nueva Constitución Política del Estado de Bolivia (CPE) reconoce a 36 naciones indígenas, con apropiación de recursos naturales renovables, veto a contratos sobre los no renovables, libre determinación, validez igualitaria de justicias comunitarias y virtual derecho a fundar nuevas naciones. Lo anterior nos recuerda a la ex Yugoslavia. El avance de autonomías regionales, que en muchos casos buscan el separatismo, tuvo lugar en Santa Cruz de la Sierra (Bolivia), Guayaquil (Ecuador) y Zulia (Venezuela). El objetivo residió en debilitar a los gobiernos de Evo Morales, Rafael Correa y Hugo Chávez, por no ser dóciles a Estados Unidos.

En su primer período de gobierno (2006-2010), Evo enfrentó el separatismo de la “Nación Camba”, en el oriente boliviano, mediante el indigenismo a ultranza. A este período corresponde la nueva CPE y el reconocimiento a 36 naciones inexistentes. Una vez derrotado el proyecto separatista, el régimen ha detenido las pretensiones indigenistas, financiadas por ONG. Ahora está tratando de recuperar la centralidad estatal. Sin embargo, al no haber enfrentado a los separatistas con las banderas de la unidad nacional, el país ha quedado sin la cohesión social necesaria para enfrentar al narcotráfico, a la inseguridad ciudadana y al contrabando.

En el sur argentino, donde el Estado nacional necesita acentuar su presencia, debido al conflicto con los ingleses, los gobiernos provinciales han conseguido atribuciones excesivas. No se trata, como podría creerse, de plantear el retorno a centralismos dañinos que, efectivamente, han desconocido los aportes de culturas originarias y legítimos reclamos autonómicos. Se trata más bien de lograr que nuestros Estados nacionales incorporen las diversidades culturales, así como justas demandas autonómicas y provinciales, en el marco de nuestros Estados nacionales y en la perspectiva de la Patria Grande.

La preservación de nuestros Estados nacionales se hace aún más urgente, sobre todo, como advirtió Miguel Ángel Barrios, en su *Manual de seguridad y geopolítica de América Latina*, en momentos en que, después de 500 años, ha comenzado la desoccidentalización del mundo, ya que, por primera vez en forma sostenida y permanente, el flujo de riqueza, por la acumulación de divisas por parte de China y el incremento de los déficit de Estados Unidos y la UE, se desplaza ahora del Oeste al Este del planeta.

Corrupción y soberanía nacional

Uno de los inspiradores de la Izquierda Nacional boliviana, Sergio Almaraz Paz, recalca que “el estaño es el hueco por donde se escapa la soberanía nacional”. Si reemplazamos la palabra estaño por el vocablo “corrupción”, la afirmación tiene mayor validez aún en los países periféricos. Para los centros de poder mundial, la corrupción es un instrumento de descapitalización y succión de las regiones sometidas. Las potencias no pueden justificar el funcionamiento legal de paraísos financieros, alrededor de los cuales giran mafias del narcotráfico o del comercio ilícito de armas.

La ausencia de base ética del eurocentrismo se refleja en su incapacidad de incluir en sus textos de enseñanza el tráfico de esclavos que acompañó a la acumulación originaria del capitalismo. De esta manera, pretende separar sus conquistas económicas, artísticas, científicas o culturales del comercio de esclavos y de la succión de materias primas. En su opinión, tales conquistas se deberían, exclusivamente, al “genio” del “hombre blanco”, cuya supuesta superioridad genética justificaría sus genocidios, latrocinios y la principal responsabilidad de la polución ambiental.

Si bien la corrupción cero es inexistente, por ser inherente a la condición humana, nuestros gobiernos deben adoptar una política de “cero tolerancia a la corrupción”, a fin de impedir que la impunidad corroa nuestras débiles e inconstituidas estructuras institucionales y así fortalecer nuestra autoestima, sin

la cual es imposible enfrentar a los amos del mundo. En abril de 2010, el gobierno de Evo promulgó la Ley de Investigación de Fortunas (cuya autoría me pertenece), que permite al Poder Judicial investigar el origen de bienes y recursos de empleados públicos, así como a personas y empresas privadas que negocian con el Estado. Si los gastos de éstas superan sus ingresos, se procede a la investigación correspondiente. En realidad, el procedimiento no es nuevo, ya que el FBI, de Estados Unidos, lo aplicó, en la década de los años veinte, para encarcelar al célebre gángster Al Capone. De lo que se trata, es de encarcelar a los “Al Capones” que pululan en nuestras sociedades mientras debilitan los esfuerzos por la liberación nacional.

Recursos tangibles

Al observar que Estados Unidos usó el pretexto de buscar armas químicas inexistentes para invadir Irak, lo que causó más de un millón de muertos, es posible dimensionar los extremos a los que son capaces de llegar las grandes potencias, a fin de controlar los recursos vitales del planeta. Las reservas mineras, de gas y petróleo en el Atlántico Sur y la ubicación estratégica de las Malvinas son el gran escollo que tienen Argentina y América Latina para su recuperación.

La necesidad de la UE de aferrarse a la Antártida se tornó más perentoria por el fortalecimiento geopolítico de Brasil, Rusia, la India y China, agrupadas en el famoso BRIC. Brasil tuvo que adquirir, en abril pasado de 2010, un submarino nuclear de Francia, a fin de preservar sus reservas de gas y petróleo de la Bahía de Santos, ante la decisión del Pentágono de desplegar su Cuarta Flota en las costas suramericanas. La instalación de bases militares norteamericanas en Colombia precedió también a esa decisión brasileña. Lo anterior, incrementó el apoyo de Lula a la Causa de las Malvinas, a tiempo de reiterar la irracionalidad que significa que el Reino Unido mantenga la ocupación de las Malvinas, ubicadas a 14.000 kilómetros de su territorio, a fin de prolongar la presencia británica, que se inició con la invasión militar del 2 de enero de 1833.

Los ejercicios bélicos británicos en las Malvinas, realizados de manera sistemática, con misiles disparados desde territorio argentino y que caen en aguas territoriales argentinas, la reciente decisión del Presidente uruguayo José Mujica, de impedir que un barco de guerra inglés que viajaba a Malvinas, se abastezca de combustible en el puerto de Montevideo, plantean al gobierno de Cristina Fernández de Kirchner la urgencia de derogar el aún vigente tratado de “eterna” amistad suscrito por Buenos Aires y Londres, el 2 de febrero de 1825, anular el anexo económico al Tratado de Madrid, de 1990, por el que el país agredido

concede a Inglaterra la condición de nación más favorecida en temas comerciales y de inversiones, revocar al Barclays Bank de Londres (accionista de la Desire Petroleum que explora el petróleo de las Malvinas) la autorización para negociar el canje de la deuda externa, anular las concesiones a la British Petroleum en su cuenca petrolera y poner fin a la abrumadora presencia de empresas del Commonwealth en la minería argentina.

El funcionamiento del Banco del Sur, el restringir la presencia de capitales de Estados Unidos y de la UE en el Mercosur, así como la urgencia de lograr que nuestros Estados nacionales anoten a su nombre en Bolsas de Valores nacionales y extranjeras el valor de nuestras reservas de gas, petróleo, litio, cobre y otros minerales es parte indisoluble de la Causa de Malvinas. Esto último es posible hacerlo. Sólo se trata de copiar lo que hace Brasil, a fin de que el valor de sus reservas de hidrocarburos esté inscrito en Bolsas de Valores a nombre de Petrobras, lo que le permite obtener enormes financiamientos, con los que es posible comprar modernas tecnologías o estructurar sociedades con capitales privados, pero en las que nuestros Estados nacionales negocien desde posiciones ventajosas.

América Latina necesita comprender que nuestras fronteras interiores limitan con las transnacionales que explotan nuestros recursos naturales y se quedan con la mayor parte de los excedentes económicos. Si nuestras fronteras interiores no están debidamente protegidas, nuestra soberanía externa seguirá siendo vulnerable.

Recursos intangibles

El siglo XIX se caracterizó por el reparto colonial del mundo periférico y el siglo XX, por el implacable saqueo de materias primas. De no producirse cambios sustanciales, en el siglo XXI, las potencias controlarán las conciencias.

Los avances en esa dirección se han producido mediante ONG y la producción casi exclusiva de informaciones y análisis noticiosos eurocentristas. En tanto las transnacionales y los Bancos han copado, en gran medida, la explotación, comercialización e industrialización de materias primas, las ONG dominan países periféricos a través de “ayudas sociales” y orientación de la microeconomía. Las ONG son patrocinadas, en enorme proporción, por Estados Unidos y la UE, por organismos internacionales, como el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), y por sus transnacionales.

A modo de ejemplo, recordemos que el famoso Foro Social Mundial, en el que participan con frecuencia relevantes personalidades antiimperialistas,

como Fidel Castro, Lula o Hugo Chávez, es financiado por la Fundación Ford, vinculado a la CIA y al gobierno de Estados Unidos. La consigna del Foro: “Otro mundo es posible”, ¿será posible alcanzarla con desembolsos de empresas, como la Ford, interesadas en mantener la expoliación de las semicolonias? En semanas precedentes, el presidente de Chile, Sebastián Piñera, transfirió su acciones en “Chile Visión” (que perteneció a una universidad estatal), a la Time Warner, vinculada a la CNN, HBO y otros consorcios estadounidenses.

Para Estados Unidos, Inglaterra o Francia sería inconcebible que grupos islámicos o consorcios chinos o japoneses adquirieran la CNN, la BBC de Londres o Radio Francia Internacional. Lo que ocurre es que a nombre de una “libertad de expresión”, acuñada en su beneficio por los intereses del capital financiero, los países periféricos sufren procesos de alienación, como el que tuvo lugar en la Guerra de las Malvinas, en cuya oportunidad, el general Pinochet, con apoyo de sectores de opinión pública, permitió al Reino Unido usar bases militares chilenas, en contra del pueblo argentino y latinoamericano.

En los últimos meses, se ha avanzado en la posibilidad de crear la Unión Latinoamericana de Agencias Noticiosas, la que podría servir de inicial contrapeso a los descomunales aparatos mediáticos de las potencias. Una de las primeras tareas del nuevo organismo residirá en generar nuestras propias categorías conceptuales relativas a la libertad de expresión, actualmente usada por medios de comunicación al servicio del capital financiero.

Las Naciones Continente

De lo expuesto se deduce, como nos enseñó Alberto Methol Ferré, que si la América morena desea alcanzar su destino en el siglo XXI tiene que convertirse en una Nación Continente, concebida, de manera precursora, por el general Juan Domingo Perón. Nuestra Nación formará parte del nuevo mundo plural, junto a China, la India y Rusia, e integrado también por Estados Unidos y la UE, pero sin su actual hegemonía. El proyecto de Nación Latinoamericana industrializada ha dado sus primeros pasos con el Mercosur y la Unasur. La Unasur debe tener como cimientos, por su mayor peso económico, al Brasil (aporte lusitano), por una parte, y a la Argentina y Venezuela (aporte hispano), por otra. Recordemos que España y Portugal, que estuvieron unidos en el pasado, estructuraron nuestros perfiles iberoamericanos. Si Brasil opta, como hasta ahora, por asumir un papel hegemónico y excluyente frente a sus vecinos, debilitará el proyecto continental, pero también empantanará su propio proyecto nacional.

La Nación Iberoamericana es incompatible con el ultraindigenismo disgregador y con los proyectos autonómicos a ultranza, así como con visiones provincianas. La Nación Continente latinoamericana está basada en la defensa del castellano, como idioma unificador, que nos permite insustituibles intercambios culturales, científicos y tecnológicos con el resto del mundo, así como en nuestro mestizaje, teñido con los aportes de culturas indígenas que nos enorgullecen.

Las Naciones Continente derrotarán a la globalización neoliberal, basada en la desregulación de los bancos, la que ha permitido a Estados Unidos emitir millonarias cantidades de dólares sin respaldo alguno y que pretende mantener mediante el nuevo consenso post Washington. En la nueva globalización de las Naciones Continente, cada una de ellas tendrá sus propios bancos y pondrá fin a los delincuenciales paraísos financieros.

La Nación Continente latinoamericana, al estar basada en la autoestima y en cero tolerancia a la corrupción, desarrollará una nueva visión ética de la sociedad, en la que los costos para resolver el problema de la contaminación ambiental serán pagados por todos los países del mundo, en proporción en la que lo contaminaron. Este acuerdo está llamado a impedir que el planeta se transforme en una estepa humeante, envuelta en humos radiactivos, como advirtió Fidel Castro.

La Nación Continente latinoamericana protegerá sus recursos tangibles e intangibles, eliminará los enclaves coloniales como los del Reino Unido en el Atlántico Sur o los de Holanda en las Antillas. Contribuirá a remodelar el desequilibrado orden informativo mundial y logrará que la América mestiza aporte a la estructuración de un nuevo orden económico mundial, con preservación ecológica, libre de las peores formas de corrupción y del narcotráfico, pero también sin que la codicia continúe siendo el motor de la sociedad, para dar paso a un mundo más equilibrado, más justo y más humano.

* Abogado, político, periodista, dirigente sindical y profesor universitario. Es uno de los más destacados defensores de los recursos naturales de su país. Fue el primer ministro de Hidrocarburos del presidente Evo Morales (2006). Fue corresponsal de agencias internacionales de noticias, trabajó en radio y televisión, en los diarios *La Opinión* (Buenos Aires) y *Le Monde* (París) y la revista *Tiempo* (México). Fue secretario ejecutivo de la Federación de Trabajadores de la Prensa de Bolivia (1985) y vicepresidente de la Federación Latinoamericana de Periodistas (1988).

El poder del futuro está en el control de los recursos estratégicos

Mario Morant *

Quiero tomar una frase que nos dijo el maestro Andrés Soliz Rada, de Bolivia: “El siglo XXI es el siglo de la ocupación de las mentes, de las conciencias”. Por cierto, nuestra América Latina ha sido un territorio ocupado desde el punto de vista físico, pero también ha sido un territorio ocupado desde el punto de vista económico, cultural y político. Y a eso han servido muchas veces los golpes de Estado instrumentados por nuestros ejércitos, nuestros propios ejércitos, previamente cooptados ideológicamente en lugares instituidos al efecto, como la Escuela de las Américas en Panamá, en la zona dominada por Estados Unidos. Cuando el maestro Soliz Rada dijo esto, a mí inmediatamente me vino a la mente el Consenso de Washington. Porque curiosamente después del Consenso no hubo más, salvo excepciones, golpes de Estado a través de los ejércitos nacionales. Porque el Consenso estableció, entre otras cosas, el respeto a las democracias. Entre otras cosas, también definió como una aspiración del Consenso la idea del Libre Mercado, pero –sin duda– el corolario de esta reunión fue la decisión –no escrita– de imponer ese Libre Mercado a través de otros medios. Ya sin poder recurrir a los ejércitos nacionales, “la manera de hacer los golpes de Estado sería a través de los medios de comunicación”, con la influencia que puedan tener sobre los legisladores, sobre las Cortes Supremas de Justicia, sobre los políticos en general. Y eso lo hemos visto en Honduras. El derrocamiento del presidente electo democráticamente no fue el resultado de un golpe militar; los militares entraron en escena después para reprimir. El golpe fue un golpe civil, donde los medios de comunicación tuvieron un papel decisivo y arrastraron a parte de la opinión pública, de los legisladores y de la Corte Suprema.

Es una nueva forma del Imperio de hacer pie en nuestros territorios de América Latina. ¿Y cuál es el propósito? Hoy ya no tienen vigencia, aparentemente, los golpes con las armas. Los instrumentos que hoy existen permiten proceder de otra manera, más sutil, no menos cruenta –a veces– pero sí, más disimulada. Hoy vamos hacia un reordenamiento mundial donde el vencedor de la guerra tiene que tener la capacidad suficiente de influenciar en las poblaciones y en los protagonistas principales de las poblaciones y de los países para torcer el rumbo de esos países en beneficio del Imperio.

Es, en esta nueva lógica, como decía Walter Friedman: “Hagamos que lo que es políticamente imposible se haga políticamente inevitable”. Y para esto es necesario crear una situación de caos y desorientación, de manera tal que la población termine diciendo: “Salgamos de esto a cualquier costo”. ¿Y cuál es el costo? El costo es el dominio de nuestros recursos naturales estratégicos a través de gobiernos complacientes que no son producto de golpes militares ni, aparentemente, el resultado de violaciones a los derechos del pueblo.

Hace muy poco leí que América Latina, y Suramérica especialmente, es el único lugar del mundo que tiene la capacidad de autosustentarse energéticamente. Estamos sentados, en cuestiones de energía, no sólo en el petróleo y el gas, sino también en la minería, con minerales estratégicos de primera importancia, sobre una montaña de riquezas que no hay en otros lugares del mundo. No solamente el oro y la plata, sino también y especialmente el litio, hoy componente de la mayor parte de los instrumentos de electrónica. Y litio hay en muy pocas partes del mundo. Hay en Bolivia, en Argentina y Afganistán, que es el mayor productor.

Es conocida la existencia del oro que está siendo explotado en casi toda América Latina, pero también es importante la extraordinaria biodiversidad de la Amazonia, que no hay en ninguna otra parte del planeta.

También hay que mencionar el agua, que según dicen los que conocen constituye el 30 por ciento del agua potable del mundo. Y en el mundo hay más de mil millones de personas sin agua potable. Por si esto fuera poco, acaba de descubrirse en el norte de Brasil, en la zona del Amazonas cercana al Océano Atlántico, el Acuífero de Alter do Chao. Es tan grande como el Acuífero Guaraní, pero en un territorio más acotado. El Acuífero Guaraní es suficiente como para darle agua potable a toda la población del mundo durante doscientos años. Así que hay que imaginar que sería el Acuífero Guaraní más el de Alter do Chao. Hay que imaginarse –también– la voracidad que despierta en los ricos y poderosos del mundo esta riqueza.

Según algunos estudios, la cuenca petrolífera de las Malvinas tiene a una profundidad mayor de la que se suponía, potencialmente, la posibilidad de dar 90.000 millones de barriles de petróleo. Y esto convertiría a la zona en la tercera en cantidad de petróleo explotable en el mundo.

¿Por qué el Imperio con sus largos brazos quiere hacerse de todos estos recursos? Porque el poder en el mundo en el futuro no está en el desarrollo de las

armas nucleares sino en la posesión de estos recursos estratégicos naturales. Por eso la Causa de las Malvinas no es solamente de los argentinos, es una Causa de América Latina. Los argentinos estamos comprometidos con la defensa de los recursos naturales de nuestros países vecinos, nuestros países están en proceso de integración regional y también tienen el compromiso de defender los recursos petroleros de la Argentina en las Islas Malvinas.

Estamos en un proceso de integración, que es el único instrumento capaz de ponernos en el mundo a la altura de los más ricos y los más poderosos para poder sentarnos en la misma mesa a negociar. Ninguno de nuestros países, ni siquiera los más grandes como Brasil, tiene la posibilidad de negociar con éxito, independientemente de los demás, frente a los países más poderosos del planeta, los países del Hemisferio Norte con Estados Unidos a la cabeza. Por eso es que están floreciendo en el mundo todos estos intentos de integración regional.

Desde hace tiempo se han venido realizando esfuerzos importantes, particularmente en América Latina, para concretar esta integración. Y no quiero mencionar solamente la Unasur, que es indudablemente un intento muy importante de integración, pero aún está en sus comienzos. En muchos de los que intentan construir la Unasur está la idea de que la Unasur tendría que terminar reemplazando a los otros proyectos subregionales como el Mercosur y el Pacto Andino.

Yo formo parte de la Comisión de Educación del Mercosur por la CGT argentina y tengo una experiencia interesante, que me sorprendió. Como parte de esta Comisión, nos invitaron a las reuniones de los ministros de Educación del Mercosur y cuando asistimos estaban también los ministros de Colombia, Venezuela y Perú, que no pertenecen al Mercosur. Ellos iban y siguen yendo. Esto es sumamente interesante porque pone en evidencia que hay un gran interés en todos nuestros pueblos en el tema de la integración. Es como si todos se hubieran dado cuenta de que, más allá de los intereses diversos que hay en toda la América Latina, es necesario que nos unamos, porque si no, somos presa fácil de cualquier condicionamiento externo y, en este caso particular, del Imperio del Hemisferio Norte.

Pero también hay otros intentos interesantes de integración dentro de la Unasur. Hay una integración de carácter energético que va más allá de América Latina y abarca también el Caribe. Y esto ya lleva algunos años, desde el 2004. Hay un intento de Consejo de Defensa de Suramérica, que ya ha comenzado a funcionar plenamente y ha establecido las bases de una defensa integral

del territorio latinoamericano, con relaciones y pactos entre países de América Latina sobre temas muy concretos. Y hay también acuerdos de carácter económico y social que van avanzando.

Desde el punto de vista sindical estamos creando una serie de instituciones de carácter latinoamericano para defender nuestros intereses, entre ellos especialmente nuestros recursos naturales. Y lo que debo hacer notar, con mucho dolor de mi parte, es que no tenemos una organización sindical latinoamericana que se sume a los esfuerzos de la integración regional con el mismo propósito con que se han unido los sectores políticos, empresarios y sociales para defender estos intereses regionales.

Por eso quiero hacer un llamamiento. No es que el sindicalismo haya abandonado este propósito; en la práctica hay un interés muy grande en la defensa de América Latina como región en todos los sindicatos. Nosotros tenemos mucha experiencia en esto, hace treinta años que recorremos América Latina y lo sabemos. Y conocemos cómo ha ido variando el criterio de nuestros hermanos latinoamericanos y cómo ha ido variando nuestro propio criterio. Las hipótesis de guerra de nuestro país se elaboraban con relación a nuestros vecinos: nos iban a invadir los brasileños, los chilenos. Hay un estudio de la Federación Latinoamericana de Trabajadores de la Educación y la Cultura sobre cómo se enseñaba historia en todos los países de América Latina. Y en los textos es notable ver cómo se impulsaba la desconfianza sobre nuestros vecinos. Esto está documentado. Hace treinta años yo lo palpé, lo viví personalmente, pero hoy ha cambiado; es distinto.

Todos los pueblos latinoamericanos son conscientes de la necesidad de nuestra unión. Y cada vez hay más esfuerzos en cada uno de nosotros, y no solamente de los sectores académicos sino también de los sectores del trabajo, para ver de qué manera podemos resolver el problema de nuestra integración para defender con mayor éxito nuestros intereses.

* Director del Instituto Pedagógico Latinoamericano y del Caribe (IPLAC), secretario de Interior del Sindicato Argentino de Docentes Privados (SADOP), secretario de Relaciones Internacionales de la Federación Latinoamericana de Trabajadores de la Educación y la Cultura (FLATEC).

La usurpación es de carácter regional y requiere una respuesta colectiva

Rubén Heguilein *

Quiero agradecer a las autoridades del Primer Congreso Latinoamericano “Malvinas, una Causa de la Patria Grande”, a los invitados que nos acompañan y, especialmente, a esta Universidad que se ha permitido entre sus heterodoxias albergar un Observatorio sobre la cuestión de Malvinas.

Digo heterodoxia, además, porque tenemos una mirada distinta de las cosas, y en esa mirada distinta o diversa quiero rescatar esta realidad contradictoria que señalaba Williams Gonçalves. Porque yo veo en esa realidad más que una contradicción la coexistencia de dos realidades que no son simultáneas, que no se corresponden en el tiempo. Me atrevería a llamarlas, como decía un viejo profesor, “simultaneidades no contemporáneas”. Y una tiene que ver básicamente con la rémora que significa Malvinas, una cuestión más propia del siglo XIX que del siglo XXI. La parte contradictoria, propia de este siglo, es que quienes tenemos la responsabilidad de educar y formar recursos humanos para representación de los intereses de nuestros Estados en nuestra región, carecemos de herramientas adecuadas para un diagnóstico que promueva algún tipo de acción efectiva para finalizar con esta situación, para darle fin por medio de una superación a ese estado de cosas.

Me parece que la primera cuestión que como eje simbólico nos plantea Malvinas es la incapacidad que tenemos a veces para comprender qué es lo que ha pasado, qué es lo que pasa y por lo tanto, mucho menos, qué es lo que pasará. En este esfuerzo, que no puede ser aislado, sólo de la Argentina, creo que necesitamos como socios a los países de la región. Porque si no tenemos otras herramientas analíticas para diseñar un futuro, sobre todo en esta invitación a la mirada estratégica del mañana, con esas herramientas difícilmente la consigamos. Entonces, así como la reflexión acerca del pensamiento latinoamericano es fundamentalmente una lectura situada y crítica a lo que sucede en el mundo, me parece que nos debemos todos –y yo acepto mi responsabilidad como director de la carrera– el promover este tipo de reflexión para encontrar otra clase de repuestas. Porque con las mismas herramientas encontraremos las mismas respuestas, que por cierto, ya nos son bastante conocidas.

Sin ir más lejos, los años noventa fueron años en que Malvinas se debatió casi de una manera colateral. Las Malvinas resultan periféricas y marginales porque hubo una decisión de situarnos en la periferia y la marginalidad. Me parece que no es mirar la cuestión Malvinas, me parece que es enredarse en un avatar teórico que no resuelve la situación. Y no la resuelve porque esta situación se expresa en términos políticos; no es una solución analítica a un enigma. Estamos ante una situación de carácter político que requiere la planificación de acciones para efectivamente alcanzar objetivos, donde medios y fines se hallan indisolublemente ligados.

Creo que la superación de este estado de contradicción va a aparecer en la medida en que se empiece a afianzar una visión de la política exterior, fundamentalmente como el despliegue externo del proyecto político nacional y en su despliegue externo. Lo que principalmente pretendo señalar es el tono de la época que por suerte nos toca vivir: es la subordinación de la economía a la política, cuestión que hemos vivido cincuenta años sometidos a las reglas de los modelos formales de la economía, donde la política y la capacidad de transformación y los proyectos no tenían espacio. Esto era una especie de anatema.

Entonces yo comparto la mirada de Gonçalves. A veces ese reconocimiento, en aquel momento, cuando mantuvo aquel café, es un poco una de las lecciones que nos da la vida misma y que sirven para la política. Que sólo sosteniendo objetivos con pasión y con persistencia los podemos poner en perspectiva y finalmente poder ver algún fruto. Creo que esta mesa es una invitación a la perspectiva. Pasión todos tenemos por el tema, lo que quizás nos haya faltado es persistencia. Y en esa falta de persistencia, han aparecido estas contradicciones, que también han sido fruto del oportunismo.

La larga tradición del pensamiento latinoamericano sobre la región y las cuestiones como Malvinas, que sus reglas caben también para la Amazonia y la región andina, en diferentes etapas lo hemos tomado de distintas maneras, pero sólo en la etapa fundacional de la región la hemos tomado de forma proactiva, con aquel proyecto bolivariano que fue capaz de concebirnos como unidad. El resto de las concepciones o visiones o impulsos colectivos de la región van a surgir como reactivos a estímulos externos. El panamericanismo aparecía como una forma de rechazo a la injerencia externa, independientemente de la relación conflictiva que eso implicara con Estados Unidos.

En el final de la segunda posguerra vamos a ver las primeras visiones colectivas acerca de lo que podría comenzarse a concebir como la proyección de carácter

global de la región en el mundo. Y estoy pensando fundamentalmente en el ABC, en dos momentos del ABC. Estoy pensando en el ABC como fue concebido en el orden conservador, simplemente como un mecanismo del cual se desconfiaba que pudiera servir para resolver disputas regionales. Y en la etapa de posguerra, cuando se concibe al ABC como una plataforma de proyección regional. Me parece que independientemente de los avatares políticos de la posguerra y la atención que han llevado –vamos a llamarlo elegantemente– nuestros desajustes domésticos, que nos impedían fundamentalmente pensarnos en el mundo, hoy creo que subordinada la economía a la política tenemos alguna posibilidad de conseguir alguna proyección global, pero como actores regionales.

Ahora, ¿sobre qué reglas podemos proyectarnos globalmente? Y esto me parece que es lo que va a articular y le va a dar capacidad simbólica a este momento histórico. Creo que uno de los elementos básicos es la capacidad para dar con soluciones colectivas, y que esas soluciones colectivas son el resultado de un conjunto de respuestas individuales a través de las cuales cada Estado construye una solución colectiva. En estos días tenemos una vuelta de atención sobre el tema Malvinas a propósito del tema de los recursos naturales. Y quiero diferenciar bien el foco en los recursos naturales, en tanto algunos pretenden mantener atada esta cuestión a la de la autodeterminación; nada más distinto y ajeno. Nuestras Islas las colonizaron llevando población, nunca me enteré de que también llevaran los recursos naturales que en ellas se encuentran. Lo cual vuelve a poner la usurpación ante una nueva perspectiva, otra vez propia del siglo XIX, la apropiación de recursos.

Esta vuelta sobre la mirada extractiva, esta reedición del extractivismo decimonónico, lo que poco nos advierte es acerca de qué a mano están ahora, en este particular momento histórico, una cantidad de respuestas regionales que pueden contribuir a la solución colectiva. Esto lo han escuchado bajo la mirada o el rótulo de incrementar los costos de la usurpación. Si concebimos regionalmente que la usurpación es colectiva, y de carácter regional, y cada uno está dispuesto desde su lugar a dar una respuesta individual, se construye una respuesta colectiva.

¿Qué quiero decir con esto? En la medida en que Uruguay, Brasil y Chile estén dispuestos a llevar adelante una política de encarecimiento de la operación británica en Malvinas, está más cerca una solución colectiva. Esto significa también –y va especialmente para los argentinos– que no nos podemos mirar el ombligo. Y esto significa el compromiso, a su vez, de la Argentina de participar activamente en las respuestas a los conflictos de la región. Comprometerse

activamente y además ser indubitavelmente actor proactivo de este tipo de soluciones. Si no, no esperemos reciprocidad. Si la construcción es colectiva, nos involucra a todos. Y si nos involucra a todos, si tenemos intereses comunes, debemos estar dispuestos a promover ese rol y asignarle la jerarquía que en la agenda regional le corresponde. Si no hacemos esto, si no somos capaces de reformular la agenda, seguiremos con una agenda tan ajena como impuesta.

Me acuerdo que cuando era muy joven –recién me había recibido– participé en una actividad en el Palacio San Martín. Esa noche pude escuchar una charla que dio Elliot Abrams, el entonces secretario adjunto de Estado para Asuntos Latinoamericanos. Se dirigió a los dirigentes políticos y diplomáticos argentinos y les explicó que la agenda para la región era una regla de Tres D. Les dio una regla mnemotécnica y dijo: “Piensen siempre en las Tres D y van a encontrar la agenda”. ¿Cuáles eran estos temas de las Tres D? Deuda, droga y democracia. “Cuando resuelvan estos tres temas, podemos pasar a otra agenda”, dijo. Tomó el vaso de agua y se retiró. Lo cierto es que este diagnóstico y esta agenda ofrecida para la región, es en gran parte la agenda que veinticinco años después de la democracia seguimos teniendo. Desgraciadamente es axial. Con un problema adicional: en el momento en el que estamos concibiendo lo que podemos llamar la reestructuración en el plano de lo estatal y lo interestatal para tratar de proyectar a la región como un actor global, nos aparecen amenazas de carácter no estatal. Y son amenazas de carácter no estatal que tienen que ver con problemas domésticos estadounidenses. De esto los mexicanos me pueden dar cátedra a mí, yo lo sé. Pero ésta es la realidad que nos toca.

Entonces, como problema adicional, plantearía la necesidad de la reconstitución de la unidad estatal. Sobre todo, la cuestión de los espacios sin ley hoy tan discutida; fenómenos colaterales a las drogas y migraciones, como son las maras, y todo el fenómeno de violencia con cuestionamientos de la legitimidad estatal para pacificar un espacio político como ser el Estado. Son temas que nos empiezan a aparecer ahora en una agenda que tenemos que empezar a ver como una agenda propia para poder intentar proyectarnos como actores globales en ese tablero de la política mundial que está verdaderamente lleno de oportunidades, pero a la cual no podemos calificar como jugadores de primera categoría si pretendemos hacerlo de forma esporádica. Esto quiere decir que miramos un poco el tablero doméstico y un poco el tablero externo. Y pensamos que a fuerza de golpes de suerte podemos llegar a obtener algún beneficio. Imposible.

Lo más acertado en la convocatoria de esta mesa, me parece, está en la necesidad de definir cuál va a ser nuestro rol político estratégico. Somos una región que va

a crecer endogámicamente, que va a proyectarse como un puente comercial con otras regiones. Tenemos que ver qué agenda tenemos para ofrecer en África, en Asia y el Pacífico. Creo que de esto nos hemos preguntado poco. Creo que es una tarea pendiente, pero no quiero mirar la mitad del vaso vacío, quiero mirar la mitad del vaso lleno. Y lo quiero pensar en términos de oportunidad.

Creo que la crisis en la que está sometido Estados Unidos nos da una oportunidad de una coyuntura, casi diría una pausa, para poder pensar lo que queremos hacer. Y en ese qué queremos hacer, primero tenemos que empezar con las viejas deudas. Y yo creo que la deuda más vieja que tenemos es casualmente la que convoca el tema del Congreso. Creo que definitivamente la crisis, sobre todo en un sistema de instituciones internacionales y de derecho internacional, está puesta sobre la mesa. Que la formulación de las normas del orden internacional nos da por primera vez por lo menos una ventana de oportunidad donde podemos regionalmente llegar a decir algo. Y yo diría que finalmente no deberíamos dejar pasar esta iniciativa y esta coyuntura donde hemos tenido capacidad en muy poco tiempo para construir una serie de agendas comunes, empezando por el Mercosur, donde ha superado lo comercial y ha podido establecer algunos foros políticos y coordinación de políticas. Pero no puedo dejar de pensar en la Unasur y tampoco quiero dejar de mencionar el Consejo de Defensa Suramericano, que me parece que ante la crisis del TIAR y de la OEA, por lo menos está planteando una alternativa.

Voy a aprovechar la oportunidad de reafirmar el compromiso por Malvinas, para reafirmar el compromiso con mis alumnos. Este camino de formación que han empezado, de lectura crítica de lo que ha sido la producción académica y de formación de recursos para las relaciones internacionales y la diplomacia como una de sus expresiones, es un largo camino que hemos comenzado con un grupo de docentes y autoridades que nos han apoyado con compromiso y activamente. Yo esperaría, con esa persistencia como le pasó a Williams Gonçalves, que dentro de veinte años él y yo podamos estar sentados ahí y algunos de nuestros alumnos contándonos cuáles fueron las políticas que con esfuerzo, perspectiva y reflexión, transformaron esta pasión que es la Causa de Malvinas en un primer paso de construcción de soluciones regionales colectivas, que permitieron el final de rémora de Malvinas y garantizar la soberanía de sus pueblos sobre la región andina y la Amazonia.

* Máster en Relaciones Internacionales. Director de la Licenciatura en Relaciones Internacionales de la UNLa. Consultor y asesor de organismos internacionales. Profesor visitante de numerosas universidades de América y Europa.

Panel 4

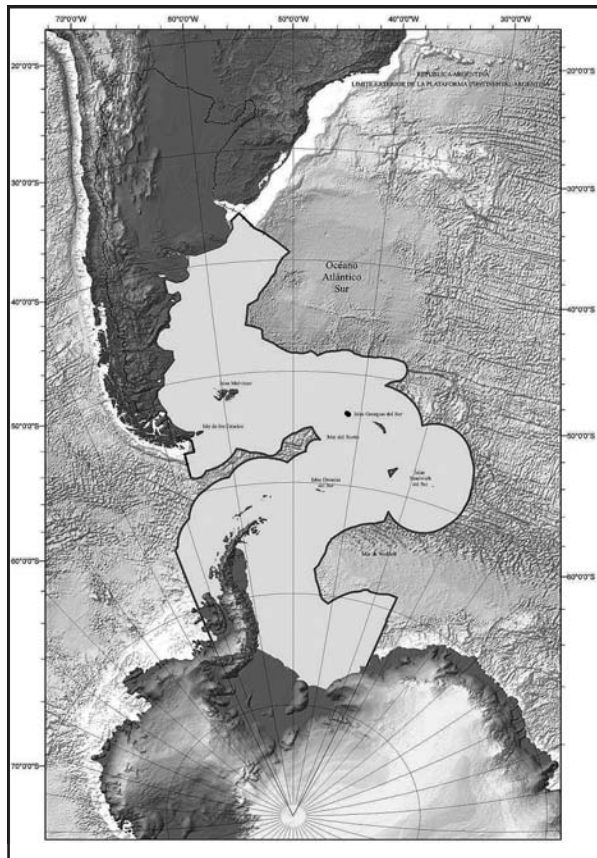
**Malvinas y la defensa
de los recursos naturales de
América del Sur ante posibles
agresiones**

30 de septiembre de 2010

Debemos compartir los recursos del Atlántico Sur con nuestros aliados

Guillermo Rossi *

Traje para que ustedes vean, una copia del mapa que expone en su totalidad el territorio de la República Argentina (*Fig. 1*). Cuando digo “territorio” uso el término en la forma en que lo utiliza el derecho internacional público, es decir, todos los espacios –ya sean terrestres o marítimos– que están bajo la soberanía y/o jurisdicción de un Estado. Obviamente también incluimos el espacio aéreo, pero en este análisis no es tan importante.



Creo que el mapa es sumamente significativo. Es el mapa-resumen del informe que presentó la Argentina el 21 de abril de 2009 ante la Comisión de Límites de la Plataforma Continental, que es un órgano técnico internacional creado por la Convención del Mar, y que está recibiendo desde hace unos diez años, todas las propuestas o presentaciones del límite exterior de la plataforma continental de todos los países que son parte de la Convención del Mar.

¿Cuál es la significación de este mapa? Aclaro que es un mapa-resumen porque la tarea de fijar el límite exterior de la plataforma continental fue un trabajo de once años que, además, se sigue haciendo y se va a seguir haciendo durante varios años más. No es que se terminó el trabajo; terminó esta fase, que fue la de presentación de la propuesta argentina. Porque fue un conjunto de ochocientos kilos de documentación –cuatrocientos en castellano y cuatrocientos en inglés– que contienen un informe de cada uno de los 6.336 puntos que constituyen, luego unidos, el límite exterior de la plataforma continental. De esta manera, la Argentina le informó oficialmente a la comunidad internacional que ése es el territorio argentino. Como se puede ver, totaliza 10.400.000 kilómetros cuadrados de espacio terrestre y marítimo, tanto en la columna de agua como en el lecho en subsuelo marino.

Y esto es una de las consecuencias más dramáticas de la parte ilegítimamente ocupada por el Reino Unido, que abarca las Islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur –que lamentablemente muchas veces son olvidadas y esto deforma también nuestra idea sobre la disputa– y los espacios marítimos circundantes. Por supuesto, dentro de ellos se incluye la plataforma continental, tanto hasta las doscientas millas como más allá de las doscientas millas. Por lo tanto, estamos hablando que en total esos 10.400.000 kilómetros cuadrados claramente incluyen tanto la parte suramericana como la parte antártica y, obviamente, los espacios marítimos atlánticos y los archipiélagos australes. De esos 10.400.000 kilómetros cuadrados hay más o menos tres millones de kilómetros cuadrados ilegítimamente ocupados por el Reino Unido. O sea, que tenemos aproximadamente un tercio de nuestro territorio ocupado por una potencia extranjera y extracontinental.

Formo parte de un grupo de trabajo convocado por la Presidencia de la Nación, que tiene como tarea la elaboración de la Directiva Estratégica Nacional. Esto tiene como consecuencia, en mi opinión, que más allá de la voluntad de algunos miembros de nuestra clase dirigente y política, la Argentina no está en condiciones de decidir si va a tener o no hipótesis de conflicto. Porque si posee 10.400.000 kilómetros cuadrados, de los cuales tres millones están ocupados, no sólo tiene la hipótesis: ya tiene el conflicto.

Yo pensaba en la descripción súper rápida de lo que hizo Canadá. ¿Cómo lo hizo Canadá? La causa fundante es que es un país rico, grande, con recursos, pero la primera materia prima de una política es la voluntad y la visión de la clase dirigente. Todo lo demás es secundario, es instrumental. Todo lo demás, si tenemos pocos recursos, nos llevará más tiempo; si tenemos muchos recursos, menos tiempo, no importa. Lo que importa es la voluntad de una clase dirigente que levante la vista, tenga una visión panorámica y vea más allá de la simple coyuntura. Y esto es lo que estamos necesitando.

Quiero aclarar que todo esto no es una simple expresión. Esto obliga al Estado Argentino. Porque cuando informamos a la comunidad internacional oficialmente, esto obliga jurídicamente en el plano internacional a la República Argentina. Entonces, de más está decir, hay una necesidad totalmente imperiosa, no sólo de repotenciar a las Fuerzas Armadas sino de rediseñarlas y hay que pensar en una nueva distribución de las mismas. Es necesario no sólo repotenciar las Fuerzas Armadas, no solamente integrarles el componente tecnológico, sino que también hay que ponerlas en los lugares donde las necesitamos, y sacarlas de los lugares en donde quizás se necesitan menos. Cuando uno cuenta con pocos recursos, tiene que tomar medidas a veces dolorosas, a veces difíciles, pero tienen que ser con criterio superior, hay que saber dónde se pone el acento.

También es necesario llevar estas expresiones a niveles operativos, como por ejemplo el tema de la radarización, que es absolutamente imprescindible. Todo esto lo puedo decir con total tranquilidad porque ya está escrito en los memos cuando me tocó trabajar en la Dirección General de Malvinas. Muchas de estas cosas son, en parte, de conocimiento público. Es absolutamente necesario radarizar por una cuestión de seguridad nacional o de interés nacional por Malvinas. Deberíamos contar con los medios necesarios para saber qué es lo que está volando dentro de nuestro espacio aéreo y por sobre nuestras cabezas, cosa que lamentablemente en estos momentos no sabemos.

Para que no todo parezca un mensaje negativo, tengo que decirles que estamos avanzando para que el mapa que les estoy mostrando –o una versión muy parecida– esté impreso en el Instituto Geográfico Nacional. Es un mapa que se puede pedir en escala 1:5.000.000. Y hay un proyecto de ley que está a punto de salir, o al menos está en las cámaras, para que sea el único mapa oficial de la República Argentina que presenta a todo el territorio en una misma escala. Y así se podrá desterrar definitivamente el mapa que ha deformado la mentalidad y la conciencia territorial de los argentinos mostrando sólo el espacio suramericano territorial y un pequeño cuarterón que, cuando uno lo mira en el mapa,

parece poco más grande que una pequeña parte de una provincia y en realidad encierra los 965 mil kilómetros cuadrados de nuestra Antártida Argentina. Otra buena noticia es que la empresa Investigaciones Aplicadas (INVAP) está trabajando para crear y dominar ciencia y tecnología en la elaboración de un radar de segunda generación para control de tráfico aéreo. Para hacer control de defensa se necesitaría un radar de primera generación que requiere otro escalón tecnológico. Pero, aunque sea incipientemente, estamos en la línea.

Quiero resaltar que desde 2003 hemos logrando cambiar la política que se aplicaba en el tema Malvinas; hemos abandonado la nefasta, terrible y desastrosa política de los años noventa y hemos entrado en una etapa política un poco más activa. No es todo lo que querríamos pero, para marcar grandes hitos, en noviembre de 2003 la Argentina suspendió la autorización de vuelos chárter no regulares entre terceros países y las Islas Malvinas. ¿Por qué los suspendió? Porque jamás habían sido negociados con el Reino Unido pero sí tolerados por los sucesivos gobiernos de 1999 y 2003. Los suspendimos, y esto le dio mayor valor al único vuelo que existe, que es el vuelo regular de los sábados. Luego, en 2005 suspendimos la “cooperación” en conservación de recursos pesqueros con el Reino Unido, porque mientras desde 1990 cumplíamos con la declaración conjunta de conservación, ellos hacían su propia política en búsqueda de su interés nacional.

En trece años de negociación mano a mano y frente a frente con los británicos he aprendido a valorarlos, admirarlos e imitarlos. Cuidado con esto, porque también se han cometido muchos errores desde la clase política y la clase dirigente, por un fatal y gravísimo desconocimiento de lo que tenemos enfrente. Y si creemos que el que tenemos enfrente es igual a nosotros, nada más alejado de la realidad. Lamentablemente no es así. Es una clase dirigente esclarecida, eficiente. Es un Estado que funciona y unas Fuerzas Armadas que están continuamente preparadas para enfrentar la contingencia que sea.

Por supuesto, esto está centrado en trescientos años de experiencia en materia de política expansionista imperial y en las tres bases militares que tienen en Malvinas, aunque la mayoría de las veces no se nombra a ninguna, y algunas veces se nombra a una, la de Monte Agradable. Pero allí están las fuerzas terrestres y la base aérea. Aparte de esa base militar, a pocos kilómetros al sur está la base naval de Bahía Agradable, y cuarenta kilómetros al este de Monte Agradable y al sur de Puerto Argentino, hay una base de lanzamiento de misiles. Hay que tomar conciencia de esto. Los británicos no están allí solamente “escudados detrás de papeles amarillos”, como dice la canción. Están transfor-

mándose sin querer en alumnos de Mao. El Reino Unido tiene una sola condición: el poder nace de la boca del fusil. Y de ahí en adelante negocian o no.

Como ellos hacen y siguen haciendo su propia política desentendiéndose de los acuerdos con nosotros, en 2005 pusimos término a esta supuesta cooperación en materia pesquera, donde en el colmo de los absurdos llegábamos a poner hasta nuestros propios barcos de investigación y nuestros propios científicos para investigarles a ellos los recursos pesqueros. En doce años, entre 1993 y 2005, ellos jamás se tomaron la molestia de traer un barco de investigación pesquera. Y eso que cerca de la zona oriental de Inglaterra tienen en Lovestoft, uno de los institutos pesqueros más acreditados del mundo.

Luego, en 2007, pusimos término a la declaración conjunta de “cooperación” en materia petrolera. Si bien hay que reconocer que en julio de 2000 el gobierno de la Alianza suspendió la cooperación, no denunció el acuerdo, y finalmente en marzo de 2007 denunciemos oficial y formalmente el acuerdo de cooperación aunque no se aplicaba hacía siete años. Esa declaración contenía el artículo sexto, que decía que ambos países se abstendrían de tomar medidas contra el desempeño de las empresas privadas en el área en donde se aplicaba la declaración. Si el área era Malvinas y las aguas circundantes, que estaba, sigue estando y lamentablemente seguirá estando bajo el control fáctico e ilegítimo del Reino Unido, que era el interesado en que se hicieran esas actividades petrolíferas al menos de exploración, ¿cuál era el país que tenía que abstenerse de tomar medidas contra las empresas? Yo no creo que el Reino Unido fuera a tomar ninguna medida. En el fondo y más allá de que está escrito de manera bilateral, hay que tener mucho cuidado con las cosas que escribimos nosotros. Y cuando digo “nosotros” no digo “los argentinos”; digo “los diplomáticos”.

Parece que es algo bilateral y, por lo tanto, mutuo o recíproco. Pero obviamente el Reino Unido no iba a tomar ninguna medida, porque estaba atrayendo a las empresas. El único país que podía tomar medidas era la Argentina, por lo tanto era un compromiso unilateral. Yo creo que hay que levantar la mano y señalar con el dedo. Creo que hay que recordar quién estuvo de un lado y quién del otro. Lean lo que decían los diarios argentinos del 27 de septiembre de 1995. Las loas que cantaban a la cooperación, las esperanzas totalmente infundadas de creer que uno al Reino Unido le puede sacar siquiera una gota de bencina para el encendedor. Eso no forma parte de la realidad. Y sin embargo escribían –y hoy siguen escribiendo– artículos increíbles, porque lo que leo en los diarios es absolutamente increíble. Es increíble la manera en que deforman la mente de los argentinos. Ayer¹ estaba leyendo un boletín del Centro Naval, que aclara

que no se hace cargo de lo que se escribe, pero hay gente que sigue diciendo que hay que colaborar y cooperar con el Reino Unido. Está bien, pero primero el Reino Unido tiene que dar un paso absolutamente fundamental: dejar de incumplir las resoluciones de Naciones Unidas y reanudar las negociaciones de soberanía.

Una vez que eso suceda, en la medida en que las negociaciones de soberanía avancen efectiva y realmente, entonces la Argentina puede empezar siquiera a perder tiempo en considerar gradualmente y de acuerdo a lo que recibe en términos de avance, formas de cooperación. Pero no se puede cooperar con un país que dice: “Ese territorio es mío y sólo mío, y desconozco el pronunciamiento de la comunidad internacional”. Cuando eso cambie, ahí se abren las perspectivas y las posibilidades de la cooperación bilateral.

Quiero terminar relatando las medidas más importantes que ha tomado el gobierno desde 2003. Como dije antes, se denunció la Declaración de Cooperación en Hidrocarburos, fundamentalmente por ese artículo que nos ataba de manos para defendernos de las acciones multilaterales británicas. Entonces nos sacamos las esposas de hierro para tener las manos libres. A los dos días, el 29 de marzo, sale la Resolución 407 de la Secretaría de Energía imponiendo sanciones a las empresas que operen en espacios terrestres y marítimos argentinos, en actividades petroleras sin autorización argentina. Entonces, reaccionamos. Entre abril y diciembre de 1998 hubo seis perforaciones en la cuenca de Malvinas, en el norte de las Islas Malvinas en la plataforma continental. Cuando terminó con la perforación, la plataforma Borgny Dolphin, que era de una empresa noruega, fue inmediatamente contratada por empresas, no voy a decir argentinas porque no sería correcto, pero que operan o están establecidas en la Argentina, y fue llevada con un corto esfuerzo hasta la boca del Estrecho de Magallanes. Esto que parece muy razonable y lógico desde un punto de vista operativo y comercial, tiene una enorme significación geopolítica. Porque traer una plataforma significa un gasto enorme, de centenares de miles de dólares todos los días. Entonces si una empresa que opera en las Islas trae la plataforma, le va a salir mucho más barato el esfuerzo si cuando la termina de trabajar en Malvinas tiene a empresas del territorio continental argentino que la van a ayudar a compartir el gasto.

Con la resolución de la Secretaría de Energía, desde 2007 esto es imposible. Por lo tanto, la plataforma Ocean Guardian podrá hacer perforaciones para los isleños, pero se la van a tener que llevar de vuelta porque no va a poder ingresar a la Argentina continental. Y en base al decreto 256 del 16 de febrero de 2010,

tenemos la posibilidad de que si alguien de los alrededores la quiere contratar, va a tener que pasar por nuestras aguas no disputadas y tendremos la posibilidad de decirles que no pueden hacerlo. Esto cambia la ecuación económica de esta supuesta explotación, que en realidad es una depredación ilegal de nuestros recursos. Esto es lo importante, pero como no se le explica nunca a la gente, no se entiende.

En junio de 2008, el Congreso sancionó y el Poder Ejecutivo promulgó la ley 26.386, que impone un régimen muy parecido a las empresas pesqueras que operan en aguas argentinas sin permiso de las autoridades, tratando de dificultar y elevar los costos de la continuidad de la ocupación ilegítima británica. Son costos en términos políticos, económicos, operativos, logísticos, de prestigio internacional, de relacionamiento con los países de América del Sur. Es la única manera en que podemos reaccionar ante la escandalosa ocupación de nuestro territorio. Porque dentro de lo que les permite el derecho internacional ya han ocupado todo lo que podían ocupar; no pueden ir ni un milímetro más allá de donde están. Entonces lo que tenemos que hacer es dificultarles hasta el extremo posible la permanencia en nuestros territorios, para que por lo menos consideren en empezar a pensar en negociar con los argentinos.

Estamos en un momento en que ya hemos cumplido con todos los acuerdos que tuvo a bien la década del noventa y que, para colmo, a fin de esa década tuvimos a bien autoimponernos. En realidad, lo impusieron los británicos ayudados por un grupo de funcionarios que llevaron la autoimposición a la Argentina de una agenda. Eso ha sido cumplido, no hay más temas pendientes en esos términos de cooperación que tenían nuestras manos atadas, y nos fuimos sacando las esposas. Y ahora tenemos la oportunidad —o deberíamos tenerla— de reformular la agenda de Malvinas, pero no con base en las negociaciones que les interesan a los británicos sino reformular una agenda proactiva en términos del interés argentino. Éste es el primer punto que propongo. Tenemos que pensar cuáles son los temas que nos interesan a nosotros, no a ellos.

Por supuesto que esto no quiere decir que los vayamos a conseguir o a concretar, porque para eso hace falta más masa crítica política, hace falta apoyo propio en términos de capacidad militar, en términos de acción, etcétera. Pero tenemos que pensar qué es lo que tenemos que hacer nosotros con el tema Malvinas de acuerdo a nuestro interés y no en función del ocupante ilegítimo de nuestro territorio.

Otro ejemplo: las medidas de confianza en el ámbito militar están vigentes desde 1990 y han sido reformuladas continuamente hasta 1994. Esas medidas de confianza determinan que todos los años tiene que reunirse el grupo de trabajo del Atlántico Sur para estudiarlas y determinar si quedan, se cambian o evolucionan. ¿Y cuándo fue la última reunión? En 1994. No sé por qué los ingleses tienen fama de que cumplen con los tratados. Es lo mismo que la fama del *fair play*; no sé por qué tienen la fama de que ellos inventaron el juego limpio. Porque la realidad es que yo he vivido veinticinco rondas de negociación con los británicos y sé perfectamente quiénes son y cómo lo hacen.

Entonces, a pesar de que está escrito, hace dieciséis años que incumplen con esa obligación asumida en conjunto. Claro, ellos llegaron al nivel que les convenía, las medidas de confianza están cristalizadas. Entonces hay una situación militar en el Atlántico Sur que lamentablemente está cristalizada, y nosotros tenemos que zarandear de alguna manera esa realidad. Pero hasta ahora no lo hemos logrado, en gran parte por nuestra propia responsabilidad.

Les voy a dar un ejemplo: dentro de esas medidas de confianza hay una que dice que cuando un buque militar se acerca a una determinada distancia de la costa que está controlada por el otro, tiene que avisar. No quiere decir que no se pueda acercar, simplemente tiene que avisar para que el otro no se asuste. Los británicos, según mis cálculos, desde 1990 hasta ahora han hecho uso de esa facultad más o menos unas cien veces para cruzar nuestras aguas por el Estrecho de Magallanes. Y está bien, porque está escrito; es decir que desde ese punto de vista lo que ellos hacen está dentro de lo escrito y lo acordado entre los dos países.

¿Y cuántas veces lo hemos hecho nosotros? ¿Cuántas veces hemos navegado desde nuestras costas hasta nuestras Malvinas? Cero. ¿Por qué no hacemos uso de esta facultad que esta firmada, aunque sea para que nos vean, para tener presencia? ¿Por qué en veinte años no lo hemos hecho? Esto es muy peligroso, hay que tener cuidado, porque la confusión está en la clase política o en los que tienen que decidir; no en los operativos. El político cree que si un barco de la Armada va hacia las Islas Malvinas, vamos a tener un desastre en términos internacionales. Y no es así, porque están los acuerdos que lo permiten. ¿Cuál es el riesgo? El riesgo es que si uno no utiliza las posibilidades que le da un tratado conjunto, eso puede terminar por constituir costumbre. Uno de los pocos antecedentes a la fecha es el del buque Almirante Irizar en 2004.

Mi segunda propuesta tiene que ver con provocar una especie de sacudón intelectual y mental en la sociedad argentina. Tenemos que dar vuelta el proceso de

desmalvinización con un proceso de remalvinización, y esto no es un discurso. Por ejemplo, revisen si figura el tema Malvinas en los programas de enseñanza universitaria. Y si figura, cuánto tiempo se le destina. Además, el problema es quién va a enseñar porque nadie conoce mucho del tema Malvinas, con qué base, con qué información va a enseñar. No solamente hace falta incluir el tema y darle el tiempo necesario, sino contar con bibliografía argentina y con personas que estén debidamente preparadas.

Doy otro ejemplo del proceso de desmalvinización. Pensemos en lo que mal se llama Cenotafio de Plaza San Martín, en homenaje a los Caídos. Párense enfrente y van a ver que a la izquierda hay un mapa de Malvinas. ¿Y a la derecha que hay? Nada. ¿Dónde están las Georgias y las Sandwich? En ningún lado. El problema es que hubo combates en las Georgias, tenemos enterrados allí. El problema es que en realidad hubo combates antes que en Malvinas en las Georgias. En las Sandwich hubo presencia efectiva hasta que fuimos expulsados por los británicos en julio de 1982.

Todo esto, que parecen detalles, forma parte del proceso de desmalvinización y debe formar parte del proceso de remalvinización. Porque la gente no tiene el conocimiento necesario en términos de Malvinas. La gente ha sido inyectada, tiene todas las ideas deformadas, y lo sé porque he dado muchas conferencias y en todos lados me han hecho las mismas preguntas. Y lo que es más grave aún es que se publican permanentemente en la prensa, todo el tiempo. Y no sólo la gente; nuestros legisladores también leen los diarios y con base en eso hacen los proyectos.

Más grave es cuando los funcionarios que operan en el Estado tienen esa deformación. No estoy culpando a nadie porque lamentablemente lo hacen por ignorancia, porque nunca nadie les enseña nada. Les voy a dar un ejemplo que difícilmente van a creer. Cuando los agregados militares salen al exterior reciben una serie de charlas explicativas sobre diversos temas. ¿Adivinen de qué tema nunca nadie les habla? De Malvinas y Antártida. Hemos mandado mínimo cinco memos y no hay manera. Entonces, el agregado militar va al exterior y sabe perfectamente el inciso de la Convención de Viena que le permite aplicar las franquicias, pero de Malvinas y de Antártida nunca nadie les dijo absolutamente una sola palabra.

Otro ejemplo: muchos organismos del Estado tienen que hacer informes para mandar a organismos internacionales. Está lo que se llama el Informe País. ¿De dónde sacan la información? El empleado que está sentado frente a una com-

putadora en el ministerio equis dice: “Yo no le voy a preguntar nada a nadie, es mucho trabajo”. Y aprieta la tecla y baja la información de Wikipedia. ¿Y qué dice? ¿Habla de los 10.400.000 kilómetros cuadrados? No, dice que tiene 2.800.000. Y por supuesto, el territorio continental está pintado de un color, las Malvinas de otro y la Antártida de blanco. Eso es desmalvinización: no saber cuál es su propio territorio, no saber defenderlo, no tener conciencia territorial.

Cuando me convocaron para participar en la Defensa en la Agenda Democrática, uno de los especialistas expuso, seguramente con la mejor buena voluntad, que con la globalización las fronteras se caen. Entonces yo le dije: “Doctor, ¿cuáles fronteras se caen? Porque las de ellos seguro que no; la nuestra sí, pero la de ellos no”. Hay que tamizar y adaptar las ideas; eso también forma parte del proceso de remalvinización.

Otro ejemplo: el caso de la goleta Swift, un barco británico que apoyaba a Puerto Egmont, que fue fundado por los británicos de manera furtiva en un islote de las Islas Malvinas en 1766. La goleta Swift servía a este asentamiento británico, y en marzo de 1770, cuando estaba navegando por las costas patagónicas, entra a Puerto Deseado, encalla y poco a poco se va hundiendo. Como se va hundiendo de a poco, la mayoría de la tripulación logra salir. A pesar de eso mueren dos marineros británicos. Entonces, hace varios años, una arqueóloga del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, forma un grupo de investigación arqueológico del cual también forma parte un juez federal. Sin consultar con nadie ni con su jefe del CONICET, ni el CONICET con nosotros, le envió una nota a la embajada británica diciendo que la Argentina iba a cumplir con la Convención Internacional del Patrimonio Cultural Subacuático. Ella será una gran arqueóloga pero no tiene idea del derecho internacional público, ni de política, ni de cuestiones jurisdiccionales. En segundo lugar, estaba obligando al Estado a actuar sin consentimiento de las áreas competentes. Y en tercer lugar, ese buque estaba infiltrado furtivamente en el Imperio español y, por lo tanto, estaba contribuyendo a la ocupación ilegal del territorio. Entonces, ¿cómo nos vamos a obligar por una convención internacional a respetar a un buque que estaba infringiendo la ley y el derecho internacional? Pero no solamente terminó ahí, sino que rescataron los huesos de los dos marineros británicos y se los entregaron a la embajada británica. El problema fue que participó un funcionario de la Cancillería y un oficial de la Armada. Hay que ser coherente conceptualmente. ¿Cómo el Estado Argentino va a condonar la acción de un buque que estaba ilegal y furtivamente operando en territorio que en ese momento era del Imperio español y que después iba a ser argentino?

En lo que fallamos y en lo que los británicos, por el contrario, son extraordinariamente eficientes, es en el engranaje del Estado. No puede ser que el Estado Argentino esté atomizado y cada uno haga lo que quiera. Tiene que haber una sola política de Estado y todo el mundo tiene que estar adecuado a eso, tiene que estar encolumnado y lo tiene que cumplir. Y por eso debería formar parte de este proceso de remalvinización. ¿Por qué no pensar en alguna ley que traduzca la Disposición Transitoria Primera de la Constitución Nacional al nivel donde sea obligatorio y operativo? Una ley que diga, “con base en esto ahora todos deben hacer aquello y lo otro”.

La última propuesta es la cooperación con los países hermanos latinoamericanos y sobre todo, por razones obvias, con Chile, Uruguay y Brasil. Nadie duda de que todos los países hermanos nos han apoyado y lo harán en lo que son los términos de la declaración. Pero tenemos problemas en la fase real operativa, lo que verdaderamente les interesaría y dolería a los británicos. El problema no es sacar la Declaración de Cancún, de Caracas, la 18° Resolución de Acapulco. El problema es que nos quedemos en eso. Eso está bien en el marco de una política global y compleja. En mis trece años en la Dirección General de Malvinas noté un enorme y muy auspicioso cambio, por ejemplo, en Chile, donde en 1994 finalmente hace la primera declaración a nivel bilateral y le da apoyo explícito a la Cuestión Malvinas. Y después, en 1996, la Declaración de Portrero de los Funes, donde todos los países del Mercosur y asociados reconocen los legítimos derechos argentinos en la disputa de soberanía. Esto es un paso importante porque las resoluciones de Naciones Unidas y el resto de la comunidad internacional reconocen que existe una disputa de soberanía. En cambio, los países del Mercosur y los países asociados reconocen los legítimos derechos argentinos en la disputa. Es un cambio cualitativo muy importante que se da en 1996. Pero lo que acá necesitamos es apoyo concreto. En el caso de Chile fue avanzando lenta pero progresivamente desde 1994, a tal punto de que me consta personalmente que la ex presidenta Michelle Bachelet intervino varias veces directamente, personalmente, para decidir la posición chilena en el tema Malvinas a favor de la Argentina.

En el caso de Uruguay tenemos un problema grave, porque el buque isleño de avituallamiento se abastece allí y se agrega a un problema preexistente, que es que lamentablemente Montevideo es la base de operaciones de la flota que pesca ilegalmente en nuestras aguas. Entonces hace falta un mayor involucramiento que exige más, ya que aquí hay cuestiones exclusivamente monetarias, de recaudación. Acá alguien tiene que dejar de percibir algo. Con la parte de la

Declaración está todo bien, pero cuando entramos en los terrenos de las realidades la cosa se pone más complicada.

En el caso de Brasil, obviamente está más lejano y el problema se concentra en los aviones y en los buques militares. Por suerte no tenemos problemas de tipo económico, como en el caso de Montevideo. Pero el problema es que habría que elevar el nivel de calidad del acuerdo o más bien la creación de un acuerdo. Todo esto tiende a sellar la costa de América del Sur y por supuesto está en la línea de la política llevada a cabo desde 2003 de hacerles más dificultosa a los británicos la permanencia en las Islas.

A nivel personal estoy pensando seriamente si no hace falta que la Argentina haga algo que rompa esta cuestión de ir sólo a pedir a los países hermanos. Creo que hay que demostrar que tenemos una política detallada, articulada y en serio, y eso le dará mucho prestigio y valor a pedir que colaboren con nosotros. ¿Por qué no pensar en que la Argentina haga una declaración por la cual especifique que una parte de los recursos, o bien de lo que produce o que pueda llegar a producir Malvinas, lo compromete como un recurso del Mercosur y la Unasur?

Si hay tantos que están tan ansiosos por negociar con los británicos para compartir recursos que son nuestros –lo cual es impensable desde el punto de vista jurídico– y cooperar con el ocupante ilegítimo del territorio, ¿por qué no compartir los recursos con quienes siempre fueron, son y serán indisolublemente nuestros hermanos y nuestros aliados? Porque ése es nuestro destino.

* Licenciado en Ciencia Política. Ministro Plenipotenciario de la Dirección General de Malvinas e Islas del Atlántico Sur del Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto de la Nación, actualmente se desempeña en la Secretaría de Relaciones Exteriores de la Cancillería argentina. Fue miembro del Gabinete del entonces canciller durante el conflicto del Atlántico Sur en 1982 y participó en gestiones posteriores ante Naciones Unidas y No Alineados en 1982-83. Secretario de la Embajada en Hungría en 1983-88. Consejero de la Embajada en Polonia en 1990-95. Durante once años fue subdirector general de Malvinas y Atlántico Sur. Coordinador Interministerial para la Toponimia de las Islas Malvinas. Miembro de la Delegación Argentina sobre Plataforma Continental. Encargado de los temas de Defensa y Seguridad sobre Malvinas y Atlántico Sur. Ha participado en más de veinticinco reuniones de negociación con el Reino Unido y en dieciocho de ellas como Jefe de Delegación.

¹ 29 de septiembre de 2010.

En 1982, los ingleses fueron los *gurkhas* de Estados Unidos

Luis Vignolo *

Como uruguayo, esto es como argentino oriental, al decir de Juan Antonio Lavalleja en la proclama de los Treinta y Tres Orientales, y de mi maestro y amigo Alberto Methol Ferré, me siento muy honrado de participar en este Primer Congreso Latinoamericano “Malvinas, una Causa de la Patria Grande”.

No puedo dejar de pensar en Methol, fallecido el 15 de noviembre pasado. Seguramente nadie defendió en el Uruguay con tanta pasión y convicción la recuperación de la soberanía argentina en las Malvinas, y nadie la concibió tan exactamente como Causa de la Patria Grande, como Causa de la Nación Latinoamericana. Pienso cuánto hubiera disfrutado él, si hubiera vivido para estar hoy aquí, y cuánto nos hubiera hecho disfrutar a nosotros.

En su homenaje, pero sobre todo en homenaje a la verdad o a la búsqueda de la verdad, quiero recordar la muy polémica y audaz tesis de Methol sobre la verdadera naturaleza de la Guerra de Malvinas. Methol decía que si bien los ingleses fueron quienes llevaron a los *gurkhas* a pelear en el Atlántico Sur, en realidad los ingleses fueron los *gurkhas* de los norteamericanos en las Malvinas, porque esa guerra a pesar de todas las apariencias fue, o terminó siendo, en esencia una guerra con Estados Unidos. Y esta afirmación no procedía de un arrebato pasional, ni de un intento de menospreciar a los ingleses, ni tampoco de un antinorteamericanismo obsesivo: era el resultado de su infatigable afán de interpretar la realidad del poder en el mundo, y por lo tanto comprender mejor nuestra situación y nuestras posibilidades.

Methol pensaba que la propuesta del mediador norteamericano Alexander Haig de una administración tripartita de las Islas había sido algo más que una maniobra distractiva para favorecer el avance inglés. Creía que si esa propuesta hubiera sido aceptada, le habría brindado un carácter formal al dominio norteamericano de las Islas en el Atlántico Sur, consolidando el poder ya real de Estados Unidos en el área, aunque no reconocido formalmente.

Por eso dijo Methol, en 2002, con su estilo tajante y desafiante: “...hablan vanamente sobre las Malvinas porque los ingleses no son los ocupantes reales de las Islas. Los ocupantes reales son los Estados Unidos”.

Y quiero recordar una cita que ayer hizo el compañero venezolano Sergio Rodríguez Gelfenstein. Se trata de las declaraciones del secretario de Defensa norteamericano de la época, Caspar Weinberger, quien le restaba importancia al Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, resaltaba en cambio las obligaciones norteamericanas con la OTAN y afirmaba muy rotundamente: “Gran Bretaña con las Malvinas dará control total sobre el continente latinoamericano”.

¿En qué control total del continente latinoamericano estaba pensando el secretario de Defensa norteamericano al pronunciar esas palabras? ¿A quién le daría Gran Bretaña el control total de América Latina con las Malvinas? ¿A los galeses o a los *gurkhas* tal vez? Obviamente no. En la cabeza del secretario de Defensa norteamericano en medio de la Guerra Fría —es decir en la cabeza del hombre encargado de la defensa de la primera potencia, o para decirlo en la terminología de Methol, el responsable de la defensa del primer Estado Continental Industrial de la historia, inmerso en la Guerra Fría, que a su vez fue el primer gran conflicto entre los dos primeros Estados Continentales Industriales de la historia— el control total del continente latinoamericano solamente podía significar el control total norteamericano sobre América Latina, utilizando en este caso los servicios de los ingleses como *gurkhas*.

La misma Thatcher dijo que tal vez nunca hubiera recuperado las Islas “sin los aviones Harrier y su inmensa maniobrabilidad, equipados con la última versión de los misiles Sidewinder que nos suministró el ministro de Defensa de Estados Unidos, Caspar Weinberger”. Y más francamente el secretario de Marina de Estados Unidos en 1982, John Lehman, afirmó: “Sin la ayuda americana Gran Bretaña hubiera tenido que retirarse de las Falkland”.

No menos importante fue el apoyo a los ingleses que brindó la inteligencia de intercepción de señales y satelital norteamericana, tema decisivo sobre el que luego volveré.

Más allá de los detalles, desde el punto de vista conceptual, la tesis de Methol de que la Guerra de Malvinas fue en esencia una guerra con Estados Unidos es un corolario necesario de su teoría de los Estados Continentales Industriales como únicos protagonistas verdaderos de la historia a partir del siglo XX. Concepción ejemplificada del modo más claro en el protagonismo de norteamericanos y soviéticos durante la Guerra Fría. Desde esa perspectiva, los ingleses no solamente no son los ocupantes reales de las Islas sino que ni siquiera podrían serlo. Es esta misma visión la que impulsó a Methol a pensar

las Malvinas como Causa de la Patria Grande, de la Nación Latinoamericana, ya que solamente unidos en un Estado Continental Industrial latinoamericano podremos ser verdaderamente soberanos, y no semicolonias encubiertas.

Paradójicamente, si la tesis de Methol es cierta, como pienso que lo es, nos podría llevar a pensar, y en particular a mí me hace pensar, en una realidad geopolítica que trasciende los Estados Continentales Industriales en los que tanto énfasis puso.

La red Echelon

El vínculo transatlántico profundo entre Estados Unidos y Gran Bretaña ya era proclamado como una necesidad geoestratégica imperiosa por el almirante norteamericano Alfred Mahan a comienzos del siglo XX.

Las revelaciones de los últimos años sobre Echelon, la mayor red pan-anglosajona de interceptación mundial de comunicaciones de la historia, y el acuerdo UKUSA entre Estados Unidos, el Reino Unido, Canadá, Australia y Nueva Zelanda ponen en evidencia que lo concebido por Mahan hace más de cien años es en gran medida realidad operativa desde hace décadas.

A su vez, el acuerdo UKUSA es la prolongación de la cooperación entre Estados Unidos y el Reino Unido durante la Segunda Guerra Mundial, ya iniciada en la Primera Gran Guerra, y luego extendida a Canadá, Australia y Nueva Zelanda, unidos en una alianza anterior a la OTAN, que incluso espía a otros países de ese mismo organismo militar.

La militarización del espacio es un rasgo de la globalización satelital que constituye una especie de primera etapa de la Era Espacial en la que vivimos sin darnos cuenta. Así como el dominio de los océanos fue la característica de la modernidad, el dominio del espacio, y en particular el dominio del mundo desde el espacio, es decisivo en nuestro tiempo. La tecnología dominante de nuestra época impone prioridades geopolíticas ya que para operar las redes satelitales se necesitan bases en los distintos continentes y áreas terrestres. El conjunto de los países UKUSA, es decir la unión pananglosajona, tiene justamente esa capacidad.

Parece inevitable pensar entonces que el área UKUSA constituye una especie de nuevo Estado Transoceánico, emparentado con los imperios transoceánicos que protagonizaron el nacimiento de la modernidad, pero que ahora aparece como un Estado Transoceánico Industrial dotado de la más alta tecnología del siglo XXI.

Esto se relaciona muy directamente con el tema del Congreso ya que la red Echelon fue usada por Gran Bretaña durante la Guerra de Malvinas, como parte de la fundamental cooperación de inteligencia que Estados Unidos brindó a los ingleses. Según Jeffrey Richelson, del National Security Archives de Washington, el sistema Echelon todavía hoy se utiliza para espionar comunicaciones relativas a las Malvinas.

Necesidad del desarrollo industrial y tecnológico

En otro orden, las redes financieras transnacionales angloamericanas han sido principales protagonistas de la reciente crisis financiera y económica mundial, de un modo que parece confirmar desde otra perspectiva la realidad geoestratégica y geoeconómica del área UKUSA.

Sin embargo, no es éste el momento ni el lugar para desarrollar extensamente la teoría de los Estados Continentales Industriales de Methol, ni para examinar a fondo la posibilidad de un Estado Transoceánico Industrial pananglosajón. He mencionado lo anterior para hacer notar la seriedad con la que debe tomarse la tesis de Methol acerca de que los ingleses fueron los *gurkhas* de Estados Unidos en las Malvinas. Obviamente ésta no es una idea aceptada en el discurso diplomático ni académico, pero con más razón tenemos el deber de reflexionar al respecto para no seguir hablando “vanamente de las Malvinas” como nos advirtió Methol. Es nuestra obligación dejar planteada la interrogación sobre la verdad, porque la verdad nos hará libres.

En cuanto a la defensa de los recursos naturales a la que hace referencia el título de este panel, estoy convencido de que no habrá posibilidad real de defender esos recursos naturales, ni protegernos de las hipótesis de conflicto, sin un desarrollo industrial y tecnológico profundo. Una vez más Methol, en su Dialéctica Hombre-Naturaleza, expuso la lógica de la emancipación humana frente al sometimiento a la naturaleza, que se encarna en el desarrollo de la sociedad industrial y tecnológica. Como a su vez el dominio del espacio físico matemático de la ciencia y la tecnología va necesariamente acompañado del dominio del espacio geográfico, tenemos como asignatura pendiente desde la Primera Independencia inconclusa, cuyo Bicentenario conmemoramos, la consolidación de la Segunda Independencia mediante la unidad suramericana y latinoamericana, y el desarrollo industrial y tecnológico, que se necesitan mutuamente de manera imprescindible.

Requerimos la “insubordinación fundante” de la que ha hablado y escrito Marcelo Gullo.

Para ello, la consolidación de un Consejo de Defensa Suramericano y el desarrollo de una industria de defensa suramericana es esencial. De lo contrario, como en la Guerra de Malvinas, seguiremos dependiendo de las industrias de defensa de los países dominantes, que le impidieron a la Argentina reabastecerse, por ejemplo, de los misiles Exocet. Y una industria de defensa propia solamente es concebible a escala suramericana –o latinoamericana– y no desde ninguno de nuestros países balcanizados y solitarios.

A la vez, al pensar en las hipótesis de conflicto es necesario recordar que éstas cambiaron justamente desde la Guerra de Malvinas. Luiz Alberto Moniz Bandeira ha dicho: “Hasta la Guerra de Malvinas, las hipótesis de guerra del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas brasileñas eran las guerras internas o de guerrilla; los conflictos regionales, con uno u otro país de América del Sur (Argentina entre los principales); las guerras en otro continente, donde Brasil debería enviar contingentes, como en la República Dominicana en 1965; y, finalmente, la posibilidad de ataque de países comunistas y una conflagración generalizada. Desde la Guerra de Malvinas, la hipótesis de guerra con Estados Unidos se tornó objeto de estudio en las Fuerzas Armadas.”

Es decir que en el fondo, aunque no se exprese formalmente, la tesis de Methol sobre la Guerra de Malvinas sí es pensada aunque no directamente enunciada.

Uruguay y las Malvinas

Aquí quiero ligar el tema del desarrollo industrial a través de la integración –para entre otras cosas poder defender nuestros recursos naturales– con el papel específico de Uruguay en la integración regional y en relación con las Malvinas. El puerto de Montevideo ha estado ligado a las Malvinas desde el período colonial, cuando las Islas dependían del Apostadero Naval español en el Atlántico Sur, con sede en Montevideo (mientras que el Apostadero Naval español del Atlántico Norte estaba en Cuba). El puerto de Montevideo era una base fundamental de la escuadra española suratlántica, que custodiaba la estratégica ruta bioceánica, el pasaje al Océano Pacífico.

De allí el vínculo esencial con las Malvinas.

La estrategia balcanizadora británica que derivó en la separación del Uruguay del resto de las provincias platenses fue continuada poco después por la ocupación inglesa de las Malvinas. Fueron los representantes norteamericanos en Buenos Aires y Río de Janeiro en el año 1826, dos años antes de la firma de la Convención Preliminar de Paz por la cual se crea Uruguay, quienes le informa-

ron al secretario de Estado norteamericano Henry Clay –el equivalente de la Clinton de aquella época– que los ingleses estaban buscando crear una colonia encubierta en Montevideo. Y por supuesto a la Convención Preliminar de Paz de 1828, le sigue en 1833 la ocupación definitiva de las Malvinas por parte de Gran Bretaña. De modo que el papel de Montevideo como puerto de abastecimiento para las Malvinas es de muy larga data.

Recordaba Methol: “Las Malvinas están orgánicamente vinculadas al Uruguay, tan vinculadas que yo, que fui portuario durante cuarenta años, veía entrar cada dos o tres meses al ‘Darwin’, un barquito inglés de las Malvinas que traía los enfermos al Hospital Británico –porque el Hospital Británico se hizo para las Malvinas– y para el abastecimiento de las Malvinas que era un sitio extremadamente inhóspito”.

Incluso cuando se produce el progresivo desplazamiento de Gran Bretaña como potencia hegemónica y su sustitución por Estados Unidos –algo que en el Uruguay se manifiesta a comienzos del siglo XX– los norteamericanos, en 1905, proponen comprarle la Isla de Flores al Uruguay y las Malvinas a Gran Bretaña.

De manera que el problema planteado por el ministro Guillermo Rossi acerca del abastecimiento civil de las Malvinas en el puerto de Montevideo, hay que verlo en perspectiva histórica.

En mi opinión, a la luz del conjunto de nuestra historia, es mucho más relevante la prohibición de operar en el puerto de Montevideo que el gobierno uruguayo del Presidente José Mujica le impuso al buque inglés HMS Gloucester D-96, encargado de la custodia de las Malvinas. No en vano la Presidenta Cristina Fernández fue tan expresiva en su agradecimiento al gobierno uruguayo.

Hacia la integración definitiva

El papel del puerto de Montevideo en el abastecimiento civil y comercial de las Malvinas mencionado por Rossi es un problema, pero se trata de una dificultad que nos hace pensar en la urgente necesidad de fortalecer la unidad regional y la unidad rioplatense en particular. Es necesario combatir las asimetrías en el Mercosur. Es urgente que los países de menor tamaño del Mercosur sean tenidos en cuenta por los socios mayores. Es necesario un proyecto de desarrollo industrial compartido en la región, que consolide la unidad y aleje los intentos de fracturar o debilitar el bloque regional.

A diferencia de lo que ocurre ahora con el gobierno de Mujica, durante los dos gobiernos uruguayos anteriores, el de Jorge Batlle y el de Tabaré Vázquez, se negoció, aunque sin éxito, un Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos. De haberse concretado hubiera sido un golpe durísimo a la integración regional. Mediante un TLC con Estados Unidos, Uruguay hubiera completado, en palabras de Methol, “el pasaje de Lord Ponsonby a Mister Ponsonby”. En consecuencia es necesario que el árbol no nos impida ver el bosque.

El TLC de Uruguay con Estados Unidos no se concretó en parte por la oposición de Brasil y Argentina, y a la vez por las resistencias internas que la negociación del tratado despertó en Uruguay. La estructura económica del Uruguay ha desarrollado una fuerte urdimbre con la región. Nuestros principales socios comerciales son, por supuesto, Argentina y Brasil, pero además específicamente los destinos para los productos industriales uruguayos, para los productos de valor agregado medio y alto, o de contenido tecnológico medio y alto, son Argentina y Brasil, en ese orden. Digamos en el conjunto de las exportaciones le vendemos más al Brasil que a la Argentina, pero le exportamos más productos de alto valor agregado a la Argentina.

Quiéramos contrarios a la negociación del TLC en el Uruguay y señalábamos esta realidad, éramos descalificados como ilusos, románticos, etcétera. Pero cuando llegó la hora de las negociaciones, pasó lo que muchos no creían que pudiera pasar: la Cámara de Industrias del Uruguay (CIU) y la Unión de Exportadores del Uruguay (UEU), donde hay muchas empresas que exportan a la región, que exportan a la Argentina y que exportan a Brasil, expresaron sus serios reparos. En 2005 casi el 40 por ciento de las exportaciones industriales uruguayas se destinaron al Mercosur.

De modo que tenemos mucho por hacer para profundizar la integración y la unidad, pero a pesar de todo lo que falta, a pesar de todas las falencias, a pesar de todos los errores, hemos avanzado lo suficiente como para crear fuerzas económico-sociales partidarias de la integración, allí donde muchos no esperaban que pudieran existir. Fuerzas económico-sociales que han operado a favor de la integración y la unidad suramericana, y no a favor de la sumisión al poder hegemónico mundial.

Quiero finalizar mi intervención expresando mi convicción de que el archipiélago de las Malvinas volverá a ser argentino, suramericano y latinoamericano, y lo será en la medida en que nosotros seamos capaces de unir el archipiélago político latinoamericano que nació de la Primera Independencia inconclusa.

Esa misión de unidad, la que nos legaron San Martín, Artigas y Bolívar, es posible y necesaria. Es nuestro único verdadero siglo XXI.

* Escritor y periodista. Ha escrito en los diarios *Mundocolor* y *El País* y en el semanario *La Democracia*. Secretario de redacción de la publicación trimestral *170* y del mensuario *Nexo Sur*. Corresponsal en Montevideo de la revista argentina *Energía 2001*, colaborador de las revistas argentinas *Política*, *Claves*, y de la publicación *Barajar y dar de nuevo*. Autor de *El joven Reclus. América Latina: la humanidad reconciliada. Anarquismo y geografía en los orígenes de la idea de la Nación Latinoamericana*, *En torno al Uruguay como problema*, *Artigas y Bolívar son el siglo XXI* (Entrevista a Alberto Methol Ferré) e *Itinerario de un uruguayo latinoamericano y universal*.

El Corredor Nordantártico, las Malvinas y América Latina

Néstor Gorojovsky *

Voy a recurrir, en mi exposición, a esa panoplia de inutilidades que generalmente se enseñan en las academias y en los institutos universitarios argentinos. Esta casa es una gran excepción, pero en general las universidades argentinas no nos han enseñado a pensar con las armas del enemigo o más habitualmente nos han enseñado a no pensar. Nos han enseñado a repetir lo que el enemigo necesita que repitamos. Las herramientas intelectuales están. Ellos las han creado. Pero no nos enseñan a usarlas. Claro, no son tontos. Nosotros tampoco tenemos que serlo.

En esto yo coincido plenamente con el ministro Rossi: a los británicos hay que aprender a respetarlos y admirarlos. Y también hay que aprender a fagocitarlos y hacerse dueños de aquello que se han apropiado en nuestro desmedro. Si uno sabe manejar las armas del adversario, puede usarlas también para pensar en sus propios intereses. Lo esencial son los propios intereses.

Cuando el ministro Rossi, decía (y cito textual) “no piensen sólo en el dinero cuando hablo de costos”, acaba de recibirse en la academia que forma a los diplomáticos británicos. En realidad, si se me permite, con el ministro Rossi estamos ante un diplomático inglés encubierto que defiende a la Argentina. Deberíamos rebautizarlo al ministro, ponerle por ejemplo “William Ross” más que Guillermo Rossi. Esto es peligroso en la Argentina, porque muchos serían capaces de vender a la madre por tener nombre y apellido inglés. Pero no parecería ser éste el caso: menos que el nombre importa lo que uno tiene en el cerebro y el corazón, y este “William Ross” que está a mi lado en la mesa tiene en esos órganos a la Patria de todos nosotros y no la de los ingleses, lo que no puede decirse de muchos que portan apellido italiano como Di Tella o incluso grandes apellidos patricios y criollazos pero tienen, como por ejemplo Manuel García, el alma fría para las cosas de la Patria.

Es exactamente así, tal como dice “William Ross”, perdón, quise decir Guillermo Rossi: no pensemos solamente en términos de dinero cuando hablamos de recursos naturales. No vamos a hablar, entonces, en términos de dinero cuando hablemos de Malvinas, precisamente porque es mucho el dinero que está en juego.

Siguiendo ese sabio criterio sí voy a hablar, en cambio, de un recurso natural que generalmente nadie ve, justamente porque está en todos lados. Los recursos naturales son aquellos elementos de la realidad material que utilizamos los seres humanos para construir nuestra vida (más o menos civilizada, según como se la quiera ver). Exigen el despliegue de energía humana, digamos, la aplicación de trabajo sobre ellos, para transformar una piedra en una cucharita y una vaca en un bife de costilla. Ésos son recursos minerales o recursos ganaderos.

Pero lo que se suele olvidar es que ni la piedra se consume en el lugar donde se saca, ni la vaca se consume en el lugar donde se cría. Y se suele olvidar, por lo tanto, el papel fundamental del recurso *espacio* sobre el cual hay que hacer el trabajo de *transporte*. Ese trabajo constituye una parte importantísima y esencial de la producción de la vida humana. Entonces voy a centrarme en el tema del recurso espacio y su control, y en el papel que le cabe en particular a las Malvinas en el control del espacio.

Por supuesto que cuando uno habla de Malvinas, habla de Islas e inmediatamente está pensando en el espacio marítimo. Es un tema marítimo, uno dice, y habiendo tantas Islas en el mundo, y los ingleses se han ido de varias, ¿por qué no se van de ahí? Bueno, porque las Malvinas no se pueden considerar en sí mismas sino con el espacio magallánico. Y el *espacio magallánico* abarca el sur de Argentina, el sur de Chile, la Isla Grande de Tierra del Fuego, los canales y archipiélagos adyacentes, la zona de Georgias, las Islas Sandwich del Sur y también la península antártica y dependencias inmediatas.

Ahora bien: ese espacio magallánico no es cualquier espacio, porque los recursos en la tierra están distribuidos de un modo desigual. Por ejemplo, se concentra el cobre en algún lugar, el petróleo en otro, el hierro en un sitio, las vacas en otro. Esto es evidente. Pero entonces también hay que pensar en el transporte, que busca resolver el problema del espacio. Y así como los minerales, vegetales y animales que necesitamos no están todos en cualquier sitio, el transporte no se puede hacer por cualquier lado.

En realidad, como cualquier otro recurso natural, el espacio también se concentra en determinados lugares: en los *puntos de acceso* y en los *corredores de pasaje* entre grandes áreas. Aquí se producen grandes tensiones porque el control de esos puntos de acceso y corredores de pasaje es tan importante como el control de los yacimientos y de otros recursos naturales que después se transportan a través de esos corredores y accesos. Son los “yacimientos de espacio”, digamos. Y es tan importante controlar los portales intercontinentales en el océano como

controlar el petróleo en Venezuela: para Estados Unidos no serviría de nada que hubiera un cambio de régimen en Venezuela si no controlasen ese Mediterráneo americano que es el Mar Caribe. No le serviría de nada porque no podrían transportar aquellos recursos que, de producirse ese triste cambio, volvería a robarle a nuestra querida y hermana República de Venezuela. El *control del espacio*, entonces y como vemos, es condición previa de la existencia del imperio.

Y el control del espacio no se da desplegando uniformemente tropas (porque así, con tropas, preferentemente propias, es como se lo controla), por toda la superficie del globo. Se lo controla condensando tropas en los puntos de acceso y los corredores que interconectan los diversos sectores del globo. Así es como se controla el planeta, así es cómo se *piensa imperialmente*, giro éste que no es mío sino del fundador de la geopolítica que es Halford Mackinder, que escribió el libro *Cómo se piensa imperialmente* y explica estas cositas. No necesitamos controlar todo el Mar Arábigo; sí nos interesa controlar el Canal de Suez. No necesitamos controlar el Mar de la China Meridional; sí nos interesa Singapur. Del mismo modo, para ocupar el paso entre el Atlántico y el Pacífico no necesitamos controlar enteritos los dos océanos, ni todas las costas de esos océanos; nos interesan dos grandes corredores: el Caribe y el istmo centroamericano, por el Norte, y por el Sur el área magallánica; entonces, lo que nos interesa son las Islas Malvinas.

La importancia geoestratégica de las Malvinas, entonces, es que brindan capacidad de control territorial (que, en el fondo, se reduce a la capacidad de decir quién atraviesa las puertas entre espacios y quién no) sobre el corredor nortantártico, un concepto espacial que en seguida voy a definir. Como bien decía Caspar Weinberger, las Malvinas dan el control de América Latina, pero hay que agregar que *dan también el control del único pasaje interoceánico alternativo en caso de conflicto en el Mediterráneo americano y el cierre del pasaje del Canal de Panamá*.

Digamos que los ingleses (y la OTAN con ellos) están en las Malvinas para controlarnos a nosotros pero también para controlar el único lugar alternativo que permite atravesar esa muralla de tierra que hay entre el Océano Atlántico y el Pacífico, que es como decir entre el hemisferio oceánico oriental y el hemisferio oceánico occidental, esa muralla con la que tropezó el pobre Cristóbal Colón. Para decirlo en términos de un país continental como Estados Unidos: si se cierra Panamá, los buques que van de Nueva York a California ¿por dónde tienen que ir? Ésta es la pregunta crucial.

Está, por supuesto, esa tradición inglesa de robar como mecanismo de engrandecerse. Piensen que la primera marina británica fue la marina corsaria, una asociación entre empresarios libres y el Estado inglés. Digamos que la reina de Inglaterra, Isabel I, tenía ciertas asociaciones directas con grandes navegantes y corsarios como Drake. Esto de mezclar la empresa privada con el interés del Estado viene desde el origen mismo de la potencia británica y anglosajona, cosa que nosotros deberíamos aprender o, mejor dicho, los privados deberían aprender porque el Estado en sí mismo es neutro y lo que hay que hacer es ponerlo en servicio de un interés o de otro.

Pero no basta con esto para explicar por qué los ingleses se han aferrado con tanto denuedo a esas islas que Aldous Huxley, un gran intelectual inglés, definía en su libro *Brave New World* como “dos pedazos de turba donde llueve cuatrocientos días al año”. Hay más que mera rapiña. Hay que volver a la cuestión de los corredores, que brindan carácter global (no globalizado) a las Malvinas, que dan cuenta de la importancia estratégica de las Malvinas, que automáticamente confieren a las Malvinas el carácter de *casus belli* mundial. Sí, mundial.

Los argentinos siempre nos vemos en un mapa mal hecho, un mapa mental en el que parece que estamos al costado y al fondo del mundo. Sin embargo, *en lo que respecta a este tema estamos en el corazón del planeta*, porque tenemos la buena o mala suerte –según como la aprovechemos– de que un corredor interoceánico crucial está en nuestro territorio.

Ahora, así como Estados Unidos le niega a los árabes el derecho a disponer del petróleo –que evidentemente es de Estados Unidos pero Dios se equivocó y lo puso en Arabia– del mismo modo Gran Bretaña y Estados Unidos nos niegan a los argentinos y a los chilenos el derecho a disponer del único pasaje alternativo al Canal de Panamá entre los dos océanos. Dios se equivocó otra vez, y en vez de ponerlo atravesando el Estado de Iowa lo puso acá. Eso ellos lo corrigen militarmente. ¿Y como lo hacen? Bueno, ya lo sabemos.

Esto en general nos tiene que llevar a pensar que esta cuestión es muy antigua. Como bien señaló el ministro, algunos antecedentes en el siglo XVIII, hay anteriores también, pero el del siglo XVIII es crucial porque en realidad nuestros Estados americanos son herencia de lo mejor que nos dio España que fue lo mejor y no lo peor del Estado borbónico.

Nosotros en 1810 hicimos beneficios de inventario, y de ese Estado borbónico nos quedamos con algunas cosas, las que nos servían, y dejamos de lado otras,

que no nos servían. Una de las que sí nos servían es la política territorial de los Borbones, porque ellos también intentaron pensar imperialmente, entendieron bien el tema de los corredores (en esa época, además, no había ni idea de hacer un canal por Panamá), y se propusieron expulsar a los británicos –y también a los franceses, dicho sea de paso– de las Malvinas. Lo lograron, y nos hicimos cargo de esa victoria española.

Entonces en este tema la de los Borbones es nuestra política, pero *si eso es así, los ingleses y sus aliados son nuestros enemigos tal como lo fueron de España, exactamente del mismo modo*. Y ellos lo piensan así, así que es mejor que nosotros lo pensemos así. Es decir, si el tipo que tenemos adelante te va a dar una piña, por lo menos montá la guardia, o sea *empezá* a pensar como él. Si ellos piensan en términos planetarios para construir un imperio, nosotros tenemos que pensar en términos planetarios para impedir que nos metan en ese imperio.

Las Malvinas, que cubren el flanco oriental del Estrecho de Magallanes y por lo tanto una ruta Este-Oeste, también cubren la puerta de entrada a lo que yo, en una especie de innovación lingüística, llamo “el corredor nordantártico” de la ruta Norte-Sur, el corredor que está al norte de la Antártida: el Pasaje de Hoces (mal llamado Estrecho de Drake, que hasta el nombre nos robó, era un pirata en serio; pero en realidad se llama Pasaje de Hoces), y los canales que lo flanquean en torno al extremo meridional del continente americano. Los canales importan porque el pasaje de Hoces es un pedazo espantoso de mares en permanente ebullición, no porque estén hirviendo sino porque hay un viento y un oleaje que *te la voglio dire*, que se extiende desde el Cabo de Hornos hasta la Península Antártica. Es la parte meridional, la menos transitable quizás (aunque con los buques de gran porte, es transitable) del famoso corredor que estoy hablando, que es el transoceánico del Sur.

Tenemos, como ya adelanté, otro corredor transoceánico como es el Caribe –que es el Mediterráneo americano– que es como la boca de un embudo que se cierra en Panamá (también podría haber otras salidas: hay siete proyectos de corredores transoceánicos, que los haríamos y los controlaríamos nosotros, si fuéramos lo que debemos ser y no lo que nos están obligando ser, o sea, nada). Todos deberían ser nuestros, pero me permito recordarles que hasta hace treinta o cuarenta años la Zona del Canal *ni siquiera era panameña*. Miren todo lo que tenemos que recorrer todavía.

Ahora, cuando uno habla de estas cuestiones se tiene que dar cuenta de que no podemos pensar el tema Malvinas como argentinos porque nuestros enemigos

no lo piensan como un tema argentino sino como un tema mundial y más específicamente americano. Aunque más no sea por eso, tenemos que pensarlo como un tema de otro orden, y yo diría que así como aquí con esa forma tan uruguaya que tiene nuestro amigo Vignolo se presenta como argentino oriental, nosotros tenemos que empezar a pensar la cosa en términos latinoamericanos, porque ellos lo piensan en términos latinoamericanos. Pero en concreto, esto significa que para entender Malvinas tenemos que considerarnos uruguayos occidentales, brasileños de zona fría, bolivianos de tierras bajas, paraguayos de aguas abajo, antárticos tropicales... Y fundamentalmente *chilenos transandinos*: si no me equivoco el único país que nos reconoce derechos soberanos en la Antártida es Chile, por las cartas reversales de 1947.

Que no nos consideremos tales es una de las llaves maestras de la política británica en el sur de América del Sur.

No sé si conocen el chiste de la Carta Patente. En 1908 el Imperio Británico promulgó una Carta Patente por la cual declaraba territorio británico *todo el mundo al sur del paralelo 50*. No sé si se ubican dónde deja esta Carta Patente a la provincia de Santa Cruz. Digamos que en los términos de ese documento oficial inglés que jamás fue derogado el doctor Néstor Kirchner y en cierto modo la doctora Fernández de Kirchner bien podrían haber llegado a ministros ingleses pero nunca a presidentes de la Argentina. Lo mismo para un hipotético candidato chileno nacido en Punta Arenas. Entonces digamos que desde 1908 los ingleses han cometido la *gaffe* –cosa rara en los ingleses– de decir lo que realmente piensan, es una *gaffe* que los argentinos deberíamos explotar permanentemente; lo dejo como sugerencia.

Estos delincuentes se han quedado con las Malvinas porque, como el cocodrilo de Peter Pan que le comió la mano al capitán Garfio y desde entonces busca devorar el resto, no han podido quedarse con *el resto*, o sea todos nosotros y en especial los territorios de la Carta Patente. Pero la colonización de todo el sur de la Patagonia argentina y chilena se financió desde los bancos británicos, esencialmente los que operaban en Punta Arenas a partir de la prostitución, las bebidas y el tráfico de los buques (que traían los marineros que consumían la prostitución y las bebidas) en Punta Arenas.

Entonces lo que hizo la Carta Patente fue darle estatus legal a un hecho económico: lo que se conseguía con el tráfico de carne femenina, con el tráfico marítimo y con otros tráficos se invertía en la construcción de estancias en el sur de Chile y de Argentina, y ahí los ingleses no se preguntaban dónde ter-

mina Chile o dónde empieza Argentina. Es más, las estancias británicas en el sur del territorio americano, al norte del Estrecho de Magallanes, atravesaban y atraviesan la frontera. Entonces, si ellos nos piensan como una unidad, ¿cómo nosotros no nos vamos a pensar como una unidad? Ésta es la cuestión clave.

Esto me trae a una reflexión final que he tomado de alguien al que quiero mencionar: el general Jorge Leal, el conquistador argentino del Polo Sur.

Seguramente en cualquier otro país Leal sería un héroe en vida, cuya efigie estaría presidiendo todas las instituciones vinculadas con la cuestión antártica y meridional; pero está en la Argentina que es bastante olvidadiza de sus grandes héroes y a veces hasta los manda a morir en el exilio. El general Leal, un hombre serio además de valiente, que ha desarrollado buena parte de la política antártica argentina, tiene una hipótesis que resume en pocas palabras todo esto que se ha dicho aquí: él dice que los argentinos tenemos que renunciar a la soberanía en Malvinas.

Sí, así nomás: renunciar a la soberanía en Malvinas. Pero no a favor de Gran Bretaña, claro. Tenemos que renunciar a la soberanía en Malvinas y todas las Islas que comprende nuestro territorio hacia el Este, hacia las Sandwich y las Georgias... en beneficio de América Latina. Ésa es la tesis de Leal, la de las *Malvinas suramericanas*, que se complementa con otra tesis suya, la de la *Antártida suramericana*.

Tenemos que hacer nuestra la tesis, dice el general Leal, de las Malvinas Suramericanas (o Latinoamericanas, agregó yo sin ánimo de corregir sino más bien de precisar). Porque si las Malvinas están en manos inglesas para evitar que los americanos del Sur controlemos el pasaje nordantártico, es lógico que estén en manos suramericanas para impedir que lo hagan las grandes potencias imperialistas y en especial esa dupla terrible que es el eje Washington-Londres. A ese eje planetario, los argentinos sólo podemos enfrentarlo creando otro eje, uno que vaya desde Tijuana hasta el Polo Sur pasando por México, Caracas, Lima, Brasilia, Montevideo, Santiago de Chile y Buenos Aires pero además que englobe al conjunto de los integrantes de esa gran Nación descoyuntada que es, como bien la definió la izquierda nacional y en particular Jorge Abelardo Ramos y Alberto Methol Ferré: la Nación Latinoamericana.

El tema Malvinas es un tema económico, claro. Es un tema de soberanía argentina, claro. Pero además y en primer lugar es un tema de control del planeta entero a través del control de los pasajes interoceánicos. Los argentinos, solos

no podemos resolverlo en nuestro favor. *La cuestión de las Malvinas, precisamente porque es una cuestión estratégica planetaria, se convierte automáticamente en una cuestión latinoamericana.* Vean hasta dónde nos ha llevado considerar el espacio como un recurso natural: hasta la justificación más irrefutable de Congresos como éste, que tendremos que repetir hasta que las Malvinas y todas las islas y territorios del corredor nordantártico sean, esta vez irrevocablemente, nuestras. De todos los latinoamericanos. Y chilenos y argentinos, sin duda, seremos buenos guardianes de la heredad común.

* Licenciado en Geografía y Premio Nacional en su especialidad. Milita en la izquierda nacional argentina desde 1972, y conoció personalmente a grandes maestros como Blas Alberti, Jorge Enea Spilimbergo, Alberto Methol Ferré y Jorge Abelardo Ramos. Interesado desde la juventud en las cuestiones geopolíticas de la unificación latinoamericana, ha escrito múltiples artículos periodísticos, ha dictado y dicta cursos académicos sobre el tema. Es secretario general del Partido Patria y Pueblo (socialistas de izquierda nacional) y preside el Centro de Estudios Nacionales Arturo Jauretche de Buenos Aires.

Hay que reconstruir las Fuerzas Armadas y el aparato industrial y militar

Marcelo Gullo *

América del Sur y Argentina, en particular, deben reflexionar sobre las posibles estrategias que nuestra Patria Grande debe poner en práctica ante nuevas hipótesis de conflicto, hipótesis que ya son, hoy, una realidad. América del Sur, objeto de codicia de los “Estados subordinantes”, dada su diversidad y enormidad de recursos naturales de todo tipo y en grandes cantidades, está en riesgo de sufrir dos tipos de agresión:

- a) Directas: las intervenciones militares de esos “Estados subordinantes”.
- b) Indirectas o solapadas: que sin ser ocupaciones militares, logran, mediante un bombardeo mediático y universitario, inculcar en los pueblos la pasividad y hasta la creencia de que es “lógica” la expropiación –con el discurso de que “a menos Estado, más desarrollo– de los recursos por parte de esos “Estados subordinantes”, a través de las llamadas “compañías multinacionales” que nos vienen a favorecer con sus supuestas inversiones extranjeras directas, que nos dotaron de los recursos de que supuestamente carecemos para extraer nuestra riqueza, cuando, en realidad, sólo nos dejaron migajas, llevándose a bajísimo costo nuestros recursos no renovables, escasos en el mundo y, por ello, estratégicos.

La agresión directa

Marchamos hacia lo que se puede denominar un “nuevo imperialismo”, un “imperialismo de suministros”, una situación que se aproxima cada día más. Esta hipótesis fue contemplada en la Argentina hace mucho tiempo por un político que, ya en la década del setenta, viendo mucho más allá que otros, fue capaz de ver en el horizonte y contemplar esta realidad por venir, poniendo por primera vez esta perspectiva sobre la mesa de discusión. Este político fue el Presidente Juan Domingo Perón.

Pero, ¿qué es un “imperialismo de suministros” y por qué podría hacerse realidad esta hipótesis?

Porque el mundo industrial necesita determinadas materias primas escasas e incluso algunas de ellas vitales, como agua y alimentos, y por la falta de disponibilidad, en proporción correspondiente –o hasta en términos absolutos– de

diversos minerales escasos para el proceso industrial y tecnológico, tales como el petróleo, los aceites naturales, el uranio, el molibdeno, el tungsteno, el cobalto y el litio, entre otros, que estarán poco disponibles, según previsiones del Departamento de Estado norteamericano, a partir del año 2075 o –agregamos nosotros– quizás, mucho antes.

Asimismo, existe hoy un “patrón energético” que es el petróleo. Y ese patrón energético, sin ningún lugar a dudas, en un momento determinado deberá ser reemplazado por la humanidad, que se verá emplazada a instaurar otro “patrón energético”. El avance científico camina hacia eso. Sin embargo, mientras el viejo patrón energético no termina de morir, y el nuevo no termina aún de nacer, se produce una crisis. Una crisis que yo denomino “crisis de pasaje”.

En esa “crisis de pasaje”, tanto los combustibles –es decir, básicamente, el petróleo y el gas– como los minerales que necesita la sociedad industrial para poder funcionar, sean los viejos, sean los nuevos, como el caso del litio, por ejemplo, se convierten, no ya en materiales “estratégicos” –que lo son de por sí– sino que en medio de esa “crisis de pasaje” devienen en “materiales críticos”. Estos “materiales críticos” no son, por lo general, administrados por el mercado. Y no son administrados por el mercado –como ingenuamente creen los liberales de estos lares– porque los altos mandos militares de los “Estados subordinantes” se ocupan, dado el carácter crítico de los mismos, de apropiarse de ellos y sustraerlos del mercado, ya que esa sustracción resulta el único modo seguro de poner a resguardo y priorizar la seguridad nacional de los “Estados subordinantes” que, por cierto, priva por sobre el libre mercado.

Así se han comportado las grandes potencias siempre, a través de la historia y en cada uno de estos períodos que denominamos “crisis de pasaje”.

Cuando el recurso se ha tornado “crítico”, el liberalismo de prédica para exportar queda de lado y priva el pragmático, el intervencionismo militar de supervivencia. Una supervivencia que, desde ya, el mercado está bien lejos de garantizar. Este pragmatismo lleva a la intervención directa de los ejércitos cuando a los subordinantes les son denegados los suministros críticos y el riesgo de una intervención militar directa aumenta, en la misma proporción en que aumenta la necesidad de asegurar el recurso. En estas situaciones, la no intervención del Estado en la economía muestra su peor cara, es decir su espantoso rostro sin disfraz académico. Es allí que los “Estados subordinantes” deciden tomar por la fuerza aquello que consideran vital y, de ser necesario, proceden al ataque militar para obtenerlo y resguardarlo.

Entonces, si en los años inmediatos por venir es posible contemplar como hipótesis un “imperialismo de suministros”, debemos preguntarnos: ¿por cuáles de nuestros recursos vendrían? Y claro, son muchos y muy diversos –muchos ya nos son prácticamente arrebatados por míseras monedas, gracias a gobiernos locales sumisos y, en muchos casos, convencidos de que entregar esos recursos es su función–, y es ahí, en nuestro caso, que Malvinas se torna un verdadero “objeto de deseo”, cuya dominación actual para colmo poseen como hipótesis. En las Islas Malvinas –no podemos afirmarlo con la certeza científica de un geólogo y alguno podrá criticarme alguna imprecisión preciosista– pero creemos que hay sobradas reservas petroleras, conocidas desde hace mucho tiempo, dado que se sabe que el vértice del denominado “Triángulo de Oro” del Atlántico termina, justamente, en la plataforma continental de las Islas Malvinas.

Los ingleses saben de la existencia de petróleo de calidad en Malvinas desde la expedición de Lord Shackleton, en 1976, y los estudios realizados por la Universidad de Birmingham.

Como ya dijimos es altamente probable que Malvinas sea el vértice de ese gran “Triángulo de Oro” –pero de oro negro– un triángulo petrolero de reservas que tiene un ángulo en Luanda (Angola), otro ángulo en Río de Janeiro y, por fin, su vértice en Malvinas.

Esto nos impone un esfuerzo de reflexión para entender que la integración de América del Sur debe ser ante todo una integración estratégica, que priorice la cuestión política antes que la cuestión económica que puede causar problemas entre los integrantes del bloque, porque se ha confundido “integración” con mera “aplicación de libre comercio dentro del bloque”. Operando el proceso de integración hacia adentro del bloque, y si se aplica el nudo principio del “libre comercio” –cuando el efecto positivo de la devaluación argentina se haya diluido totalmente– la industria brasileña destruirá, inevitablemente, la industria argentina sobreviviente al colapso de la convertibilidad. Sin mencionar que, además, no cabría lugar para la industrialización de ningún otro miembro de América del Sur. Se formaría dentro del propio espacio suramericano, en esa hipótesis, un “centro” y una “periferia”, acelerando el desarrollo de unos y perpetuando el subdesarrollo de otros.

Hay que reflexionar profundamente sobre un trabajo que habrá que hacer, con tiempo pero sin pausa, hacia adentro del marco del Mercosur y, después, dentro del marco de la América del Sur toda, para que haya un verdadero Tratado de Defensa mutua. Que exista un verdadero Tratado de Defensa que garantice

que la agresión a cualquier país de América del Sur significa una agresión al conjunto de sus repúblicas, y en el que se haga expreso y viable el compromiso automático de los países suramericanos de defender al agredido como a sí mismos –cualquiera sea el país agredido, llámese Brasil, Argentina, Colombia, Perú, o cualquier otro– por parte de los no agredidos directamente y en el que se consigne con certeza que todos deberán desplegar, de inmediato, sus tropas y recursos para expulsar y punir al agresor. Como ya dijimos al principiar este apartado, todos los países que conformamos América del Sur tenemos, en nuestro seno, materiales que, sea en lo actual o en lo futuro, son o serán críticos para las potencias dominantes donde, paradójicamente, escasean. Y esto es lo que yo denomino la posibilidad de una agresión directa y, a mi entender, la única solución de suficiente poder de disuasión para la defensa de nuestros recursos es la defensa conjunta.

La agresión indirecta

Pero también existen agresiones de tipo indirecto, o solapadas. Dado que la intención real de los “Estados subordinantes” es la posesión de recursos estratégicos en forma directa, les resulta preciso tener los medios y mecanismos necesarios para disponer de esos recursos, también en tiempos de paz. Siendo los recursos de marras necesarios tanto en tiempos de conflicto como en tiempos de paz, los “Estados subordinantes” han elaborado mecanismos para lograr el objetivo de la explotación y posesión directa de estos recursos críticos, también en situaciones de aparente no conflictividad.

Desde la experiencia argentina nosotros conocemos, por sufrirlos de modo directo, los medios y modos que utilizan las potencias hegemónicas para tal posesión.

En la Argentina, los han poseído –y lo poseen aún– a partir de la sanción de leyes perversas, elaboradas so pretexto de la privatización, que más bien podrían denominarse de la “explotación”. Casos evidentes son los de la entrega de Yacimientos Petrolíferos Fiscales a la española Repsol, que luego de “secar” literalmente sus pozos de petróleo huye de nuestro país sin haber hecho un solo intento de buscar nuevos recursos petrolíferos, o el de la pésima administración de Iberia de nuestras antiguas Aerolíneas Argentinas, que terminó en la venta total de sus aviones, rutas y hasta inmuebles, dejándola en un estado de caos y devastación de la que aún hoy no puede salir.

Estas leyes, que privatizan los recursos estratégicos de una nación, muchas veces resultan sayos o cerrojos muy difíciles de remover, por la intrincada trama

de intereses que involucran. La minería “feudalizada” en la Argentina, bajo el modelo de los años menemistas, es un ejemplo claro que ha tomado, incluso, carácter constitucional y cuya reversión resulta muy compleja.

Un ejemplo que podría contraponerse perfectamente es el de Brasil, que consiguió sortear parcialmente la presión privatizadora y dejó abiertos mecanismos útiles para recuperar el dominio de sus recursos estratégicos. Brasil consiguió primero conservar la supremacía accionaria del Estado sobre su compañía nacional de petróleo. Y ahora, en tiempos más propicios, se lanzó a su recuperación total. El Brasil viene ahora de aumentar la participación del Estado en Petrobras. Es decir, el Presidente Lula ha nacionalizado Petrobras de una forma sumamente inteligente y no conflictiva, pero de hecho, aunque no se diga, es una forma de nacionalización.

Ahora bien, como venimos diciendo, en la Argentina, no tenemos compañía nacional de petróleo, ni tenemos tampoco, como ya referimos más arriba, posibilidad siquiera de poseer empresas mineras de propiedad del Estado Argentino, porque el Código de Minería reformado *ad hoc* que rige la explotación minera actualmente, en su artículo 4º prohíbe, incluso, que el Estado tenga participación directa en la explotación minera. Este código sólo le deja al Estado nacional la posibilidad de otorgar concesiones. Es decir, lo han atado de pies y manos porque, además, a la reforma de este código se opondrían, muy probablemente la mayoría de los senadores que representan a las provincias mineras, dado que éstas reciben de modo directo por la ley vigente las denominadas regalías mineras y petroleras. Y esta trama ha generado muchas veces colusiones financieras entre las compañías transnacionales de explotación y los gobiernos provinciales que disponen de tales recursos.

Estas leyes, junto con una parte sustancial de la Constitución, renovada por Menem y Alfonsín, conforman lo que podríamos denominar un “nuevo estatuto legal del coloniaje”. Una situación compleja de la cual habrá que irse desprendiendo paulatinamente y no sin sufrir presiones y grandes dificultades. Las compañías no sólo se quedan con las rentas mineras y petroleras, sino que, por supuesto, extienden este “coloniaje” a la renta agraria, sin dudas, la más tradicional de la Argentina.

Estas tres rentas –agraria, petrolera y minera– conforman nuestros recursos principales, aquellos que podrían devengar los recursos necesarios para la recuperación del poder nacional. La recuperación de estas tres rentas deviene así, en condición imprescindible para la recuperación de nuestro poder nacional y, sin

dudas, la recuperación de ese poder nacional es, a su vez, la condición necesaria y excluyente, para la recuperación de Malvinas.

Lamentablemente esas tres rentas, no están, hoy en manos de los argentinos. Los principales puertos de salida de nuestra producción agropecuaria están en manos privadas y por ellos sale el grueso absoluto de nuestra producción. Las mismas compañías manejan los también privatizados y devastados ferrocarriles que les son útiles para llevar la carga del campo a esos puertos –impidiendo o dificultando enormemente a cualquier otro particular el uso de los despojos de nuestros otrora imponentes ferrocarriles– y, por supuesto, la compra y acopio de los frutos de la tierra a los productores como su exportación; todo, con enormes ganancias de las que el Estado y los argentinos sólo reciben mendrugos. En el caso agrario, son las “Cinco Hermanas Cerealeras”. En síntesis, el corral en que el lobo controla a las ovejas.

Así planteado, se ve con claridad el tema de la expoliación de los recursos naturales, de la estructura montada por los “Estados subordinantes” y sus compañías, para lograr el manejo directo de nuestros recursos críticos, en tiempos de no confrontación directa.

Ahí está la agresión indirecta y solapada. Esta agresión indirecta sólo es posible –como han desarrollado muchos autores e incluso nosotros mismos, y como, en efecto, ha sucedido en la Argentina– si se ha sido víctima de la *subordinación ideológica*. Un proceso de *colonización mental* –del cual recién empezamos a salir– que le hizo creer a los argentinos que el Estado no debía, jamás, intervenir en la economía, que no era posible fijar barreras proteccionistas, que había una sola marea globalizadora y que uno no podía oponer resistencia alguna a esa marea incontenible, ni hacer nada más que admitir las cosas, tal y como venían dictadas desde fuera.

Conclusión

Todas las repúblicas que integran América del Sur, en mayor o menor medida deben, para poder resistir las agresiones indirectas, iniciar o profundizar según el caso, un profundo proceso de *insubordinación ideológica*, de *descolonización mental* que es condición primera y necesaria, que las habilite y les permita la creación de las herramientas necesarias para resistir luego a las posibles agresiones directas.

En el caso particular de la Argentina debemos reconstruir Fabricaciones Militares, debemos reconstruir nuestro aparato industrial y militar, pero esta vez

con tecnología de punta y, en un momento determinado, cuando logremos “curar” todas nuestras heridas –por cierto muy profundas, en virtud de los errores y atrocidades cometidos por las Fuerzas Armadas durante la última dictadura militar– necesitamos reorganizar y reconstruir nuestras Fuerzas Armadas, porque hoy, digámoslo sin tapujos, somos un país absolutamente indefenso. Y hay que decirlo y atreverse a decirlo. Es menester, ineludible reconstruir el Ejército Argentino. Porque si hubo un ejército antinacional, un ejército asesino, también hubo un ejército nacional, un ejército que dio grandes hombres, grandes patriotas, como Artigas, el Libertador General San Martín, el General Belgrano y, en tiempos modernos, hombres como los generales Mosconi, Savio y Juan Domingo Perón.

Ése es el perfil de ejército que debemos reconstruir. Porque no hay posibilidad alguna de defensa ante futuras agresiones directas, ni de recuperación de nuestras Malvinas sin un aparato industrial militar y sin un ejército reconstruido, sin unas Fuerzas Armadas capaces de disuadir al invasor y convencerlo de que su mejor opción es retirarse del territorio ocupado.

Brasil nos da ya hoy un ejemplo, pues ha comprendido esta necesidad y ha puesto manos a la obra con el objetivo de organizarse militarmente para resistir las agresiones que puedan sufrir sus recursos naturales. Brasil está ahora planificando la defensa de su petróleo con una Marina de Guerra renovada y, para ello, ha concluido acuerdos con Francia. Son acuerdos que le permiten no sólo comprar armamentos de alta gama y última tecnología en el país galo, sino también intervenir directamente en la fabricación de una parte sustancial de esos armamentos –como son los submarinos nucleares– en busca de adquirir las armas y, además, el conocimiento necesario para desarrollarlas por sí solo en un futuro no muy lejano.

* Doctor en Ciencia Política por la Universidad del Salvador, Licenciado en Ciencia Política por la Universidad Nacional de Rosario, graduado en Estudios Internacionales por la Escuela Diplomática de Madrid, obtuvo el Diploma de Estudios Superiores (Maestría) en Relaciones Internacionales, especialización en Historia y Política Internacional, por el Institut Universitaire de Hautes Études Internationales, de Ginebra. Discípulo del politólogo brasileño Helio Jaguaribe y del sociólogo y teólogo uruguayo Alberto Methol Ferré, ha publicado numerosos artículos y libros, entre ellos *Argentina-Brasil: La gran oportunidad* (prólogo de Helio Jaguaribe y epílogo de Alberto Methol Ferré) y *La insubordinación fundante: breve historia de la construcción del poder de las naciones* (prólogo de Helio Jaguaribe). Analista principal de política internacional en Radio del Plata FM Rosario, asesor en materia de Relaciones Internacionales de la Federación Latinoamericana de Trabajadores de la Educación y la Cultura (FLATEC) y profesor de la UNLa.

El mayor número de civiles que perdieron la vida en las Islas eran obreros marítimos

Mario Morato *

Malvinas es un sentimiento argentino, particularmente significativo para los trabajadores marítimos del Sindicato de Obreros Marítimos Unidos (SOMU) y nos recuerda a nuestros propios caídos. Fueron aquellos compañeros que sin pertenecer a las Fuerzas Armadas nacionales que intervinieron en el conflicto, se ofrecieron voluntariamente para tripular los buques mercantes que asistieron a tareas de soporte y aprovisionamiento a las Islas, donde hubo dieciocho muertos. Ellos han dejado el precedente de ser el mayor número de civiles que perdieron la vida en apoyo de los Combatientes.

En la actualidad, la situación en las Islas se ve aún más agravada ante los sucesivos actos unilaterales británicos destinados a la expoliación de los recursos pesqueros e hidrocarbúricos de nuestro país en las aguas circundantes.

Entre ellos, se pueden mencionar, en cuanto a la pesca, el establecimiento unilateral británico de pretendidas jurisdicciones marítimas alrededor de las Malvinas en 1986 y 1990, y alrededor de las Islas Georgias del Sur y Sandwich del Sur en 1993, así como la venta de licencias que disponen de recursos pesqueros en la zona a largo plazo. Son ejemplos de la disposición ilícita y unilateral de recursos pesqueros que lesionan los objetivos de la declaración conjunta sobre la conservación de recursos pesqueros firmada por la Argentina y el Reino Unido en 1990. Estos actos provocaron desde 2005 que la Comisión de Pesca del Atlántico Sur no se haya vuelto a reunir, suspendiendo todos los mecanismos de cooperación previstos en la declaración.

Respecto a las actividades hidrocarbúricas costa afuera que en este momento está desarrollando unilateralmente el Reino Unido en áreas de la plataforma continental argentina, responde al espíritu colonialista que ha animado al Reino Unido de procurar recursos naturales en las áreas que controla como colonias, lo cual reproduce la política de aprovechamiento de recursos fiel a su proceder en América, Asia y África durante siglos.

La exploración hidrocarbúrica británica es contraria a la letra y espíritu pertinentes de la Organización de Naciones Unidas sobre la cuestión de las Islas

Malvinas, violatoria especialmente de la Resolución 3.149 de la Asamblea General, que insta a la Argentina y al Reino Unido a que se abstengan de adoptar decisiones que entrañen la introducción de modificaciones unilaterales que entorpezcan el llamado al diálogo.

Al mismo tiempo, las actividades hidrocarburíferas ilegales han repercutido negativamente en la región en razón al cúmulo de riesgo que ellas conllevan. Así fue entendido por los 32 países de Latinoamérica y el Caribe, incluyendo los países anglófonos, que reunidos en la Cumbre de la Unidad en febrero de 2010 reafirmaron su respaldo a los legítimos derechos de soberanía de la República Argentina en la disputa con el Reino Unido, y recordaron lo establecido por la mencionada Resolución 3.149 de la Asamblea General de las ONU. Además debemos tener en consideración la amenaza ambiental que supone el reciente inicio de exploraciones por parte de empresas británicas, por ejemplo, el derrame de crudo de la compañía British Petroleum en uno de sus pozos en el golfo de México.

Quiero comentar algunas novedades del tema respecto del SOMU. En la ciudad de México, el 5 y 6 de agosto pasado hubo un congreso de la Federación Internacional de Trabajadores del Transporte, que agrupa a trabajadores del área terrestre, aérea y marítima. Como nuestra organización hace mucho tiempo está en el trabajo de tratar de expandir el sentimiento nacional y de alguna manera de colaborar con el gobierno argentino humildemente como trabajadores, creyó que era una buena oportunidad que no se podía dejar escapar para tratar el tema en este congreso. El SOMU presentó una moción para la Secretaría General de la ITF, para que a su vez haga tratativas ante el Consejo de Naciones Unidas y la moción fue aprobada.

Parece muy sencillo explicarlo, pero la sede de la Federación Internacional de Trabajadores del Transporte está en Londres, así que la moción fue previamente enviada al Congreso, con un mes y medio de antelación para que tome consideración el Secretario General de la ITF. Y supongo que se habrán encontrado en un cierto aprieto y habrá tenido que consultar con el gobierno británico, cuando se produce el desarrollo de este congreso. No fue fácil, hubo muchas discusiones, pero entendemos la presión a la que fueron sometidos para tratar la moción que, en definitiva, estaba pidiendo que la ITF haga tratativas ante la ONU para tratar de que el Reino Unido y la Argentina continúen con un diálogo más fructífero.

La ITF también tiene representantes en el Fondo Monetario Internacional. Son activos representantes de la Organización Internacional del Trabajo, muy

escuchados y muy respetados. Creo que el logro fue mayor porque la gran satisfacción y consideración que tuvimos es que pudimos expresar el sentimiento de Malvinas del pueblo argentino ante más de 750 sindicatos, de 154 países del mundo.

Creemos que esto es un aporte humilde a lo que está haciendo el gobierno argentino que es revertir en este sentido las nefastas políticas de la década de los noventa, que han desindustrializado el país y que permitieron el contrabando indiscriminado. En su momento, la fila de containers que llegaban de contrabando era de cien mil por año. Y dentro de cada container había un pedacito de la industria nacional.

* Secretario General Adjunto del Sindicato de Obreros Marítimos Unidos (SOMU).

Somos un solo pueblo, con un solo corazón latinoamericano

Mirtha Oriz *

En principio, vaya mi reconocimiento para esta alta casa de estudios que nos alberga. La Universidad Nacional de Lanús ha tenido el coraje y la sabiduría de proponernos un espacio para el debate acerca de Malvinas, ese trozo de Patria que nos pertenece. En la figura de la doctora Ana Jaramillo agradezco a todos aquellos que han hecho posible que este evento se lleve adelante con el mayor de los éxitos.

Siempre he sido honesta intelectualmente, y políticamente incorrecta a la hora de decir algunas verdades. Debo manifestar que vine con una profunda desconfianza a este Primer Congreso Latinoamericano. Si bien se me presentaba atractivo desde el papel que cumplo, tenía mis serias dudas con respecto al desarrollo del mismo.

Los argentinos tenemos esta cosa peculiar de mostrar más de lo que en realidad es. Pero mis dudas se disiparon al encontrarme con los aquí presentes. Como argentina y como fueguina por elección, el hecho de que este grupo de gente, de pensadores, de catedráticos, de trabajadores, se esté planteando estas cuestiones, aun con nuestras dificultades, me enorgullece enormemente.

En este agradecimiento quiero resaltar que todos los pensamientos aquí expresados me han conmovido hasta la fibra más íntima. Por ese motivo, lo quiero destacar de modo sobresaliente.

Por otro lado, siempre expreso que uno debe manifestar claramente desde qué lugar habla, para darle al interlocutor algún panorama de quién es, independientemente de los caminos políticos que elegimos transitar. Y a mí me gusta definirme como una militante política, porque estoy absolutamente convencida de que la política es la herramienta transformadora de los pueblos. Y este convencimiento hace que participe de ésta y de muchas otras actividades que tienen que ver con las causas nacionales y populares.

También se ha mencionado en este Congreso eso de “pensar en locuras”. Y yo soy una persona que piensa en locuras, que cree en las utopías. Parafraseando a

Eduardo Galeano cuando sostiene que “las utopías sirven para caminar”, de algún modo este Congreso que quizás nació como una utopía, sea la herramienta fundacional para que comencemos a caminar un destino buscando la acción en la Patria Grande.

Cuando el ministro Guillermo Rossi en su ponencia mencionó las regalías del petróleo en Malvinas y la posibilidad de pensar en compartir beneficios con los pueblos hermanos latinoamericanos y del Caribe, creo que nos obliga a reflexionar. Yo no sé si en Europa o en los países centrales se puede siquiera plantear esto de compartir con el hermano, de compartir con el otro, de compartir con aquel que no tiene el mismo color de piel, que su vida se rige por otras costumbres. Y esta idea de compartir se remonta a que somos un solo pueblo, con disímiles características, pero con un solo corazón latinoamericano. Afirmo con vehemencia que en América Latina se pueden plantear estas cuestiones porque ha habido un pueblo originario que logró con su sangre que esto sea posible.

En otro orden, me gustaría compartir con ustedes algunos avatares que nos han tocado transitar en la provincia de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur, donde hemos dado batallas muy importantes, que tienen que ver con lo político. La primera cruzada que dimos fue la discusión de provincia grande-provincia chica. Esto que puede parecer una locura, fue una pelea feroz de un grupo de compañeros que pensaron que esto era posible y sostuvieron la inclusión de Malvinas y del territorio antártico. Este suceso hoy, a más de veinte años, permite un diálogo natural. No obstante, generó una beligerancia no menor en esa época y me parece importante rescatarla. Creo que de algún modo debemos comenzar a integrar, aunque mínimamente desde lo discursivo, el conocimiento referido a que cuando nosotros hablamos de Malvinas, hablamos de Tierra del Fuego, de Antártida e Islas del Atlántico Sur. Ésa es la provincia a la cual yo estoy representando en este momento. Reitero: Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur.

También me gustaría comentarles cómo funciona nuestro Observatorio, que tiene características disímiles a éste y que aun así funciona en la más absoluta armonía porque la Causa nos aglutina de modo superador. Esta organización actúa como un cuerpo colegiado, se instrumentó a través de un decreto del gobierno provincial y no tiene rango de ley. Aun así se ha constituido, y lo conforman el Ejecutivo provincial, los Centros de Ex Combatientes, toda aquella asociación que tenga relación con el tema, la Legislatura provincial, la Fiscalía de Estado y todos los partidos políticos con representación local que así lo

deseen. Esto que parece una *mélange*, en su accionar logra homogeneidad. Aun con esta diversidad de ideas, de personas y de actores sociales integrándolo, funciona, y funciona muy bien.

También merece un comentario el tema de la Ley de Límites, que ha sido una ofensiva importante durante veinte años. Nos llevó veinte años tener los límites. Así somos los argentinos, nos pasan estas cosas, pero al menos ya tenemos la ley. ¿Esto qué va a lograr? Que en nuestra organización política tengamos claro que Malvinas es un departamento de la provincia de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur. Es un departamento, no es otro espacio, no es una tierra más; forma parte de nuestro territorio provincial. Esto es muy importante. ¿Por qué? Porque Ushuaia es la capital de Malvinas.

Sobre el tema de los recursos naturales, lo único que diré es que no se le puede pedir al Imperio Británico que haga algo que nunca ha hecho en su vida. No me sorprende la conducta británica, y nunca me sorprendió porque históricamente han constituido su nación siendo piratas. Y hay que decirlo en estos términos: piratas. Por lo tanto, están haciendo en nuestra tierra lo que han hecho siempre. No están accionando de modo nuevo, sólo hacen lo que saben hacer. Quizás la tarea de nuestros pueblos es dejar de permitírselo.

En esta cuestión de cómo aglutinar esfuerzos para llegar a objetivos comunes, de cómo construir esta conciencia nacional respecto al tema Malvinas, aquí les voy a hablar a mis compatriotas, porque creo que nosotros somos lo peor que tenemos: nosotros mismos. Para poder modificar una conducta, primero hay que reconocerla. Y como argentina debo decir que no tenemos nada peor que otro argentino, que se cree que es, cuando no existe. Si bien siento un enorme orgullo por haber nacido en este suelo, no puedo dejar de mencionar que esto también somos nosotros. Desde este lugar primero construyamos conciencia como argentinos y luego construyamos conciencia latinoamericana, para poder de este modo comenzar a pensar en la Patria Grande.

A veces, cuando se plantea la cuestión de construir conciencia, la gente lo ve como objetivo a largo plazo. Y sí, tarda mucho, esta tarea va a llevar muchísimos años. En lo personal no sé si veré la misión cumplida, aun así es una labor que me quiero dar como argentina. No sé si lograré la meta, y esto también hay que tenerlo claro porque si no, aparecen las frustraciones y, como lógica consecuencia, el abandono de la lucha. Y lo peor que podemos hacer es abandonar la disputa.

Me gustaría hacer algunas reflexiones y propuestas respecto a las acciones a seguir. Quizás soy una de las más molestas, instando permanentemente a que aprendamos y nos instruyamos en el campo del conocimiento. De igual modo, permanentemente exhorto –tal vez con desmesurada vehemencia– a la búsqueda de alternativas novedosas y constructivas, de hechos concretos para poder pasar a la acción.

En este marco, nosotros hemos planteado sesionar como Observatorio frente a las Islas Malvinas en un buque de nuestra Armada. Es una posibilidad real y cierta de estar frente a un trozo de mi provincia. Este hecho requiere una logística importante, pero podemos comenzar ya, no importa cuánto tiempo lleve. Otra propuesta que estamos evaluando es la posibilidad de modificar nuestra currícula provincial, dado que el desafío que tenemos en Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur es lograr articular junto a los Centros de ex Combatientes que muy valientemente han venido interactuando con la sociedad con un trabajo fantástico, llevado adelante desde hace muchísimos años. Pero, ¿cuál es la dificultad? Se circunscribe el tema Malvinas a la cuestión bélica y no hay modo de correrlos de esa situación. Entonces, en esto de repensar cómo salir de esta situación, proponemos modificar la currícula provincial. En este Primer Congreso Latinoamericano escuché a un compañero que dijo: “A ver, ¿qué posibilidades hay para modificar la currícula a nivel nacional?”. Si queremos realmente malvinizar, debemos llevar adelante acciones concretas. Me dirán: “¿Quién enseñará?”. Porque también hay que ver quién, cómo y qué se enseña. En el marco que corresponda, creo firmemente en la posibilidad de generar una currícula a nivel nacional para que nuestros representantes en ambas cámaras la voten.

Por último, quiero hacer mención a unas palabras de Eva Perón, cuando dijo que a ella le gustaban los fanáticos. Pues bien, a mí también me gustan los fanáticos. Esa gente me motiva, hace que quiera imitarlos, que quiera hacer cosas. Y esa gente que uno ve allí, como desprendida de uno, no es más que su propio pueblo, no es más que el movimiento obrero organizado presenciando este espacio, haciendo Patria también desde este lugar. Porque esto también es hacer Patria. Y no hay que temerle a la expresión “hacer Patria” de ninguna manera. Hay que ponerla en práctica y a diario.

Quiero agradecer enormemente a las delegaciones del resto de los países que nos acompañan, a nuestros hermanos latinoamericanos. Creo que efectivamente el lema de este Congreso se ha llevado a cabo con éxito, “Malvinas, una Causa de la Patria Grande”. Accionemos desde el lugar que podamos, desde

el lugar que ocupamos a diario, para construir una América Latina justa, libre y soberana.

Panel 5

Versiones, relatos e historia. La interpretación del pasado y su influencia en el proceso de recuperación de la soberanía argentina en el Atlántico Sur

30 de septiembre de 2010

* Actriz, diseñadora de alta costura y militante de causas nacionales y populares. Secretaria del Consejo Asesor Provincial "Observatorio cuestión Malvinas". Representante del Partido Justicialista distrito Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur en el consejo asesor.

Cuando se habla de unidad continental, hay que incluir siempre a nuestras Islas

Mario Oporto *

Voy a hacer una breve exposición que da cuenta del papel que tiene la historia y la interpretación del pasado en el reclamo soberano de las Islas Malvinas y en la unidad de Suramérica. En primer lugar, siempre es bueno cuando uno comienza a hablar del tema Malvinas, decir primero algo muy simple y obvio: que las Malvinas son argentinas. Me parece que es un tema que hay que repetirlo para poder, a partir de allí, hacer interpretaciones de la historia, de la soberanía argentina en las Islas y de la guerra del Atlántico Sur en 1982.

Esta guerra ha tenido muchos matices e interpretaciones y seguramente los seguirá teniendo, porque una de las características de la historia es que las generaciones sucesivas hagan preguntas sobre los acontecimientos del pasado. Pero las interpretaciones de la cuestión de las Malvinas y la guerra de la última dictadura pusieron extremo hincapié en cuestiones internas. Y se desarrollaron muchísimas críticas, tal vez injustas en muchos casos, a la acción de las Fuerzas Armadas argentinas en las Islas. Hubo expresiones de autocrítica de las relaciones internas en las Fuerzas Armadas, pero ninguna de esas interpretaciones tiene que olvidar que la usurpación del Reino Unido en Malvinas es una ocupación imperialista. Y que la Guerra de Malvinas es una guerra antiimperialista en el Atlántico Sur.

Nosotros creemos que la Causa de Malvinas está íntimamente vinculada a la unidad del continente. Y la unidad del continente está vinculada al destino del continente, usando las palabras de un libro de Manuel Ugarte, *El destino de un continente*. El destino de este continente está en la unidad, pero la interpretación que se haga del pasado va a favorecer o no a la unidad. En el caso de la Argentina, la escuela cumple un papel fundamental en lo que es la construcción del pasado, la difusión popular de la construcción del pasado. La escuela argentina ha tenido un papel decisivo en la construcción de la nacionalidad a fines del siglo XIX y gran parte del siglo XX. La Argentina, que vivía el impacto migratorio posterior a las guerras civiles, tuvo en la escuela la construcción de los ritos, de las ceremonias, de los proceratos. Alrededor de la escuela se hizo la construcción de la nacionalidad.

Estoy convencido de que si la escuela no construye la idea de unidad del continente, esta unidad va a ser mucho más difícil. No habrá unidad si no hay cultura de la unidad. Podrá haber mercado común, discusión arancelaria, pero lo que no habrá es unidad de los pueblos confederados si no hay cultura de la unidad. Y en ese sentido la construcción del pasado es decisiva para ello.

¿Qué pasado? ¿Cómo miramos el pasado? En primer lugar, no lo miramos neutralmente. En segundo lugar, lo miramos desde un presente y con una necesidad del presente. Y casi hay tantos pasados como interpretaciones de él tenemos y en él debatimos. Nuestro pasado fue construido a fines del siglo XIX en adelante con la idea de argentinidad, peruanidad, etcétera; es decir, países independientes que no tenían relaciones entre ellos o eran muy débiles, y que sí tenían relaciones, y fuertes, con el mercado externo. Fuertes relaciones vinculadas a uno o dos productos que les daban desarrollo a algunas zonas de América Latina.

Realmente hemos construido un pasado de la división, el pasado de las hipótesis de conflicto (Brasil como enemigo histórico, el conflicto con Chile), todo a favor del imperialismo, a favor de quienes nos dividían y nos juzgaban o desarrollaban sólo una parte de nuestro territorio, aquellos que se podían vincular a partir de las oligarquías latinas al mercado mundial. Ésa era, en forma clásica, la antinomia de “civilización y barbarie”. Tampoco sirve la idea de introducir América Latina en nuestro imaginario colectivo y en el pasado que nos enseñan en las escuelas si se hace a partir de las historias particulares de cada país. Sólo si se hace la idea de un continente que fue unido y que las vicisitudes políticas destruyeron.

Cuando hablamos de unidad de América Latina hay que incluir siempre a las Malvinas. Cuando hablamos de la unión de América Latina en realidad de lo que estamos hablando es de re-unión de América Latina, porque es re-unir lo que estaba unido y que la guerra de la Independencia, las posteriores guerras civiles y las falsas guerras interestatales –que eran en el fondo guerras civiles de aquellas zonas que se iban fragmentando de los virreinos– llevaron a cabo. Estos países, cuando se los compara con el proceso de la Unión Europea, no vivieron el mismo proceso, porque si la Unión Europea lo logró con la relación pacífica y extraordinaria de dos naciones enfrentadas históricamente, como Francia y Alemania, América Latina lo hace desde un mismo pasado histórico, desde una misma lengua, una misma creencia, las mismas vicisitudes; y por lo tanto, del mismo porvenir. O sea que esto es re-unión de una independencia

que se logró a costa de la unidad, somos independientes a costa de ser unidos y ése fue el drama que vieron nuestros pensadores del siglo XIX.

¿Es una extravagancia pensar a la Argentina en la Unión Suramericana? Creo que no. No es ni una extravagancia ni una cuestión de moda o del presente. La Argentina tiene una larga tradición de pensamiento vinculado a la unidad del continente. Y esta unidad se puede mirar de muchas maneras. Vamos a elegir mirarla desde la unidad de los pueblos, con posturas democráticas y antiimperialistas. Uno lo puede ver desde el panamericanismo, lo puede ver desde la Alianza para el Progreso, desde el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), desde distintas visiones de la unidad. Nosotros creemos que la unidad válida es aquella que se hace en defensa de los intereses de las mayorías populares y de los intereses nacionales de toda la región. La Argentina, si uno recorre su historia, puede aportar una larga tradición de pensamiento para ello, y es bueno hacerlo. Es bueno porque es un gran aporte que hace un país que, por lo menos desde su litoral, estuvo siempre muy vinculado al pensamiento europeo. Y es bueno hacerlo porque también genera autoestima de pensamiento argentino.

Cuando digo “autoestima de pensamiento argentino” no quiero caer en un nacionalismo que reniega del pensamiento universal. No creo en los nacionalismos restauradores, pero tampoco creo en aquellos que piensan que todo lo que pasó en nuestras tierras es producto de ideas y de pensares que vienen de afuera de nuestro continente. El pensamiento de la unidad latinoamericana es, por lo tanto, un pensamiento de la tradición antiimperialista y de la cuestión social. Yo creo que el nacimiento hace doscientos años de estos países o de estas naciones independientes estuvo vinculado a la cuestión social, a la cuestión de la independencia y a la cuestión de la unidad. La fórmula sería: es imposible resolver la cuestión social si no logramos la independencia nacional. Pero es imposible lograr la independencia nacional si no somos capaces de mantenernos unidos.

En 1802, Mariano Moreno hizo su tesis de doctorado y lo hizo en una universidad boliviana, lo cual es bueno remarcar ante tanto prejuicio, y también es bueno recordar que el primer presidente de un gobierno independiente hace doscientos años era un boliviano del Potosí: Cornelio Saavedra. Y que estas tierras habían permanecido dependiendo de Lima casi el mismo tiempo de lo que hoy dependen de Buenos Aires; durante un poco más de doscientos años fuimos peruanos. Mariano Moreno hace su tesis de doctorado sobre la servidumbre indígena. Es una tesis donde no habla ni de la unidad de América Latina,

ni habla de la independencia, pero ya se vislumbra en ella la cuestión social. No podemos emanciparnos personalmente, no podemos liberar a los siervos explotados de las economías latinoamericanas, si no se quiebra el modelo colonial de explotación. La cuestión de la servidumbre indígena es la cuestión obrera y la cuestión de los desocupados de acuerdo al tiempo en que esto ocurre.

Estos hombres se sentían americanos. Juan José Castelli pensó en la unidad del continente. Manuel Belgrano planteó la monarquía incaica para plantear que era, primero la unidad y después la forma de gobierno; primero la independencia y la unidad. San Martín, Güemes y hasta López Jordán en cada una de sus proclamas se planteaban ser americanos, luchar por la unidad del continente. El legado de Bolívar en Argentina era el del deán Funes, también un pensador con visión americana.

De todos ellos yo quiero destacar el extraordinario trabajo de Bernardo de Monteagudo, escrito pocos días antes de ser asesinado en 1824 y pensado para el Congreso de la Unidad de Panamá convocado por Bolívar. El trabajo de Monteagudo, la tesis de licenciatura Juan Bautista Alberdi en la década del cuarenta en Santiago de Chile, pensando la unidad con una visión más económica, más jurídica, más de mercado común; los trabajos de Manuel Ugarte; la extraordinaria conferencia de Juan Perón en 1953, donde plantea la unidad estratégica con el Brasil, son hitos de un pensamiento argentino que aporta desde la visión de políticas de Estado a esta unidad.

Termino con esta idea: las Malvinas están vinculadas a la larga lucha de la independencia nacional todavía, al tiempo largo de la independencia nacional, que son doscientos años. Las Malvinas están vinculadas, en tanto independencia nacional, a la unidad del continente. Si no hay unidad del continente, no vamos a recuperar las Malvinas, nos va a costar mucho más recuperarlas. Si no hay unidad del continente va a ser mucho más difícil industrializarnos y crear un mercado fuerte que genere pleno empleo y, por lo tanto, construya el bienestar para nuestros pueblos. Ocupación para los desocupados, buen nivel de vida para los obreros y emancipación para los que todavía viven bajo servidumbres de distintas formas en algunos territorios de nuestra nación.

Las causas siempre son las mismas. La soberanía se divide en una idea de soberanía nacional y de soberanía popular. No hay democracia si no existe soberanía sobre el territorio y no va a haber soberanía que se mantenga si no hay democracia. Hoy tenemos que profundizar la democracia, la defensa de los

derechos humanos, la idea de Patria, la defensa integral del territorio argentino y suramericano, la justicia social, los intereses nacionales y los intereses de las mayorías populares. Por lo tanto, termino como empecé: las Malvinas son argentinas y mientras no sea reconocido por todo el mundo, una parte de nuestra soberanía va a estar dañada.

Una causa unitiva

Francisco José Pestanha *

Quiero agradecer a la Universidad Nacional de Lanús en la persona de su Rectora, la doctora Ana Jaramillo, por haber comprendido que la Universidad argentina debe albergar en su seno el debate respecto a las luchas y las causas nacionales y populares. En esta Universidad se respira un aire auténticamente popular, y la labor que hoy impulsa su actual gestión, en términos comparativos, es similar a la estimulada en su época por Ricardo de Labougle, ex Rector de la Universidad Nacional de La Plata, quien junto a Gabriel del Mazo y otros promovieron la creación de la Cátedra de Defensa Nacional en la Universidad de La Plata, cuya inauguración estuvo a cargo de Juan Domingo Perón el 10 de junio de 1944. También puede asociarse tal faena a la labor desarrollada por Ireneo Fernando Cruz, Rector de la Universidad de Cuyo, quien en diciembre de 1947, convocó a aquel memorable Congreso Internacional de Filosofía que se llevó a cabo entre el 31 de marzo y el 9 de abril de 1949.

Muchos de los aquí presentes albergamos la esperanza de que próximamente las disciplinas vinculadas a la defensa nacional abandonen definitivamente la circunspección de las academias militares para insertarse como corresponde en las instituciones donde ha de desarrollarse la ciencia, es decir en las universidades.

Por último, quiero homenajear a los grandes maestros del pensamiento iberoamericano en las aquí presentes figuras señeras de don Pedro Godoy y don Andrés Soliz Rada, y destacar además la presencia de numerosos representantes de las legaciones iberoamericanas.

Tengo por costumbre, antes de comenzar cada conferencia, reconocer que no soy aséptico ni pretendo alcanzar la objetividad. Los seres humanos somos, en cierto sentido, prisioneros de nuestra propia subjetividad, y en ese orden de ideas, no creo que en materia de pensamiento operen la asepsia ni la objetividad. La única virtud a la que debe aspirar un intelectual es la honestidad, valor que nos ubica en el campo de la ética. En ese marco, les advierto que integro una corriente de pensamiento determinada, que es la corriente del Pensamiento Nacional, definida como una “epistemología de la periferia” por quien fue el más lúcido pensador que albergó el peronismo, Fermín Chávez, cuyo nombre seguramente iluminará alguno de los pabellones de esta universidad.

* Político y profesor de historia. Desde 2007 es Director General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires. Es militante del Partido Justicialista desde su juventud. Se desempeñó como presidente del P.J. de Morón y fue elegido senador provincial por esa fuerza en las elecciones provinciales de 2007, aunque renunció a su mandato para asumir en el Poder Ejecutivo. Ejerció la docencia como profesor de la carrera de Historia Americana Contemporánea e Historia de América Colonial. En 1990 se desempeñó como Jefe de la Unidad de Cooperación Técnica Internacional en el Consejo Nacional de Educación Técnica (CONET), Ministerio de Cultura y Educación de la Argentina.

Esta corriente o modalidad del pensar, que aspira a desarrollar propias categorías para el abordaje de los fenómenos sociales, políticos, económicos y culturales que acontecen en nuestra América –advierto a los más jóvenes aquí presentes–, nunca se organizó ni se institucionalizó, ya que como corriente surgida al calor de la Resistencia, tal institucionalización u organización resultarían *contra natura*. De más está advertir que pertenecieron a esta modalidad epistemológica, entre otros, Arturo Jauretche, Manuel Ortiz Pereyra, Homero Manzi, Raúl Scalabrini Ortiz, Jorge Abelardo Ramos, Manuel Gálvez, Manuel Ugarte, Fermín Chávez, Leonardo Castellani, Saúl Taborda, Ciroliano Alberini y Rodolfo Kusch. Señalo, además, que el hecho de que el Pensamiento Nacional no pueda institucionalizarse, no significa que no se constituya en objeto de estudio en las universidades, ya que en nuestro país dicha modalidad epistemológica desarrolló la matriz conceptual que durante el siglo pasado nutrió a los dos grandes movimientos históricos: el yrigoyenismo y el peronismo.

La modalidad del pensar a la que adherimos nos enseña, entre otras cuestiones, que pueblos que han sido sujetos a improntas coloniales suelen generar en forma natural sus propios modos o mecanismos de resistencia, entre los cuales podemos encontrar:

- 1) La cultura popular.
- 2) Las modalidades epistemológicas alternativas, como el caso del Pensamiento Nacional.
- 3) Las causas con cierto poder unitivo o *causas unitivas* o nacionales, las que por su contenido identitario, su poder convocante o su significación histórica, contribuyen a la autoafirmación con respecto al otro. Tal el caso de la Causa Malvinas que hoy nos ocupa.

La clasificación que acabo de enunciar no es taxativa y sólo orienta hacia la comprensión integral de este mensaje, ya que muy probablemente pueda englobarse las modalidades epistemológicas y las causas unitivas en un amplio concepto de cultura popular.

En nuestro país, en especial, a partir de mediados del siglo XIX se consolidó en el poder una elite que se propuso “civilizar” por la fuerza a los “bárbaros” propios. Civilizar, como enseñaba Arturo Jauretche, presupuso lisa y llanamente desnacionalizar, engendro que se materializó mediante la importación acrítica de ideas, conceptos, valores y productos culturales. Los factores y las razones porque se produjo este fenómeno son innumerables, los matices diversos y las consecuencias variadas. Abordarlos en su integridad escaparía al tiempo asignado a esta ponencia.

A esta altura de las circunstancias, no cabe duda alguna de que la maniquea dicotomía *Civilización o barbarie* acompañó como mandato fundacional a la formación de un nuevo Estado con posterioridad a Caseros, dicotomía que por antinatural (ya que los civilizados no eran tan civilizados ni los bárbaros tan bárbaros) determinó la formación de una superestructura opresiva y en tanto, alienante.

Para Fermín Chávez, esa importación acrítica no sólo generó en el país un “un prejuicio moral y cultural” respecto a nuestras raíces indohispánicas, sino que además, a partir de tal influencia, empezó a germinarse aquella dicotomía donde “lo bárbaro” resultó paradójicamente lo propio y “lo civilizado”, lo ajeno. La idea de barbarie empezará a cobrar para nuestro maestro un sentido peyorativo hacia adentro trastornando los supuestos culturales, hasta el punto de hacerles creer a los nativos que nuestra civilización “consistía en la silla inglesa y en la levita”. Contra esa alienación emergieron, entre otros portentos, una corriente de pensamiento que se desarrolló vigorosamente durante el siglo pasado pero que encuentra nítido arraigo en los siglos anteriores.

Chávez, además, nos enseñó que la resistencia contra dicha opresión alienante emergió desde el llano, desde el pueblo orillero, desde las clases oprimidas, y se expresó –como referimos anteriormente– a través de la cultura popular, que es una de las formas de resistencia. Muchos de los nombres que están consagrados en los pabellones de esta Universidad, como los de Leopoldo Marechal, Cátulo Castillo y Tita Merello, forman parte de esa pléyade de americanos que resistió contra la idea de “hacer la Europa en América”.

Fermín, por último, nos aleccionó indicándonos cómo esa resistencia fue asumiendo nuevas formas en el tiempo. Para nuestro maestro, por ejemplo, la poesía gauchesca como producto cultural autóctono y resistente, se reencarnó primero a través de tango orillero y luego a través de ciertas versiones del rock, en especial, cuando camadas de jóvenes empezaron a cantarlo en lengua propia y a contar cosas nuestras.

A partir del estudio de la cultura popular y de las diversas modalidades que adoptó la epistemología de la periferia, podemos entonces acceder a la visión del mundo de los sectores oprimidos, observar las modalidades que asume la resistencia contra la opresión y abordar, además, la Causa malvinera.

La causa unitiva

Más allá del hecho histórico, geográfico y geopolítico de la apropiación ilegítima de Malvinas por parte de un imperio inglés en 1833, creo entender que a partir de tal acontecimiento la cuestión Malvinas fue introduciéndose paulatinamente en el mundo cultural argentino. No es casual en ese sentido que en 1869 de la pluma de José Hernández, un hombre de la cultura y la política argentina, surgiera aquella memorable reclamación publicada en el periódico *Río de la Plata*, nota redactada a raíz de una carta que su amigo Augusto Laserre le envió luego de recorrer nuestras Islas: “[...] llamamos la atención de toda la prensa argentina sobre asuntos de tal importancia política y económica”, advirtió como periodista. Pero, además, como hombre de la cultura pregonará que “absorberle un pedazo de su territorio es arrebatarle un derecho, y esa injusticia envuelve un doble atentado, porque no sólo es el despojo de una propiedad, sino que es también la amenaza de una nueva usurpación”.

Surgió entonces del mismísimo Hernández, aquel intuitivo luchador que no solamente nos legó la más maravillosa obra de denuncia contra el exterminio de una estirpe, sino también la más importante tentativa de preservación de una dimensión americana, de una cultura y de un acervo vivencial, que fue el Martín Fierro, la primera advertencia significativa. Perón sostendrá alguna vez respecto a Hernández: “Cantó las necesidades del pueblo que vive adherido a la tierra. Todavía no se ha cumplido para el pueblo argentino la invocación de grandeza y de justicia que el *Martín Fierro* enseña”.

La Causa Malvinas, como sostuvimos precedentemente, fue introduciéndose en la cultura popular argentina a modo de herida abierta, reapareciendo de tanto en tanto mediante las más diversas manifestaciones culturales. Comparto con Jorge Abelardo Ramos la sentencia que afirma que la cuestión Malvinas “resulta incomprensible por fuera del marco del dilema civilización-barbarie”, ya que nos remite permanentemente a un “otro” y al “nosotros”, donde el otro es el “civilizado”.

En lo que respecta a la guerra de 1982, la impronta cultural malvinera se vio potenciada en razón de que el conflicto fue un punto de inflexión histórica en el continente. Recordamos lo afirmado por Ramos: “Con las tropas argentinas en las Malvinas saltó en pedazos el TIAR y la Doctrina Monroe, los simuladores de la democracia europea y los admiradores yanquis de Alexis de Tocqueville, en suma, los modelos ideales en que habían sido educados los oficiales de las tres armas en la Argentina. Volvimos nuestras miradas hacia la América Latina. Nicaragua sandinista nos apoyó lo mismo que Cuba. Por encima de

todo, éramos latinoamericanos. Y este hecho de trascendencia mundial, que reubicaría a la Argentina en el campo del Tercer Mundo junto a aquellos pueblos que como nosotros luchaban por su independencia nacional, sería objeto de una feroz campaña de desmalvinización que no cede ni un solo día”.

Algunos componentes de la Causa unitiva

Para comprender la potencialidad unitiva de la Causa Malvinas y en especial la del conflicto de 1982, debemos tener en cuenta necesariamente los siguientes factores:

- 1) La de Malvinas fue la única guerra protagonizada por nuestro país durante el siglo pasado. Para un pueblo como el nuestro que no posee un ethos guerrero, este factor resulta altamente significativo desde el punto de vista cultural.
- 2) El antagonista fue el Reino Unido de la Gran Bretaña, quien salvo escasísimas disidencias internas, es considerado usurpador ilegítimo de nuestras Islas, y con quien además, mantenemos relaciones desiguales hace más de 150 años, aunque este factor ciertamente no adquiera visibilidad.
- 3) La recuperación transitoria de nuestras Islas se operó en el marco de una de las tiranías más sangrientas que acontecieron en nuestro país.
- 4) La recuperación transitoria de nuestras Islas despertó en la Argentina un sentimiento de pertenencia a Iberoamérica, y en Iberoamérica solidaridades altamente significativas.
- 5) El conflicto de 1982 reabrió una herida abierta profundamente integrada en el sustrato cultural argentino.
- 6) Una persistente tentativa desmalvinizadora fue el recurso utilizado por la superestructura cultural alienante para privar al acontecimiento de 1982 de sus virtudes unitivas.

Cada uno de estos factores, más otros que pueden fácilmente inferirse, resultan a nuestro criterio imprescindibles para el abordaje de la presencia de Malvinas en la cultura de posguerra.

A los jóvenes les recomiendo inmiscuirse en el hecho cultural Malvinas para indagar cómo esta causa persiste en nuestra cultura, cómo la misma no puede escapar a los tiempos y cómo de acuerdo con los procesos históricos, ha ido asumiendo distintas modalidades.

Vamos a inmiscuirnos brevemente en esta cuestión apelando a un interesante trabajo de Cecilia Flachsland, denominado *Una banda de sonido para Malvinas*, que puede ubicarse en la red. A pesar de que no concuerdo con algunas de sus conclusiones, me parece un ensayo sumamente virtuoso.

Comparto con la autora que un hito cultural anterior a la guerra es la poesía *La hermanita perdida*, compuesta por Atahualpa Yupanqui en 1971, concebida en una gira por Europa. “Vino a verme un empresario inglés y me preguntó cuánto cobraba por dar cuatro recitales en Inglaterra. Yo le respondí: ‘Las Islas Malvinas’. Han pasado ya tres años y el hombre no ha contestado aún... verdaderamente un ave rapaz. Puede estar seguro que yo no cantaré en ese país, mientras no nos devuelvan nuestras Islas”, sostuvo Atahualpa en una entrevista. El antibritanismo que desnuda la poesía, coincido, encuentra orígenes en las simpatías juveniles yrigoyenistas del músico y poeta. *La hermanita perdida*, se ha dicho con certeza, “forma parte de esa construcción cimentada en nombres tales como el Gaucho Rivero, Paul Groussac, los historiadores revisionistas, Irazusta, el socialista Alfredo Palacios y los jóvenes peronistas del Operativo Cóndor, entre otros” y, por tanto, representa una época de clara reivindicación nacionalista.

Flachsland sostiene con certeza que para Atahualpa, “el hombre debe traducir e interpretar a su tierra, porque ésta encierra el alma de las cosas. De ahí que la canción personifique al territorio: las Islas son hermanitas, la Patagonia las suspira y la pampa las llama”.

Con posterioridad a la guerra, gran parte de las canciones vinculadas al rock nacional se refieren al “conflicto desde un registro irónico y desencantado”, es decir desde la derrota. El ejemplo es Charly García con su *No bombardeen Buenos Aires*. Pero cuidado, nos encontramos ante expresiones que representan un tiempo, y hay que entenderlas como tales. No es necesariamente una posición ideológica ni un renunciamiento, aunque sí una expresión del clima posdictadura inserto en plena campaña desmalvinizadora.

Posteriormente, más precisamente en la última década, aparecen grupos como Almafuerte, que según Flachsland apuestan a darle voz a los ex combatientes y se preguntan sobre las otras guerras que empezaron una vez finalizada la de 1982. Sostiene en la letra del tema: *Fui elegido para cantarte/ por quienes quieren olvido restate/ grave, pesada mas no inconsciente/ yo te lo mando ex combatiente*. “Me interesa hacer lo mismo que los yankees hicieron con Vietnam. Allá los cagaron a tiros pero ellos te filman películas onda Rambo y se sienten orgullosos de sus héroes. Por otro lado, a veces pienso que los pobres correntinos que viajaron a Malvinas a puro huevo se cargaron unos cuantos.” Ya estamos fuera del clima posdictadura, y Malvinas vuelve una vez más a ser resignificada desde el punto de vista cultural.

Mediante este pequeño ejemplo pretendí ilustrarlos respecto a cómo puede abordarse la Causa Malvinas desde lo cultural. Desde un análisis sobre los productos culturales, puede abordarse el significado que Malvinas efectivamente adquirió y adquiere aún para los argentinos.

No tengo la menor duda de que el clima desmalvinizador –por eminentemente alienante– irá decayendo en el tiempo, y la Causa Malvinas irá adquiriendo nueva significación para las futuras generaciones. Mientras la desmalvinización se construyó desde arriba hacia abajo, la remalvinización viene de abajo hacia arriba, ya que en cada ciudad, en cada pueblo de la Argentina por más pequeño que sea, hay una callecita, una plazoleta, un recordatorio o un adoratorio, y como enseña Kusch, “cuando un pueblo crea sus adoratorios, traza en cierto modo en el ídolo, en la piedra, en el llano o en el cerro su itinerario interior. La fe se explícita como adoratorio y deja en éste una especie de residuo. Es como si fijara exteriormente la eternidad que el pueblo encontró en su propia alma”. A pesar del clima dictatorial que se vivía en 1982, año en el que aconteció la guerra, debemos comprender definitivamente que la Causa de Malvinas antecede y sucede al conflicto, y que se trata de una causa que al no participar de nuestras fragmentaciones y divisiones históricas, sigue preservando una capacidad unitiva para representarnos a todos porque nos coloca ante la presencia amenazante de un “otro” poderoso, demandándonos a unir lazos entre nosotros y con la América indohispánica. Éste es, creo, nuestro desafío para el futuro.

* Abogado, ensayista y profesor universitario. Autor de *¿Existe un Pensamiento Nacional?* y *Polémicas contemporáneas, coautor de Proyecto Umbral - Aportes para resignificar la Historia Argentina, FORJA, 70 años de Pensamiento Nacional en tres tomos, Malvinas: la otra mirada, Rumbos de Justicia: la Constitución de 1949 y Raúl Scalabrini Ortiz, sus luchas y sus enseñanzas*. Es Vicepresidente de la Comisión Permanente de Homenaje a FORJA y Secretario del Instituto y Museo FORJA. Dirige desde hace diez años el Taller para el Pensamiento Nacional Fermín Chávez que se dicta en el Instituto Superior Octubre.

No hay democracia sin soberanía

Federico Urioste *

Siempre me ha preocupado mucho el nivel de deterioro de nuestros archivos, porque son la memoria de una nación. Y cuando no hay memoria, no hay identidad. Y cuando no hay identidad, otros escriben la historia por nosotros. Cuando uno visita el Archivo General de la Nación y otros archivos, puede verificar no sólo el nivel de deterioro sino la sustracción de documentos, de material documental, de películas y noticieros de la época, que han sido robados y nadie sabe dónde se han vendido. Materiales de Malvinas que se han filmado y nunca más aparecieron muestran también un hecho muy grave.

Es muy difícil construir una nación que no tiene memoria. Eso uno no lo ve cuando va a Europa u otros países. En México, inclusive en medio de su crisis, uno ve cómo se venera, cómo se cuida la memoria hasta el extremo. En la Unión Soviética se conservaron los palacios de los zares y materiales documentales inéditos que quizás no correspondían con la ideología del régimen en ese momento.

Yo podría decir probablemente que Malvinas fue la primera guerra por el petróleo. Cuando en 1978 en Medio Oriente cayó el sha de Persia, Mohamed Reza Pahlevi, y subió la Revolución Islámica con el ayatola Ruhola Jomeini, se produjo una inquietud muy grande en Occidente porque no se sabía cuál iba a ser el futuro de los enormes yacimientos de petróleo que Estados Unidos y naciones europeas depredaban.

En 1975, la Universidad de Birmingham realizó estudios a través del buque oceanográfico Shackleton en el Atlántico Sur. El Glomar Explorer, un buque oceanográfico de la CIA que tristemente repostaba en la base naval de Puerto Belgrano, también realizó estudios oceanográficos. Y la Universidad de Columbia también. Todos entre los años 1974 y 1978. Todos apuntaban a la búsqueda del petróleo, y no sólo apuntaban sino que empezaron a descubrir que ahí había petróleo en cantidades importantes. Algunos hablan de doscientos mil millones de barriles, como el ingeniero Bernardo Grossling, de la Organización de Naciones Unidas. Los antedichos afirman que eran de cuatro a nueve veces mayores los yacimientos de petróleo que existían en Malvinas e, incluso, en el Golfo de San Jorge a los niveles del Mar del Norte.

Esto demuestra que la Guerra de Malvinas no fue un hecho tan ingenuo. ¿Por qué? Porque estaba el petróleo por medio, la proyección geopolítica hacia la Antártida, el control del pasaje del Océano Atlántico al Pacífico y el control estratégico en medio de la Guerra Fría, dado que Panamá era muy fácilmente batible en un conflicto que estaba en su plenitud. Y tenemos que decir que la Guerra Fría en realidad encubrió la verdadera guerra, que es el enfrentamiento entre el Norte y el Sur, que es lo que está en plenitud en estos momentos.

Hoy ya han desembarcado los ingleses en Malvinas, no solamente con el aparato militar, sino con las compañías petroleras. Están impunemente explotando nuestro petróleo, impunemente trazando un círculo alrededor de Malvinas, Georgia y Sandwich, que tiene 350 millas. Ellos reclaman eso.

Mientras, la Argentina ha ido muy lentamente en sus reclamos alegando problemas técnicos en sus buques oceanográficos, pero en realidad con poco interés de reclamar. Si bien ya se ha entregado esa documentación, a pesar de las múltiples denuncias que se han hecho, poco se presiona para que eso siga adelante. Prácticamente todos los países ribereños en el mundo han completado esos estudios. Creo que estos estudios vencían este año, menos para Estados Unidos, que por ser un imperio se ha dado el lujo de llevar hasta el 2014 la entrega de la documentación correspondiente.

La ministra de Defensa, Nilda Garré, en la primera invitación que tuvo en el Congreso de la Nación cuando se abrió este año parlamentario, hizo una larga exposición de más de tres horas con sus comandantes militares atrás y dijo que la Argentina no tiene hipótesis de conflicto, lo que motivó que un diputado le preguntara si la existencia de la Cuarta Flota de Estados Unidos era o no era una hipótesis de conflicto. El diputado preguntó si una porción del territorio argentino ocupado por Gran Bretaña es o no es una hipótesis de conflicto. O, como bien dijeron aquí, no es una hipótesis, *es el conflicto*. Y también le preguntaron si el narcotráfico, que ya es un hecho político, es o no es una hipótesis de conflicto. Y la ministra respondió que el narcotráfico es una situación seria pero no es una hipótesis de conflicto.

Es muy difícil hablar de soberanía si no existen fuerzas armadas. Si no existen fuerzas armadas no hay soberanía. Yo reconozco que tenemos una historia muy triste atrás con la dictadura militar de 1976-1983, pero no todo nuestro Ejército Argentino fue así. Hubo un ejército de Rosas, de San Martín, de Perón, de las montoneras que lucharon contra la “Guerra de la Triple Infamia”, es decir la Guerra del Paraguay, y que se opusieron al enfrentamiento. En la época del

llamado Proceso de Reorganización Nacional hubo oficiales que se negaron a cumplir órdenes o pidieron la baja para evitar esa represión bestial.

Me acuerdo de una frase que escribió Osvaldo Bayer en el diario *Clarín*, cuando asumió el gobierno democrático de Raúl Alfonsín en 1983, que me sorprendió mucho. Él es un hombre de pensamiento marxista y, refiriéndose al Ejército Argentino, dijo que no era fascista porque el fascismo fue un proyecto político, social y cultural y este ejército no fue eso, sino que fue un ejército dependiente del Pentágono. Eso me impresionó mucho, fue más triste todavía, ni siquiera fue un ejército nacional durante el Proceso.

Por eso digo que en lo personal rescato al ejército de los generales Enrique Mosconi y Manuel Savio, que construyeron la siderurgia y el petróleo. Desgraciadamente, nuestras Fuerzas Armadas han dejado de existir, prácticamente parecen una guardia rural –como las que existían en América Central– ante una situación de enormes conflictos que se avecinan en el mundo moderno, conflictos que van a ser por el agua dulce y los alimentos.

La Antártida tiene por lo menos el 80 por ciento del agua dulce del mundo, y de ahí la importancia de Malvinas, la proyección sobre la Antártida. Gran Bretaña está exigiendo concretamente la Antártida Argentina y la zona chilena de la Antártida. A eso tenemos que decir que hay que latinoamericanizar la Antártida, que el Atlántico Sur sea latinoamericanizado. Construyamos la primera empresa petrolera latinoamericana.

A raíz de todo esto, hay un informe muy inquietante que salió en un diario británico y acá no llegó o no se publicó. Fue un documento “cedido” por el Pentágono en 2005, donde habla sobre los futuros conflictos del mundo. El informe dice que el presidente George W. Bush antes escuchaba al Pentágono y a las petroleras, pero ese año sólo escuchaba a las petroleras. El informe trata sobre las consecuencias políticas, sociales, económicas y, por ende, militares del cambio climático, que no es lo que dice Greenpeace; es mucho más grave.

La situación que se avecina es una lucha por los recursos en todos los países. Ya estamos viendo lo que ha pasado en Rusia, que este año perdió parte de su cosecha. Y lo que está pasando en nuestro país, donde hay una directiva interna, no oficial, del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), de no dar información a los climatólogos sobre la verdadera situación del cambio climático en nuestro país dada la gravedad que tiene.

¿Qué dice el informe del Pentágono? Dice que se van a producir enormes hambrunas y, como consecuencia, grandes desplazamientos de población y que esta situación va a producir terribles guerras, probablemente hasta nucleares. No es casual que un mes atrás la flota norteamericana cruzó el Canal de Suez acompañado por la flota de Israel y se instaló en el Estrecho de Ormuz. Lo que Fidel Castro en ese momento denunció como la posibilidad de una guerra nuclear, se está aproximando.

La Argentina, y probablemente América Latina, son un enorme reservorio de recursos naturales y de agua. Si uno junta las cuencas del Orinoco, del Amazonas y del Plata, hay un enorme reservorio de recursos de agua dulce y particularmente lo que se llama el Acuífero Guaraní, que abarca la provincia de Corrientes, el sur de Paraguay, entra por el sur de Brasil y llega hasta prácticamente las puertas del Uruguay. Es uno de los reservorios de agua dulce más grandes del mundo. Hoy día, el multimillonario “ecologista” Douglas Tompkins ha comprado más de ciento cincuenta mil hectáreas en los Esteros del Iberá, en la provincia de Corrientes, teóricamente en defensa de los recursos naturales.

Esto nos lleva a la situación de que cuando se habla de democracia yo afirmo que no hay democracia sin soberanía. No es la democracia la que nos lleva a la soberanía; es la liberación nacional la que nos va a llevar a la soberanía.

Estamos llegando a situaciones bastante límites en nuestro país. El contrabando ilegal de aproximadamente sesenta avionetas por mes que trasponen la frontera del Paraguay trayendo drogas, y no se sabe qué otras cosas más, produce mucha inquietud porque no hay un sistema de radares. La Argentina tiene el 11 por ciento de su territorio cubierto por radares mientras la mayoría de los países latinoamericanos tienen el 90 por ciento de su territorio. Por eso estamos bajo la amenaza de sectores del narcotráfico disfrazados de guerrilla rural en Paraguay, Gran Bretaña que asoma en las Islas Malvinas y la indefensión de la Argentina.

Brasil en estos momentos está tratando de consolidar la Unasur, y el próximo paso sería la construcción probablemente de un sistema regional de defensa. Esperemos no llegar tarde y que el conflicto se nos instale, ya definitivamente, no por vías diplomáticas sino por vía militar.

* Director y guionista de los documentales *Hundan al Belgrano* (1996) y *Rebelión* (2003).

La posguerra como campo de batalla

Julio Cardoso *

En junio de 1982, la Argentina comenzó a transitar su posguerra –la primera en su historia contemporánea– consolidando rápidamente una mirada orientada hacia el silencio y el olvido.

Mientras la comunidad se entregaba a su propio proceso de tramitación de la experiencia de guerra –tarea que recayó principalmente sobre las nacientes organizaciones de ex combatientes y en la asociación que constituyeron las familias que habían perdido un ser querido durante el conflicto– el Estado, las fuerzas políticas responsables de gobierno, las instituciones educativas, los intelectuales y los medios de comunicación adoptaron, casi sin diferencias, un discurso distante para con los acontecimientos vividos y condenatorio hacia sus protagonistas.

Resulta sencillo proponer explicaciones acerca de las necesidades que justificaron esta institución de la desmalvinización en la sociedad argentina. Lo difícil es no rendirse ante la evidencia de que su resultado, como política de posguerra, ha sido altamente trágico, injusto y empobrecedor para con nosotros mismos.

Desmalvinización: el punto de vista “del loco”

La forma en la que la Argentina salió del conflicto bélico fue sobre todo trágica, injusta y empobrecedora para los combatientes y sus familias. Pero poco a poco, en sucesivos círculos concéntricos, esta condición trágica, injusta y empobrecedora fue ampliándose hasta abarcar la totalidad del escenario político de la posguerra, que con sus más y sus menos optó por construir su gobernabilidad en la imposibilidad de pensarnos como comunidad histórica, más allá de la dictadura militar y del terrorismo de Estado.

Desde entonces, la Argentina parece haberse movido en un presente puro apenas apoyado en una memoria de corto plazo. Esto alentó pragmatismos de toda índole y nos restó perspectiva para imaginarnos en el futuro, como proyecto colectivo.

Tal vez el rasgo más expresivo de esa primera posguerra haya sido el hecho de que las crisis se vivieran, no como procesos derivados unos de otros, sino más

bien como catástrofes que sorprendían con su irrupción inesperada y a las que sólo podían darse respuestas urgentes, oportunistas y casi siempre acopladas al horizonte impuesto por la entonces recién nacida globalización.

Ese cuño que marcó la política interna y externa de aquella primera democracia obtuvo su forma en la desmalvinización: el corte con el pasado, la preferencia por el minimalismo, una mirada fascinada por los detalles secundarios, proclive a la fragmentación y a la teatralidad, inclinada a actuar sobre la superficie y desdeñosa de profundizar en los estratos, partícipe de la más pueril posmodernidad de moda en esos días, que se declaraba impotente para aventurar generalizaciones o definir regularidades, y optaba por hacer y ver el mundo como un inestable conjunto de múltiples discontinuidades.

Resulta curioso que la época de la fragmentación del pensamiento coincidiera con la época de la más fenomenal concentración económica y militar a nivel planetario.

Prueba de esto es, entre otras cosas, la inequívoca lógica del saqueo colonial en Malvinas –cuya evidente continuidad ha vuelto a “sorprender” en estos últimos tiempos, con el envío de las plataformas de exploración petrolera al servicio de las empresas Desire Petroleum, Rockhopper Exploration, BHP Billiton, Falkland Oil and Gas, Argos Resources y Borders & Southern Petroleum– hecho que nos confronta de inmediato con la equívoca lógica propuesta por la desmalvinización, que no sólo se ha demostrado incapaz para comprender la guerra de 1982, sino que tampoco ha sido útil para predecir sus consecuencias a futuro.

Una de las claves de esta incapacidad radica en que de todos los puntos de vista disponibles para comprender el conflicto bélico que la Argentina sostuvo con el Reino Unido, la desmalvinización elaboró el suyo eligiendo como propio el punto de vista “del loco”: a la sombra de esa idea repetida hasta el cansancio de que el país “fue arrastrado por la locura de un general borracho a una guerra absurda con el solo fin de perpetuarse en el poder”, se ha producido, en la Argentina, una de las operaciones discursivas más perniciosas de nuestra historia contemporánea.

La semiología propone la idea de que una época se define en la adopción de un léxico y una gramática. Dice Richard Rorty: “Los seres humanos hacen las verdades al hacer los lenguajes en los cuales se formulan las proposiciones”.¹

La adopción de “la locura” como razón principal de los acontecimientos vividos en 1982 ha implicado el envío de la totalidad del conflicto y de todos sus partícipes al territorio del absurdo, de la insensatez y el disparate. Es natural, entonces, que bajo la orientación de la mirada “del loco”, todas las proposiciones terminen envueltas en el sinsentido.

Desde este punto de vista, no serían relevantes los intereses concretos de los actores internacionales ni los escenarios y estrategias que desde hace décadas, siglos, se vienen desplegando sucesivamente alrededor del control del Atlántico Sur y sus recursos.

En el mundo del absurdo, las causas se disuelven, las razones no hacen pie, prevalece la nada.

Por esta razón, las posiciones desmalvinizadoras tiene enormes dificultades para incorporar a su discurso palabras como “héroe”, “sacrificio”, “Patria”, “coraje”, “causa”, “América”, “imperio”, “colonialismo”, “saqueo”. Son palabras que resultan problemáticas porque la carga de sentido de la que son portadoras es inconcebible desde el punto de vista “del loco”. Al evitar el carácter anticolonial del conflicto, la desmalvinización opta por un discurso de perspectiva introvertida que pone el acento en otro vocabulario: “fuimos llevados”, “zapatillas”, “estaqueo”, “hambre”, “frío”, “vergüenza”, “miedo”. En realidad, se trata de léxicos no excluyentes que la desmalvinización ha querido poner como antagónicos para sostener un pseudoideologismo de apariencia progresista que se especializa en producir relatos maniqueos, lisos y monocausales. En ese discurso, la figura privilegiada es la del inocente inmolado por el dictador, una figura construida a posteriori, ajena al sentir de época y que, en el escenario de las Islas, es incapaz de explicar la razón de los combates.

Esta mirada que instituyó el vacío en el corazón del conflicto por Malvinas es la responsable de la puesta en circulación de esa serie de penosas estampas que por mucho tiempo dominaron los medios de comunicación, buena parte del arco político y de las instituciones educativas: la imagen de los “chicos de la guerra”, una generación de “antihéroes” empujada al matadero o al suicidio, degradada, aislada y resentida como consecuencia “de aquella locura absurda”.

La desmalvinización es una operación discursiva que hizo desaparecer al *combatiente* y nos los devolvió transfigurado en *víctima*, en una sombra de sí mismo, alguien que no tendría otra cosa para decir más que el relato de sus padecimientos personales.

Este proceso de reducción a la insignificancia de los acontecimientos que se abren a partir del 2 de abril de 1982 comenzó con la eliminación de la dimensión histórica, social y política del conflicto y nos condujo luego, posguerra mediante, a la ingenua superstición de que ya no habría conflicto, o bien que nada se puede hacer con él.

Si hubiera una “doctrina de la desmalvinización”, su cumplimiento más ortodoxo podría describirse según los movimientos y pasos siguientes:

Primer movimiento

1. Supresión de la escena pública de los protagonistas. Pérdida de la palabra. Promoción de los “intérpretes” y los “comentaristas”.
2. Construcción del concepto del “sin sentido” para todo lo acontecido.
3. Identificación de “guerra perdida” con “causa perdida”.

Segundo movimiento

4. Remisión de todo y de todos al interior del dispositivo represivo de la dictadura.
5. Victimización. La guerra de Malvinas como “campo de exterminio” extendido al Atlántico Sur: tratamiento de los combatientes como víctimas del terrorismo de Estado.
6. Desplazamiento de la cuestión colonial a un lugar secundario. Promoción de los enfoques técnicos del problema.

No es la tarea aquí dilucidar los objetivos de una doctrina semejante. Nos basta comprobar su resultado. En este sentido, parece obvio que la definición de la Guerra de Malvinas como “locura absurda” solo podría arrojar conclusiones absurdas. Es esto, precisamente, lo que encontramos a lo largo del camino de la desmalvinización: confusión y extravío.

Dos ejemplos ínfimos. Al cumplirse los veinticinco años de la guerra, la página oficial del Ministerio de Defensa eligió hacer su recordatorio el 14 de junio, no el 2 de abril. Obviamente, hubo protestas, cartas, respuestas, y rápidamente “el error” fue corregido. En 2008, el Ministerio de Educación de la Nación también tuvo que corregir otro “error”. Entre los materiales de apoyo docente que ofrecía desde su página oficial, presentaba un trabajo sobre la cuestión Malvinas en el que se definía la recuperación del 2 de abril de 1982 como “invasión argentina”. Denuncia mediante, el trabajo fue retirado.

No hace falta mucho análisis para darse cuenta de que considerar como “invasión” el acto de recuperar las Islas y elegir como fecha para conmemorarlo el día

de la rendición militar argentina en Malvinas son decisiones que expresan con mucha propiedad el punto de vista británico, no el nuestro.

Cabe preguntarse cómo llegamos a esta “locura”. La desmalvinización, esa operación discursiva que instala ambigüedad donde no debería haberla, se inscribe, sin duda, en esa cultura del coloniaje que en los años cuarenta Scalabrini Ortiz describía con la siguiente fórmula: “Hablamos en castellano, hacemos en inglés”.²

Se trata de un procedimiento que recuerda la broma de Marechal cuando se refería a “la” mujer como una “conjunción adversativa”, observando lo que sería una cierta “habilidad natural” para crear controversia y contrariedad con el uso sistemático del “pero”, “aunque” o “sin embargo”, diluyendo así toda tentativa de afirmar una certeza.

El procedimiento pierde la simpatía de la broma y se vuelve antipático cuando aparece para obstaculizar el juicio de la comunidad, problematizando hasta las cuestiones más elementales, sencillas y evidentes. Veamos un ejemplo. ¿Cómo deberíamos contestar las siguientes preguntas?:

1. Con quiénes se enfrentaron los soldados argentinos en Malvinas: ¿con la fuerza colonial británica o con la dictadura militar?
2. Qué es lo que estaba en juego para esos combatientes: ¿la soberanía de las Islas o la continuidad de la dictadura militar?
3. Los caídos argentinos en la guerra de Malvinas ¿son héroes de esa lucha o son víctimas del gobierno militar?

El sentido común respondería sin titubeos. Basta seguir el hilo de estas preguntas y estar dispuesto a asumir con honestidad todo lo que de ellas se deriva para que el estatuto discursivo de la desmalvinización –justificado solamente en la mirada “del loco”– caiga por su propio peso.

Malvinas como faro de orientación

Hablar de historia contemporánea siempre es complejo, delicado. Sabemos que no está disponible toda la información, que los testimonios están cargados de subjetividad y que los intereses en juego siguen operando en todos los escenarios, los fácticos y los discursivos.

Se trata de un conflicto vigente. Y en esta materia, el historiador académico o el profesional de la educación, cuando se presenta la necesidad de elaborar

contenidos para el sistema educativo, prefieren posponer la adopción de puntos de vista definitivos y se inclinan por los planteos abiertos. Es comprensible: “Necesitamos, primero, hacer lugar a todas las miradas”, “es un acontecimiento sobre el que no hemos alcanzado una síntesis adecuada”, “es un tema polémico”. Es lo que se oye.

Me gustaría, sin embargo, plantear un dilema. La contemporaneidad de los hechos, su proximidad, aparece como impedimento al dejarnos sin distancia suficiente para contar los hechos con suficiente verdad y justicia. Ahora bien: todos sabemos que un hecho sólo puede ser comprendido cuando somos capaces de describirlo, de contarlo. Describir y relatar son formas del conocer. Resulta obvio, entonces, que si no conseguimos enunciar al menos una hipótesis descriptiva, un punto de partida firme, el problema escapará a nuestro entendimiento y, por lo tanto, no podremos resolverlo. Si el problema sigue irresuelto –y es un hecho que la ocupación colonial sigue– el problema continuará anclado en nuestra contemporaneidad, en el presente, cosa que nos devuelve al principio: como se trata de un hecho contemporáneo, resulta muy complejo decir algo de él, con verdad y con justicia. “Es necesario, primero, hacer lugar a todas las miradas”...

Se nos impone un problema técnico como si se tratara de un problema gnoseológico. La enunciación, obviamente, siempre carga con el peso de su propia arbitrariedad. Pero el hablante toma riesgo. De otro modo, estaría condenado a permanecer en silencio. Esto es así, siempre. A poco de analizarlo, el argumento que pone “la contemporaneidad” como problema, se revela en serie con el procedimiento de la “conjunción adversativa”, esa fábrica de ambigüedad que hace uso y abuso de la natural ambigüedad del lenguaje.

Proponer una especie de “pensar impresionista”, en donde el paisaje de la historia queda perpetuamente indefinido entre el día y la noche, donde la ambigüedad sobre si se trata de un amanecer o de un crepúsculo es impenetrable, sin duda forma parte de la operación discursiva que propone la desmalvinización.

Esta estrategia acepta perfectamente la descripción de “máquina” que propone Félix Guattari en *Caósmosis*: “una de las instancias centrales en la producción de subjetividad” que “acota lo visible y lo enunciable, y establece ciertas relaciones de poder” por medio de sus procedimientos discursivos.³

Todos sabemos que reivindicar la posibilidad de un saber exhaustivo, perenne, esencial e irrefutable es imposible. Ésta no es la cuestión. Aquí no se trata de

oponer a la desmalvinización una malvinería puritana y dueña de todas las certezas –discurso que existe también, y que es contracara de la desmalvinización, la misma cosa–. El asunto que nos ocupa es cómo se construye un punto de vista común, dónde situamos nuestro propio faro de orientación en este verdadero campo de batalla por el significado de las cosas en el que se ha convertido la posguerra.

Necesitamos romper “la máquina de la desmalvinización”. En pocas palabras: nos hace falta decidir, por un lado, cómo organizar el saber, y por el otro, cómo organizarnos para saber. Otra maquinaria conceptual.

Si vamos a contar la historia de este conflicto, lo primero que necesitamos es identificar al sujeto de esta historia y situar ahí la clave del relato. Sin duda, se trata de una historia que recae a cada momento sobre sujetos individuales, pero sería imposible que un solo sujeto individual cargue más allá de su propia vida con una Causa que tiene ya casi dos siglos de existencia.

Nada dura doscientos años si no está sostenido en la comunidad, ese flujo constante de vida que da continuidad a lo que somos, cada vez, a cada instante. El sujeto de la historia no podría ser entonces “el general borracho”. Pero tampoco el político, el profesor, el periodista, el funcionario, el dirigente o el militante. Ni siquiera el ex combatiente es ese sujeto histórico.

Es simple y al mismo tiempo misterioso: el sujeto de la Causa de Malvinas es el pueblo. Han marchado sobre sus hombros todos aquellos que, a cada momento, tomaron y toman parte en esa lucha.

De distintas maneras, hace ya casi dos siglos que Malvinas se viene reeditando en nuestra contemporaneidad. Se trata, realmente, de un fenómeno poco común. En la historia del país no son tantos los hechos, las personalidades o las formas culturales que han conseguido inscribirse en la memoria popular de un modo semejante.

Para acometer el relato de esta historia es indispensable, entonces, tomar al pueblo como faro de orientación y seguir el hilo de su comportamiento histórico, porque en su seno opera un saber que a lo largo del tiempo ha ido convirtiendo la expresión “Malvinas Argentinas” en un verdadero campo simbólico, que incluye la reivindicación de la soberanía de las Islas pero que extiende su significación mucho más allá de ellas.

¿De dónde surge esa vitalidad simbólica? ¿Por qué esas Islas siguen siendo evocadas en todos los presentes de nuestra comunidad?

La pregunta nos parece fundamental. Y por contraste, resulta también fundamental reparar en el hecho de que esta inscripción popular nunca ocupe el centro en las interpretaciones académicas, periodísticas o políticas más difundidas sobre la cuestión Malvinas.

Se sostiene a veces que esa relación histórica establecida entre el pueblo argentino y esas Islas es una invención de la literatura política, una ficción que sólo ha servido de estribo para lo que es calificado como aventuras, errores o desmesuras nacionalistas. De ahí que se considere ese carácter popular como un problema, o como un peligro siempre emergente, algo que habría que remover para que el país pueda alcanzar una comprensión objetiva del problema y, eventualmente, su solución.

Nuestra opinión es que la lógica de estos argumentos es, sin más, la lógica del coloniaje.

En el corazón de esa danza gigantesca que los hombres y mujeres de una comunidad llevan adelante cuando se entregan a vivir su cultura y su tiempo, en su histórico devenir, los pueblos –sin una razón específica y por fuera de la lógica formal– hacen nacer las creaciones culturales que les sirven de orientación y dan sentido a su vida.

De esas creaciones surgen nuestros modos de ver y de contar el mundo, el centro de gravedad alrededor del cual se organiza el sentir y el decir de una comunidad. Es lo que extraordinariamente ha podido definir Jaime Dávalos en su *Vidala del Nombrador*. Así habla el sujeto popular, siempre dueño de sí mismo y de todo lo que él hace existir:

*Vengo del ronco tambor de la luna
en la memoria del puro animal.
Soy una astilla de tierra que vuelve
hacia su antigua raíz mineral.*

*Soy el que canta detrás de la copla
el que en la espuma del río ha'i volver,
paisaje vivo mi canto es el agua
que por la selva sube a florecer.*

*Yo soy quien pinta las uvas
y las vuelve a despintar.
Al palo verde lo seco
y al seco lo hago brotar.*

Empujados por esa voz se alzan en el territorio los faros de identidad de la “Nación del Vivir”, como la llamaba Rodolfo Kusch.⁴ Esos faros marcan el horizonte cultural del que surge el pensamiento de una comunidad, cúmulo de figuras cargadas de sentido y de afectos o, como decía Yupanqui, “de esas locuras divinas que hacen que el hombre de por aquí se aferre a su continente”.⁵

La Causa de Malvinas es uno de los faros de esa Nación del Vivir, porque involucra de raíz y en todas sus partes su propia existencia como proyecto de autonomía colectiva.

A lo largo de la historia, esa Causa ha venido proporcionando motivos, significados y orientación para esta aventura siempre abierta de hacernos a nosotros mismos, una comunidad, un país, una Patria. Por eso permanece encendida. Porque es vivida como una fuente proveedora de sentido, como uno de esos territorios simbólicos donde la comunidad se asegura el constante nacer y renacer de “un decir” y “un sentir” para ella misma, siempre disponible para alumbrar después como pensamiento, como acción y como proyecto.

Esta noción de “un sentir y un decir como proyecto” nos permite traer acá una cita de Macedonio Fernández que nos parece ejemplar: “Un Estado, cultura, ciencia o libro no hechos para servir a la Pasión no tienen explicación”, por más que lo respalde la ciencia, el buen gusto o el “intelectualismo extenuante” del pensar colonizado.⁶

No hay abordaje serio de la cuestión Malvinas si no se pone a los pueblos de la región en el centro del escenario. Porque ellos mismos son la Gran Causa, su propia Pasión.

La máquina de la desmalvinización, en este sentido, funciona como una muralla discursiva al servicio del control de esa pasión popular.

El libro de cabecera de la Causa

Es preciso restituir al pueblo como sujeto en nuestros relatos sobre la Causa de Malvinas. Esto significa identificar sus pronunciamientos, su saber, su pensamiento. ¿Dónde está escrito lo que el pueblo piensa acerca de la Causa? Es

necesario decir algo acerca de esto porque en nombre del pueblo se ha dicho, se dice y seguramente se seguirá diciendo cualquier cosa.

Solemos pensar en “el saber” como algo que se acumula bajo la forma de libros. Hannah Arendt afirma con razón que el hombre se manifiesta con la palabra y con la acción, y que “la acción, aunque no es un lenguaje, en ocasiones puede leerse como si lo fuera; al igual que la palabra puede sentirse a veces tan sólida y material como la acción”.⁷

En esta región del mundo, los pueblos son particularmente expresivos a través de la acción. Hacen en forma aluvional, como ruptura, o por diseminación, muy lentamente. “Los pueblos siguen la táctica del agua. Aprisionada, se agita y pugna por desbordar; si no lo consigue, trabaja lentamente en los cimientos, buscando filtrarse. Si nada de esto logra, acaba en el tiempo por romper el dique, lanzándose en torrente. Son los aluviones. Lenta o tumultuosamente, el agua, igual que los pueblos, pasa siempre”.⁸

En el plano de su cotidianidad, los pueblos despliegan su escritura, como dice Kusch, a medida que van “domiciliándose en el mundo”. Lo hacen muy despacio, marcando el territorio con gramáticas de orden simbólico y de naturalezas muy diversas: sus cancioneros, sus prácticas muralistas en los barrios, en la inscripción de sus cuerpos de creencias, sus dichos, en la ritualidad de sus celebraciones o con la presencia de sus heterogéneos santorales, a los que la comunidad dedica altares y adoratorios. Todas éstas son escrituras del pueblo.

Dentro de esa verdadera biblioteca popular tiene un lugar preferencial la serie de marcas que integra lo que se podría bautizar como el “libro de cabecera” para la comprensión popular de la Causa de Malvinas. Veamos algún ejemplo de esas escrituras.

Tal vez el primer “texto” de lectura obligatoria para cualquiera que se proponga el abordaje de la cuestión Malvinas debiera ser el que la guerra y la posguerra ha escrito sobre los cuerpos de los ex combatientes y las familias de los Caídos.

En este terreno, nada se puede decir sin escuchar primero. Esos cuerpos llevan tatuado una parte importante de la historia. Esto es algo que no podemos dejar de leer: la voz y los gestos de los protagonistas, algo que fue y en buena medida sigue siendo denegado o velado por los intérpretes, aquellos que tomaron su lugar apenas concluyó la guerra y que hasta el día de hoy continúan ocupando las principales tribunas públicas. Aquí corresponde decir, como dice Jaime Ross

en *El hombre de la calle*: “No me hables más de él, no hablen más por él”. El levantamiento de esta interdicción y la completa liberación de la voz de todos los protagonistas es una necesidad en ese “libro de cabecera” del que hablamos.

Otro capítulo de altísimo valor político es la formidable presencia de la Causa Malvinas en el paisaje urbano y suburbano de la Argentina. Otra lectura obligatoria.

Llevan nombres relacionados con la Causa innumerables calles de todos los pueblos y ciudades del país, plazas, plazoletas, monumentos, monolitos, escuelas, salones sindicales, centros culturales, centros de salud, clubes, estadios, cines, auditorios, teatros, aeropuertos, municipios y multitud de complejos habitacionales. Una búsqueda superficial en internet arroja 266 millones de entradas para las palabras Malvinas Argentinas. Hay fábricas de chacinados, de pastas, talleres mecánicos, servicios de transporte, cooperativas de trabajo, de telefonía o de la construcción que llevan ese nombre en Bahía Blanca, Cipolletti, Balcarce, Buenos Aires, Mendoza, Córdoba, San Luis, Monte Grande, Puerto Iguazú... La calle principal de Iruya, pueblo salteño de no más de dos mil habitantes que está colgado de la montaña a cuatro mil metros de altura y cuya relación con el Atlántico Sur parece a primera vista más que imposible, se llama Malvinas Argentinas. Es una calle de apenas cincuenta metros, que arranca en la ladera del cerro, pasa frente a la iglesia y termina en un abismo al pie del cual corre el río Iruya.

Después de San Martín y de la gesta sanmartiniana, la Causa de Malvinas debe ser la memoria más nombrada del país. Evidentemente, en todos estos años, el pueblo ha ejercido de un modo vigoroso su poder de Nombrador, como afirma la vidala de Dávalos, construyendo sobre todo el territorio nacional una verdadera topología de la Causa.

Éste es un texto de una significación extraordinaria porque no ha sido escrito por las elites de poder, ni por los núcleos académicos o intelectuales, ni por la alta dirigencia política, ni por el personal político del Estado. Este texto ha nacido lentamente desde abajo, por impulso de la comunidad. Y todos conocemos el altísimo consenso social y político que exige la ley para decidir el cambio de nombre de una calle o de una escuela. Pensemos entonces que esto se ha repetido por miles y miles de casos en todas partes, a pesar y en contra de un contexto francamente desmalvinizador, lo cual multiplica el significado político que subyace a la voluntad del Nombrador, que decidió con esta topología dejar en claro que esa Causa está en un lugar central de su memoria.

Dijimos antes que los pueblos se manifiestan diseminando signos lentamente, como en los casos anteriores, o en forma aluvional, como ruptura. Veamos algún ejemplo de esta segunda modalidad.

El pueblo, cuando irrumpe, no argumenta; simplemente afirma. El aluvión no es narrativo. Viene a poner una especie de punto final a lo que se venía diciendo y hace lugar para que otra narración dé comienzo. El pueblo aparece para establecer una verdad y en ese acto hace saltar la térmica de todos los gabinetes de ciencias políticas y sociales. La lógica vandálica de las intervenciones populares subordina siempre todos los contenidos a la potente dirección de sus pasiones. La desmesura es su regla, y así se manifestó, desmesuradamente, al conocer la noticia de la recuperación de las Islas, el 2 de abril de 1982.

Durante la convocatoria que reincorporó a los cuarteles a la clase 62 que ya había sido dada de baja de su conscripción, por ejemplo, no se registró la deserción de ningún integrante en todo el país. Esto pone en tela de juicio el mecánico “nos llevaron” de la desmalvinización. Se presentaron todos los soldados conscriptos, sin excepciones, incluso antes de haber recibido el telegrama. Había en el aire un clima que sólo a posteriori fue forzado a perder significación. Esta masiva predisposición es, sin duda, un texto fuerte.

Hay otros. En las cárceles de la dictadura, grupos de presos políticos decidieron ofrecerse para combatir junto a los soldados argentinos. Al no prosperar el ofrecimiento, organizaron bancos de sangre para asistir a los heridos de esa lucha. La presentación espontánea de voluntarios para combatir no sólo se dio en el país, también ante las embajadas del Perú, de Panamá, de Cuba, de Venezuela. En Caracas, los venezolanos realizaron un apagón espontáneo en repudio del hundimiento del Crucero General Belgrano. La fuerza de esta presencia popular provocó la ruptura de la unidad de todos los centros de exiliados de América Latina y España, inaugurando un masivo movimiento de apoyo a la Causa argentina, sin que eso significara renunciar a la lucha contra la dictadura. Seguramente, el pronunciamiento más lúcido y transparente en este sentido haya sido el comunicado de la CGT de Saúl Ubaldini que, luego de haberse movilizado contra el gobierno el 30 de marzo de 1982 y de recibir una de las represiones callejeras más violentas de entonces, volvió a manifestarse el 3 de abril, esta vez exigiendo el respeto simultáneo a la soberanía nacional en Malvinas y a la soberanía popular en el continente. Esas expresiones abrieron un espacio impensado para la política, gracias a que el aluvión popular supo conquistar para sí todo el espacio público disponible. Se sentía profundamente

que estaba sucediendo algo potente, que el futuro era una posibilidad abierta, a construir.

El conjunto de las acciones populares que se manifestaron en ese escenario configuran y pueden leerse como un texto de signo emancipador, no visible sólo para quien cree que estallidos de esta índole son nada más que producto de la manipulación informativa y de la demagogia. Pobre consideración del pueblo hay en esta mirada de iluminado.

La inteligencia y complejidad de los pronunciamientos populares de esos días están muy por arriba de la medianía de muchos ensayos de esclarecidos. En 1982, el pueblo argentino se manifestó rotundamente contra el gobierno militar. Está probado. Al mismo tiempo, nunca dejó de sostener a sus hijos en la altísima encrucijada del combate contra las fuerzas británicas, ni dejó de reivindicar la soberanía argentina sobre las Islas. Pero además de esto, tampoco cayó en el delirio belicista. Constantemente apoyó y pidió una solución pacífica para el conflicto.

Visto en perspectiva, éste es un texto ejemplar acerca del sacrificio que implica elegir el camino que dicta la pasión popular, que en aquella alternativa no fue ni el más sencillo ni el menos doloroso ni el que tenía éxito garantizado. Fue, sencillamente, el más digno.

Un caso especialmente demostrativo de esa dignidad es el movimiento de solidaridad que se desplegó en el seno de la comunidad cuando quedó confirmado que los británicos enviarían su flota de guerra a las Islas. Ese movimiento fue tan extenso, intenso y espontáneo que obligó al Estado Mayor Conjunto de la dictadura a anunciar, en su Comunicado número 41 del 1 de mayo, que “la elevada cantidad de medios, materiales, víveres y equipos que se han recibido en los distintos puntos del país, hacen dificultosa su estiba y distribución, y supera la capacidad de carga de los transportes disponibles. Por ello, se solicita a la población suspender por el momento el envío de donaciones”. El aluvión solidario pugnaba por llegar hasta las Islas más allá de todo límite.

Al cumplirse los veinticinco años del conflicto, el secretario de Hacienda del gobierno militar, Manuel Solanet, declaró al diario *Clarín* que “la recaudación definitiva en donaciones fue de 54 millones de dólares, casi el doble de lo que demandó la movilización de tropas para la ocupación de las Islas, que costó 29 millones de dólares”.⁹

La energía social comprometida en ese movimiento solidario es algo que muy pocas narraciones consideran. Ha interesado más el destino que un puñado de “vivos” le dieron a lo donado que el carácter de manifiesto malvinero que se expresó en el abrumador volumen de esas donaciones.

Esa solidaridad expresa uno de los hechos políticos más importantes de aquel momento. La irrupción de esa lógica popular fue la que le cambió el signo a esa pequeña maniobra de palacio imaginada por la dictadura, convirtiéndola en un verdadero acontecimiento, caja de resonancia regional para una aspiración histórica de todos los pueblos del continente.

Nos parece que estas acciones pueden leerse como un texto. Son parte de ese “libro de cabecera” que nuestros maestros y profesores podrían ofrecer a sus alumnos. Resulta imposible comprender una Causa que permanece encendida durante tanto tiempo sin el auxilio de esos pronunciamientos populares.

Decir y sentir del pueblo

Dentro del extenso tejido narrativo que el pueblo argentino ha venido hilando alrededor de la expresión “Malvinas Argentinas”, hay una hebra que fue hilvanada en la posguerra por las familias de nuestros Caídos.

En 1983, enfrentados a la pérdida irreparable, debieron decidir sobre cuestiones para las cuales jamás se habían preparado. La guerra les había quitado lo más querido. No podía ser peor. Y ahora, una vez concluido el enfrentamiento militar, los británicos les ofrecían “la repatriación de los restos” de los soldados argentinos que habían quedado en las Islas.

Los familiares de los Caídos rechazaron la propuesta británica argumentando que “no se puede repatriar lo que ya está en su Patria”.

Hay que tomarse un momento para advertir la dimensión de este sacrificio. Las familias eligieron tener lejos a sus hijos muertos en la guerra. Les pareció que ese sacrificio era lo único que podía aproximarse al sacrificio que habían hecho ellos, la manera más alta de ofrecerles respeto y reconocimiento. Era la tierra por la que habían dado sus vidas, merecían quedar ahí.

Hay una belleza trágica y heroica en ese sacrificio. Sólo es comprensible desde el punto de vista del pensamiento popular, que siempre dice y hace para construir sentido colectivo.

Nos parece evidente el valor pedagógico de este sacrificio. Él solo es un verdadero ensayo sobre el amor y la entrega.

Similar belleza trágica y heroica transmiten también las 230 cruces que nos han recibido en las puertas de esta Universidad durante los días de sesión de este Primer Congreso Latinoamericano. Son las cruces que durante veinte años estuvieron junto a las tumbas de nuestros compañeros Caídos en Malvinas, en el Cementerio Argentino de Darwin. Regresaron al continente cuando sus familias consiguieron construir allá un Monumento en su memoria, una obra que les llevó casi diez años y que, entre otras cosas, incluyó la sustitución de las viejas cruces que habían puesto los ingleses al término de la guerra, por otras más robustas trabajadas en madera de lapacho.

Tuve la suerte de estar en el galpón de materiales donde los familiares de los Caídos se reunieron para elegir el mármol con el que iría a construirse ese Monumento. Los vi pasearse entre las placas de piedra. Las tocaban, las miraban, no se escuchaba a nadie decir cosas como “este mármol me gusta”, “este color es mejor”. Lo único que los familiares preguntaban sobre esas placas de piedra era “¿cuánto duran?”. El hombre que los atendía iba diciendo: “En el clima de las Islas éste puede tener una duración de doscientos años, aquel podría alcanzar los trescientos años, ése seguramente resistiría unos cuatrocientos, quinientos años...”.

Los familiares querían que eso que iban a construir en Malvinas fuera tan fuerte y duradero como para estar seguros de que todavía estuviera ahí el día que las Islas fueran recuperadas, no importa cuánto tiempo demandara esa lucha. Usaron el mismo criterio para elegir el material para las cruces nuevas. Se dice que la madera del lapacho, un árbol originario de América, es capaz de mantenerse firme más de doscientos años, aun si está debajo del agua.

Éstas son acciones de una transparencia tal que es imposible no “leerlas” como si se tratara de un manifiesto. Ocupan, sin duda, un capítulo del “libro de cabecera” de esta Causa.

Todo lo que hace el pueblo es para asegurar la continuidad de su presencia, para sostenerse en el tiempo. La construcción de continuidades es clave en la historia de los pueblos.

Por esta razón, los materiales con los que se hizo ese Monumento y el Monumento mismo han podido convertirse en uno de los textos más vigorosos de

esa batalla popular por afirmar un sentido para esta historia. Ese Monumento energiza y orienta la topología malvinera que el pueblo ha levantado en el continente. Los familiares de los Caídos han conseguido clavar, en pleno territorio ocupado, un mojón de altísimo valor simbólico, tal vez el más potente de la posguerra.

Finalmente, unas pocas palabras más para las viejas cruces que aquí nos acompañan, que bien podrían ser prólogo y epílogo en ese “libro de cabecera” cuya compilación aún nos debemos los argentinos.

Muchas de las personas que han venido a este Congreso se han referido a las Cruces de los Caídos como si estuvieran vivas. Esas cruces oscilan con el viento, se tocan suavemente entre sí, balancean sus rosarios y sus flores y con esos movimientos producen un sonido particular que muchos han querido sentir como un mensaje.

Es posible que esto sea así, que ese mensaje esté escrito en las Cruces mismas, que nuestros Caídos hablen a través de ellas. A mí me gusta pensar, sin embargo, que ese mensaje está dentro de quien se detiene a mirarlas. Que esas Cruces nos dan la oportunidad para que aflore en nosotros aquello que el pueblo argentino ha venido escribiendo en nuestros cuerpos a lo largo de siglos. Si uno se entrega a la contemplación de esas Cruces, libre de juicios y prejuicios, acaba encontrándose con su edad histórica, con su cuerpo social y con su propia estatura en el presente.

Ya sea que ese mensaje esté dentro de nosotros o en las Cruces, el resultado es el mismo. ¿Qué otra cosa puede decir esa escritura que no sea una plegaria por nosotros mismos, por nuestro destino común y por la hermandad y emancipación de los pueblos americanos? No hay ambigüedad en esto: una plegaria popular siempre es orientación para un proyecto.

* Director Ejecutivo del Observatorio Malvinas/UNLa. Vicepresidente Ejecutivo del Primer Congreso Latinoamericano “Malvinas, una Causa de la Patria Grande”. Es realizador audiovisual, escritor y director teatral. En el campo documental ha dirigido *Cartas de batalla, Locos de la bandera y Malvinas: viajes del Bicentenario*, trabajos relacionados con distintas dimensiones de la cuestión Malvinas. Como director teatral ha montado textos propios y de otros autores como Roberto Arlt, Leopoldo Marechal y Nicolás Maquiavelo. Ha publicado varios trabajos relacionados con el teatro, el principal de los cuales es *La fiesta de la simulación*, volumen que reúne dos textos dramáticos de su autoría.

¹ *La contingencia del lenguaje*, Paidós, Barcelona, 1991.

² Conferencia dictada el 12 de febrero de 1946, víspera de la nacionalización de los ferrocarriles.

³ Félix Guattari, *Caósmosis*, Editorial Manantial, Buenos Aires, 1996.

⁴ Rodolfo Kusch, *Obra Completa*, tomo III, Editorial Fundación Ross, Rosario, 2000.

⁵ Víctor Pintos, *Atabualpa Yupanqui. Este largo camino*, Editorial Cántaro, Buenos Aires, 2008. La idea de que el decir de una comunidad nace de una instancia creadora de sentido anterior al surgimiento de la palabra está muy arraigada en la cultura popular americana y es uno de los pilares de este trabajo. La posición está sostenida aquí con citas teóricas y poéticas de Kusch, Marechal, Scalabrini Ortiz, Yupanqui, Perón, Macedonio Fernández, Dávalos, Jaime Ross y con construcciones simbólicas tradicionales, pero podríamos haber acudido a muchos otros referentes de nuestro continente. Esto que aquí se expresa así, en otras partes está presente, por ejemplo, en la noción de “temple de ánimo” que Heidegger trae de la lírica, en la imagen de “oasis intangibles” de Hannah Arendt, en los conceptos de “imaginario social” y “lógica de magmas” de Castoriadis, en la idea de “cuarto término” y “deriva” de Guattari o en estrategias como la desconstrucción de Deleuze, que entre nosotros cambia su signo y está anticipada en el concepto político del “desaprender” jauretcheano. Sucede que el fracaso evidente de los racionalismos contemporáneos y la insoportable preeminencia de lo técnico y lo tecnológico han hecho surgir en todas partes exploraciones conceptuales que intentan aprehender e incorporar otras dimensiones de lo real que el fundamentalismo de la razón occidental había dejado abandonado en los bárbaros márgenes del pensamiento popular. Desde ahí vuelve un nuevo vigor del pensar que, entre nosotros, acepta la definición scalabriniana de retorno al “espíritu de la tierra”.

⁶ Macedonio Fernández, *Museo de la novela de la eterna*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1982.

⁷ Hannah Arendt, *La condición humana*, Paidós, Buenos Aires, 2004.

⁸ Artículo del general Perón firmado con el pseudónimo “Descartes” en el diario *Democracia*, Buenos Aires, 31 de julio de 1952.

⁹ “El oro de Malvinas”, *Clarín*, Buenos Aires, 3 de abril de 2005.

Panel 6

El rol de los trabajadores en la recuperación de la soberanía argentina sobre las Islas Malvinas

30 de septiembre de 2010

Las Malvinas son argentinas y Argentina es América Latina

Lázaro Rojas *

A mí me enseñaron que los sueños que a veces tiene el hombre, cuando no los comparte, son sólo sueños. Pero si se comparten, esos sueños pueden ser realidad. Cuando el hermano Marcelo Gullo me habló por primera vez de este proyecto, me dijo: “Tengo un sueño”. Ese sueño, por lo visto, fue compartido por otros y otras, y hoy es compartido por todos los hermanos latinoamericanos. Por lo tanto, ese sueño es una realidad, no es sólo un sueño.

La reconquista de las Malvinas ha empezado. Porque las Malvinas son argentinas y Argentina es América Latina, todos estos deseos y discursos tenemos que hacerlos realidad. Ya hemos comenzado, porque no creo que estos tres días de discursos, buenos deseos y proyectos pasen a ser sólo anécdotas de una buena reunión y unos buenos escritos, para encontrarnos en unos años y recordar lo lindo que fue el Congreso y nada más. Yo creo que es el inicio de un andar en un nuevo camino hacia la recuperación de las Islas Malvinas.

Hoy, mientras miraba estas banderas latinoamericanas que son símbolos de nuestras naciones, me acordé de algo que les voy a contar. Un rabino tenía un amigo, al que quería mucho. Un día, al amigo se le murió un ser muy querido y el rabino fue al velatorio. Vio a un montón de personas que se acercaban a su amigo y le hablaban, mientras él lloraba desconsoladamente. Entonces el rabino se preguntó: “¿Qué le voy a decir yo, si tanta gente le ha hablado, le ha dicho algo y él sigue llorando desconsoladamente?”. Se fue acercando y cuando llegó junto al amigo, no dijo ni una palabra; lo abrazó y lloró con él.

Hoy se me hace la idea de juntar estos símbolos de la Patria Grande, la Patria Latinoamericana, doblarlos, envolverlos y abrazar a los latinoamericanos, no para llorar nuestra desgracia sino para empezar un nuevo camino juntos, un camino hacia la reconquista de las Islas Malvinas, porque las Islas Malvinas son argentinas y Argentina es América Latina.

Además, no sé por qué no soy veterano de la Guerra de Malvinas. Hasta ahora me pregunto por qué. O por qué no soy parte de las cruces que estaban en el

cementerio de Darwin y que hoy están expuestas aquí afuera, en la Universidad Nacional de Lanús. Porque en abril de 1982, cuando con mi compañero Miguel Colman escuchamos el discurso del general Leopoldo Galtieri sobre el desembarco del Ejército Argentino en las Malvinas, dijimos: “Anotémonos como voluntarios para ir a defender las Islas”. Formamos fila en el consulado argentino y llenamos algunas formularios, pero no nos llamaron. Porque con veintiocho años menos, yo –un soldado entrenado, un soldado especial de la Fuerza Aérea Paraguaya, un paracaidista y experto en salto libre, soltero además– tenía todas las ganas de venir, no como un aventurero sino como defensor de una causa justa.

No fue posible en 1982, pero hoy, en septiembre de 2010, tengo la gran emoción de ser parte y poder decir algo en este Primer Congreso Latinoamericano en defensa de las Islas Malvinas y los Veteranos de Guerra que con mucha alegría vi y estreché la mano de algunos.

Estamos en un tiempo especial, es el Bicentenario de no sé muy bien qué. Y no sé muy bien qué es lo que vamos a festejar en 2011 los paraguayos. No sé qué vamos a festejar porque algunos creemos que no tenemos nada que festejar. Porque estos doscientos años de vida supuestamente independiente, creo que fueron los dos siglos de mayor dependencia y más aún a partir de aquella desgracia que tuvimos: la Guerra de la Triple Alianza o de la Triple Infamia contra el pueblo paraguayo. Y si bien es cierto que hemos tenido gobiernos patrióticos, también abundaron de los otros.

Los trabajadores de la Educación, y especialmente de la Unión Nacional de Educadores - Sindicato Nacional (UNE.SN), trabajamos para presentar un proyecto educativo que nos de la posibilidad de iniciar un nuevo camino hacia el Tricentenario, pero con mejores resultados. Vemos con mucha preocupación lo que algunos dicen, que empiezan nuevos conflictos, especialmente con el Imperio del Norte.

No es una casualidad que se reactive la Cuarta Flota de la armada norteamericana, porque su comandante ha dicho a sus oficiales y tropas: “Prepárense porque no navegaremos en aguas claras sino en aguas marrones”. ¿Qué significa eso? Significa que no navegarán en mar abierto, probablemente navegarán sobre nuestros grandes ríos: el Amazonas, el Río de la Plata o el Paraná.

Tampoco es casualidad la presencia de *marines* en Costa Rica. Cerca de diez mil *marines* están, no en las costas sino dentro del territorio costarricense. Tam-

poco es casualidad la instalación de siete bases norteamericanas en Colombia, ni las dos que hay en Paraguay, donde los yanquis han construido en el Chaco Boreal la base de Mariscal Estigarribia, que probablemente sea la pista aérea más sólida, desde donde pueden operar todo tipo de aviones de transporte, de carga y de combate.

De hecho está el proyecto del despojo de lo poco que nos queda: nuestros recursos naturales. Se ha hablado acá de la posibilidad de la explotación del petróleo en el triángulo Brasil, Angola e Islas Malvinas, como mencionó Marcelo Gullo. O de otros recursos que probablemente existan también en los mares del sur.

Hace siete años vinieron al Paraguay trescientos zapadores del ejército norteamericano, todos ingenieros, supuestamente para construir escuelas en algunas zonas pobres e instalar doscientos tanques de agua para proveer a los asentamientos de pocos recursos. Ellos vinieron a perforar doscientos pozos para ver la calidad del agua del Acuífero Guaraní y a partir de allí tenemos la información de que esa reserva puede proveer de agua por doscientos años a toda la humanidad sin que se reponga ni una gota.

Éste es un problema que tenemos en Paraguay, porque hay doscientas empresas multinacionales anotadas para la explotación del agua y para venderla como negocio, no como un servicio ni como provisión a los pueblos que la necesitan, sino para ganar dinero. Lo mismo ocurre con el palo santo, que es una madera muy dura y toma muchos años para producirse: hoy lo han talado casi en su totalidad y lo han llevado a Europa.

Nosotros, los docentes del Paraguay, especialmente los de la Unión Nacional de Educadores - Sindicato Nacional, iniciamos una campaña de pago del precio justo por la energía de las represas de Itaipú y Yacyretá. Porque si se nos pagara el precio justo con el que hoy se vende en el mercado, Paraguay tendría recursos para iniciar su destino hacia el desarrollo y el buen vivir, como decía Andrés Soliz Rada, mi compañero de Bolivia. Queremos vivir bien, queremos vivir mejor. Entonces hemos iniciado también esta lucha para que Brasil nos pague, en vez de los 160 millones de dólares anuales, los cuatro mil millones de dólares que vale la energía de las nueve turbinas que cedemos al pueblo brasileño.

Vemos que el imperio camina por América Latina. Pero también camina el espíritu del Doctor José Gaspar Rodríguez de Francia, nuestro prócer en Paraguay, de Gervasio Artigas, prócer de Uruguay, y de Simón Bolívar, prócer de

América. Y el espíritu de estos próceres, camina con la espada desenvainada para defender la dignidad de América Latina.

El caso de Malvinas nosotros lo planteamos el 21 de julio pasado en una declaración en Caracas, donde tuvimos un seminario antes de participar del Tercer Encuentro Sindical de las Américas. Allí, en uno de los artículos nos pronunciamos a favor de la reconquista de las Malvinas para el pueblo argentino y América Latina. Nosotros, como una organización latinoamericana y latinoamericanista, hemos comenzado a proponer algunas ideas para incluir el tema Malvinas en las currículas de la educación escolar. Esto llevará mucho tiempo. Han pasado veintiocho años, y si hubiéramos empezado antes, hoy estaríamos en otras condiciones. Comencemos hoy, no importa el tiempo que nos lleve. Si nosotros no podemos concretarlo, lo harán nuestros hijos o nuestros nietos.

Por eso planteamos y esperamos discutir próximamente, ya sea en Brasil en noviembre o en mayo o julio en Paraguay, la elaboración de un proyecto educativo latinoamericano y latinoamericanista con una visión diferente a las reformas que nos impusieron en la década de los noventa. Hoy, revisando esas reformas en toda América Latina, los compañeros y la sociedad dicen que no nos sirve. Entonces es el momento de elaborar proyectos educativos a partir de nuestra realidad y a partir de nuestra necesidad para responder a los desafíos que tenemos como pueblo.

Decía hoy Marcelo Gullo que “la Federación Latinoamericana de Trabajadores de la Educación y la Cultura (FLATEC) se negó a morir”. Porque desde 2002 en Albena, Yugoslavia, en la Confederación Sindical Mundial de Enseñanza y la Internacional de Educación nos impusieron una unidad en la que finalmente desapareceríamos como organización. Luchamos cuatro años entre 2002 y 2006, y desgraciadamente perdimos por votación porque se nos fueron a última hora los africanos. Perdimos por un margen mínimo, pero hemos perdido. Entonces los europeos nos dijeron: “Elijan ustedes dos representantes para que se incorporen a la nueva organización”. A lo que respondimos: “Les agradecemos los dos espacios, pero nosotros nos retiramos con dignidad de este Congreso”. Y nos decían: “¿Y cómo van a sobrevivir, si no tienen recursos?”. Con Claudio Corries, que es mi hermano en el afecto, les dije: “Nosotros sabemos vivir como pobres, pero no viviremos arrodillados a cambio de treinta monedas”. En la FLATEC, que desde ese momento y desde hace dos años tengo el honor de ser su Secretario General, vivimos con pobreza, pero con dignidad. Y hemos hecho probablemente los mejores eventos y discusiones, donde ha primado el orgullo de ser latinoamericano.

Finalmente, el intento de golpe que se produjo en Ecuador mientras aquí realizábamos este Congreso, tampoco es casualidad. Eso significa que el malandro sigue caminando o volando por América Latina. Lo que ocurrió en Honduras en junio de 2009 tampoco es casualidad. Tuve la suerte de participar con los hermanos hondureños en el momento más difícil, próximo a las discutidas elecciones de noviembre de ese año, donde hasta hubo atentados. Ojalá no prospere el intento de golpe en Ecuador y se recupere el Presidente Rafael Correa, que retome las riendas así como ha ocurrido antes en Venezuela con el presidente Hugo Chávez, y sigamos soñando. Sigamos construyendo una nueva sociedad en América Latina. El presidente norteamericano James Monroe decía que “los problemas americanos los solucionamos los americanos”. Sí, los norteamericanos solucionan sus problemas a costa de los que vivimos al sur de México hasta las Malvinas y desde el Atlántico al Pacífico.

El sueño de Bolívar y de otros próceres empieza a ser realidad. Tenemos que creer en ese sueño para construir realmente mejores días para nuestras naciones y para la gran nación latinoamericana. “Hay que volver a creer para volver a crear”. Necesitamos recrear América Latina.

* Fue Secretario de Formación de la Unión Nacional de Educadores de Paraguay. En 2008 asumió como Secretario General de la Federación Latinoamericana de Trabajadores de la Educación y la Cultura (FLATEC), organismo con más de treinta años de vida institucional que reúne organizaciones de Argentina, Brasil, Paraguay, Perú, Venezuela, Panamá, Costa Rica, Nicaragua, Honduras, Haití y Saint Marteen, y otras en carácter de fraternales, como las de Bolivia y Uruguay. En octubre de 2008, con la realización de un nuevo Congreso de la FLATEC, fue elegido para ocupar la Secretaría General.

En esta guerra se vence con inteligencia y organización, no con violencia

Andrés Rodríguez *

Celebro esta iniciativa porque Malvinas es un tema al que hay que darle una continuidad permanente. También me parece muy bien que se haga en un ámbito tan prestigioso como es una universidad argentina, porque así lo merece el tema, para tener la jerarquía que verdaderamente corresponde.

He escuchado atentamente, tanto lo que decía Marcelo Gullo como a nuestro querido hermano paraguayo Lázaro Rojas y ese largo historial, cuando comienza a surgir un capítulo muy lejano, el concepto civilizatorio en esta larga lucha de las civilizaciones por dominar a las restantes. Indudablemente han cambiado muchas formas y nos aleja mucho tiempo, pero hay una constante que se repite continuamente: el enfrentamiento de las mayorías de los pueblos –de los que conciben la construcción a partir de lo propio, de la esencia de su terruño, de su sangre, de su nacionalidad– y las elites, las minorías, los que acumulan permanentemente por vía de la riqueza o del dominio de la tecnología o la comunicación para intentar dominar al prójimo.

Antes, las formas de dominación se expresaban a partir de un ejército poderoso y de una estructura político-religiosa que justificaba cualquier invasión, y desde esa minoría se aseguraba que se poseía la verdad. Era eso realmente lo que justificaba la necesidad de dominio. Y esa verdad tenía que ser extendida a toda la tierra aunque los demás la desconocieran o no la comprendieran; por lo tanto, debían ser dominados para asumir esa verdad.

En esta época del presente las formas han cambiado muchísimo y hay maneras muy sutiles de dominación. Tal vez en apariencia pareciera que las Islas Malvinas en el Atlántico Sur fueran un resabio de una vieja política colonialista que obedece a este concepto. Nada más falso. En realidad, ha superado la cuestión del colonialismo. La permanencia de una potencia en las Islas Malvinas tiene que ver, en este presente, con otras connotaciones mucho más peligrosas que adueñarse del territorio. Y por eso tenemos que ser muy conscientes de cómo se deben combatir esas formas. Tiene que ver también con lo que decía Lázaro Rojas sobre los recursos no renovables, con pasos estratégicos de comunicación hacia determinadas esferas de la tierra, de otros ámbitos de nuestro planeta; tiene que ver con la necesidad a partir de la globalización del dominio universal.

Por eso las formas de combate que tienen los pueblos en esta hora deben ser también lo suficientemente inteligentes y organizadas, porque nosotros poseemos un instrumento que no tienen las elites: la posibilidad de convocar a las mayorías y organizarlas. Y para ello se requiere un continuo debate, un continuo análisis, una continua formación y una continua capacidad de enfrentar decididamente y con acciones —a veces en apariencia menores— que no van a definir la guerra total pero que van a representar pequeños y grandes triunfos en sucesivas batallas, para obtener el objetivo que nos proponemos: que las mayorías tengan absoluta y auténtica democracia.

En este devenir, justamente, han sucedido acontecimientos que tal vez se han expresado con mayor crudeza y realismo a través del dominio de un ejército, de una invasión o, como sucedió en el siglo XX, del divorcio de las cúpulas militares de lo que es el concepto de fuerzas armadas, para convertirlas en instrumento al servicio del dominio y generar un partido militar que usurpe el poder y que reprima a su propio pueblo.

La Guerra de Malvinas fue una guerra de liberación que realmente estuvo y está encarnada en el pueblo argentino, en los soldados que fueron a combatir, en los suboficiales y oficiales con coraje pero carentes absolutamente de una conducción política, que en ese momento había entregado realmente la pelea. Porque esa pelea fue negociada con los propios imperios, con los propios agentes de dominio, con el oportunismo de buscar la permanencia de la usurpación del poder, y luego incluso fueron hasta traicionados, porque indudablemente fueron descartados cuando Inglaterra no permitió que ese territorio fuera “liberado” por la cúpula militar de la dictadura argentina.

Y frente a eso tenemos la construcción más reciente de lo que comúnmente se denomina “globalización”, que también es claramente una ideología dominante que busca perversamente hacer sucumbir a los pueblos y las mayorías populares sin permitirles en absoluto ese grado organizativo. Por eso tenemos que tener mucho cuidado cuando vemos cómo se concentran las riquezas y las corporaciones multinacionales, cómo se concentran los medios de comunicación, cómo se concentra el dominio de la tecnología. Y cómo se desconcentran los Estados, la política y la posibilidad de las organizaciones populares. Por ahí pasa el eje donde nosotros tenemos que tener mucha visión para no ceder en absoluto ninguno de nuestros instrumentos vitales, que son los que permiten el camino de liberación auténtica a pesar de sufrir muchos obstáculos durante ese trayecto.

En este momento que nos toca trascender, debemos hacer todo lo que esté

al alcance para generar y desnudar esta dicotomía, y no solamente a partir de elementos reclamativos. Porque es cierto, hay todo un sentimiento en la argentinidad sobre el significado de lo que es la soberanía en las Islas Malvinas. Esto no está en duda, no está en juego, pero con eso no alcanza. Nosotros tenemos que ir haciendo pequeñas y grandes acciones permanentes para permitir que realmente la soberanía argentina se instale en Malvinas. Porque tiene que ver con otra pelea de fondo, que es que los pueblos merecen vivir con dignidad y justicia.

Por eso me viene a la memoria esa sabia frase de alguien que sabía muchísimo del ejercicio de la política, y es que esta guerra se vence con inteligencia y organización, no con violencia. Esta guerra se vence con sucesivas batallas, donde el balance nos dé la mayoría de ellas ganadas. Y esto hay que hacerlo todos los días, con difusión y propaganda.

Los compañeros iberoamericanos que nos visitan presentaron una temática de esclarecimiento y de formación sobre la profundidad de lo que ha significado y significa el tema Malvinas. Nosotros, en la organización sindical, tenemos toda una mecánica de formación dirigida especialmente a los cuerpos de delegados, que son el eslabón de transmisión entre el conjunto de los trabajadores organizados y la dirigencia que ha sido electa y la conduce. Pero sin esos cuerpos de delegados no podríamos arribar a todo lo que hace una organización sindical para beneficio de la gente que trabaja. Y esos cuerpos de delegados tienen indudablemente que tener en su corazón no sólo el tema Malvinas, que sin duda todos los trabajadores lo tienen, sino también la formación sólida y los argumentos sólidos para difundir y para que cada uno de nosotros llevemos el bastón de mariscal en nuestras mochilas. Por eso enseguida congeniamos para que los propios compañeros veteranos de guerra puedan dar charlas de formación en nuestra escuela sindical.

Pero esto no termina acá porque nosotros, como gremios del Estado, también somos responsables en parte, no del todo, para que el Estado sea realmente importante y cumpla su rol. Porque en esa globalización versus las mayorías populares también nos quieren introducir el falso concepto de un Estado grande versus un Estado pequeño, un Estado grande e ineficiente versus un Estado pequeño y eficiente, servidor de la política de mercado. Y en realidad esa dicotomía también es falsa; la verdadera esencia está en un Estado fuerte y presente versus un Estado débil y ausente. Por aquí pasa la verdadera posibilidad de construir lo nacional.

Entonces, como trabajadores del Estado, tenemos una gran misión, no solamente de obtener dignidad y reivindicaciones que nos demandan con justicia

nuestros trabajadores, sino también debatir y profundizar el rol del Estado. Por lo tanto, el Estado –que se compone de sus propios trabajadores– tiene que estar permanentemente alerta y esclarecido para reivindicar y resguardar la soberanía de Malvinas. No solamente como una actitud de gobierno sino también de ejecución de Estado. Esto es muy importante y por eso hemos trabajado entre los compañeros del gremio y los órganos de funcionarios del Estado que tienen que ver con esta temática, para que coordinemos esfuerzos y sumemos voluntades.

Estas cuestiones, que tal vez son muy pequeñas y humildes, hacen a esa suerte de guerras en todos los frentes, de esclarecimiento en todos los frentes, de acciones en todos los frentes. Porque ahí no solamente vamos a reconquistar territorialmente las Malvinas sino que también vamos a dar sucesivas batallas para la liberación de los pueblos.

Por eso uno de los elementos fundamentales es esta reconstrucción de lo que es lo nacional y lo popular, es la jerarquización de la política, elementos que han sido atacados y bastardeados en forma continua. ¿Por qué? Porque la política significa, y no digo la política partidaria, el valor de la representación. Los pueblos eligen a sus representantes, sean de un partido, de una cooperativa, de un sindicato, de una mutual. Eligen a sus representantes y los controlan. Tienen nombre y apellido, y tienen cara. Y generan entonces una posibilidad de que si ese grupo de personas cumple con su misión lo van a respaldar y lo van a avalar; y si no cumplen, los van a sacar y reemplazar.

Esto que tiene nombres, apellidos y caras visibles no se ve en las elites de la globalización ni en las grandes corporaciones. Ahí son todos anónimos. No hay personajes; hay dominio, hay intento de reprimir. Y entonces atacan la política como elemento genuino de representación. Por eso también está en nosotros jerarquizar esa política. Porque es la política la que debe prevalecer realmente en el ejercicio de ir haciendo crecer y desarrollar a los países; en definitiva, de hacer un pueblo feliz y una nación grande.

Por eso me siento muy gustoso de acompañarlos en este Congreso, que ha sido un éxito. Tenemos que repetirlo cuantas veces sea necesario y, vuelvo a insistir, debemos idear y crear acciones continuas, inteligentes, que nos permitan avanzar en esta dirección, que es el verdadero camino que nos va a encontrar unidos y no dominados.

* Secretario General de la Unión de Personal Civil de la Nación (UPCN), gremio que cuenta con 240.000 afiliados. En mayo de 2010 fue reelegido para un nuevo período, con el 73 por ciento de los votos, por cuarta vez. Es Licenciado en Antropología.

En la unidad está el camino para que el colonialismo desaparezca de América Latina

Julio Piumato *

Quiero felicitar a la organización de este encuentro, porque como bien lo expresaron Lázaro Rojas y Andrés Rodríguez, la Causa de Malvinas es una Causa de la Patria Grande. Y también lo es la causa de la Antártida, otro gran desafío que tiene implicancias muy similares, con la diferencia de que la Antártida se plantea como una zona internacionalizada y donde las potencias tienen las mismas intenciones que manifestaron en 1833 cuando tomaron Malvinas. Por eso, la cuestión de la Antártida es una cuestión suramericana, una cuestión de la Patria Grande.

Esto lo dijo hace varios años en la Confederación General del Trabajo Luis Alberto Moniz Bandeira, ese gran pensador brasileño, cuando precisamente hicimos un encuentro sobre Malvinas y la Antártida. Dijo que hasta que no unamos Suramérica va a ser muy difícil hacer valer los derechos de los pueblos suramericanos sobre Malvinas o sobre la Antártida. Y en este sentido, creo que no sólo en nuestra Patria Chica de Argentina sino también en nuestra Patria Grande, la Causa de Malvinas tiene que ver con el proyecto nacional y popular. Hoy podemos decir que todos nosotros nos hemos criado y vivido teniendo incorporado el concepto de que las Malvinas son argentinas. Pero no es un tema que viene desde siempre; es a partir de la irrupción del peronismo como movimiento liberador en la Argentina que la cuestión de Malvinas y la cuestión de la Antártida empiezan a mencionarse en los planes de estudio de nuestros colegios.

El gobierno de Perón, con una política nacional, desarrolló todas esas cuestiones. Y, como bien decía Andrés Rodríguez, no se planteó una expedición armada para tomar las Malvinas sino que estableció el tema con la estrategia del peronismo, con organización y con tiempo: primero, que todos los argentinos sintiéramos que era el primer paso para que fuera una causa nacional; después, había que internacionalizarla.

Y todo se transformó, más allá de los gobiernos y políticas imperiales, en una causa latinoamericana. Porque más allá de todos los intentos de separarnos, cuando se produjo el hecho bélico de Malvinas en 1982, lo decía el compañero Lázaro Rojas, reaccionaron los trabajadores en Paraguay. Y esto pasó prácti-

camente en todos los países de América Latina, que sintieron que no estaban agrediendo sólo a la Argentina sino que estaban agrediendo al conjunto de los pueblos latinoamericanos.

Evidentemente, si hay oposición a este proyecto, que es un proyecto nacional y popular, quiere decir que existe otro proyecto de país que no es nacional ni popular. Ese proyecto dependiente, ese proyecto de las elites, siempre trató de eliminar la cuestión de Malvinas de la cultura del pueblo, de desandar el camino que había construido el peronismo.

Si pasó lo que pasó después de la guerra, fue por la resistencia popular, que colocaba en seria dificultad a la dictadura militar que ya había perdido a su estrategia principal, el ministro de Economía Alfredo Martínez de Hoz, y ya se debatía en un devenir sin demasiado rumbo.

Lo que menos había en el general Leopoldo Galtieri era la voluntad de tomar realmente una causa nacional. Era una salida para zafar de la presión popular. Por eso el anuncio de la recuperación fue dos días después de una represión tremenda que sufrieron, precisamente, los trabajadores argentinos. Y por eso, aunque parezca contradictorio, esos mismos trabajadores que habían sido apaleados se ofrecieron para ir a pelear cuando se enteraron del desembarco. Se podría decir que “es un caso para el psiquiatra”, pero no, es que Malvinas es una causa nacional más allá de quien conduzca. Yo estaba preso en ese entonces, y la mayoría de los presos nos anotamos como voluntarios en todas las cárceles del país.

Hace tres o cuatro años desclasificaron los documentos secretos en Estados Unidos, y nos enteramos cómo había sido toda la génesis. El problema con Estados Unidos –y con todos los imperios– es que, por más que tengan amigos, tienen intereses nacionales que están por encima de las amistades. Si bien el gobierno estadounidense era amigo del gobierno inglés, los ingleses no les dejaban meter un pie en las Malvinas. Y ellos necesitaban las Malvinas porque volvieron a ser, en el diseño del mapa estratégico mundial, un lugar clave a causa de lo endeble del Canal de Panamá y porque el control del paso interoceánico queda en el Atlántico Sur, donde Estados Unidos no tenía ninguna base y necesitaba poner un pie. El mecanismo fue usar a los militares argentinos.

De paso les venía bien porque como la oligarquía argentina nunca tuvo Patria y hoy plantea el acuerdo comercial con China, en aquel momento tenía un acuerdo con la Unión Soviética para venderle granos. El general Viola y el

ministro Martínez de Hoz habían pensado comprar armas al ejército soviético y necesitaban hacer un “cambio de fichas” dentro de la dictadura.

La condición que puso Galtieri fue acordar una salida elegante, que era Malvinas. El negocio era llegar a Malvinas, saltar un poco el lío, retirarse y establecer una administración tripartita entre el Reino Unido, Estados Unidos y Argentina. Esto es lo que dicen los documentos secretos de Estados Unidos. Con una administración tripartita, Estados Unidos conseguía poner una bandera norteamericana en las Islas y tener un pie en ese lugar estratégico del Atlántico Sur. Claro que la reacción de Margaret Thatcher fue tremenda. El ejército hizo un último intento en el viaje del secretario de Estado Alexander Haig, pero no había vocación, porque teníamos aquí a los representantes de los bancos suizos, teníamos al ministro de Economía y al de Relaciones Exteriores que jugaban para el enemigo. A los capitales ingleses ni los tocaron. Había que afectar los intereses económicos del enemigo, pero acá los dejaron seguir trabajando muy cómodos; es decir, no hubo intención de hacerlo. Y cuando todo terminó, los compañeros que lucharon en Malvinas fueron recibidos casi a escondidas en Argentina por la dictadura en retirada.

Pero lo que vino después fue peor, porque impusieron lo que tanto hemos criticado: la desmalvinización de la política. El 14 de junio de 1982, el día que llegaba el Papa, se publicó en *Clarín* un artículo en el que se planteaba la visión para las Malvinas de ahí en más, que era la desmalvinización. Era un artículo a doble página en la sección editorial y la firmaba Raúl Alfonsín. Cuando lo leí, me dije: “Este tipo va a ser el próximo presidente argentino”. Yo los invito a leerlo porque ahí queda claro y es lo que hizo él. No mintió, ¿no?

Lo mismo pasó con el gobierno siguiente: había que borrar la cuestión de Malvinas. Y con la suspensión del misil Cóndor se eliminaron nuestros planes estratégicos en materia de misilística y fuimos para atrás con el tema de energía nuclear. Fueron todas imposiciones del Imperio. Y una de ellas era quitar de la educación de los argentinos la Causa de Malvinas, también desandar ahí lo que había construido el peronismo.

Pero no lo consiguieron, como tampoco consiguieron extirpar al peronismo desde 1976 hasta la fecha, a pesar de que utilizaron todos los mecanismos habidos y por haber. Si empezamos desde 1955, con bombardeos, fusilamientos, persecuciones, represión y las primeras desapariciones, a partir de 1976 fue la dictadura, el genocidio, perseguir fundamentalmente a los trabajadores, porque eran la columna vertebral del peronismo y los que garantizaban un sistema

político, económico y social en la Argentina. Entonces había que destruirlo. Y la forma de acabar con las organizaciones sindicales era destruirlas desde su base, fundamentalmente con los delegados encarcelados y asesinados. Pero no nos pudieron vencer.

Después vinieron con el liberalismo y para avanzar había que destruir al peronismo, “el hecho maldito”, como decía John William Cooke. En los últimos meses de la presidencia de George Bush en 2008, la secretaria de Estado Condoleezza Rice definió los populismos “buenos” y los populismos “malos”. Uno piensa en el general Manuel Noriega y en Saddam Hussein, formados por ellos. A Noriega, cuando les convino lo capturaron, lo subieron a un avión y lo metieron preso en Estados Unidos. A Hussein lo usaron para atacar a Irán y años después destruyeron Irak. Pero esos deben ser los populismos “buenos”, porque cuando Condoleezza Rice habló de los populismos “malos” uno esperaba que mencionara al comandante Hugo Chávez, pero no, mencionó a Perón. ¿Cómo? Perón había muerto hacía treinta y cuatro años, porque esto fue en 2008.

El peronismo es el hecho maldito de la política en América Latina. Por eso lo pusieron como ejemplo del “eje del mal”. La dirigencia de derecha no tiene propuestas en la Argentina. Deambula, carece de discurso. Los que van a la carga son los dueños de los grandes medios de comunicación.

Tenían que destruir al peronismo y al movimiento obrero en la Argentina. Era imperioso, no sólo por lo que significa en la cultura del pueblo, sino por el ejemplo que es para el resto de América Latina. El peronismo es una experiencia histórica que les permite a los movimientos sindicales en América Latina tener referencias, como ha pasado en muchos países donde han ido copiando cosas por esa trascendencia que tiene el movimiento sindical argentino. Como decía Perón, el movimiento sindical tiene tres funciones. Más allá de la reivindicación gremial y de mejorar las condiciones de vida de los trabajadores, tiene que participar en la discusión del modelo social, tiene que hacer política. Y hacer política es pensar la Argentina en todos sus aspectos, incluyendo todo su espacio físico. Eva Perón decía que “en donde está un trabajador está la Patria” y ése es el concepto que enraíza nuestro pensamiento respecto a la Causa de Malvinas.

En la medida en que nos fortalezcamos como pueblo, en ese sentimiento colectivo que implica compartir nacionalidad, intereses y valores, construiremos la Comunidad Organizada de la que hablaba Perón. Nadie se realiza sin una co-

munidad. Nos quisieron destruir, nos golpearon, nos hicieron retroceder, pero no nos destruyeron. Nos podaron de la forma más tremenda, pero no lograron arrancarnos las raíces, y ahora está surgiendo todo de nuevo. Y en ese surgir, la Causa de Malvinas tiene un valor especial. Sabemos que el camino no es el de las armas, pero en Malvinas tenemos la sangre de muchos compatriotas, héroes nuestros que dieron su vida por una causa justa, y eso nos compromete mucho más. Eso es lo que les preocupa a ellos. Cuando hay parte de uno en esas Islas, en esas cruces, en esos restos que anidan allí, creo que no hay vuelta atrás.

Tenemos que organizarnos, ser muchos y sentirnos más fuertes, porque el enemigo no está derrotado. Está muy preocupado porque no encuentra la forma para reordenar un mundo que marcha a la multipluralidad, al continentalismo, como diría Perón. Y la Unión de Naciones Suramericanas, este eje que se armó en América Latina entre Argentina, Brasil y Venezuela, y que permitió que florecieran experiencias como las de Evo Morales en Bolivia, Rafael Correa en Ecuador, Pepe Mujica en Uruguay y Fernando Lugo en Paraguay, va marcando otro ritmo. Perón, cuando hablaba de esa América Latina unida, decía que la experiencia argentina demostraba que un país podía liberarse, pero el problema era mantenerse. Y para mantenerse tenía que estar unido a otros países hermanos, con el mismo sueño de los patriotas de la independencia.

El primer paso es la unión de Suramérica. La Unasur avanza, con dificultades pero avanza. Perón decía que cada país tiene su historia y sus formas de hacer la revolución, y cada uno debe respetar la experiencia del otro. No podemos trasplantar ni pretender que lo que pasa en Brasil con Lula sea idéntico al peronismo en la Argentina, ni que sea parecido a lo que pasa en la Venezuela de Chávez. Las realidades de los pueblos fueron diferentes en estos doscientos años de historia. Pero en esta lenta unidad respetando las cuestiones de otros, como decía Perón, está el camino para que el colonialismo desaparezca de nuestra Suramérica y, con el tiempo, de nuestra América Latina.

También está ese proyecto –que yo corregí y tiene media sanción– de volver al mapa bicontinental. Ese mapa con la Argentina hasta el Polo Sur también lo instaló el peronismo. Nos da una visión de Suramérica integrada y uno toma conciencia, viendo ese mapa, de lo fundamental que son desde la geopolítica las Islas Malvinas y las demás Islas del Atlántico Sur.

Malvinas tiene que ver con la causa nacional y con la causa latinoamericana. Y como los trabajadores argentinos estamos tan comprometidos con esas causas, Malvinas es una causa de los trabajadores y es una causa, como se ha visto en

este panel, de los trabajadores de Latinoamérica. Los compañeros que dieron su vida se lo merecen y nosotros tenemos que trabajar para eso.

Anexo

Carta abierta de los participantes del Primer Congreso Latinoamericano “Malvinas, una Causa de la Patria Grande” a los presidentes de la América del Sur

*Lanús, Provincia de Buenos Aires, República Argentina,
30 de septiembre de 2010.*

Los participantes del Primer Congreso Latinoamericano “Malvinas, una Causa de la Patria Grande”, que sesionó los días 28, 29 y 30 de septiembre de 2010, convocados por el Observatorio Malvinas de la Universidad Nacional de Lanús, declaramos:

Hemos observado con preocupación que a través de la entrada en vigencia del Tratado de Lisboa, el 1 de diciembre de 2009, Gran Bretaña logró que nuestras Islas Malvinas formaran parte de lo que ellos denominan la “región ultraperiférica de la Unión Europea”.

Así, los 27 miembros de la Unión Europea se hicieron cómplices y garantes de la usurpación británica en Malvinas.

Gran Bretaña consiguió de esa forma europeizar la ocupación de Malvinas.

Las potencias hegemónicas siguen siendo conquistadoras y avasallantes. En tal contexto, si permanecemos aislados, los pueblos hermanos de América Latina no vamos a poder consolidar y sostener nuestra emancipación. Debemos marchar hacia esa Patria Grande por la que combatieron nuestros Libertadores. Si el Reino Unido europeizó su posición colonial en Malvinas, nosotros debemos latinoamericanizar el proceso de recuperación de la soberanía argentina en el Atlántico Sur.

Los participantes de este Congreso recibimos con satisfacción las palabras del presidente del Brasil, Luiz Inácio Lula da Silva, quien afirmó: “No es posible que la Argentina no se adueñe de Malvinas y que, por el contrario, lo haga un país que está a 14 mil kilómetros de distancia de las Islas. ¿Cuál es la razón geográfica, política y económica por la cual Inglaterra está en Malvinas? ¿Cuál es la explicación política de las Naciones Unidas para que no hayan tomado una

* Secretario de Derechos Humanos de la CGT y Secretario General de la Unión de Empleados Judiciales de la Nación. En 1975 fue elegido Delegado General del Fuero Civil de la Unión de Empleados de la Justicia de la Nación (UEJN). En 1976 fue detenido y permaneció hasta 1982 a disposición del Poder Ejecutivo. En 2001 impulsó la movilización de la CGT en oposición al Acuerdo de Libre Comercio de las Américas (ALCA) y en 2005 fue candidato a diputado por el Frente para la Victoria, por la ciudad de Buenos Aires. Cuando asumió en 2009 como diputado, prestó juramento “por los héroes de Malvinas, los trabajadores argentinos, la justicia social y la soberanía política”.

decisión? Es necesario que empecemos a luchar para que el Secretario General de las Naciones Unidas reabra ese debate, el de nuestro destino común”.

Por eso hacemos este llamado a los presidentes de nuestras Repúblicas hermanas: necesitamos pasar de la solidaridad de las declaraciones a la solidaridad efectiva. De las palabras a los hechos, como recientemente lo ha efectuado el Presidente de la República Oriental del Uruguay, José Mujica, al impedir la entrada de un buque de guerra británico al puerto de Montevideo.

Es imprescindible hacer todo lo que esté al alcance para elevar los costos de la ocupación británica en Malvinas y hacer inviable todas las actividades económicas que los ingleses emprendan en los archipiélagos australes o en sus aguas adyacentes.

Por eso, los participantes del Primer Congreso Latinoamericano “Malvinas, una Causa de la Patria Grande” solicitamos a nuestros gobiernos:

- 1) Que Brasil, Uruguay y Chile se comprometan a prohibir que los buques que transiten entre sus puertos y Malvinas, o que atraviesen sus aguas jurisdiccionales con ese rumbo, transporten materiales que directa o indirectamente sirvan a la exploración petrolera en las Malvinas, imponiendo los controles necesarios para hacer efectiva esa prohibición.
- 2) Que el gobierno de la República de Chile interrumpa los vuelos que realiza semanalmente la empresa LAN a las Islas Malvinas hasta que se revierta la agresión unilateral británica.
- 3) Que Brasil y Uruguay adopten el mismo criterio, suspendiendo toda comunicación aérea entre sus respectivos territorios nacionales y las Islas Malvinas.
- 4) Que Brasil, Uruguay y Chile prohíban a las empresas instaladas en sus territorios toda forma de participación en el negocio de la explotación petrolera en Malvinas.
- 5) Que todas las medidas tomadas por Brasil, Uruguay y Chile sean también adoptadas por Unasur.

Los participantes de este Congreso creemos que estos cinco puntos son de rápida aplicación y que su efecto puede cambiar drásticamente el escenario de la ocupación inglesa en el Atlántico Sur.

Pasemos a la acción. Porque Malvinas está inscripta en nuestro destino latinoamericano. Porque no es posible seguir tolerando el colonialismo en nuestro Continente, la recuperación de Malvinas es un paso decisivo para la definitiva emancipación de la América Latina.

Firman

Ana Jaramillo Rectora de la Universidad Nacional de Lanús (UNLa).
Hugo Moyano Secretario General de la Confederación General del Trabajo.
Julio Piumato Secretario de Derechos Humanos (CGT).
Andrés Rodríguez Secretario General de la Unión de Personal Civil de la Nación (CGT).
Mario Oporto Director General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires.
Nerio Neirotti Vicerrector (UNLa).
Horacio Ghilini Sindicato Argentino de Docentes Privados (SADOP).
Mario Morant Sindicato Argentino de Docentes Privados (SADOP).
Omar Suárez Secretario General del Sindicato de Obreros Marítimos Unidos (SOMU).
Mario Morato Secretario General Adjunto del Sindicato de Obreros Marítimos Unidos (SOMU).
Lázaro Rojas (FLATEC-Paraguay).
Delmira de Cao Presidenta de la Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas.
Guilherme de Aguiar Patriota (Brasil).
Williams Gonçalves (Brasil).
Andrés Soliz Rada (Bolivia).
Pedro Godoy (Chile).
Hugo Manini (Uruguay).
Luis Vignolo (Uruguay).
Juan Raúl Ferreira (Uruguay).
Víctor Flores Olea (México).
Sergio Rodríguez Gelfenstein (Venezuela).
César Trejo (Veterano de Guerra de Malvinas).
Julio Cardoso (Observatorio Malvinas/UNLa).
Marcelo Gullo (Observatorio Malvinas/UNLa).
Francisco Pestanha (Observatorio Malvinas/UNLa).
Roberto Bardini (Observatorio Malvinas/UNLa).
Rubén Heguilein (UNLa).
Jorge Arias (UNLa).
Alfredo Ossorio (UNLa).
Guillermo Rossi (MRECIC).
Mirtha Oris (Observatorio Malvinas - Tierra del Fuego).
Néstor Gorojovsky (Argentina).
Federico Urioste (Argentina).
Julio Fernández Baraibar (Argentina).
José Luis Muñoz Azpiri (Argentina).

Gloria Bidegain (Diputada Nacional).
Adriana Puiggrós (Diputada Nacional).
Julio Balbi (UNLa).
Oscar Tangelson (UNLa).
Carlos Pereira Mele (Argentina).

Agradecimientos

A las representaciones diplomáticas de América Latina que se hicieron presente en la apertura del Congreso, confirmando que la Causa Malvinas es una Causa Americana.

A los funcionarios del gobierno nacional, en particular a la Cancillería argentina, que apoyaron y participaron de la realización de este Congreso.

Al gobierno de la provincia de Buenos Aires, que a través de la presencia de su Director General de Cultura y Educación, Dr. Mario Oporto, confirmó su compromiso con la Causa Malvinas.

Al intendente del municipio de Lanús, Dr. Darío Díaz Pérez.

Al las organizaciones de Veteranos de Guerra de todo el país que se interesaron y participaron en este Congreso.

A la Inspectora Jefa del Distrito Escolar Lanús, profesora Marcela Cancela, a Laura Garbarini, de la Dirección de Educación Permanente de la UNLa y a las autoridades, personal docente y alumnos de las Escuelas Medias 2 (Lanús Este), 3 (Lanús Este), 8 (Lanús Este), 9 (Valentín Alsina), 10 (Remedios de Escalada), 11 (Monte Chingolo), 12 (Valentín Alsina), 15 (Lanús Oeste), 16 (Lanús Oeste), 17 (Remedios de Escalada), Escuela Técnica 4 (Lanús Oeste) y Escuela Secundaria Básica 302 (Lomas de Zamora) que participaron y alentaron a la participación en este Primer Congreso Latinoamericano Malvinas, una Causa de la Patria Grande.

A Miriam Sacchi, Nilda Larrocca, Herminia Perazzi, Claudio Loiseau, María Eugenia Petignat, Ezequiel González, Verónica Espinel, Alejandro Dajud, Juan Ignacio Fernández, Fernando Ávalos, Andres Pallanch, Julio Domínguez, Luis García Yero, María Laura Olivier y María Verónica Wolcoff, quienes desde sus áreas de responsabilidad en la UNLa contribuyeron para que todos los aspectos organizativos del Congreso se cumplieran en tiempo y forma.

A los alumnos y docentes de esta Universidad.

A Ramón Pizarro, padre de Néstor, Héroe Caído en el Crucero General Belgrano, y coordinador en el Programa de Adultos Mayores de la UNLa por la participación de su área en este Congreso.

A Daniel López, Fernando Recupero, Isabel Uribe, Lucas Orellana por el apoyo logístico brindado durante la realización del Congreso.

A Carlos Janeiro y Mónica Sartal, por la atención brindada en los tiempos de receso a los invitados del Congreso.

A Mario Radis, por la puntualidad con que durante los días de sesiones estuvo al servicio del transporte de los panelistas extranjeros que participaron del Congreso.

Al Grupo Teatral de la Muestra “Malvinas, Islas de la Memoria” integrado por

Manuel Longueira, Marcela Haimovici, Estefanía Rodríguez, Cristina Suárez, Alejandro Cobas y Darío Guersenzvaig, por su participación en la jornada de cierre del Congreso.

Índice

Introducción *pag. 9*

Apertura del Primer Congreso Latinoamericano
“Malvinas, una Causa de la Patria Grande” *pag. 15*

Mensaje del Comandante Tomás Borge *pag. 16*

Palabras de la Rectora de la UNLa, Doctora Ana Jaramillo *pag. 17*

Palabras del Embajador Sebastián Brugo Marco,
en representación del Canciller argentino *pag. 20*

Palabras del Doctor Marcelo Gullo,
Presidente Ejecutivo del Congreso *pag. 21*

Palabras de Delmira de Cao, Presidenta de la Comisión
de Familiares de Caídos en Malvinas e Islas del Atlántico Sur *pag. 26*

Panel 1
El rol de la Unasur en la recuperación de la
soberanía argentina sobre las Islas Malvinas *pag. 31*

La Unasur tiene capacidad de soluciones
sin participación de potencias externas
Guilherme de Aguiar Patriota *pag. 32*

El conflicto desnudó la incapacidad de
la Organización de Estados Americanos
Jorge Arias *pag. 38*

Las Malvinas y América Latina
Víctor Flores Olea *pag. 49*

Creamos muchos países pero falta fundar
la Patria única
Hugo Manini Ríos *pag. 57*

Panel 2

Malvinas en el contexto latinoamericano:
antes, durante y después de la Guerra *pag. 63*

Las Malvinas y nosotros: Una visión desde Uruguay
Juan Raúl Ferreira *pag. 64*

Una enseñanza de futuro para nuestra integración
latinoamericana y caribeña
Sergio Rodríguez Gelfenstein *pag. 78*

La guerra reinició una nueva visión integradora
Julio Fernández Baraibar *pag. 91*

Entre Occidente y los No Alineados
Roberto Bardini *pag. 95*

Panel 3

Las Islas Malvinas, la Amazonia y los Andes
como ejes simbólicos de la integración política
estratégica de América del Sur *pag. 109*

Malvinas desde la óptica chilena
Pedro Godoy *pag. 110*

A partir de la guerra de 1982, comenzó el proceso
de diálogo Brasil-Argentina
Williams Gonçalves *pag. 117*

Sin soberanía interna no habrá soberanía externa
Andrés Soliz Rada *pag. 121*

El poder del futuro está en el control
de los recursos estratégicos
Mario Morant *pag. 127*

La usurpación es de carácter regional
y requiere una respuesta colectiva
Rubén Heguilein *pag. 131*

Panel 4

Malvinas y la defensa de los recursos naturales
de América del Sur ante posibles agresiones *pag. 137*

Debemos compartir los recursos del
Atlántico Sur con nuestros aliados
Guillermo Rossi *pag. 138*

En 1982, los ingleses fueron los
gurkhas de Estados Unidos
Luis Vignolo *pag. 150*

El Corredor Nordantártico,
las Malvinas y América Latina
Néstor Gorojovsky *pag. 158*

Hay que reconstruir las Fuerzas Armadas
y el aparato industrial y militar
Marcelo Gullo *pag. 166*

El mayor número de civiles que perdieron la vida
en las Islas eran obreros marítimos
Mario Morato *pag. 173*

Somos un solo pueblo, con un solo
corazón latinoamericano
Mirtha Oriz *pag. 176*

Panel 5

Versiones, relatos e historia. La interpretación del pasado y su
influencia en el proceso de recuperación de la soberanía
argentina en el Atlántico Sur *pag. 181*

Cuando se habla de unidad continental, hay que
incluir siempre a nuestras Islas
Mario Oporto *pag. 182*

Una causa unitiva
Francisco José Pestanha *pag. 187*

No hay democracia sin soberanía
Federico Urioste *pag. 194*

La posguerra como campo de batalla
Julio Cardoso *pag. 198*

Panel 6
El rol de los trabajadores en la recuperación
de la soberanía argentina sobre las Islas Malvinas *pag. 215*

Las Malvinas son argentinas y Argentina
es América Latina
Lázaro Rojas *pag. 216*

En esta guerra se vence con inteligencia
y organización, no con violencia
Andrés Rodríguez *pag. 221*

En la unidad está el camino para que el
colonialismo desaparezca de América Latina
Julio Piumato *pag. 225*

Anexo
Carta abierta de los participantes del Primer
Congreso Latinoamericano “Malvinas, una Causa
de la Patria Grande” a los presidentes de la América
del Sur *pag. 231*

Agradecimientos *pag. 235*



COLECCION
Observatorio Malvinas

A través de la publicación de todas las ponencias ofrecidas por los panelistas, las páginas de este libro intentan plasmar el clima de unidad, de sentir y de pensar, que generó el Primer Congreso Latinoamericano “Malvinas, una Causa de la Patria Grande”.

A lo largo de los tres días que duró el encuentro, las intervenciones contribuyeron a crear un territorio simbólico, que promovió una forma de reflexión y de intercambio, con un alto contenido emocional que se extendió a los dos mil participantes.



ISBN 978-987-1326-59-4



9 789871 1326594